

#QUÉDATECONMIGO 2

An artistic illustration of a man and a woman in profile, looking upwards towards a starry night sky. The woman, on the left, has long, flowing red hair and is wearing a red shawl. The man, on the right, has dark, curly hair and is wearing a dark blue shirt. The background is a deep blue night sky with soft, glowing clouds and numerous small, bright stars. The overall mood is romantic and dreamy.

*¡Volveré
a
enamorarte!*

CINTIA SANTIAGO

CINTIA SANTIAGO

¡VOLVERÉ A ENAMORARTE!

¡VOLVERÉ A ENAMORARTE!

Cintia Santiago Moreno

ISBN 9798874077723

Sello: Independently published

Diseño cubierta; Mireya Murillo (wristofink)

©Cintia Santiago moreno, febrero 2024 (Safe Creative)

Queda totalmente prohibida, sin la autorización por escrito del titular del copyright, bajo las sanciones establecidas por las leyes, la reproducción parcial o total de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, y la distribución de ejemplares de esta edición mediante alquiler o préstamos públicos.

*Para aquellos que son capaces
de recubrir de oro un alma rota.*

PRÓLOGO

Venir a verle me hace sentirle más cerca, tenerle más presente. Me deshago de la rosa marchita de la vez anterior y la sustituyo por una nueva: blanca, impoluta y fresca.

Leo otra vez el epitafio: *Tu memoria vivirá para siempre en los corazones de quienes te conocieron y te amaron; tus seres queridos. Que tu alma allá arriba nos ayude a permanecer siempre unidos en tu memoria. El destino te alejó de nosotros demasiado pronto, pero nunca te alejará de nuestra memoria y nuestro corazón.*

Al releer esa inscripción sobre la lápida me embargan miles de sentimientos. La tristeza es la reacción más común, así que es lo primero que siento cuando se me anegan los ojos de lágrimas. El enojo es muy frecuente y uno de los sentimientos más confusos. La culpa, aunque yo no tuviera nada que ver con lo que sucedió. La ansiedad, por tener conciencia de verdad de la propia mortalidad y que ese momento llegará queramos o no. La conmoción por ver que tuvo una muerte anticipada. La soledad, la impotencia, el anhelo... El alivio al saber que no sufrió antes de la muerte, que fue en el acto.

Suspiro y llevo mis ojos llorosos a la copa de los cipreses que rodean el cementerio y parecen tocar el cielo violáceo, el cual anuncia que pronto oscurecerá. Al contemplarlos, divago una vez más por mis pensamientos, recordando lo que averigüé una vez al leer sobre porqué los cementerios estaban repletos de este tipo de árboles. Al parecer se trata de una costumbre muy antigua. Según la mitología, los cipreses, gracias a su forma, encaminan las almas de los difuntos hacia el cielo, además, su hoja perenne simboliza lo eterno.

En el fondo, es bonito.

Inhalo y exhalo pausadamente.

Vuelvo la mirada a la lápida para despedirme hasta la próxima vez. Siempre que puedo vengo para hacerle compañía. O que él me la haga a mí. Sí, sé que puede parecer raro, pero creo que así no nos sentimos tan solos y que nos entendemos.

—Nos vemos pronto, Marc.

SEIS AÑOS DESPUÉS



«No puede terminar lo que nunca existió...»

Esa fue la última frase que pronuncié antes de ver cómo la chica que amaba desaparecía de mi vista para siempre.

¡Y cuánto me arrepiento!

En realidad, no fue eso lo que pensé. Nuestro amor fue tan real como el hecho de que necesitas el aire para respirar. Sin embargo, lo dije. Dejé que el dolor que estaba sintiendo en ese momento hablase por mí. Pese a que, en mi cabeza, esa despedida sonaba algo así como: «Cuídate, pelirroja. Te lo mereces. Y sé feliz, no dejes que nadie te haga daño».

Verla marchar me partió el alma en miles de pedazos. Se me hizo un nudo en la garganta. No porque esperase que se quedara... Solo bastaba con no irse así de fácil. Porque, siendo sincero, cuando amas a alguien con toda tu alma se te cae el mundo encima cuando entiendes que probablemente no eras tan importante para esa persona como pensabas.

Han pasado seis años desde ese adiós y la mayor parte del tiempo sigo pensando qué fue lo que hice mal, porque le di todo lo que tenía y más. La quise más de lo que me quería a mí, le demostré que la necesitaba.

Y aun así... se fue.

A pesar de las amenazas de mi padre, hice todo lo posible por contactar con ella. La llamé cientos de veces sin obtener respuesta. El teléfono estuvo apagado durante días, hasta que semanas después ese mismo número ya no existía. Intenté hablar con sus amigas, pero fue como si todas se hubiesen esfumado. Viajé a Madrid por si había vuelto allí. No di con ella. Necesitaba hablar con Sam, preguntarle qué ocurrió para que huyera de aquella manera. Quise dejarle claro que la amaba por encima de todo y que fue un error dejar que se marchara, que debí ir tras ella.

Me arrepiento de no haberlo hecho.

Sin embargo, fue como si se la hubiera tragado la Tierra, como si nunca hubiera existido y todo lo que viví junto a ella hubiera sido un sueño. Un espejismo. Fruto de mi imaginación.

Solo que no lo fue.

Me negué a volver a este rincón del planeta porque ella ya no estaba. Este lugar me recuerda demasiado a las dos personas que más he querido en mi vida y ninguna de las dos volverán a estar aquí. Conmigo.

Después de seis años, he regresado. Daphne me ha acompañado para hacerme la vuelta más llevadera. A esa mujer le encanta perderse entre papeles y por muy cansada que esté del viaje

sigue abajo, trabajando con una copa de vino tinto y música suave.

En el fondo sabía que tarde o temprano iba a volver a este mismo lugar donde una vez, después de todo un verano juntos, casi tres meses en compañía de la chica más increíble que había conocido jamás, le prometí quererla para siempre.

Una de esas noches en las que se lo repetí por enésima vez, el cielo estaba cuajado de estrellas titilando con tal intensidad que prácticamente enmascaraban la luna. La brisa marítima se colaba bajo la piel y si prestabas atención podías escuchar el oleaje rompiendo en la zona más rocosa del acantilado.

Le decía que la quería y ella volvía a preguntarme «¿Hasta dónde?». Como la típica pregunta que haría una niña de tres o cuatro años. «Solo puedo decirte que desde donde te quiero hay unas vistas increíbles, nena, las más hermosas que haya visto nunca. El verde esmeralda lo abarca todo y encandila a todo aquel que se digne a perderse en él». Se lo susurraba cuando la tenía bajo mi cobijo; en el hueco entre mi brazo y mi pecho, mientras la aprisionaba contra mí y me perdía en su mirada, observando con devoción sus preciosos ojos. Porque en ellos, en esos ojos grandes y verdes, estaban mis vistas.

La miraba y os juro por lo más sagrado que no mentía. No. No lo hacía. De ella siempre vi lo más hermoso. Cuando se desnudaba, toda ella era luz. Podía sentir su piel, su calor, su esencia... Y sabía que si en algún momento la dejaba marchar otros tendrían esa fortuna. Joder, no era preciosa solamente en apariencia e inteligencia, sino es su forma de actuar. Era hermosa incluso cuando comía como si nunca fuese suficiente; se llenaba los carrillos y me sonreía cuando se percataba de que la observaba. O cuando le costaba quedarse en bikini al bañarnos en el mar por miedo a que me fijara más de la cuenta en esas pequeñas estrías que serpenteaban en la zona más alta de sus preciosas piernas. Para ella, esas marcas le quitaban valor a su cuerpo, para mí la hacían brillar más. Me encantaba en la forma que se avergonzaba y hacía todo lo posible por taparse. Hasta que me acercaba a ella, la agarraba por la cintura y le susurraba al oído «Te he visto desnuda mil veces, pelirroja. Me sé de memoria cada centímetro de tu piel y cada rincón de tu cuerpo. Y déjame decirte que lo adoro tal y como es». Después alzaba la mirada buscando la mía, se ponía de puntillas y me daba un beso fugaz. Acto seguido salía disparada hacia el agua para que no la alcanzase. Siempre perdía, evidentemente, y sus carcajadas inundaban el lugar y mi corazón.

Sé que me convertí en un hombre envidiado por otros cuando me veían con ella al lado, aunque Sam nunca se creyese el poder que ejercía sobre la especie masculina. La pelirroja hacía ver que no le importaba, pero siempre se tuvo en muy baja estima. Y yo solo quería cargarme con mis propias manos a los imbéciles que con anterioridad la obligaron a verse de ese modo.

He vuelto a este lugar después de todos estos años y es curioso cómo aún sigue flotando su perfume en el aire, al igual que no se ha ido por completo de las sábanas de mi cama. O quizá sea fruto de mi imaginación, pero está en el ambiente. Lo percibo.

Resulta muy doloroso vivir de esos recuerdos, pero es lo único que me dejó. Y reconozco que es bonito recordarlos. Así me lo enseñó ella. Revivir en la memoria una y otra vez esos momentos que nos hicieron tan felices y que no regresarán nunca.

Me tumbé en la cama, agotado por el viaje. Pese al cansancio, el sueño no parece que se haga presente, pues al llegar aquí no he dejado de pensar en todo lo que nos ocurrió, como un fogonazo de recuerdos, imposible de apagarlos.

Ella durmió tantas noches apoyada en mi pecho...

De madrugada, antes de caer vencida por el cansancio siempre me volvía a preguntar si

seguiría estando con ella y si continuaría queriéndola a la mañana siguiente. Puede que por miedo a volver a sentirse inferior o poco valorada como en sus antiguas relaciones. Sam nunca tuvo la oportunidad de estar sola, de conocerse de verdad para saber lo que valía realmente.

«Nena, de noche y de día. Hoy y mañana. Cada segundo, cada minuto, cada hora de mi vida...». Notaba cómo sonreía contra mi piel cada vez que le contestaba. Después, la abrazaba más fuerte al sentirla tan feliz, pero con una delicadeza desesperante.

En esto tampoco miento. A día de hoy es cierto que la sigo queriendo. La quise cada noche, al despertar y cuando ni ella misma preguntaba. La quise de todas las maneras posibles. Ojalá existiera una forma de hacer que ciertas personas regresaran a nuestra vida.

Pero no es posible.

No funciona así.

Todo lo que le susurraba aún sigue dominante en mi corazón.

La quiero y, ahora que he vuelto, no sé qué hacer si me tropiezo con ella.

Si la vuelvo a ver me gustaría poder preguntarle qué ocurrió para que tomase aquella decisión.

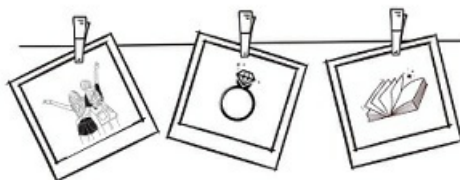
Sin embargo, sé que todo ha cambiado. Ella tendrá una vida. Al igual que yo.

Exasperado por todos estos pensamientos salgo de la cama porque sé que no podré conciliar el sueño aún. Deslizo las suaves cortinas blancas y abro la puerta corredera del balcón de mi habitación. El olor a mar y la brisa me golpean en la cara. Una luna gigante, blanca y luminosa, apagando a los demás astros entorno a ella, reina el manto oscuro.

Cojo aire para llenarme los pulmones de esa sensación que me provoca el mar.

Lo he echado de menos.

2 SAMY



Cierro los ojos y los vuelvo a abrir cuando creo que tengo la situación controlada y los recuerdos no van a atacarme de improviso.

Por lo visto, me equivoco.

“506” de Morat y Juanes resuena en todo el local. Me adentro en mis pensamientos una vez más, a la par que muevo en pequeños y lentos movimientos circulares la pajita que baila en el contenido de mi vaso. Esta se pierde en la poca espuma blanquecina que se ha formado sobre el líquido con sabor a lima que pedí hace unos minutos. Es el segundo que saboreo. Sin alcohol porque tendré que conducir después.

Mientras doy pequeños sorbitos y mi mirada se pierde en esa espuma, esa canción sigue sonando. Aunque hago todo lo posible por no prestarle demasiada atención, pues mis pensamientos gritan mucho más alto en mi mente y apenas me llega la melodía amortiguada por las voces del resto de clientela del local y que llegan a mis oídos.

Hay escenas que rememoro cuando la nostalgia me invade. Visto así puede resultar algo enfermizo, pero no puedo evitarlo. Soy capaz de reproducirlas en mi cabeza una y otra vez como si fuera una película. Las noches que disfrutamos del cine de verano en la playa, los paseos en moto de agua, saltar desde las rocas del acantilado que colindaba con su casa en aquella cala, cuando hacíamos snorkel por la zona, las noches de pasión a la orilla del mar, las fiestas en la piscina con nuestros amigos, las salidas en moto para perdernos por la ciudad... Esas semanas de verano dieron mucho de sí.

Después, cuando llevo un buen rato sumergida en ellos, pienso en el Erick de ahora, preguntándome si cabe la posibilidad de que él siga pensando también en mí o si por el contrario me habrá olvidado.

Con el tiempo conseguí desterrar algunos pensamientos para no perder el control de mi vida y que me siguieran haciendo daño, aunque esos recuerdos formaran parte de los mejores de mi vida. Los guardé bajo llave como si de un tesoro se tratase, sabiendo que no me hacían ningún bien. Entendí que me aferraba a los recuerdos para poder seguir adelante y que no me hacían ningún bien, hasta que un día me obligué a empezar de cero.

No obstante, cuando bajo la guardia, vuelvo a ellos. Porque, por mucho que lo neguemos, estamos hechos de recuerdos. Y a mí me perseguirán toda la vida.

Me gusta pensar que he pasado página, aunque a veces vuelva a esa mirada oscura y penetrante que logró brillar más que cualquier galaxia.

Sigo disfrutando de los veranos, al igual que de cualquier otra estación, pero desde aquel

ninguno ha sido igual. Y eso es lo que me hace recordar.

Otra vez.

El haber compartido con Erick una mínima parte de mi vida, hizo que la misma se dividiera en dos. Sé que esto no lo llegará a entender mucha gente y les parecerá excesivo, pero no puedo mentir. Así fue. Estoy completamente segura que si ese alguien especial se convierte en algo importante para ti, por mucho que pasen los años, ya sean dos, diez, veinte o sesenta, seguirás recordándolo y tu vida se basará en antes de conocer a esa persona y después de ella.

Nunca sabrá cuánto me costó marcharme. Siempre se quedará con el final, cuando lo abandoné, pese a que le prometí que nunca lo haría. Que podía confiar en mí. Jamás tendrá idea de cuánto me dolió, cuántas lágrimas derramé y las que sigo reprimiendo ahora mismo. Porque le lloré muchísimo. Como una niña pequeña. Como cuando se pierde lo irrecuperable. Con todo el dolor de mi corazón y con todas las lágrimas que podían brotar de mis ojos. Maldita sea, le lloré con toda mi alma, con ira, con amor y con rabia. Lloré por cada una de nuestras promesas, de nuestros planes, de mis sueños, de los suyos. Lloré de todas las formas posibles y no fue suficiente.

Alejarte de alguien con quién querías compartirlo todo, realmente duele.

Cuántas veces he suplicado dejar de amarlo como lo hago o, al menos, para tener la fuerza, el coraje y la valentía que tanto me caracterizaba para enfrentarme a lo que sea o a quien sea de una jodida vez y elegirme a mí para después elegirle a él.

Aunque, después de tanto tiempo...

Eso jamás sucederá porque la amenaza por la que me largué sigue vigente y ese cabronazo ha buscado la manera de ir recordándomelo poco a poco durante estos años.

Si lo pienso bien, y con la madurez que he adquirido con el paso del tiempo, reconozco que sí actúe como una cría ante la primera amenaza y su posterior chantaje. Pero es que no tenía opción. Puede que si lo hubiera hablado con Erick, con mi familia, con Máximo... entre todos hubiéramos hallado la forma de solucionar aquello. No obstante, sé de lo que era capaz aquel malnacido. Era un maltratador y destrozó la vida de su mujer e hijos. No le temblaría el pulso al hacerlo de nuevo. Solo bastaba mirar a ese hombre a los ojos para ser consciente de su maldad y de lo que sería capaz de hacer si no conseguía lo que ansiaba.

Erick merecía ser feliz después de todo lo que le estaba costando sanar. Y mi familia no merecía sufrir por mi relación ni mucho menos mi hermana iba a perder a su bebé. ¿Estaba loca? Ese hombre cumpliría su palabra y yo no tenía que pensarme nada. Estaba clara la opción. Al menos, en esos tiempos.

Al tomar aquella decisión me perdí a mí. Dejé de ser la Samy de siempre. Me apagué mucho más de lo que pude apagarme en cualquier otra ocasión. Porque seamos sinceros ¿en qué momento dejé de pensar en mí para centrarme tan solo en los demás?

Así que sí, lloré. Lloré como una jodida loca. Y lo extrañé. Lo sigo extrañando. Y no solamente cuando estoy en mi cama a las tres de la madrugada cuando el insomnio se apodera de mí y pienso en todo ello. No. Sino a las tres de la tarde o a cualquier otra hora cuando río con mis amigas, cuando disfruto de algo que me gusta, cuando contemplo un atardecer y pienso «Ojalá estuviera aquí.»

Resoplo y pego un gran sorbo de la pajita.

Levanto un poco el móvil que descansa sobre la barra para mirar la hora. Llega tarde...

Vuelvo a resoplar.

Primera cita y llega tarde.

Lo espero unos minutos más. El tiempo justo para terminarme la copa y ahondar un poco más

en los recuerdos. Esos que siguen poniéndome los pelos de punta y que, francamente, no me hacen ningún bien. Pero me es imposible borrarlos de mi mente. Y mucho menos de mi corazón. El primer amor, y de esas características, nunca podrá caer en el olvido.

—Buenas noches, preciosa —diez minutos después aparece Samuel sofocado e intentando coger aire, pues parece que haya venido corriendo. Deja el maletín en el suelo y me da dos besos a la par que se afloja la corbata. —¡Llego tarde, lo sé! Perdóname, tenía que terminar unos informes para mi jefe...

—No importa —levanto la mano para que se detenga y no dejo que termine la frase. Y es cierto, no puede importarme menos su excusa. Quizá, la Samy de antes le hubiese dado otra oportunidad y se hubiese quedado para conocerlo más. Me presentaron a Samuel en una fiesta de Navidad el año pasado. Su aspecto de chico inteligente, con gafas como envoltorio a unos ojos castaños muy bonitos, la barba de un par de días y su habitual uniforme compuesto por traje y corbata, me gustó nada más verlo. Desde entonces ha ido tras de mí. Sin embargo, a la Samy de veintiséis años recién cumplidos, a esa mujer en la que se ha convertido y la que se ha vuelto más selecta a la hora de elegir si quiere a alguien para solo pasar una noche o para algo más, ni siquiera sabe por qué demonios se ha quedado esperando media hora a este tío que, por muy guapo que sea, he llegado a ver que él no va conmigo. Y, la verdad, no tengo ganas de perder el tiempo ni de darle la oportunidad de demostrar que es un gran tío.

—Mira, Samuel, llevas meses ligando conmigo, queriendo una cita... —frunce el ceño sabiendo que lo que voy a decirle será un chasco para lo que vaticinaba como una noche de charla, copas y sexo —y de verdad que me pareces un tío enrollado, bastante atractivo e inteligente. Voy a ser sincera, no me apetece perder el tiempo y estoy completamente segura de que esto no funcionaría.

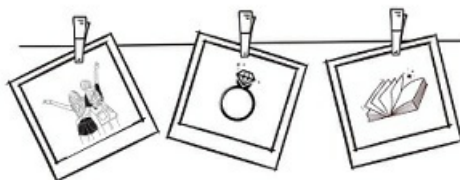
—Pero...

Me levanto del taburete alto frente a la barra, me estiro la falda por las pequeñas arruguitas que hayan podido formarse en la tela y pago a la camarera bajo la mirada incrédula de Samuel.

—No soy la mujer que buscas, Samuel. Te estoy haciendo un favor y prefiero ser sincera. —Le dedico una mueca que simula una sonrisa. —Mira, este lugar está repleto de chicas guapas —ojeo el local y él lo hace conmigo. —Estoy completamente segura de que a más de una le encantaría que la invitases a una copa y lo más probable es que desee pasar la noche contigo.

Vuelvo a dedicarle una sonrisa forzada, cojo mi bolso y me largo de aquí con paso firme, marcando los tacones en el asfalto cuando cruzo la calzada hasta mi Mini.

3 SAMY



Ha sido un día duro en el trabajo. La última sesión con Izan me ha hecho recordar todo lo que viví con Erick. Quizá de ahí que haya vuelto a aquel verano de hace años. Me planteé seriamente ayudarlo a encontrar otro psicólogo que le tratase, pero finalmente cambié de opinión. Izan es un chico de diecinueve años que anduvo perdido mucho tiempo y que me recuerda demasiado al amor de mi vida, pues la suya no ha sido nada fácil y en ese aspecto se parecen demasiado.

Sinceramente, ese chaval no se puede permitir pagar mis sesiones, pues me he labrado un buen nombre, y su familia lo estaba pasando mal como para tener que pagarme a mí. Sin embargo, topé con él un día cualquiera en un parque cercano a la consulta, cuando me obligué a salir para tomar un poco el aire ya que aquellas cuatro paredes me estaban asfixiando. Era invierno, estaba nublado, se esperaban lluvias y hacía bastante frío. Los árboles estaban secos y no había nada alrededor que te resguardase de esa temperatura. Pese al tiempo, paseaba bastante gente por la zona. Así que me senté en un banco, obligándome a darme un respiro, frente a ese chico. Al principio no me percaté de su presencia, pues necesitaba llenar mis pulmones del aire invernal, observar cómo las hojas del suelo se empapaban por la humedad y desestresarme un poco. Cuando reparé en el muchacho observé que tenía muy mala cara y se notaba a la legua, para aquel que se dignase a observar un poco más a su alrededor y sintiese un poco de empatía, que a ese chico le ocurría algo. Me fijé en que estaba demasiado delgado, con ojeras muy marcadas y que tiritaba de frío. Me atreví a acercarme. Con tiento me senté junto a él y le presté mi bufanda. Izan clavó su mirada en la mía y al hacerlo, imaginé a un Erick de veinte años deambulando por la ciudad en busca de algo que le calmase el dolor del corazón y sin la ayuda necesaria. El chaval tan siquiera habló, pero aceptó la prenda. Yo le ayudé a colocársela. Justo después, saqué un pañuelo del abrigo y se lo tendí, pues sé a la perfección cuando alguien se derrumbará tarde o temprano. Le sostuve la mano sobre sus rodillas que se movían impacientes a la par que sus pies en el suelo y clavé mis pupilas en las suyas. No sé lo que Izan vio en mí aquel día, pero lo único que necesitaba es que alguien lo escuchase de verdad y recibir la ayuda que no supo pedir. Desde entonces tenemos una cita cada semana y sin coste alguno. Izan se implantó de algún modo en mi corazón y me es casi imposible negarle nada a ese chico. Por eso, esta mañana cuando me llamó, despertándome incluso antes de que sonase el despertador, no dudé en acudir en su ayuda.

Si al madrugón le sumamos lo mal que duermo últimamente y lo largo que se me ha hecho el día, lo más normal sería llegar a casa, darme un baño relajante, pedir algo de comida, pues ni he podido hacer la compra, y descansar.

Sin embargo, necesito despejarme y no me apetece ir a casa aún.

Arranco el coche y el motor ruge solitario en esta calle. Por inercia pulso el modo aleatorio de la *playlist* de Spotify y reposo unos segundos la cabeza en el asiento. Cierro los párpados. Al instante comienza a sonar esa canción que tantos recuerdos me trae, seguida de otras muchas que he ido agregando a esa lista y que me hacen pensar mucho más, pues es como si nada hubiese cambiado y su presencia estuviera aquí.

Esa mezcla entre pop urbano y *reggae* cuando la voz de Beret canta envuelve el interior del coche al momento. Pese al haber marcado la opción aleatoria, la primera canción que ha empezado a sonar me hace regresar a aquella vez que la oí con él. Casi río por lo sarcástico de la situación. A veces llamamos música a lo que en realidad es escuchar recuerdos. Deseando poder revivir todos y cada uno de ellos.

Si pudiera elegir solo uno de ellos para vivirlo de nuevo tendría muy claro cuál sería.

Por lo que sin pensar ni un minuto más, y aunque sea noche cerrada, me incorporo a la carretera y me dirijo hacia allí. A sabiendas de que en aquel lugar no haya nada esperándome...

Ni nadie.

Salvo la felicidad que sentí tantas veces.

Bastantes minutos después, aparco y apago el motor sobre la zona que parece estar destinada a ello en lo alto del acantilado.

Maca responde tras varios pitidos y su voz es ahora la que inunda el silencio del interior del vehículo, pues todavía tengo el móvil en manos libres.

—¿Samy? ¿Se puede saber dónde te metes? Creía que ibas avisarme si iba bien tu cita.

Inspiro hondamente para coger aire.

—Estoy en la cala.

—¿Qué? Samy... ¿Te encuentras bien? ¿Estás segura de lo que estás haciendo?

Pienso en todo a la vez.

—Es muy tarde y te has metido en carretera... ¿Estás ahí, Samy? Necesito saber que estás bien —su cariñosa voz me muestra que verdaderamente está preocupada.

Al fin hablo.

—Sí, tranquila. Sabes que desde que regresé hace un año he querido venir, pero buscaba excusas para no hacerlo.

—¿Y qué ha cambiado?

Suspiro pausadamente.

—Que he pasado seis años de mi vida echándolo de menos y esta noche he sentido que ya no podía más —me pellizco el puente de la nariz.

—Eso quiere decir que la cita con Samuel ha ido mal ¿no?

—Directamente es que no ha habido cita.

—Ay, cariño... —suspira y casi puedo verla a ella también llevándose los dedos al puente de la nariz y pensando qué decirme. —La verdad es que no sé qué decirte, Samy.

—No tienes que decirme nada, Maca. Solo necesitaba hablar con alguien y no pensar demasiado en si me he vuelto loca.

—No lo estás, Samy. Ten cuidado, ¿vale? ¿Quieres que vaya a tu casa y pase la noche contigo?

—No hace falta. Llegaré tarde. Además, a este paso Carlos me va a mandar a la mierda por hacer que, otra vez, no duermas en casa con él.

—Sabes que él jamás haría eso. Te quiere con locura.

—Lo sé —cierro los ojos mientras me armo de valor para bajarme del coche. —Yo también os quiero. Estaré bien, no te preocupes. Te enviaré un mensaje cuando llegue a casa.

—De acuerdo. Llámame si necesitas algo.

—Claro. Duerme tranquila.

Cuelgo la llamada y el silencio se hace de nuevo.

Inhalo y exhalo repetidas veces.

Abro la puerta y me descalzo, pues los tacones me siguen pareciendo una tortura y me están matando. La oscuridad del lugar se cierne sobre mí una vez fuera, salvo por la luz plateada que irradia la gran luna llena que hay esta noche, siendo así más complicado apreciar el cielo atestado de estrellas.

Camino hasta el borde. Al hacerlo la suave brisa marina irrumpe contra mis piernas desnudas por debajo de la falda entubada hasta llegar a mi rostro.

Los únicos sonidos que me acompañan son los de las olas del mar contra las rocas y el ligero viento que mece suavemente mi melena, fusionándose para convertirse en uno, el cual me estremece la piel del todo el cuerpo.

Fijo mi mirada en ese camino que dibuja la luna reflejada en el mar. *Mangata*. Creo recordar que se le atribuía ese nombre en sueco. Siempre me ha fascinado ese efecto.

Los recuerdos llegan de golpe. Otra vez. Una mezcla de dolor y felicidad. ¿Es posible sentir ambas cosas a la vez?

Echar de menos el pasado es como correr detrás del viento. Cuando eres capaz de sentirlo, ya se ha esfumado.

De repente tengo frío y la piel se me eriza una vez más. Me abrazo y froto mis brazos desnudos con mis manos para llenarme de calor. Es verano y evidentemente no hace frío, por eso pienso que lo que se cuela bajo la piel no es el frescor marino, sino el gélido sentimiento que me persigue desde que me separé de él.

Ante ese pensamiento me armo de valor para girar la cabeza y llevar mis ojos hasta esa preciosa casa que reina el lugar y que me regaló los mejores momentos de mi vida. Por un momento lo hago con miedo, por si él está ahí dentro y puede verme desde los grandes ventanales de esa gran terraza. Luego recuerdo que la última vez que hablé con Pedro me contó que se fue al extranjero para trabajar en uno de los negocios que le encomendó su padre. No he mantenido mucho el contacto con Pedro, salvo porque cada equis tiempo me intereso por él, su mujer y los chavales; aunque la gran mayoría ya no lo son tanto, y le ofrezco mi ayuda con ellos.

Lo que me hace pensar en cuánto habrá cambiado Erick, si comparte su corazón con alguien, en lo que habrá sido de su vida y en lo que se ha convertido la mía. ¿Será feliz? ¿Su pasión seguirá siendo la fotografía? ¿Habrá encontrado de nuevo el amor?

Cuando me largué de allí como alma que se lleva el diablo, anduve durante un buen rato hasta que Maca y Carlos me recogieron por el camino.

Estaba destrozada por lo que acababa de ocurrir. Seguía pensando que aquello no podía estar pasando, que debía ser una pesadilla.

Me coloqué en la parte trasera del coche de mi amigo, bajo la protección de los brazos de esa rubia que es como una hermana. Me abrazó fuerte y... entonces me derrumbé del todo.

No puedo explicar el dolor que sentí. Tardé semanas en rehacerme. Tanto fue así que, sabiendo que las clases no comenzarían hasta el siguiente mes, viajé a mi tierra, a mi hogar, y así estar con mi familia. Hice de tripas corazón para recomponerme, volver a ser yo. Sin embargo, fui incapaz de ser yo al completo. Una parte de mí se resquebrajó para siempre.

Transcurrido ese tiempo en el que desistí por volver a sentirme bien, decidí regresar a Madrid y seguir con mi carrera. Creo que ahí fue cuando me la tomé mucho más en serio que nunca. Me volqué en ella y dejé lo demás de lado. Pasó el tiempo y adquirí la Licenciatura con la mejor nota de mi graduación. Consagré mi vida a ella para no pensar en nada más y obtuve mi recompensa.

Conseguí trabajo rápidamente. Era buena. Muy buena. Y yo lo sabía. Supe aprovechar cada tren que pasó e hice ciertos contactos que me vinieron de perlas para destacar aún más y poder abrir mi propia consulta. Y así fue como me hice un nombre en la capital. Me forjé un camino seguro. Un camino con el que pude pagarme todos los lujos que quería, como si así pudiera aplacar otras sensaciones y llenar el vacío que sentía. Un año después me mudé a Barcelona, pues me sentía sola en esa ciudad. Maca encontró trabajo en una empresa de marketing y vivía con Carlos en esta gran ciudad costera. Vicky finalmente alcanzó la fama, reconocida como una de las mejores modelos del país, y también se mudó aquí con su novio; Óscar. Sí, tras aquellos meses de verano parece que una de ellas también encontró el amor. Sole y Susana consiguieron trabajo en otras ciudades y yo me quedé sin nadie. Me convertí en una mujer que conseguía lo que se proponía, una hija y hermana que se desvivía por hacer feliz a su familia y una tía que adoraba a su sobrina de cinco años con todo su corazón, pero seguía sintiéndome sola y pensé que no pintaba nada en Madrid. Necesitaba cambiar de aires.

En el momento en que la primera lágrima cae por mi mejilla me la limpio e inspiro hondo, cerrando los párpados con fuerza. Seguidamente, cuelo mi mano por debajo del brazo y con mis dedos rozo esa zona que guarda un recuerdo de aquel momento, de aquella confesión, de aquella felicidad, de aquel amor... Una palabra escrita con tinta en mi piel para siempre. Su recuerdo incrustado en mí.

Pasados unos minutos, los abro y mi mirada recorre la parte alta de esa gran casa. Al hacerlo, la sombra de lo que parece un hombre se cuela en mis retinas y el miedo se apodera de todo mi ser.

Sin pensarlo ni un minuto más, me dirijo con paso acelerado hacia el coche. Enciendo el motor y apago las luces hasta salir a la carretera para que nadie me vea.

El corazón me late a una velocidad pasmosa.

¿Ese era Erick? ¿Habrà vuelto? ¿Me habrá visto? No puede ser. Imposible. Me hubiese enterado por Pedro que si iba a volver. O incluso por Óscar, sé que ellos han estado en contacto.

Quizá, finalmente, vendió la casa.

O solo haya querido ver fantasmas donde no los hay. Las dudas empiezan a recorrerme de arriba a abajo y el miedo por que quien fuera me haya visto se implanta en cada latido.

Mientras desaparezco de allí a toda velocidad noto la piel de gallina, la respiración agitada y el anhelo de que mi cuerpo y mi corazón deseaban que Erick estuviese allí, observándome.



Camino hacia la entrada del local con el convencimiento de que la mujer que visualicé anoche era ella. Aunque no puedo asegurarlo. Estaba muy oscuro y apenas discernía una sombra más entre todas las que había alrededor. Sería alguna extranjera de la zona, por lo que aparto ese pensamiento cuando llego hasta esa otra mujer que está de espaldas y ocupa gran parte de mi corazón.

—Hola, cielo —viste un conjunto de dos piezas en blanco, sencilla y veraniega, pero elegante como siempre.

—Mamá... —me agacho para darle un beso en la cabeza a la par que la atraigo hacia mí por el hombro y ella apoya su mano en mi cuello. La última vez que la vi fue hace un par de años, cuando la convencí para que viniese a visitarnos a Nueva York. Finalmente, a ese plan se sumó mi padre, cuya decisión de venir fue intentar dejar claro que se merecía un descanso y que no podía dejar sola a mi madre. Según él, están mejor juntos y lo hace por amor, cuando todos sabemos que es porque no soporta que mi madre viaje sola. Es un celoso de mierda y no soporta que los demás sean felices sin que él esté al lado.

La he echado de menos. Muchísimo. Hemos hablado cada día, pero en cuanto supo que vendría me dejó muy claro, por su petición y su tono, que debíamos vernos lo antes posible.

—He pedido una botella de vino. Espero que te parezca bien —me informa cuando tomo asiento frente a ella.

—Está genial.

—Lo digo porque como tú...

—Tranquila. Hace mucho tiempo de eso, mamá. Está todo controlado.

—No sabes la alegría que me da oír eso, hijo —agarra mi mano sobre la mesa y la aprieta, sonriéndome con todo el cariño que durante años no le permitieron demostrarme.

Durante unos minutos nos perdemos en la mirada del otro, diciéndonos mucho más en el silencio que con las palabras. Ella sintiéndose mala madre por no estar cuando la necesitó. Y yo sintiéndome un mal hijo por no estar cuando me necesitó.

—De hecho, aprovecho para pedirte perdón, Erick. Fui una madre horrible cuando más necesitabas mi ayuda y te abandoné. No me lo perdonaré jamás —sus ojos se humedecen al recordar por todo lo que ambos hemos pasado.

—Yo tampoco lo hice bien. Me perdí a mí mismo, me dejé llevar por el dolor y también te abandoné. No pienses más en eso. —La sostengo de ambas manos y me las llevo a los labios para besarlas con el sentimiento que tampoco me permitieron.

La noto cambiada. Sigue teniendo ese atisbo de tristeza en sus ojos, pero parece menos llamativo, como si albergara la esperanza de un cambio.

Para mi sorpresa, ha elegido un restaurante muy bonito. Ni lujoso ni pijo como esos a lo que suele estar acostumbrada a ir en Barcelona, con una lista de espera de meses y en los que solía reservar mi padre. O, más bien, a esos en los que sobornaba a los empleados para llevar allí a sus clientes más preciados o próximos inversores en el mundo de la noche y, así, alardear de cuanto poseía el gran Martín de la Torre. Supongo que ha elegido un lugar así, cansada de ser obligada a ir a los otros por verse arrastrada por mi padre. A demostrar la gran vida que se gastaban los De la Torre.

De hecho, este restaurante no tiene nada que envidiar a los otros. Me recreo un momento en la decoración exótica. La vegetación por todo el local, la madera en algunos rincones, los muebles, que mezclan estilos rústicos y africanos, son los protagonistas de un interiorismo rompedor pensado hasta el más mínimo detalle para conquistarte por todos los sentidos.

—¿Qué tal por la gran manzana? ¿Tus tíos te han tratado bien? —ambos me han tratado demasiado bien. Llevábamos años sin mantener el contacto. También gracias a mi padre, que siempre quiso apartarnos de todo aquel que nos hacía bien.

—Todo bien.

—¿Y Daphne? ¿Qué tal está?

—Ha cambiado mucho desde que la viste por última vez. Desde luego se ha convertido en una gran mujer. Tiene muchas ganas de verte —la hubiese visto cuando fue de visita a Nueva York. Finalmente, mi padre acaparó toda la atención de mi madre y la obligó a visitar junto a él a antiguos conocidos, por lo que los días pasaron y a penas pudimos cuadrar horarios para que mi madre y Daphne coincidieran.

—¡Oh, y yo a ella, cariño!

—Pues podrás hacerlo pronto.

—¡Anda! ¿Y eso?

—Porque ha venido conmigo. Hacía mucho tiempo que no se tomaba unas largas vacaciones y decidió aprovechar la ocasión.

—¡Que alegría! ¿Y por qué no te ha acompañado para comer?

—Porque cuando me llamaste para quedar pude apreciar en tu voz que querías contarme algo importante, por lo que supuse que preferirías que no hubiese nada ni nadie que nos distrajese.

—Pues... pensaste lo correcto —expresa una mueca.

—¿Y bien?

Mi madre se acomoda en la silla y coge aire. En ese momento aparece el camarero para ordenar la comanda, por lo que eso le da unos segundos más para soltar lo que tiene que decir.

Una vez que el camarero desaparece con nuestro pedido anotado en su PDA, frunzo el ceño preocupado y la insto a que hable.

—Verás, hijo... —vuelve a coger aire —tu padre está enfermo.

Lo primero que hago es tragar. Lo hago porque llevaba un rato sin hacerlo y ni me había dado cuenta. Supongo que por la tensión de saber qué era lo que iba a decirme.

Tras unos segundos, me enderezo en el asiento, cuadro los hombros y alzo la barbilla.

—¿Y?

—¿Como que «y»... Erick? Es tu padre.

—Me da igual quién sea. Ese hombre jamás se ha comportado como tal. De hecho, llamarlo por el término papá nunca me ha parecido apropiado. Y parece mentira que seas tú la que esperes que eso cambie a estas alturas. Después de todo lo que nos ha hecho. Después de todo por lo que

te hace pasar...

Mi enfado aumenta por momentos.

El día que encaré a mi padre, después de encontrarlo propinándole una paliza a mi madre, de romperle alguna costilla, acabar en el calabozo durante una noche y que mi madre lo perdonase, otra vez, comprendí que no se puede ayudar a quién no se deja. Me prometí que no me echaría eso también a la espalda, que no podía cargar con ese peso cuando ya cargaba con el mío propio. Sin embargo, esta mujer que tengo delante con el revelado dolor en los ojos, es mi madre, no es una persona cualquiera, es quién me dio la vida y no puedo dejar que un monstruo se la arrebatase a ella. Se merece ser feliz sin el desgraciado de mi padre. Así que por mucho que entienda que quién debe poner cartas en el asunto sea ella, siempre hay algo con lo que poder ayudar. Y en eso estoy ahora mismo. En realidad, llevamos meses tras esa idea, buscando la manera de hacerle pagar a ese hombre por todo el daño que ha hecho y, así, hacerle la vida más fácil a mi madre. Y a los demás.

Ella suspira, cansada por toda esta situación.

—Sigo sin comprender por qué no te separaste de él hace años —me pellizco el puente de la nariz.

—No es tan fácil, Erick.

—Pues yo creo que sí, mamá.

—No sabes lo que dices. Ya conoces a tu padre.

—¡Por eso mismo! —alzo la voz dando un golpe seco en la mesa, haciendo que los cubiertos suenen al chocar entre sí y las copas se tambaleen. Por un momento todo el mundo nos mira. Así que intento tranquilizarme.

Joder, me exaspera esta situación. Ese monstruo cualquier día la matará y a mí no me deja hacer nada. Es muy complicado ayudar a alguien cuando se niega por completo a recibir esa ayuda. Sin embargo, ya tuve bastante una vez perdiendo a alguien que quería con todas mis fuerzas y me niego a pasar de nuevo por algo así. Nunca olvidaré el día que el personal médico de urgencias me asistía a mí, mientras veía cómo se llevaban a mi hermano yaciendo sobre una camilla bajo una sábana. Y no quiero que cualquier día de estos llegue alguien a casa, o yo mismo, y me encuentre a mi madre muerta en el suelo por alguna paliza que le haya propinado ese mal nacido.

Mi madre desvía la mirada unos segundos, exasperada también por toda esta situación. Hasta que vuelve a llevar sus ojos azules a los míos y puedo apreciar las lágrimas que empiezan a acumularse en ellos.

Entonces pregunto. Más bien por ella que por saber realmente el estado en el que se encuentra mi padre.

—¿Y se puede saber qué tipo de enfermedad es? Porque supongo que no querrás informarme de que ha contagiado la gripe.

—Pues no, Erick. No es la gripe. A tu padre le han diagnosticado la enfermedad de *Huntigton*.

—Vale. —Enarco una ceja. —¿Y se puede saber qué tipo de enfermedad es esa?

El camarero vuelve a hacer su aparición para dejar nuestra comida sobre la mesa. Para ella una ensalada y para mí una hamburguesa. Aunque yo no piense probar bocado. Se me ha cerrado el estómago.

—Pues al parecer es una enfermedad poco frecuente que provoca una degeneración de las células nerviosas del cerebro. Se supone que es hereditario, pero nadie en la familia de tu padre lo ha sufrido. A menos que yo sepa. Los síntomas suelen aparecer después de los cuarenta. Por lo que supongo que tu padre se lo ha callado hasta que su estado no podía ocultarse más. Tiene una

amplia repercusión en las capacidades funcionales y genera algunos trastornos, entre ellos los de movimiento.

Sin quererlo suelto una risa sarcástica. Manda huevos. Al final la misma vida le dará un escarmiento a ese hombre.

—Erick, no es para tomárselo a broma. —Frunce el ceño mi madre, preocupada por mi reacción.

—Créeme, no lo hago. Ahora lo entiendo todo.

—¿El qué entiendes? —pregunta cuando no sabe a lo que me refiero.

—Pues que ahora entiendo por qué no presentas ningún signo de que hayas estado bajo la furia y los puños de ese hombre, por lo menos en las últimas horas, y tu mirada haya cambiado.

Mi madre esboza una sutil sonrisa demostrándome que en parte se alegra de lo que ha ocurrido. Pese a que sea tan buena que no le desea el mal a nadie. Tan siquiera a su maltratador.

—¿Cuánto hace que se la diagnosticaron y cuánto hace que lo sabes?

—Supongo que años y... meses. La enfermedad está muy avanzada y Martín lleva semanas postrado en una cama.

—¿En el hospital?

—En casa. Cuando no le quedó más remedio que contármelo adaptó la habitación para cuando la necesitase.

Asiento varias veces sin decir palabra. Lo más normal es que hayan contratado a una persona que lo cuide en casa y cuente con la ayuda de mi madre.

Exhalo todo el aire que tenía retenido.

La verdad es que no sé qué decir. ¿Debería darme lástima? Es mi padre al fin y al cabo, pero... no lo siento así. No siento pena por ese hombre.

—¿Vas a ir a verlo? —me hace regresar de mis pensamientos mi madre.

—No —respondo sin vacilar.

—Erick, es tu padre y quizá deberías hablar con él antes de que sea demasiado tarde...

—He dicho que no, mamá. Respeta mi decisión. No me veo capaz de volver a ponerme frente a él. Al menos de momento.

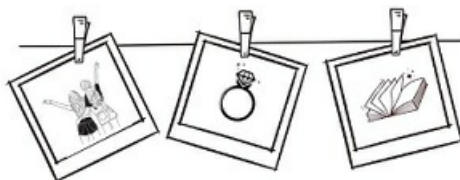
—Está bien, hijo. Solo quería que lo supieras por si necesitabas decirle lo que durante tanto tiempo te oprimió el pecho, desahogarte y, aunque no seas capaz de perdonarle, puedas despedirte como es debido antes de que sea tarde y cargues con otra culpa más.

Pienso en ello. En que esta mujer es fascinante y se merece una vida maravillosa. Una que le arrebató mi padre el día que lo conoció. Aun siendo una víctima piensa en ese hombre que está enfermo. O más bien, en su hijo, en el único que le queda vivo, en que no quiere que el rencor inunde sus venas y corrompa su corazón una vez más. En que ese hijo necesita un perdón, aunque aún no sepa cuál. Por eso me digo que lo haré. En algún momento tendré que ir a verlo y enfrentarme a él. No obstante, aún me es imposible. Necesito tiempo, sobre todo para terminar lo que empezamos, porque el día que llegue la hora en que ese hombre desaparezca de este mundo, lo haga sabiendo que no se salió con la suya. Y no es venganza, es un acto de justicia.

—Venga, come algo, hijo. Para eso hemos venido, ¿no? —sonríe para apartar la sensación que nos había envuelto y disfrutar de la comida mientras nos ponemos al día.

Me obligo a hacerlo, pese a que una sensación extraña se haya implantado en lo más profundo del estómago.

5 SAMY



Una vez que me he puesto los pantalones cortos y una camiseta de propaganda; algo desgastada por los años que llevará entre mi ropa, me sirvo una copa de vino blanco. Aún espero la que será mi cena esta noche y que pedí hace ya bastantes minutos.

Hoy también ha sido un día largo. De hecho, lo ha sido toda la semana. Lo cual me hace pensar que necesito unas vacaciones. ¿Cuánto hace que no disfruto de unas?

La estancia emite una suave luz cálida gracias a la lámpara de pie que coloqué en ese rincón, entre los dos sofás camel. Desde atrás de la encimera de mármol de la cocina abierta, paseo la vista por todo el salón. Examino la pared de ladrillo visto, que luce un gran cuadro de un atardecer que llegaba a nuestros ojos y se colaba bajo nuestros pies en esta ciudad. Uno de tantos que marcó mi vida. Hace años que guardaba esta fotografía. La hice justo antes de que un chico frío, empeñado en distanciarme de él, se cuestionara el porqué de mi pasión por ese abrazo del sol en el horizonte y bañaba el cielo de colores tan espectaculares.

En cuanto puse un pie en este piso y vi esa pared supe que había encontrado el lugar perfecto para exponerlo.

Sigo recorriendo esa pared hasta clavar mis ojos en esa gran librería empotrada a la gran pared y repleta de libros. Años después de desaparecer mi vida siguió su curso. Me levantaba temprano, aunque no fuese mi fuerte, me duchaba, me arreglaba, preparaba mis cosas y salía en busca de alguna cafetería en la que degustar un buen café antes de empezar a trabajar. Tenía mis cafeterías de confianza, aquellas en las que ya me conocían por la cantidad de veces que las frecuentaba. No obstante, había días en los que me apetecía que nadie me conociera, así que buscaba alguna en la que pudiera perderme un par de horas. En ocasiones me tiraba una eternidad enfrascada entre las páginas de un buen libro. A veces, me tentaba el hecho de volver a abrir un documento y dejar fluir a mis dedos. Todas esas historias seguían floreciendo en mi cabeza, pero nunca las dejaba crecer. Las cortaba de raíz. Y así una vez tras otra... Me negaba a escribir.

Se me escapa un suspiro al recordar algunas historias de todas las que he leído a lo largo de mi vida. Lleno los pulmones de aire al pensar en las que yo he dejado de contar. Recuerdo lo que sentía al escribir. Lo apasionante que era la narrativa de la trama, la manera de hacer creíble una situación, que cada texto que escribía fuera único, reconfortante, emocionante y divertido.

Lo más rápido que puedo aparto ese último pensamiento de mi mente.

Relleno un poco más la copa y doy otro pequeño sorbo. Recorro descalza la distancia que hay desde la cocina hasta uno de los tres ventanales del salón, el cual abarca desde el techo hasta el

suelo y me muestra la nocturna ciudad imponente frente a mis ojos. Estos se pierden entre luces, edificios y sombras. Hace una noche preciosa. Desde que me mudé disfruto de estas vistas y me alegro al pensar que encontré este ático de milagro y gracias al contacto de una de mis pacientes.

Me acomodo en el sofá, subo los pies, los coloco bajo mis muslos y me estiro hacia la pequeña mesa de centro de madera envejecida para coger el libro que estoy leyendo; *“Hasta que el viento te devuelva la sonrisa”* de Alexandra Roma. Esta autora se ha convertido en una de mis favoritas, pues su forma de escribir y de sentir te traspasa el alma. Aunque, tengo tantos autores que me fascinan y tantos libros pendientes por leer y que sé que me podrán la carne de gallina, que sigo pensando que necesitaré dos vidas más para poder leerlos todos. Al pensar en ello, esbozo una sutil sonrisa, recordando de nuevo cuando yo misma escribía esas historias con las que fantasear, emocionar, reír y llorar.

Lo echo de menos.

Al levantar el ejemplar me percató del sobre en color azul marino que dejé ayer sobre la mesa y que se me olvidó abrir después. Me lo hubiesen entregado en mano, pero siempre ando ocupada en algo importante y dejo lo sentimental a un lado. Algo que me hace sentir terriblemente mal, pero que tampoco hago por cambiarlo por el miedo que siento. No sé a qué exactamente. Pero miedo, al fin y al cabo.

Al verlo supe inmediatamente qué contenía en su interior. No obstante, como digo, recibí una llamada importante y se me pasó por completo descubrirlo.

Doy otro sorbo de la copa, la dejo sobre la mesa y cuelo mis dedos por el lateral de la solapa para abrirlo con cariño.

Deslizo hacia el exterior el papel de gran gramaje en blanco roto que hay en el interior. Me emociono nada más ver esas letras con formas redondeadas y que parecen que estén escritas a pluma y sacadas de otra época.

Mis ojos bailan llorosos de un lado a otro leyendo cada palabra con ilusión. Es una invitación muy elegante y preciosa.

«Vicky & Óscar».

¿Quién se lo hubiera imaginado?

Vuelvo a sonreír.

Aún recuerdo aquella tarde de playa en la que unos chicos se acoplaron a nuestro plan y mis tres amigas acabaron enrollándose con ellos. Supuestamente iban a ser unos rollos. Amores de verano que toda chica va acumulando a lo largo de los años en cada estación veraniega. Y mira tú por dónde este ha sido mucho más que eso.

Ya me hacía a la idea de que recibiría esta invitación. Sin embargo, a mi amiga le va el misterio y le gusta dar sorpresas, así que cuando nos reunió a todas para enseñarnos su anillo de compromiso y contarnos todo con pelos y señales de su pedida de mano, no quiso darnos nada más de información sobre el gran día.

Aprovecho el momento para llamarla.

—¡Samy!

—¡Hola, Vicky!

—Si mañana no hubiese recibido una llamada tuya, me hubiera presentado ahí por si te ocurría algo. ¡Llevo días sin saber de ti!

—Lo sé. Lo siento. Es que he tenido mucho trabajo y no he tenido ni un momento.

Menuda excusa de mierda. Y más cuando se trata de mi amiga. Tendría que haberla llamado, aunque fuera en mi primera visita al baño al despertar. Sé que todas hacemos girar nuestra vida en torno al trabajo, pero yo me he pasado de tuerca.

Me reprendo mentalmente y me prometo no volver a hacerlo. Voy a poner todo mi empeño en dedicarle el tiempo que se merecen y en cambiar mi conducta.

O al menos intentarlo.

—¿Y estás bien? —se preocupa por mí.

—Sí. Con mucho trabajo, ya sabes... ¡Pero bueno, que yo te llamaba para decirte que me encanta la invitación y que no veo el momento de verte vestida de blanco! —la felicidad por mi amiga se adueña de mí y cambio mi actitud.

—Madre mía, Samy, estoy muy ilusionada. Y también muy acojonada —estoy segura de que acaba de atrapar su labio inferior con los dientes para enfatizar ese miedo.

—¡Anda! ¿Y eso porqué? —me llevo la copa de vino nuevamente a los labios.

—Pues no sé... La verdad es que no va a cambiar nada en cuanto a nuestra situación. Óscar y yo llevamos tiempo viviendo juntos y todo va genial. Aun así, es un paso muy importante y supongo que a todas las novias le asaltan dudas al respecto.

—¡Menuda tontería! No tienes que temer nada. Óscar es un gran hombre, te quiere con locura y haría cualquier cosa por ti. Y tú por él también. Os queréis, Vicky. Mira, —me pongo en el papel de experta consejera —si piensas en cualquier momento que quieras vivir en un futuro y Óscar aparece a tu lado, compartiéndolo contigo, es que no hay duda, Vicky. Estás enamorada de él y nada puede salir mal. Así que no pienses en nada más que no sea que amas a ese hombre y que quieres seguir disfrutando de la vida junto a él. Además, ¿cuándo hemos sido de la clase de chicas que se preocupan por si algo no sale bien? Somos de las que arriesgan y se lanzan y si sale mal ya pensaremos en eso después. —Puede que haya mentido un poco. Es decir, yo era así. Después cambié y me obligué a fingir mientras mis amigas seguían siendo ellas mismas y yo me perdí por el camino. A estas alturas, creo que ya no sé quién soy ni quién quiero ser.

—¡También es cierto! Que tonta soy —se ríe a través del teléfono.

—Por cierto, tenemos que vernos todas y saber si tenemos que ayudarte en algo. ¡Os casáis en unas semanas!

—Tranquila, está todo organizado. O casi todo —suelta otra sonrisilla—. ¡Lo único que falta que es que vengas conmigo de una vez para probarte el vestido! —suena a reprimenda. Y con razón.

Soy una de sus damas de honor y ni he buscado un momento para dedicárselo a mi amiga.

—Dalo por hecho. Estoy pensando en tomarme un descanso el resto del verano, así que puedes contar conmigo para lo que necesites.

—Gracias, Samy.

El sonido del portero hace que me despida de mi amiga con prisas. Estoy hambrienta y mi estómago ruge.

Pulso la tecla para abrirle el portal al repartidor y cuando voy a colgar a Vicky su voz me detiene.

—Una cosa más... —ha sonado diferente, una mezcla entre la sutileza y el temor.

—Dime.

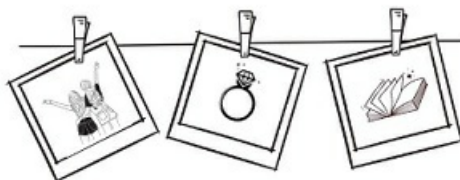
—Antes de nada tengo que avisarte de que he intentado disuadirlo, pero tras hablarlo mucho no me parecía correcto negarle eso a Óscar.

—¿Qué me estás queriendo decir, Vicky? —a estas alturas de la conversación ya me temo lo peor. Una inquietud me atenaza el pecho, haciendo que lata a una pasmosa velocidad por lo que creo que está a punto de revelar.

—Lo que intento decirte es que... Erick está invitado.

Es escuchar su nombre en los labios de mi amiga y el suelo tiembla bajo mis pies.

6 SAMY



—¡Dos cafés con leche, por favor! —pide Maca cuando tomamos asiento en una de nuestras cafeterías de confianza.

Anoche dormí fatal. No pude conciliar el sueño y tan siquiera probé bocado en cuanto colgué a Vicky y el repartidor dejó la cena en casa.

—Es que no sé por dónde coger esto, Maca. ¡De verdad! —escondo la cara entre mis manos cuando apoyo los codos sobre la madera. —Joder, se supone que es mi amiga ¿y me hace esto?

—Eh, Samy. Venga, anda. No seas tan dura con ella. Sabes perfectamente que ha intentado por todos los medios disuadir a Óscar. Pero debes entender que ellos son amigos y también está en todo su derecho querer compartir un momento tan especial como ese con él.

Levanto veloz la cabeza para taladrarla con la mirada. Ahora mismo me hierve la sangre.

En cuanto la camarera nos deja los cafés delante de nuestras narices y me da por apartar la vista de mi amiga para mirar detrás de ella, veo entrar a Vicky.

—¿En serio, Maca? ¡Joder, vaya encerrona, ya te vale!

—Pues te aguantas. Lo siento, pero sois amigas y no puedo permitir que ocurra esto. Me niego.

—Hola, Samy —la voz de Vicky suena bastante cauta y apenada. Apenas es un hilillo de voz.

Durante unos segundos se queda plantada de pie, a mi lado, mirándome desde su altura. Yo me cruzo de brazos, con el ceño fruncido y la mirada perdida hacia el exterior del local, cual niña pequeña a la que le han prohibido comerse un helado.

—Samy, por favor... —separa la silla y se sienta pegada a mí. Su rodilla choca con la mía y frunzo aún más el ceño. Hace todo lo posible por sostenerme la mano y cuando lo consigue giro la cabeza aún más para no tener que mirarla. —Lo siento, Samy. En serio. Sé que lo que menos esperabas es que ocurriera esto, pero no he podido hacer nada. Por favor, entiéndelo.

—¡Y lo entiendo! —vuelvo bruscamente la cara hacia ella, que me sigue sosteniendo la mano. —¡Claro que lo entiendo! —los ojos se nos empiezan a llenar de lágrimas. A mí incluso me impiden ver con nitidez, pero hago todo lo posible por reprimirlas. —Es solo que... que...

—Lo sé —Vicky me aprieta mucho más la mano y enseguida Maca me coge la otra por encima de la mesa.

Las tres nos quedamos en silencio durante un buen rato, porque realmente no hay nada más que podamos decir. Ellas saben perfectamente lo que siento. Pensaba que había superado mi historia con Erick, pero a la vista está de que aún me escuece. Y, además, soy una mala amiga. La peor de todas.

—Lo siento, Vicky. No quería enfadarme contigo anoche. No lo supe gestionar bien. Me dejé llevar por la sorpresa de la noticia y no actué como era debido. Lo siento, lo siento, lo siento... —me lanzo a ella para abrazarla. Nada ni nadie debería estropear lo relacionado a su boda y mucho menos a nuestra amistad. —He sido una estúpida, perdóname, por favor.

—No tengo nada que perdonarte, Samy. Lo sabes. Quedan unas semanas y tú y yo no podíamos estar así. Te necesito a mi lado —su voz suena amortiguada contra mi pelo antes de separarse. —Además, Erick, aún no ha confirmado que vendrá ni se ha puesto en contacto con Óscar, por lo que es posible que ni aparezca.

—¿Y si aparece?

—Pues si lo hace, eres lo suficientemente adulta para afrontar esta situación de una vez por todas.

Medito sobre ello durante un rato bajo las miradas preocupadas de mis amigas. Maca se lleva el café a los labios y me estudia en profundidad. Es la única que sabe toda la verdad.

—Llevas razón. No sé de qué tengo tanto miedo. Es más, no debería afectarme tanto. Ha pasado mucho tiempo y lo nuestro está superado. —Vuelvo a mentir. —Yo he cambiado. Erick habrá cambiado. Hasta puede que tenga pareja y yo estoy haciendo una montaña de un granito de arena.

—¡Exacto! —exclaman ambas.

—¡Pues venga! —suelta Vicky tomándose mi café casi de un trago —¡Nos marchamos!

—¿Adónde? —indago al ver su entusiasmo.

—Pues a probarte el vestido de dama de honor. Que eres la única que aún no lo ha hecho y estoy harta de tus excusas. A este paso me da un telele si no dejo zanjado ya este tema.

—Pero, ¿ahora? —observo mi taza medio vacía.

—Sí. Ahora. Así que, andando.

—Está bien, está bien —obedezco y Maca suelta una sonrisilla chistosa.

El resto de la mañana la pasamos en la boutique donde Vicky compró su vestido. Elegimos el que yo llevaré junto a las demás y me toman las medidas para hacer los ajustes necesarios y quede perfecto.

Más tarde, nos vamos de compras para buscar unos taconazos dignos de semejante vestido y algunas cosas más que necesitamos para el gran día. Vicky nos va mostrando con emoción la carpeta que creó en Pinterest con las ideas de la decoración, infinidad de tartas, fotos de novios y un largo etcétera. La escuchamos entusiasmadas por verla así.

He echado mucho de menos pasar tiempo con ellas. Me he centrado demasiado en el trabajo últimamente y he dejado de lado muchas cosas. Algunas tan simples como pasar una mañana con las chicas. Y muchas otras, que son las que verdaderamente me hacen feliz.

Es en lo que voy pensando cuando mi amiga irrumpe en mis pensamientos.

—Por cierto, Samy... —la voz de Vicky suena por encima de la radio del taxi en el que nos hemos subido hace unos minutos, el mismo que nos lleva al restaurante en el que hemos reservado mesa.

—Dime.

—¿Qué día empiezas las vacaciones? —Observa con atención la agenda del móvil.

—Pues en realidad, cuando yo quiera. Esta tarde lo puedo dejar todo listo y organizar la agenda para la vuelta.

—¡Genial! —casi aplaude. No entiendo tanta efusividad por mis vacaciones.

—¿Se puede saber por qué tanto interés?

—Por nada, por nada —le resta importancia. —Ya sé que me vais a preparar alguna que otra sorpresilla para la despedida—. Sonríe divertida y sin un pelo de tonta. Lleva razón. De hecho, las chicas llegan a Barcelona en unos días y habíamos planeado darle la sorpresa en un par de semanas.

—¡Mírala a ella, oye! ¡Que achispada es la niña! —desvío la mirada hacia Maca cuando habla, que está sentada junto a la otra ventanilla. Sonreímos divertidas porque es imposible darle ninguna sorpresa a esta mujer.

—Al caso... —continúa Vicky. —Este finde no puedes hacer planes. ¡Ninguna debéis! —nos señala la fecha en el calendario de su móvil. Justo cuando queríamos darle la sorpresa. Lo que nos obligará a mover nuestros planes para su despedida y hacerla antes de lo planeado.

—¿Y eso por qué? —Ahora es Maca quién pregunta y Vicky se muerde el labio inferior, divertida.

—Pues, porque... Óscar y yo hemos preparado algo muy guay para nuestros mejores amigos. ¡Pero es sorpresa! Así que no puedo contaros nada.

Se endereza en el asiento y sella sus labios. Maca y yo nos miramos, intentando averiguar qué habrán tramado esos dos.

—¿Y se puede saber cuándo nos darás más detalles?

—Por eso no os preocupéis. Está todo organizado y os enteraréis a vuestro debido tiempo.

Maca y yo cabeceamos por lo que acaba de soltar nuestra amiga y nos da por reír.

Si es que con ellas es tan fácil.

7

ERICK



Hasta el último momento estuve tentado a llamarle y decirle que no, que no acudiría. Si lo hacía, habría mucho en juego. El regresar traería cosas buenas, como volver a ver a mi preciosa madre,

la sensación de hogar en la ciudad que me vio crecer, los lugares que me traen los mejores recuerdos de *ella*, rememorar el mejor verano de mi vida, las amistades que hice y que se quedaron...

Sin embargo, también volvería a todo lo demás y a aquello de lo que me alejé. Además el desgraciado de mi padre sabía que he vuelto.

Imagino a la pelirroja viviendo aquí, en la misma ciudad que yo lo hacía. Soy consciente de que el destino puede ser caprichoso y que hay alguna posibilidad de encontrármela en cualquier lugar. También lo soy al pensar en cuando nos alcance el gran día y ya no quede más remedio que mirarnos a los ojos.

Pienso en todo ello mientras le doy vueltas a las llaves del coche sobre la mesa gris y de polipropileno, sentado bajo una de las sombrillas de la terraza. Son las una del mediodía y el sol pega fuerte en un cielo completamente despejado en la primera semana de julio. Hubiera sido mejor opción haber cogido mesa dentro del bar, pero estaba lleno y supongo que los aspersores de la terraza tendrán que bastar para refrescarnos.

Levanto la vista y la pierdo entre los transeúntes y los vehículos que circulan por las vías. Aunque los rayos de luz son cegadores, opto por quitarme las gafas de sol y me pellizco el puente de la nariz. Cojo aire profundamente para intentar bajar el nudo que tengo en el pecho y que tanto me pesa. Después me llevo a los labios el vaso de tubo que contiene mi bebida refrescante.

—¿Qué tal estás, tío? —me sorprende mi amigo palmeándome la espalda y haciendo que casi me atragante con el refresco.

—¡Óscar! Joder, colega... ¡Te he echado de menos, tío! —me levanto al momento para darnos un fuerte abrazo. Lleva un conjunto de dos piezas muy casual, de manga y pantalón cortos en color beige y zapatillas. Está guapetón el cabronazo. Ese *look* remarca su piel morena y los músculos compiten en una lucha contra la tela que cubre sus bíceps, en un llamamiento por reclamar más espacio. Sigue llevando barba, pero ahora mejor recortada. El pelo lo lleva con un corte de esos tan modernos en el que los laterales tienen un degradado, haciéndolo así más corto y dejando el pelo más largo en la parte superior. Está claro que mi amigo sabe ir a la última y es un presumido. En eso no ha cambiado.

—Y yo a ti, huevón. Ya podías habernos hecho una visita antes... No te vemos el pelo desde que te marchaste a conquistar las Américas —se descojona por su comentario y me contagia.

—Anda, siéntate. ¿Qué vas a tomar?

—Una cerveza.

Le hago una señal al camarero y la pido.

—He tenido mucho curro, tío —respondo a su último comentario.

—Ya, ya... Excusas —hace una mueca de desaprobación. —Conmigo no hace falta que finjas, Erick. Sé los motivos de tu ausencia. Me apena que hayas estado tan distante en los últimos años.

—Tú siempre tan listo... —doy un sorbo a mi bebida a la par que elevo una ceja.

En cuanto el camarero deja sobre la mesa la cerveza de Óscar y este le da un buen trago para refrescarse, le pregunto lo más importante para mí antes que cualquier otra cosa.

—¿Qué tal está? —me torno serio en cuanto indago por ella y frunzo el ceño.

Óscar ha sido quién me ha mantenido al tanto en lo referente a la vida de aquella pelirroja que caló tan hondo en mí. Tampoco sé mucho. Lo suficiente para saber que le ha ido bien y ha conseguido lograr todo lo que se proponía. Que ha sido feliz. O que lo ha intentado.

—Está bien. Puede que Samy ya no sea la chiquilla de hace años —hace una mueca con la boca como si hasta a él le diera lástima que Sam dejase de ser realmente quién fue. —Pero... Le

va genial, de verdad. Sigue siendo muy joven y eso no ha sido impedimento para llegar hasta donde lo ha hecho.

Elevo la comisura del labio al oír a mi amigo hablar así de Sam. Estoy orgulloso de ella.

—Bueno, —ahora, Óscar, dibuja una amplia sonrisa de canalla en su cara —¿a qué debemos el honor de tu visita?

Me extraña que no lo sepa. Pensaba que al saber que había vuelto mi motivo era él. Por él y su prometida.

—¡Pues a esto! ¿A qué si no? —saco el sobre azul que me llegó hace semanas.

—Joder, tío, pensaba que no vendrías —se lleva la mano al lado izquierdo del pecho, emocionado.

—¿Acaso lo dudabas? Eres mi mejor amigo. ¡No me lo perdería por nada del mundo!

—Qué capullo eres... Ya me podías haber llamado para decírmelo.

—Quería darte la sorpresa en persona.

—Pues gracias, Erick. Será un día muy importante para nosotros y me alegra saber que tendré a mi amigo aquí.

Ni siquiera respondo. Tan solo levanto mi vaso y brindo con él, sonriendo. En las siguientes horas nos ponemos al día. Charlamos de verdad, no como cuando hablábamos por teléfono y hacíamos unas cuantas preguntas para saber qué tal nos iba la vida. Ahora, profundizamos en cada tema. Mi amigo me habla de su prometida con un brillo especial en la mirada, recordamos viejos tiempos y pasamos el tiempo haciendo memoria de algunos momentos pasados. Finalmente, pedimos algo de picar y nos pasamos el rato así, disfrutando del reencuentro hasta la sobremesa.

—Erick... —llevo mi mirada hasta la de él al notar el cambio de tono en su voz. —Sabes que Samy estará allí, ¿verdad?

Claro que lo sé. Ella no sería capaz de perderse el día más importante de su amiga. Sigo pensando en cómo actuar cuando nos volvamos a ver.

—Lo sé. Quizá vaya siendo hora de que esa pelirroja y yo nos veamos después de tanto tiempo, aunque nuestras vidas hayan cambiado demasiado.

—De hecho, Vicky y yo hemos preparado algo para vosotros, para nuestros amigos. Antes de la boda. Me gustaría que te apuntaras. Podrías ver a Samy antes del gran acontecimiento.

Pienso unos segundos.

—¿Ella sabe que he regresado?

—Creo que sí. Anoche Vicky se fue a la cama apenada porque Samy se enfadó con ella. Supongo que porque le dijo que mi chica no consiguió convencerme para no invitarte.

Junto las cejas en el centro al escucharlo.

—No quiere verme —afirmo, sabiendo que eso será lo que piensa la pelirroja.

—Tío... ¿Qué fue lo que ocurrió? Samy no ha soltado prenda en todo este tiempo. Y es que es imposible cómo cambió todo cuando nosotros fuimos partícipes de vuestro amor.

—No lo sé, Óscar. Nunca lo he sabido. Según ella necesitaba vivir. Puede que se precipitara al querer estar conmigo o que no sintiera de verdad ese amor. No sé nada. No sabes la de veces que me he preguntado lo mismo.

—Es que debió haber algún motivo. Si no, no lo entiendo. Quizá, como dices, ya va siendo hora de preguntárselo y zanjéis ese tema.

Ambos nos quedamos en silencio unos segundos.

—En fin... Entonces, ¿podremos contar contigo para esa sorpresa?

—Me lo pienso, ¿vale? No quiero poner a Sam en una situación complicada antes de tiempo.

—Está bien. Pero me encantaría que te animases. Lo pasaremos bien.

—¿Y se puede saber qué es lo que tenéis planeado?

—Ya te he dicho que es una sorpresa —dibuja una sonrisa antes de volver a dar un sorbo a su café. —Si te animas, te daré más información a su debido tiempo.

Me da por reír.

—Vale, vale. Vicky y tú sois tal pal cual.

—Quién me lo hubiera dicho, ¿eh? —eleva una comisura al sonreír, enamorado. —Aquella chica de pelo castaño y ojos azules que me dejó muy claro que no quería nada serio, me conquistó por completo. Me lo puso difícil la tía. A mí, que siempre tenía que ir quitándome a las mujeres de encima.

—Si es que eras un donjuán —bebo de mi café.

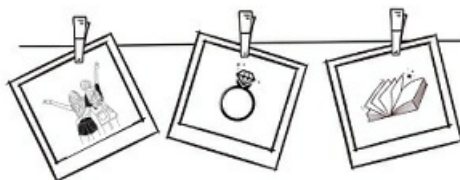
—Y aquí estoy. A tan solo unas semanas de casarme con ella. Es que es increíble.

—Lo es —secundo lo que dice. Pienso en cuando llegue ese momento. Cuando me encuentre con Sam.

Aunque... ¿Y si la veo antes?

No sé. No quiero precipitarme.

8 SAMY



—Tranquilo ¿vale? Voy a estar de vacaciones, pero para ti no ¿de acuerdo? Tú puedes llamarme cuando quieras. Siempre que lo necesites.

—Está bien, Samy. Gracias por todo. Espero no tener que hacerlo. Disfruta del verano.

—Tú también, Izan. Un abrazo.

Termino de maquillarme los labios, me calzo los tacones y me doy el ultimo repaso en el espejo de cuerpo entero que decora parte de la entrada. Me veo bien. Es más, me siento espectacular con esta minifalda negra y el top lencero del mismo color. El outfit que llevaremos todas esta noche, salvo Vicky, que irá de blanco. Cojo el bolso y salgo disparada hacia el taxi que ya me espera abajo. Sole y Susana llegaron hace unos días y al fin pudimos organizar la despedida de nuestra amiga. Hemos quedado todas en el lugar donde nos espera la limusina *Hammer*, excepto Vicky, pues tendremos que recogerla.

Sí, muy típico, lo sé.

Susana, Sole y yo dimos la idea de hacer una escapadita a Londres y comprar entradas para el show de Magic Mike. En varias ocasiones hemos podido ver a esos chicos en vídeos de *TikTok* y... oye, se ve... entretenida la actuación. Todas nos ilusionamos pensando que al final veríamos bailar a ciertos maromos. Salvo Maca que estaba algo reacia por Carlos. Se ve que no le hacía mucho chiste que su chica fuera a un *show* de esos a babear por unos tíos bronceados y musculados que saben cómo mover el esqueleto. Tiene gracia que fuera la misma amiga que años atrás me liaba para irnos de fiesta y cometer locuras. Aun así, se ve que se lo pensó mejor y no sé qué le pudo decir a Carlos para hacerlo entrar en razón, dándole a entender que no tenía nada de malo y que a ella nadie le decía qué podía hacer y qué no.

Y por muy ilusionadas que estuviéramos con tal plan, finalmente no hemos podido hacerlo. Eso nos pasa por hacer las cosas a última hora y no planearlas con antelación. Todas las entradas se vendieron hace semanas y nos quedamos sin ellas.

Por lo que el plan cambió.

Pasaremos la noche del jueves aquí, en la ciudad. Una divertida y alocada noche con amigas. Y mañana saldremos de viaje hacia Granada. Es posible que cierta ciudad esté algo más desierta en esta época del año, debido a las altas temperaturas. Sin embargo, viajar a esa ciudad andaluza que me vio crecer y poder disfrutar de ella es una gozada. Es cierto que al prepararlo todo tan repentinamente no hemos podido alquilar nada. Y pensándolo bien, ¿para qué hacerlo cuando la casa de mis padres es tan grande y disponemos de todas las comodidades que podamos tener para afrontar el calor del verano?

De momento, centrémonos en esta noche. Hemos alquilado una limusina para recoger a Vicky, beberemos champán, cenaremos en un sitio ideal con varias sorpresitas preparadas y nos iremos de fiesta como hacía años. Pues al estar separadas y tan obsesionadas con nuestros trabajos es complicado cuadrar para hacer ciertos planes.

Están todas guapísimas y no cabe duda de que esta noche van a arrasarlo. Y yo espero ser una de ellas. Porque necesito despejarme e intentar borrar de mi mente que cierto hombre ha regresado a la ciudad y, muy probablemente, tengamos que encontrarnos tarde o temprano.

Maca ha sido la encargada de vendarle los ojos a nuestra amiga para sacarla de su casa y colocarla frente al gran vehículo. Cuando le quita el pañuelo que los cubre, chilla emocionada y nosotras con ella. Es entonces cuando comienza nuestra noche alocada.

Durante el trayecto hacia el restaurante, que es algo más largo porque el conductor da una vuelta por la ciudad para que podamos disfrutar más de la experiencia, vamos cantando a pleno pulmón con temas que nunca pasan de moda. Abriendo una botella tras otra de esa bebida burbujeante.

Una vez llegamos al restaurante nos dirigimos hacia el espacio reservado que nos indica el amable camarero. Sin ser consciente nuestra amiga que este será el hombre que nos atenderá y al que hemos contratado para que haga que la velada sea más interesante. Pues este chico viene preparado para hacerle chistes, bromas y puede que algunos comentarios algo alocados, acalorados y divertidos para que nuestra amiga o bien pase algo de vergüenza o bien lo disfrute, eso dependerá de su actitud.

La cena transcurre entre risas, bebidas, recuerdos de todas nosotras hasta llegar adonde estamos y con miraditas y bromas subidas de tono hacia cierto camarero buenorro.

Una vez terminada la cena, continuamos la noche hacia una de las discotecas más famosas de Barcelona, a pie de playa, y donde pinchan los mejores DJ del mundo.

Nos quedamos maravilladas cuando entramos, pues tiene un diseño muy elegante y sofisticado, moderno y exclusivo. La discoteca cuenta con varias zonas; entre ellas la pista de baile y algunos reservados. Por lo que, sin dudar, nos encaminamos primero a pedir una copa y, segundo, a darle todo bailando.

No sé cuántas horas pasamos así, pero lo que sí sé es que son demasiadas para seguir aguantando semejante dolor de pies y no evacuar la gran cantidad de líquido que he ingerido a lo largo de la noche.

Le digo a las chicas que voy un momento al baño. Tengo que andar con cuidado, hay mucha gente y mis pies no tienen una gran coordinación con el resto de mi cuerpo, probablemente por culpa del alcohol.

Llego victoriosa a mi cometido, me lavo las manos, le dedico un par de sonrisas a unas chicas en los lavabos contiguos, me recoloco el escote y retoco el labial rojo. Minutos después salgo con la decisión de seguir divirtiéndome con mis amigas y disfrutar lo que resta de noche.

Nada más salir, me choco con un hombre que supongo hacía lo mismo que yo, pero en el baño de caballeros. Me sujeta por un brazo, pues con el golpe y las copas de más hubiera acabado en el suelo.

—Lo siento. Discúlpame. He salido demasiado efusiva —sonríe casi sin darme cuenta. Creo que llevo demasiado alcohol encima.

—Tranquila. ¿Estás bien? —se interesa por mí.

—Oh, sí, sí. Perfectamente. No ha sido nada. Bueno, gracias por hacer que mi culo no se estampara con el suelo. Pásalo bien. Chao.

—Eh, eh, eh... ¡Espera! —el desconocido vuelve a sujetarme, esta vez por la muñeca y, en un

leve movimiento, me coloca frente a su cuerpo.

Es cuando reparo en él. Al menos en las partes que tengo más a la vista. Y en su altura. Parece que me saca una cabeza por lo menos, o puede que un poco más, y eso que voy con tacones.

Tiene el pelo largo y rubio oscuro, recogido en un moño alto, del que se le escapan algunos pelitos. Sí, los rubios siguen sin ser mi tipo, aunque hace tiempo que dejé de fijarme en eso si pasar el rato con alguien me ayudaba a evadirme de todo. Sus ojos son en un color azul hielo que, no os voy a engañar, pese a su frialdad, estoy cien por cien segura que caldearán a más de una. Su rostro es cuadrado y marcado y tiene unas facciones que cualquiera diría que es el típico surfista australiano. Con unas cejas pobladas, rubias y bien perfiladas. Sin embargo, no lo debe ser, pues su forma de hablar es muy española, más bien andaluza, ya que la reconozco bien. Así que no queda duda de que es el típico chico que nació con semejante belleza y por la cual las mujeres caerán rendidas a sus pies.

—¿Adónde vas con tanta prisa? Digo yo que si te has topado conmigo es porque debíamos conocernos. ¿No crees? —tontea conmigo.

Me pega mucho más él y su mirada baila de mis labios a mis ojos.

Yo, me dejo hacer.

—Hmmm, no sé... Puede. Pero he venido con mis amigas. Chao. —Intento soltarme de su agarre pero, cuando vuelvo a girarme para marcharme, su voz, la cual consigo oír por encima de la música, me detiene.

—Eh, eh, pelirrojita... —me giro al escuchar ese apelativo. Es entonces, en la distancia que nos separa, cuando me fijo en su cuerpo.

Alto, de eso ya me había dado cuenta. Sin embargo, ahora puede que incluso parezca de la misma estatura que él. Y fuerte, salvo que en este caso estoy segura de que es por dedicar bastante horas al gimnasio. Con todo, en medio de toda esta oscuridad que baña la zona y que es alumbrada de vez en cuando en pequeñas fracciones de segundo por las luces y focos de colores que adornan la discoteca, mi atención no la capta ni su estatura ni su complexión, sino toda esa tinta que puedo apreciar en sus brazos.

Y ante eso ya sí que no puedo hacer nada, porque su imagen vuelve a aparecer en mi mente como un fogonazo. Y lo odio. Lo odio porque pienso que jamás conseguiré avanzar. Que jamás desaparecerá del todo. Siempre estará ahí, recordándome lo que quise tener y nunca tendré.

A la mierda.

Estamos lo suficientemente alejados como para que otros cuerpos se cuelen entre nosotros y puedan llegar a la zona habilitada para los baños. La luz es estridente y de golpe siento que hay demasiado ruido y me taladra los tímpanos. La secuencia de imágenes de un rostro al que me gustaría tener delante, pero que no es el caso, recorren mi mente a la velocidad de un rayo.

Necesito urgentemente borrar de ella aquello que nunca desaparece. Aunque solo sean unos minutos.

Alzo las cejas con picardía, acorto la distancia y me pego a él. Sus labios se curvan hacia arriba ante mis movimientos.

El pelo me cae por la cara y este chico decide que es buena opción coger uno de mis mechones, enroscarlo en uno de sus dedos para jugar con él para después colocármelo tras la oreja. Antes de que lo haga y en cuanto sé lo que va a hacer, me alejo unos milímetros y pregunto.

—¿Te apetece bailar?

—Claro que sí, preciosa.

Lo agarro por el brazo y lo insto a que me siga hasta la pista de baile con todas esas luces

centelleantes. Enseguida nos dejamos envolver por el ambiente.

Después de *él*, mis ligues sirvieron para pasármelo bien y a ninguno de ellos le importó que yo no fuera en serio. Todos buscaban lo mismo con mi compañía. Así que disfruto de los hombres, paso el rato con ellos y me sirven de válvula de escape.

Tras un rato bailando con el tal Miguel, así se ha presentado, me ha invitado a una copa. Hace horas que perdí la cuenta de las que llevo. Mientras bebíamos hemos conseguido hablar un poco, casi dejándonos las cuerdas vocales para poder escucharnos. Por lo poco que me ha contado se ha querido hacer el inteligente frente a mí, pensando que así ganará algo más conmigo que si me entrara a saco como cualquier otro tío. Lo que él no sabe es que el mayor placer de una mujer inteligente es fingir ser tonta frente a un hombre que finge ser inteligente. Y a mí hace rato que dejó de importarme nada de este tío salvo que consiga hacer que Erick desaparezca de mi ser. Lo apremio para volver a la pista. La música es de gran ayuda para dejarnos llevar, nos obliga a estar cada vez más pegados, más ansiosos por lo que nuestros cuerpos reclaman. Las manos viajan por nuestro cuerpo. Dejo que las suyas las coloque allí donde quiera, hasta que su deseo no puede más y pega sus labios a los míos. Le respondo al beso, acaramelado y alcoholizado, que comienza a volverse algo más subido de tono como para quedarnos aquí en mitad de toda esta gente que nos rodea. No siento nada con Miguel, ni un cosquilleo ni un ápice de emoción. Y pese a ello, me obligo a continuar.

En un arrebato, conseguimos sortear a la multitud para dirigirnos nuevamente a los baños.

Sin saber muy bien cómo, acabo estampada contra la pared, antes incluso de llegar a adentrarnos en ellos, con Miguel besándome con fuerza y deseo, mordiéndonos las bocas y en una lucha de lenguas. Una mano la apoya contra la pared, al lado de mi cara, y su lengua empieza a recorrer un camino húmedo desde mi oreja hasta mi cuello. Su mano libre consigue colarla bajo mi falda, pero cuando siento el pequeño roce de sus dedos sobre la tela de mi ropa interior, es el detonante para recordarme que Erick ha vuelto. Lo detengo y lo aparto de un empujón. Recapacito ante lo que ha parecido un momento de locura transitoria. Rápidamente, vuelvo a la normalidad.

«Joder, Samantha, ¿se puede saber qué estás haciendo?»

Desear en la forma que deseé a Erick me quemaba el pecho y retorció mi vientre de una manera descomunal. Descontrolaba todo mi cuerpo y la sangre bullía hirviendo por mis venas, como si el único que conseguía prender ese fuego fuese el mismo que pudiese apagarlo. Después de él no he vuelto a sentir lo mismo con cualquier otro. Y mira que lo he intentado. Meforcé en estar con más chicos, a ver si así conseguía sacarlo de mi cabeza, de mi piel, de mi puñetero corazón... Pero cuando acababa con ellos volvía a ser lo mismo. Lo que había sucedido, y lo que iba a dejar que sucediera ahora mismo, es la misma mierda que antes de conocer a aquel hombre arrogante, frío y tatuado hasta las trancas que me desestabilizó.

Y pensar eso me ha hecho volver en sí de golpe. Soy una estúpida si pienso que así podré lograrlo. ¿A quién quiero engañar?

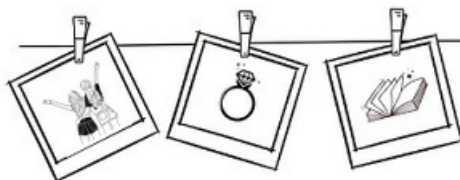
—¿Ocurre algo, preciosa? —Miguel vuelve a acercarse a mí.

Este chico me va a odiar por esto, pero no puedo seguir. Esta noche no.

—Lo siento. No me encuentro muy bien. Perdóname.

No le doy tiempo a decir nada ni a que me haga cambiar de opinión. Lo dejo ahí plantado y desaparezco entre la masa de gente, ansiosa por encontrar a mis amigas.

9 SAMY



Todas agradecemos este fin de semana de desconexión. Y más aún, después de llegar al aeropuerto con una resaca del quince, fruto del pasado jueves noche. Mi padre, encantado porque viniéramos a visitarlos, nos recogió a las chicas y a mí del aeropuerto entre abrazos y arrumacos. Siempre ha tratado a mis amigas como si fueran sus hijas. Y ellas, entusiasmadas. El viernes lo dedicamos a descansar en la piscina de casa, pues ya lo dimos todo en la despedida y, sinceramente, estábamos agotadas. Mis padres nos trataron como a unas reinas y pasamos el día disfrutando con ellos y tostándonos al sol. De vez en cuando, se dejaba caer mi hermano, que a sus veintidós años se ha convertido en un chico guapísimo que vuelve locas a las chicas, para merodear por donde estaban mis amigas. Desde siempre le ha llamado la atención Maca. Creo que sigue sin entender que mi amiga solo tiene ojos para su querido Carlos y que mi hermano tendrá que encontrar el amor en otra chica. Gabriel es un partidazo. Y no lo digo porque sea su hermana, sino porque es verdad. Con su corte de pelo *undercut*, su altura, su físico... Es evidente que su apariencia es lo que más destaca cuando lo ves. Sin embargo, cuando llegas a conocerlo descubres cosas de Gabriel que te hacen pensar que llegará lejos, que tiene unos valores que hoy en día son difíciles de encontrar, que respeta a las chicas con las que sale y demuestra ser una gran persona. Algún día hará que alguna afortunada se sienta aún más afortunada por encontrarlo y estoy segura de que llegará el momento en que alguna mujer le hará perder la cabeza de verdad.

Hoy, sábado, prácticamente seguimos con la misma idea. Mi hermana se sumó al plan de chicas para disfrutar de la piscina y del sol. En un principio, pensó en dejar a Julieta con Máximo, pero finalmente la trajo con ella, pues a esa niña le encanta pasar tiempo con nosotras y yo la adoro demasiado como para no disfrutar de su compañía.

De hecho, ahora mismo estoy con ella en el agua, jugando a las sirenas porque hace poco que aprendió a nadar y a bucear como es debido y le fascina ese juego. Dice que ahora que mi pelo luce un color más intenso, fruto de haber querido dar un pequeño cambio hace algún tiempo, le recuerda al de cierta princesa Disney, razón por la que los abuelos deberían haberme llamado Ariel. Lo cual me hace reír a carcajadas por sus comentarios, haciendo que mi corazón explote de amor. Le hago entender que a ella también la podrían haber llamado así porque ha heredado la misma cabellera que las chicas de la familia y, además, se parece muchísimo a mí.

Bárbara llama mi atención para decirme que tengo varias llamadas perdidas en el instante en el que asomo la cabeza por encima del agua, con todos los pelos cubriéndome la cara, por lo que de sirena guapa que sí sabe cómo se debe salir a la superficie nada de nada. Más bien una fea bruja

que provoca unas cuantas risas a todas las chicas.

Salgo veloz de la piscina y voy hasta ella, que sostiene mi móvil entre las manos. Cuando me planto frente a mi hermana no puedo evitar salpicarla y rodearla con mis brazos, pues sé bien que se quejará al sentir el contraste de su piel, seca y caliente por el sol, con la mía, mojada y fresquita.

—¡Samyyyyyy! Quita, quita... —grita, apartándome de ella.

Las chicas se ríen al observarnos.

—Que sosa eres cuando quieres—le hago una burla y acaba riéndose también.

—Toma, anda... Que ha vibrado varias veces. Ni en vacaciones te dejan tranquila.

Le hago un mohín para meterme con ella, me seco las manos en la toalla y cojo el móvil. Me repito que estoy de vacaciones y no estoy disponible para nadie que no sea Izan. Así que, pensando que quizá necesite hablar o sea algo urgente, lo desbloqueo para ver de qué se trata, sino me hubiera dado igual y no le prestaría atención al aparato. Me lo estaba pasando demasiado bien con Julieta.

No sé de quien son las llamadas perdidas ya que no tengo registrado el número. Es posible que se hayan equivocado. O puede que sea algún paciente. En ese caso tendrá que esperar. Ya dejé la agenda cerrada hasta la vuelta.

Cuando voy a soltar el teléfono sobre la mesa del jardín donde descansan las bebidas de las chicas y los botes de crema solar, vuelve a vibrar. Esta vez, recibo un mensaje. Me extraño al ver que es un número desconocido y una sensación amarga se implanta en la boca del estómago.

Hacía tiempo que no recibía ninguno. Dudo si abrirlo y leerlo.

Finalmente, cedo ante la curiosidad, pese a esa sensación.

Numero desconocido:

A estas alturas ya te habrás
enterado de que Erick ha vuelto.
Recuerda por qué lo dejaste.
¡Sigue en pie!
Todo depende de ti.

Frunzo el ceño cuando lo leo. La alegría y felicidad de la que estaba disfrutando hace unos minutos, se esfuma. No hace falta saber el desconocido que envía el mensaje. Está bastante claro.

Maldita sea, ¿cómo es posible que ese hombre esté tan enfermo? ¿A qué viene esto ahora? Hice lo que me pidió. Le di lo que tanto quería y en todos estos años, a pesar de recibir algún que otro recordatorio, no he intentado ponerme en contacto con Erick ni hacer por verlo, aunque fuese a escondidas de ese hombre. Erick, lo más probable es que hasta se haya olvidado de mí. Conque no entiendo a qué viene esto. ¿Es que Erick no habla con su padre como para saber que no tengo contacto con él? ¿Ese hombre pensará que sigo enamorada de Erick? ¿O al contrario?

De repente, Erick ha vuelto y lo veo y lo siento en todas partes.

No puedo dejar de pensar en todas las preguntas que se plantean en mi cabeza. No les encuentro respuesta y no tienen ningún sentido. Y todas esas preguntas comienzan a asfixiarme.

—Samy, ¿te encuentras bien? —se preocupa Maca que me observa con el semblante serio desde su hamaca.

Levanto la cabeza hacia mis amigas, pues mis ojos seguían anclados en todas esas letras de la pantalla.

—Tienes muy mala cara —suelta Sole.

—Estoy... estoy bien. No es nada, no os preocupéis —hago todo lo posible por cambiar el semblante y seguir como hasta ahora.

—¿Seguro? —pregunta ahora Susana.

—Sí, sí... Venga, chicas, seguid disfrutando de vuestras bebidas. Estamos de despedida ¿no?

Pongo todo mi empeño en contagiarles la emoción del fin de semana y no fastidiar el momento de Vicky. Además, salvo Maca y mi hermana, ninguna de las tres sabe la verdadera razón por la que Erick y yo no nos dimos una oportunidad, a pesar de haber sido partícipes de aquel verano que cambió nuestras vidas. A día de hoy, sigo preguntándome porqué me creyeron después de explicarles la excusa de mierda que les di. Pero aquí siguen, creyéndose que Erick y yo terminamos porque éramos incompatibles y cada uno ansiaba seguir su camino por solitario y luchar por nuestros propios sueños. Que eso sería lo mejor para ambos. Sin embargo, no sé por qué, no hicieron más preguntas y aceptaron mi explicación.

De todos modos, saben y entienden que, a pesar de seguir con vidas separadas, Erick fue el gran amor de mi vida y alguien que llevaré siempre conmigo.

Ya estamos todas arregladas para bajar al centro de la ciudad de la Alhambra y seguir dándolo todo en las horas que nos quedan aquí. Hemos convencido a Bárbara para que nos acompañe, a pesar de que se había empeñado en quedarse con Julieta y Máximo en casa. Finalmente ha accedido cuando me he visto en la obligación de llamar a mi cuñado para que él también la convenciera. Sabe que mi hermana se exige mucho y quiere pasar todo el tiempo del mundo con mi sobrina. Y la entiendo, es lo más normal, pero Bárbara también necesita despejarse de vez en cuando como adulta y mujer que es. Finalmente, después de que su marido la haya obligado a salir con nosotras y que disfrute así de la noche, pues le ha prometido que recogerá a Julieta de casa de mis padres más tarde y se la llevará a cenar una hamburguesa, todas estamos esperando a Gabriel, quien se ha ofrecido a llevarnos hasta el centro y así no tener que llamar a un Uber. Podría haber cogido prestado el coche de mis padres, pero sé que esta noche también beberemos para celebrar el gran acontecimiento.

—Samy, cariño, ¿de verdad que estás bien? —mi hermana llama mi atención, que estaba fija en la puerta de la entrada para ver si mi hermano sale de una vez por todas. Es un tardón. —Me he hecho la loca esta tarde, pero he visto cómo has reaccionado cuando has leído lo que sea que hayas leído en el móvil.

—Sí, estoy bien. Creo... —dudosa me encojo de hombros.

—Samy, esto no tiene sentido. Nunca lo ha tenido por mucho que te empeñaras en que sí.

—Exacto. No tiene sentido, así que no vuelvas a repetirme que mande a la mierda a ese tío, que vaya a buscar a Erick, que le cuente todo lo que pasó y le diga que lo he echado de menos. Ni tampoco quiero que me convenzas de que hable con Máximo, que denuncie a Martín y que haga todo lo que tuve que haber hecho la primera vez. Estoy harta, ¿vale? Tú no sabes cómo es ese hombre. Si lo hubieras visto tan solo una vez y lo hubieras mirado a los ojos lo sabrías. Así que soy yo la que vuelvo a decirte que tomé la decisión acertada si con ello Erick avanzaba y mi familia no corría ningún peligro. ¿Está claro? No hay nada más que hablar.

—Vale, vale... Tú sabrás lo que haces, Samy. Solo quiero decirte que te quiero y no me gusta seguir viéndote así. Sabes lo que pienso al respecto, porque si estamos juntos podemos afrontar lo que sea. Y sigo creyendo que tú y Erick os merecéis estar juntos.

—Ya está bien, Bárbara. No quiero hablar más de él. Erick está en el pasado, habrá hecho su vida, tendrá novia o alguien que lo espere en Nueva York y, seguramente, se habrá olvidado de mí. No hay más. Él rehízo su vida. Y yo debo seguir con mi vida.

—De acuerdo —eleva un poco los hombros y me dedica una mueca. —Ven aquí anda. Si es que a cabezota no te gana nadie —mi hermana me estrecha entre sus brazos. Le respondo al abrazo porque es duro. Es duro sentirse así todo el tiempo. Sin fuerzas para luchar porque ha

pasado tanto tiempo que ya nada tiene sentido. Por eso sigo sin entender que ese hombre haya vuelto a contactar conmigo desde la última vez que lo hizo, cuando no sé cómo se enteró de que me mudé a Barcelona.

—¿Nos vamos? —grita mi hermano al salir.

Bárbara y yo nos separamos y se sube al coche. Menos mal que mis padres se hicieron con uno de siete plazas hace años, después de vender la furgoneta con la que viajábamos juntos por todo el país, y fuera de él también.

—¡Ya era hora! ¿Por qué tardas siempre tanto? —refunfuño.

—Ay, hermanita. No te quejes anda. He quedado después y estaba acicalándome —dibuja una gran sonrisa de galán. Que tiemble la ciudad esta noche.

—¿Qué no me queje? Venga tira, que eres un presumido —le doy un empujón cuando pasa por mi lado y el me coje por la cintura entre risas para darme un beso en la mejilla.

10 ERICK



—¡Erick, que alegría volver a verte! —me abraza con fuerza Pedro.

—Yo también me alegro de verte, tío. ¿Cómo están todos?

—Están fenomenal. Algunos siguen estudiando, otros han conseguido un buen trabajo. Marco sigue con nosotros. Ese chico llegará lejos.

—Y lo hará gracias a ti.

—¡Yo no he hecho nada! —se quita mérito mi amigo.

—No digas eso. No eres consciente de la labor tan grande que haces, Pedro. Lo hiciste conmigo y nunca te lo agradecí como era debido. Si yo hoy estoy aquí, también es por ti.

—No tienes que agradecerme nada, Erick. Me gusta hacer lo que hago —me da un apretón en el hombro sabiendo lo que siempre me costó dar las gracias. Y más aún cuando anduve metido en cierto mundo que por poco acabó con mi vida. —Y bueno, cuéntame, ¿qué tal por Nueva York?

—Pues bien, la verdad. Al principio me vi abrumado cuando tuve que llevar algunos negocios de mi padre. Al menos yo lo hago de modo diferente a los que lleva él aquí. Supongo que gracias a mis tíos las cosas allí son diferentes. No puedo entender que pertenezcan a la misma familia.

—Bueno, siempre hay una oveja negra ¿no? —mi amigo enarca una ceja, pretendiendo sonar divertido.

—Desde luego —sonrío sarcástico.

—¿Sigues en contacto con Daphne?

—Claro. La verdad es que, si no hubiera sido por ella sé que me hubiera costado todo mucho más. Tuvo mucha paciencia cuando aterricé en la Gran Manzana. Ha venido conmigo ¿sabes? Decía que necesitaba cambiar de aires —sonrío al recordar su forma de autoinvitarse. Según ella estaba harta de tanto ejecutivo, papeleo, reuniones y el estrés de semejante ciudad.

—Seguro que os vendrá bien descansar.

—No te creas que la voy a dejar descansar tanto —sonrío de nuevo. —Me está ayudando con algunos asuntos que quiero dejar resueltos antes de volver.

—También tendréis que disfrutar del verano.

—Por supuesto. Le prometí que le enseñaría la ciudad y cómo nos las gastamos en España para aprovechar estos meses.

Nos da por reír a ambos. He echado de menos a Pedro. En realidad, he echado de menos muchas cosas. Cuando me marché las dejé de lado para verme envuelto en un trabajo que no me dejaba pensar en nada más y he descuidado a gente que me demostró que estaría a mi lado. Me

alegro de poder seguir contando con Pedro y ver que el tiempo no ha cambiado la relación entre nosotros.

—¿Y la has vuelto a ver? —al fin suelta la gran pregunta. No hace falta que especifique a quién.

—No. Realmente he venido para estar presente en la boda de mi gran amigo, pero ahora dudo en acudir. No he sabido mucho de ella durante todo este tiempo, tan solo lo que me ha podido contar Óscar. Habrá cambiado tanto... Creí estar preparado para volver a verla. Sin embargo, no sé qué pasará cuando nos volvamos a mirar a los ojos. Su marcha me dolió, no lo niego. Pero no puedo aparecer y hacer como si nada hubiera pasado.

—Si las cosas han sucedido así será porque el destino os ha vuelto a unir para resolver algunas dudas. Al menos os servirá para ver que os ha ido bien y quizá debáis hablar, resolver esas dudas, cercioraros de que todo os va como debe ir, daros una despedida de verdad y avanzar en vuestros caminos sin la desazón de no haber resuelto las incógnitas.

—No lo sé, Pedro. Estoy confuso. Sam ha rehecho su vida y yo la mía. Sé que quiero resolver las dudas, pero cuando la mire a los ojos puede que le demuestre el enfado de su marcha y acabemos mucho peor. O que pase todo lo contrario, que me dé cuenta que jamás podré olvidarla.

—Pues, solo puedo decirte que te dejes llevar, Erick. Ya te lo dije una vez hace años y te lo repito ahora. No lo pienses mucho y que pase lo que tenga que pasar.

—Sí, supongo. Que pase lo que tenga que pasar.

Seguimos poniéndonos al día. Pedro me muestra los cambios que ha hecho en el centro. Saludo a algunos chavales nuevos, lo que me apena reparar en cómo está la sociedad. Consigo ver a Marco, que ha crecido mucho y que, con once años, ya es demasiado alto y está guapísimo. Se ha dejado una media melena que le favorece mucho y, aunque sigue teniendo ese haz infantil, los rasgos de la adolescencia ya reclaman su atención.

Nos hemos fundido en un abrazo, cálido y cariñoso, como si ese niño fuese mi propio hermano. Me enseña la habitación que comparte con otro chico de su edad y que ingresó hace poco. Me cuenta un poco la historia de su compañero de cuarto. Algo sobre que no tenía padre y su madre tenía graves problemas con el alcohol. Marco lo ha ayudado a sentirse más cómodo y como en casa. Saber eso me hace sonreír al ver lo que mi amigo sigue consiguiendo en estos niños.

Me sorprende ver lo ordenada que está la habitación, salvo un pequeño rincón en el que hay un caballete, varios lienzos, pinturas de todos los colores y utensilios de pintor. Sonrío de medio lado y paseo los ojos por algunos lienzos que ya lucen unos colores preciosos e imágenes que evocan sentimientos indescriptibles. Me alegra saber que Marco encontró su vocación tan pronto y además se le da francamente bien. Está claro que Pedro ha hecho un gran trabajo y este chico volará lejos.

Después de enseñarme algunos bocetos en los que está trabajando, uno en concreto llama mi atención. Aunque al levantar el folio, hay muchos otros debajo. Idénticos a unas fotografías que yo mismo guardo todavía.

No me lo puedo creer.

De repente, aquella tarde en la que jugábamos al *vóley* y yo me dejaba llevar por lo que me provocaba disparar mi cámara irrumpe en mi memoria. Al visualizar las siluetas a carboncillo sobre el papel recuerdo las fotos que yo mismo hice aquel día. El verano, la arena, el sol anaranjado que amenazaba con esconderse bajo la fina línea del horizonte, el olor a salitre, el sonido de las olas del mar, las risas de unos niños, los mechones rojizos que se escapaban de

aquel moño y que ondeaban el viento, el color de la esmeralda en la profundidad de unos ojos y las carcajadas dulces y enérgicas de una chica que resonaban en cada rincón de mi cuerpo.

Joder.

—¿Has guardado esto todo este tiempo? —me atrevo a preguntar, con los folios aún entre mis dedos y fijándome en cada detalle. Marco es un gran artista para ser aún un niño.

—Sí, lo guardo todo. Aunque los hice hace muchos años y no son bastante buenos.

—Lo son. Y si para ti no lo son, perfecciónalos. Pero, Marco, debes acabar esto.

—¿En serio lo crees?

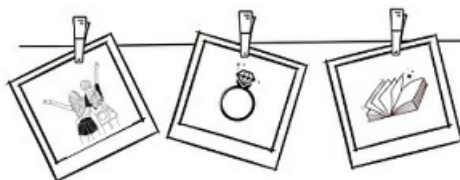
—Sin duda. Debes hacerlo. Son maravillosos y merecen que los acabes.

—Está bien, así lo haré —sonríe.

Vuelvo a ojearlos y le dedico a Marco una sonrisa amplia.

Estoy feliz.

11 SAMY



Madre mía. Menudo fin de semana. No hemos parado ni un segundo. Sonrío al recordar cada uno de los momentos. Reservamos en un restaurante italiano que me encanta en el mismísimo centro de Granada, en la plaza de la Romanilla, cerca de la Catedral. Ese lugar desprende la energía y la magia de la bella Italia y la comida está exquisita. Nuestra intención era ir a cenar, tomar alguna copa y volver a casa. Sin embargo, cuando ya nos íbamos, con el estómago bien lleno, pasaron por nuestro lado ciertos muchachos que al parecer también estaban de despedida de soltero. En esta época del año no suelen haber muchas, ya que hace bastante calor y la ciudad está prácticamente desierta, por lo que muchos locales de fiesta cierran hasta la llegada del nuevo curso.

El caso es que allí estaban, dedicándonos la atención que no reclamamos, pero que recibimos con gusto. En realidad, fueron bastantes descarados. Ya sabemos lo que pasa en estos casos: chicos hacen un buen barrido a chicas que son bastante monas. Chicas lo hacen de vuelta, pues ellos también están de buen ver. Empiezan los gritos de «UE UE UE UE», acabáis acercándoos, tonteáis, os lían para que no os vayáis tan pronto y termináis todos yendo a un *pub* en Ganivet. Suerte la nuestra que no estaba cerrado por vacaciones.

Evidentemente, Maca: una buena chica enamorada de Carlos, Vicky: la futura novia, y mi hermana: felizmente casada, acabaron charlando con el futuro novio del grupo y algún que otro que también estaba pillado. Así que las demás nos dejamos llevar por una noche de fiesta, algo más de alcohol y besos lujuriosos que acabaron siendo mucho más en sábanas ajenas.

Y después... Vuelta a lo mismo. Hasta nunca y cada uno por dónde había venido.

Y sigo sintiéndome igual.

Menuda mierda.

Si le contara a la Sam del pasado que su vida iba a ser así, no se lo creería. Está claro que por diversos motivos. Sobre todo, por uno de ellos: el de sentirse guapa, sexi, segura de sí misma y capaz de dominar cualquier situación frente a un hombre. Está claro que Erick me enseñó muchas cosas. No obstante, aquella lección, tarde o temprano, debía aprenderla: «Amarme a mí misma antes que a nadie más y ser consciente de lo preciosa que era sin necesidad de que nadie me lo dijera».

Ese tipo de inseguridades o complejos ya no me embargan como antaño. El origen de ellos empezó muy en el pasado y, Erick, encontró en mí razones para demostrarme que no debía acomplexarme de ellas.

En fin.

Eso está muy bien para acabar con cualquier chico en la cama, pero ninguno ha llegado a conocer mi esencia. No he dejado que nadie ahonde más de lo necesario y me conozca ni un poquito. Es mejor así. Ya dejé varias veces mi corazón a merced de alguien y me lastimaron, aunque la última vez fuera yo misma quién lo aplastara.

De todos modos, ¿qué les dejaría conocer de mí si ni yo misma sé quién soy ahora?

Nos despedimos de mi familia, con la promesa brindada a mi amiga de que se volverán a ver en el gran día, pues Vicky quiere que estén allí y se empeñó en invitarlos con todos los gastos pagados.

Hace un momento que llegué a casa. Tenía pensado deshacer la maleta, pero antes necesito un baño. Y una pastilla, porque el dolor de cabeza va a hacer que la pierda por completo.

Después de una hora de mimos y cuidados, me pongo ropa cómoda y disfruto de la noche del domingo en soledad. O más bien en compañía de mis pensamientos.

Al bajar del avión las nubes negras que cubrían el cielo amenazaban con descargar toda el agua retenida. Me quedo pensativa observando el cielo plomizo y en segundos las gotas comienzan a repiquetear contra los ventanales, anunciando una tormenta inminente. Me deleito unos instantes con el paisaje que me ofrece la lluvia. Un cielo cada vez más gris y oscuro, el sonido del agua en el cristal, los faros de los coches que alumbran la calzada a lo lejos, paraguas diminutos y de múltiples colores corriendo de aquí para allá. Disfruto del caos que ocasiona una tormenta en una ciudad y a la vez la calma de la misma. Lo negativo contra lo positivo. Como si la propia lluvia nos diera la oportunidad de un cambio tras ella; un antes y un después.

Contemplo la tormenta embelesada y me rodeo con los brazos. Los rayos se cuelan en mi piso, iluminándolo por completo en una fracción de segundo. Tras ellos, los truenos suenan tan fuertes que parecen estar sobre este mismo edificio. Es una tormenta de verano en toda regla.

Suelto una pequeña sonrisa sarcástica, pensando que el tiempo ha decidido estar en sintonía con lo que siento en mi interior. Digamos que para hacérmelo más complicado.

Voy a por el ordenador que tengo encima de la mesa de oficina que ocupa un rincón, frente a otro de los grandes ventanales que hay entre el salón y la cocina. El portátil está sin batería, así que abro el cajón para coger el cargador y mis ojos se van directos hasta ese cuaderno de piel marrón que guardo con gran cariño, pues en él está escrito una parte de la historia del gran amor de mi vida.

Sonrío con melancolía al recordarlo. Fue tan bonito. Tan épico. Tan breve e intenso. De pronto, recuerdo a aquella joven que ansiaba perderse entre líneas, sentir ese cosquilleo en los dedos al tocar las teclas del ordenador o la tinta deslizándose por el papel, meterse en historias capaces de hacer olvidar los problemas...

Y cuánto la echo de menos.

Inspiro profundamente, cerrando los ojos, y suelto el aire retenido. Cierro el cajón y me olvido de todo. Esa ilusión se esfumó cuando me perdí. Y dudo que la vuelva a encontrar en algún momento.

Paso del portátil y acabo llamando a Izan para saber qué tal le ha ido estos últimos días y si ha habido algún avance con su familia.

Acabamos hablando más de la cuenta, pues ya dije que Izan no es un paciente más, sino que forma parte de mi vida. Lo que me lleva a pensar que mi camino como psicóloga dista mucho de lo que yo quería en un principio si me dedicaba a ello. Siempre he sido muy buena estudiante e iba adelantada en cuanto a mis compañeros. Yo sabía que mis notas eran excelentes y me gradué con honores. Se me daba bien. Durante la carrera no perdí el tiempo y tuve claro que quería llegar lejos. Si no me dedicaba a contar historias tenía muy claro que quería ayudar a la gente a

gestionar sus emociones.

Y lo conseguí.

Sin embargo, no era precisamente como yo esperaba. Hubo un día que la vida me dio la oportunidad de conocer a una mujer adinerada, la cual se atrevió a contarme sus problemas. Por lo visto, le caí en gracia y le encantó la forma en que la traté. Me comentó que había gastado una fortuna en psicólogos muy famosos y terapeutas que lo único que querían era sacarle lo máximo posible por ser quien era ella. Cosa que yo no hice, pues cuando la conocí le ofrecí mi ayuda desinteresada. En unos meses, la gran mayoría de personas que se codeaban con ella, necesitaban urgentemente mis servicios, maravillados por aquellas palabras que me dedicó la mujer. Estaba claro que a todas ellas el dinero no les resultaba ningún problema y estaban dispuestos a pagar lo que fuese necesario. Alardeaban de tenerlo todo en la vida, pero aun así les faltaba algo, lo mismo que a todo el mundo con o sin demasiado dinero; ser escuchados y recibir alguna ayuda en cuanto a tratar algunos sentimientos.

Así es como llegué a ser quien soy, en la mujer en la que me he convertido. En escuchar y ayudar a gente que va a mi consulta para desahogarse y ayudarla con sus problemas, a darles pautas concretas para que se sientan mejor con sus vidas. Mientras que yo cada día sigo más perdida y dejé de escucharme hace mucho tiempo.

Con todo, no me llena como pensaba que lo haría. Me aproveché de la situación, pues esas personas sentían que sin mí no afrontarían sus miedos y emociones. Cursé tantas asignaturas de la rama de psicología y sociología que me autoconvencí de que sí que acabaría especializándome en ello. Me gustaba aprender y comprender a las personas y sus reconcomios. Es algo que me había llamado la atención desde niña y después de tantos años lo había conseguido.

Sin embargo, cuando he podido acudir alguna que otra vez al centro de acogida de Pedro y le he ofrecido mi ayuda para tratar a algún chico que llega nuevo, ha sido cuando de verdad me he sentido feliz por dedicarme a lo que me dedico. Lo que me hace pensar que quizá debería tomar una decisión al respecto.

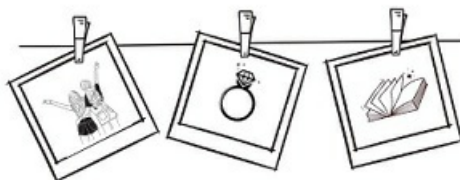
Aunque... puede que sienta algo de miedo al cambio. Por eso siempre pienso que mejor dejar todo como está y hacer lo que he hecho hasta ahora.

Decido prepararme algo de picar, me sirvo un poco de vino blanco, me acomodo en el sofá y le ordeno a *Alexa* que reproduzca mi lista de *Spotify*. La voz de Aitana en "*La última*" comienza a sonar. Me dejo llevar por la letra de esa canción y vuelvo a pensar en todo.

Y...

Ojalá algún día.

12 SAMY



Jaula de locas:

Vicky

Buenas noches, chicas.
Ha llegado la hora ☺

Mañana os recogeré
para disfrutar de un
fin de semana sorpresa.

Debéis preparar:

- Ropa cómoda para deportes de aventura y de agua.
- Por supuesto, bikinis ☺
- Pijama.
- Neceser de aseo.
- Un par de modelitos que os hagan irresistibles. JI, JI, JI.
- Samy, sobre todo tú, protector solar.
- Por la noche puede refrescar, así que ya sabéis...
- ¡Y MUCHAS GANAS DE DIVERTIRSE!

Han pasado un par de semanas y estamos a punto de entrar en la recta final para la gran boda de mi amiga. Estos días me los he dedicado a mí. He paseado por la ciudad, he buscado rincones nuevos para perderme, cafeterías con encanto para tomar un buen café y adentrarme en un buen libro. Soy tan asidua a algunos sitios que muchos empleados y dueños ya me conocen y me reciben con los brazos abiertos. A pesar de vivir en una gran ciudad soy de las que le gusta crear algún vínculo afectivo con la gente con la que suele relacionarse. Me hacen sentir en casa.

No obstante, siempre me gusta encontrar sitios nuevos.

También, he aprovechado para quedar más con las chicas. He ido a cenar un par de veces a casa de Maca y Carlos. Por lo visto no están pasando una buena racha y no porque ya no se quieran, ni mucho menos. Simplemente, a veces, los problemas que tenemos fuera de nuestro hogar, acabamos pagándolos con nuestra pareja. Hay quien no sabe gestionar bien ciertas cosas y, en lugar de apoyarse en la persona que tienes al lado, acabas pagándola con ella. Estoy segura de que mis amigos sabrán salir de ese bache. Se quieren y son el uno para el otro. Solo necesitan

encontrarse de nuevo.

Por supuesto, también he ido a la playa. Algunas tardes, perdía la noción del tiempo hasta que el sol se perdía en el mar. Me tumbaba sobre la toalla; leyendo o escuchando música, sintiendo el oleaje o las voces de algunas familias que se colaban en mis oídos, con una gran capa de crema solar para no quemarme y a la vez ansiando coger algo de color para el resto del año. Siempre me embarduno de esa capa de yeso. Sin embargo, con el sol las pequeñas pecas que recorren mi nariz se acentúan algo más. De pequeña, llegué a odiarlas, cuando los niños y niñas se metían conmigo, a pesar de que eran tan sutiles que apenas se apreciaban. Aunque, supongo que cuando eres un crío no eres consciente de algunas cosas y encuentras cualquier signo de debilidad en el contrario para que no se metan contigo y destacar como el más fuerte, guay, popular...

Ahora, en cambio, las adoro. Mayormente, después de que Erick me confesara una vez que, cuando las observaba, parecía ver en ellas constelaciones.

Es curioso cómo la mayoría buscamos siempre la aprobación del otro en cuanto al físico. Crecemos con esa idea que nos inculca la misma sociedad. Y hay que reconocer que los cumplidos sobre nuestra imagen, nuestra apariencia, son geniales y nos hacen sentir bien. No obstante, cuando llega esa persona que te felicita como persona, por la forma en que funciona tu mente, tu comportamiento, tu risa, tus bromas, la energía que desprendes, la paz que evocas, todo lo que esa persona es capaz de sentir cuando comparte el tiempo contigo y lo increíble que puede ser tu corazón... esos cumplidos golpean diferente. Erick me lo enseñó, ya que mis anteriores parejas hicieron verme de una manera muy distinta. Fue ahí cuando abrí los ojos y me di cuenta de que en realidad no fue Erick quién solamente me lo hizo ver, sino también mis amigas, que siempre habían estado conmigo, mi familia y la gente con la que suelo relacionarme. Erick fue quien me alentó a abrirlos para obligarme ver lo maravillosa que era.

Pienso en todo ello antes de volver a releer el último mensaje que envió anoche Vicky. A saber qué habrá organizado la loca esa. Y encima Óscar, que siempre está dispuesto a hacer lo que le pide su chica... Seguro que lo habrá liado para convencerlo. O al revés, porque vaya dos.

Creo que no se me olvida nada, aunque hago un repaso mental por si se me escapa algo.

Hemos quedado en un par de minutos y yo ya la espero en el portal. Se supone que me recogerá la primera, pues mi piso es el más céntrico. Maca vive en la periferia y Sole y Susana alquilan el piso a las afueras. Me enfadé con ellas por no querer quedarse conmigo. Cierto es que mi casa es preciosa, pero algo pequeña para tres personas, por lo que pasar tantos días en un lugar así nos acabaría volviendo completamente locas.

Le he preguntado a mi amiga hasta la saciedad qué había organizado, pero Vicky no ha soltado prenda. Ni a mí ni a ninguna, claro. Con lo impaciente que soy yo.

Cuando ya estamos todas en el coche de nuestra amiga, y sabiendo que no revelará nuestro destino ni el plan, optamos por poner la música a todo volumen y cantar a pleno pulmón, con coros incluidos, mientras recorremos kilómetros hacia las afueras de Barcelona. En concreto, hacia los Pirineos catalanes. Por lo que, al aparecer, nos quedan unas horitas de camino.

La verdad es que estoy emocionada. Y creo que las chicas también. Pienso que la boda de Vicky nos ha dado la excusa perfecta para volver a estar todas juntas, reconectar y disfrutar de las vacaciones. Todas, al fin, estamos libres para estar juntas sin cumplir con horarios ni obligaciones. Bien es cierto que durante el año hacemos todo lo posible por vernos, pero al fin y al cabo cada una de nosotras tiene su vida, su trabajo y su rutina. Cada vez es más complicado cuadrar horarios, fiestas y un sinfín de cosas que hace más complicado vernos más a menudo. Yo misma he sido una de ellas. Y me gustaría cambiar eso. Me gustaría volver a ser aquella chica de veinte años que disfrutaba de cada instante y valoraba cada momento como único, sabiendo que

ese jamás volverá.

Estas últimas semanas me hicieron pensar que, quizá, pueda hacer todo lo posible por reencontrarme con ella. Aunque sé que no va a ser fácil, lleva demasiado tiempo escondida en las sombras.

Tras un largo trayecto, llegamos a nuestro destino. Una vez que pasamos la puerta de entrada, presidida por el gran cartel de madera que dice con letras grandes y blancas «BIENVENIDOS», todas nos quedamos con la boca abierta al ver lo que nos rodea. Incluso a Vicky le cuesta salir de su asombro, dejándonos claro que, aunque haya sido quien ha preparado la sorpresa y navegó por la web donde reservó la experiencia, no hace justicia a lo que ven sus ojos.

—Tía, esto es una fantasía. ¡Qué maravilla! —Sole y Susana siguen mirando absortas hacia todos lados.

—¿Verdad? Es increíble —ni Vicky se lo cree.

—¿Solo venimos nosotras? —indaga Maca.

Yo observo a Vicky que dibuja una sonrisa y se muerde el labio, pícara y feliz.

—¡Noooo! También vienen un par de amigas más del trabajo y... ¡Los chicos, claro!

—¿Todos, todos? —Susana levanta las cejas unas cuantas veces pensando en aquellos morenazos, amigos de Óscar, y con los que tan buenos ratos pasaron juntos.

—Hmmm. Puede —ahora es Vicky quien se ríe. —Mirad, por ahí vienen.

Óscar y Carlos aparecen en el mismo coche con las amigas de Vicky. Quedaron en repartirse así para que las cinco pudiésemos venir juntas.

Mi amiga nos presenta a sus compañeras de profesión, igual de altas y guapas que ella, mientras los hombres se ofrecen a sacar las maletas de los maleteros. En pocos segundos, otro coche aparece, aparcando tras el resto. Jorge y Pablo se bajan, acompañados por dos chicos más que apenas conozco. Aunque sí recuerdo sus nombres: Mario y Fabio. Los he visto alguna vez en fiestas que han organizado mis amigos, pero no sé nada más de ellos.

—¡Hola, chicas! —saludan todos.

—Hola, cariño —se acerca Vicky a su prometido y se dan un beso fugaz. Parece mentira que se hayan visto esta mañana.

—Bueno, ahora que estamos todos —comienza a hablar mi amiga rodeada por los brazos de su chico, que la observa embelesado. —Aquí es donde vamos a pasar el fin de semana. Rodeados de naturaleza, en esas cabañas de madera que habéis podido apreciar, —señala a lo alto de los árboles, pues están construidas sobre ellos —disfrutando de la compañía y con alguna que otra experiencia que ya podréis averiguar más adelante.

—Que pasada, Vicky. ¡Sois increíbles! —abrazo a mi amiga porque nunca deja de sorprendernos y todas estamos de acuerdo. —¡Gracias!

—¡Que tontas sois! No tenéis nada que agradecer. La agradecida soy yo por teneros. A todos, en realidad. Y Óscar y yo queríamos hacer algo especial para vosotros. Así que, ¡ahora a disfrutar!

Da pequeños saltitos de alegría y da unas cuantas palmadas. Parece que haya vuelto a su adolescencia.

Nos da a todos por reír.

Cada uno de nosotros, con la emoción aún en el cuerpo, cogemos nuestro pequeño equipaje para los próximos días y vamos charlando antes de acceder a la oficina en la que nos asignarán las cabañas.

En medio de todo el caos, el rugir de un coche nos hace girar la cabeza hacia un *Range Rover* en negro que se ha detenido junto a los demás.

El murmullo de los demás se detiene al instante. Es cuando consigo escuchar a Óscar. Apenas suelta un susurro, pero lo oigo a la perfección.

—Al final se ha animado...

Frunzo el ceño a más no poder y vuelvo a mirar en la dirección en la que lo hacen todos. Por lo visto nadie, ni la misma Vicky, tiene idea de quien puede ser.

El corazón empieza a latirme demasiado rápido.

¿Quién?

¿Quién se ha animado a venir?

No hace falta que verbalice esa pregunta, pues en pocos segundos, el destino me da la respuesta.

En cuanto lo veo salir de ese coche siento que me falta el aire, mi corazón se detiene y el mundo deja de existir para mí.

13
ERICK



No estaba seguro de querer hacer esto ni de que fuera buena idea. Y sin embargo, aquí estoy. Porque, si he cruzado el charco sabiendo que la posibilidad de reencontrarme con Sam era tan alta, ¿para qué esperar a la boda de mi amigo?

Puede que después de algunos años no tenga mucho sentido, y menos aun cuando nuestras vidas han cambiado tanto, pero creo que así podré hablar con ella. Con suerte me dará algunas respuestas, porque sigo igual de perdido que al principio. Aunque, como digo, todo esto puede que haya sido un grandísimo error.

Nada más bajarme del coche me dirijo a mi amigo para chocar nuestros puños y fundirnos en un abrazo amistoso. Me palmea varias veces la espalda y me da las gracias por haber venido. Vicky está a su lado, supongo que sin saber muy bien cómo reaccionar ya que habrá cortocircuitado al pensar en cómo debe actuar ante la situación que se le presenta. Nerviosa, desvía la mirada hacia alguien. Lleva sus ojos a los de ella, hacia los de Sam, y tuerce los labios en un gesto de empatía.

Por lo que soy yo quien actúa.

—Hola, Vicky... —llevo mi mano tras de ella, colocándola en su cintura y atrayéndola hacia mí. Le doy un pequeño beso en la mejilla y la observo con cariño. Sé que nunca ha querido saber nada de mí. Soy consciente de que le prohibió a mi amigo que me contase nada de lo que hacía o dejaba de hacer Sam, aunque a Óscar se la sudara y alguna que otra vez me diera alguna pista de cómo le estaba yendo a la pelirroja. Entiendo que Vicky no quisiera estar en una situación complicada con su amiga si ella se enteraba de que mantenían el contacto conmigo.

Viendo que la prometida de mi amigo no sabe cómo actuar, yo no puedo dejar de hacer lo que me nace, pues esta mujer también se coló en mi corazón de un modo especial aquel verano. Cierto es que la pelirroja lo hizo derrapando y sin frenos, pero gracias a ella pude ver la vida de otro modo y cuando conocí en profundidad a esas chicas que la rodeaban y tanto la querían no puede salir inmune y les cogí cariño. Además, ahora, será la esposa de mi mejor amigo.

—Estás preciosa —le susurro al oído antes de separarme de ella.

Sé que está tensa, que sigue sin saber cómo reaccionar. No obstante, contesta.

—Gracias, Erick... —me dedica una comedida sonrisa y mira a su chico para después llevar la vista de nuevo a su mejor amiga.

Lo que me obliga a seguir el mismo camino que han recorrido sus ojos, hasta que llego a ella. Y ahí está.

Joder.

Prácticamente paso del resto y me atrevo a acercarme a Sam, que se ha quedado clavada en el sitio y no se mueve ni un milímetro.

Observándola, soy más consciente aún de que la amé de verdad, porque he intentado odiarla por todos los medios para poder seguir más fácilmente con mi vida. Sin embargo, sabes que amaste de verdad a una persona cuando no puedes odiarla a pesar de que te rompió el corazón. Y ella siempre será esa historia que al contarla o imaginarla aparecerá una sonrisa en mi cara, porque sin importar el final lo bonito fue vivirlo y sentirlo hasta en los huesos, el alma, la piel y el corazón.

—Hola.

Me aventuro a saludarla una vez consigo llegar hasta donde se encuentra. No responde. Tan solo me sigue mirando expectante, casi sin pestañear y me arriesgaría a decir que sin poder respirar.

Doy unos cuantos pasos más para acercarme a ella. Sin embargo, los pocos que doy ella los retrocede.

Me gustaría acariciar la piel de sus brazos; esa tan suave y que tanto me hizo arder. Me gustaría acercarla a mí y abrazarla. Me gustaría apretarla contra mi pecho y colar mi nariz en su pelo para olerla. Me gustaría decirle que la he echado de menos y que no ha habido ni un solo día en que no haya pensado en ella. Que tengo todos sus recuerdos grabados a fuego en mí, las escenas que vivimos adheridas en mi memoria, su continuidad y las sensaciones.

Pero entiendo que debo ser cauto, pues su reacción no es la que esperaba y pondría la mano en el fuego a que está intentando mantener las emociones bajo llave.

Así que lo único que hago es regalarle una sutil sonrisa de medio lado. Una de aquellas que la volvían loca. Supongo que lo que intento es romper un poco con la tensión del ambiente.

Al hacerlo, noto cómo traga con dificultad y dirige sus preciosos ojos hacia mis labios.

Joder. Esto va a ser muy difícil.

Al ver eso más ganas tengo de hacer todo lo que he pensado antes. Pero no debo y vuelvo a hablar.

—¿Cómo estás? —Sam vuelve a llevar sus ojos a los míos con rapidez y los abre de par en par, alzando las cejas a lo más alto. No tarda en llegarme una respuesta.

—Bien —apenas suelta un hilo de voz. No creo ni que los demás hayan podido oírla, pues soy consciente de que todos nos observan con curiosidad.

—Fingir es malo —no ha sido sincera en su respuesta, estoy seguro de ello.

—Fingir que te importa, también —se atreve a rebatirme. Y esta vez su voz ha sonado distinta, algo enfadada, brusca, resentida... ¿Por qué? Si fue ella quien se fue.

—No finjo, Sam. Me importa de verdad.

—Bueno, pues...yo tampoco lo hago —alza su barbilla a lo más alto. —Estoy bien. Muy bien. Estoy perfectamente —ceñuda, arrastra las palabras.

No me da tiempo a hacer ni decir nada más porque Sam coge su pequeña maleta y desaparece de mi vista.

Al instante, sus amigas pasan por mi lado para dirigirse en la dirección que ha tomado la pelirroja.

Me quedo plantado aquí.

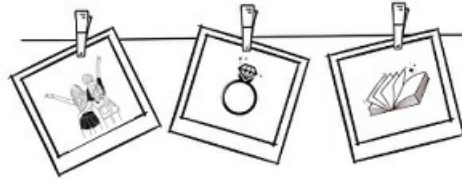
Pensando.

Es increíble.

Su aspecto ha cambiado y aun así sigue siendo el mismo. La he notado más madura, aunque añorada a la vez. Esos ojos verdes esmeralda, que no pueden competir con otros, siguen siendo preciosos. Esos labios que tantas sonrisas me regalaron, pese a que he podido apreciar en estos pocos minutos que no las va regalando como antaño, siguen siendo igual de seductores. El pelo lo sigue teniendo bastante largo, pero su color y su forma ondulada parecen haber tomado más protagonismo; con mucha más fuerza e intensidad. La he recorrido con la mirada sin fijarme en que ella tenía la suya clavada en mis ojos, por lo que habrá podido apreciar el repaso que le ha dado. Al sentir sus ojos, un escalofrío se ha adueñado de mi cuerpo y es lo que me cerciora de que su belleza me sigue hipnotizando.

Y ahora puedo estar seguro de que haber aparecido aquí, va a complicar mucho las cosas.

14 SAMY



Estoy en la cabaña que me han asignado, la que está más adentrada en el bosque. Estoy rodeada de ellas. Le he pedido a las chicas que me dejaran sola un momento. Necesitaba pensar.

Me siento en el borde de la cama con la cabeza ligeramente inclinada hacia el techo y dándome golpecitos en los muslos con los dedos para calmarme. Una punzada me atraviesa el pecho y me empiezan a escocer los ojos. Señal inequívoca de que las lágrimas se acercan. Y esta vez no creo que pueda reprimirlas.

Creo que sigo pálida, fruto de ese encuentro que ha despertado a los fantasmas del pasado. Resoplo y me esfuerzo en controlar las emociones que se han avivado al reencontrarme con Erick. No he podido apartarle la mirada y el corazón me latía tan rápido que hasta me dolía.

Le he echado de menos, maldita sea. A él y a todo ese tiempo que pudimos haber compartido. Está claro que todos los kilómetros que me obligué a poner de por medio no han servido de mucho.

Mi historia con él se evaporó.

O eso me he forzado a creer.

Y ahora lo he tenido enfrente, mirándome con añoranza. Y esos recuerdos que compartimos de los meses de verano más intensos que experimenté han vuelto a aflorar.

Lo último que esperaba era encontrarme a Erick. No aquí y sin poder hacerme a la idea. Se supone que, como mucho, lo vería en la boda y eso me daba algo más de margen para prepararme ante ese encuentro.

Y ahora está aquí.

Siento el corazón latirme a mil por hora y reclamando un espacio que parece que se le ha quedado pequeño.

Él también ha cambiado. Al igual que yo. Está más adulto, más maduro. Y aún así, no me equivocaría si dijera que el Erick que conocí sigue ahí, porque en los pocos minutos que he podido observarlo me he fijado en que me sigue gustando cómo se mueve, su forma de andar, la cara de concentración que pone cuando quiere decir algo más serio, su gesto desdeñoso y vacilón para chicharme; como esa jodida sonrisa que me ha dedicado y que no he podido obviar. Mierda. O el de tipo frío y rudo que seguramente aún guarda en algún rincón de su ser. Me gusta su pelo, que sigue estando algo revuelto, aunque un poco más corto. Y sus ojos oscuros. Esos ojos que un día me miraron con el mayor deseo del mundo. Por no hablar de su voz, que sigue siendo grave, ronca, a la par que apacible y tibia. No la he escuchado en estos seis años y sigue siendo tan familiar y electrizante que de repente vuelvo a tener veinte años y estoy contemplando atardeceres a su lado, sintiendo el sol, la arena y el mar en mi piel, con música, con pizzas, con

amigos, con escapadas, con sorpresas, con besos y caricias... Viviendo el amor y la vida al máximo.

Un súbito de sangre caliente llega hasta mi rostro. Respiro con dificultad por el nuevo ardor que se ha implantado en el estómago.

«¿Qué quieres hacer, Samantha?»

¿Debería irme? ¿Desaparecer de aquí?

Si me quedo, se van a complicar mucho las cosas. No sé si podré aguantarlo. Demasiado sufrí ya.

«Joder, Samantha, ¿cómo vas a hacer eso? Tu amiga está aquí y para ella esto es importante. No puedes hacerle eso».

Pienso. Pienso. Pienso.

¡No tengo nada que pensar! Se supone que soy una mujer madura y me estoy comportando como una niña pequeña.

Tarde o temprano iba a tener que afrontar esta situación. Si Erick y mis amigos no hubieran conectado sus mundos puede que todo esto no hubiera sucedido y quizá nunca nos hubiésemos vuelto a ver. Sin embargo, no es el caso y es evidente que por ese mismo motivo algo así ocurriría en algún momento.

Me concedo unas cuantas inhalaciones y exhalaciones profundas y diviso el bosque que rodea este lugar a través del ventanal que tengo frente a mí. Al hacerlo es cuando reparo en todo lo demás. La cabaña es preciosa. Cuando me dirigía a ella, la cual es bastante accesible para estar en la copa de un árbol, ya me había perdido en el paraje que nos envuelve, alucinando con lo bonito que es el entorno. Y si ya es así de increíble durante el día, me imagino cómo debe de ser cuando caiga la noche y todos esos farolillos que he apreciado sean los que iluminen el paisaje.

La cabaña dispone de todo el equipamiento necesario y de la perfecta climatización para afrontar las altas y bajas temperaturas. La madera lo envuelve todo, desprendiendo ese olor tan característico mezclado con alguna vela aromática y el propio olor de los árboles de alrededor. Lo que abraza este entorno es más propio de un cuento de hadas que de la vida real. Los revestimientos de pino cubren las paredes y el suelo es de alguna variedad de madera más recia.

La curiosidad puede conmigo y salgo a la terraza, la cual tiene unas dimensiones bastantes amplias y está equipada con una mesa y sillas en un pequeño rincón. Estoy rodeada de pinos, eucaliptos y mucho verde. Y, pese a ello, desde esta parte de la cabaña tengo unas vistas únicas y puedo divisar el bosque autóctono y algunos rincones que en la oscuridad se volverán mágicos. Estoy completamente segura.

Llevo mi vista hasta una de las cabañas que hay más próxima a la mía. Aunque hay bastantes hojas alrededor que caen del grandísimo árbol, que es el núcleo de la terraza, puedo ver perfectamente lo que hay al otro lado.

O más bien, a alguien. Un capricho más del jodido destino.

El corazón me empieza a latir más deprisa.

Mi intención es dejar de examinarlo y volver adentro para deshacer la maleta, pero algo me lo impide al acecharlo. Como si yo fuese un animal en busca de su presa.

Inspiro profundamente, incapaz siquiera de pestañear al estudiarlo.

Parece que él sí ha sacado ya toda su ropa de la maleta y por lo visto opta por cambiarse a un *look* más cómodo.

Sé que debería apartar la vista. No violar su intimidad, pero es que no puedo. Lo contemplo embelesada y mordiéndome el labio inferior. Acto que intento controlar.

Al quitarse la camiseta, en un movimiento demasiado tentador y sensual cuando levanta los

brazos y sus músculos se tensan, me pierdo en ese ángel negro con grandes alas que cubre su tonificada espalda y en el resto de tatuajes repartidos por su piel y que me sé de memoria. Lo primero que pienso es en si se habrá hecho alguno nuevo. Instintivamente, llevo mi mano hacia el mío. El único que me hice tras mi marcha. Necesitaba su recuerdo en mi piel.

Está rebuscando algo entre sus cosas. Supongo que el atuendo más idóneo para este lugar de montaña.

Mi mirada desciende por su sinuosa espalda tatuada hasta la curva de su culo. Mierda, menuda equivocación. Aparto la vista con rapidez, pensando en que debería hacer lo que había pensado en un primer momento; entrar y vaciar el poco equipaje que he traído.

Aunque...

Inclino un poco la cabeza y entrecierro los ojos, analizando cada parte de su anatomía.

Da media vuelta para quedarse de perfil, con la prenda que ha elegido entre sus manos. Sigue teniendo ese bronceado que hace contraste con mi blanca piel. Sus hombros siguen siendo anchos y luce unos músculos de infarto. Siempre me gustaron, porque Erick no era fuerte por pasarse horas en el gimnasio. Su musculatura más bien parecía heredada, igualito a una escultura griega, como si los dioses le hubieran dotado con semejante belleza y seducción.

Mis ojos vuelan de unos a otros. Recorro cada uno de ellos hasta aquellos que le nacen en las caderas, las cuales también están llenas de tinta, y bajan torturadores para esconderse bajo la banda elástica de su bóxer.

Si sigo mirándolo de este modo lo más probable es que sufra un infarto...

Vuelvo los ojos al ser consciente de ese pensamiento, pero es que su estampa es una auténtica tortura.

La belleza de Erick, de algún modo extraño, es salvaje y casi cruel para todos los sentidos. Y a pesar de que hayan transcurrido los años, sigue igual de atractivo y devastador para la vista. O incluso más que entonces. Al contemplarlo lamento haberme perdido esos años de él, de su vida. Siento como si alguien me estrujara los pulmones y me impidiera respirar. Porque la culpable de eso fui yo. Solamente yo. Y estoy cabreada.

Erick se da la vuelta hacia ese hueco en la madera que me ha mostrado su torso desnudo y cuando nuestras miradas chocan, en lugar de avergonzarme o que se extrañe por el modo en que lo miraba, sonrío adrede. Y ver eso me desarma por completo.

Me sostiene la mirada alzando el mentón y desafiándome con ella. Sus ojos me atraviesan como la mecha de una dinamita que acaba explotando directamente en mi corazón. Hago de tripas corazón para aguantarle la mirada. Me arde todo el cuerpo y temo que se dé cuenta del efecto que sigue causando en mí. Ahora mismo me siento expuesta, intimidada, invadida, como si hubiera entrado sin permiso en mi cuerpo, allanando por completo mi ser y supiera a la perfección todo lo que se está fraguando en él, mis sentimientos más escondidos, las verdades y las mentiras.

Me dedica una de sus sonrisas torcidas, como la de minutos antes. Discreta, pero una gran sonrisa viniendo de Erick.

Y lo primero que pienso es: ¿eso lo he hecho yo? ¿sigo provocando esas sonrisas en él? ¿o ha aprendido a lanzárselas a alguien más? De golpe siento unos celos terribles por la chica que puede estar compartiendo la vida con él.

Estoy a punto de mandarlo todo a la mierda y salir corriendo hacia su puerta. Las ganas de tocarlo me invaden, quiero recorrer cada parte de su cuerpo con mis manos para cerciorarme de que sea real, trazar un camino imaginario, dibujar con mis dedos el perfil de cada uno de sus tatuajes hasta llegar al borde de su ropa interior, después abrazarlo y no soltarme jamás de su

agarre.

Me quedo paralizada por unos segundos como respuesta a mis pensamientos, temiendo hacer algo que eche a perder su vida, la mía, la de todos. Hasta que unos golpes en mi puerta me obligan a regresar de un estacazo a la realidad.

«¡Serás imbécil, Samantha!»

Entro a la habitación, suspiro con los ojos cerrados y cabeceo varias veces para apartar todos esos pensamientos que me estaban confundiendo.

—¡Hola, chicas! Pasad —invito a entrar a mis amigas en cuanto abro la puerta.

—¿Te encuentras mejor? —Maca me mira con cariño mientras las demás se acercan a mi para mostrarme su preocupación.

—Sí, sí, estoy perfectamente. No os preocupéis. ¡Venga! ¿Qué plan hay esta tarde, Vicky? ¡Cuéntanos! —pongo todo mi empeño en cambiar el chip y disfrutar de este fin de semana con amigos. Además, mi mejor amiga se lo merece y no pienso aguar la fiesta.

Observo a las chicas que me miran con cara de «Pero, ¿qué le pasa a esta?»

—¿Qué? Que estoy bien, de verdad. ¿No hemos venido para pasarlo en grande? Pues venga, que no tenemos todo el día —doy un par de palmadas y coloco los brazos en jarra, plantándome en mitad de la habitación.

Vicky me sigue mirando con una ceja levantada como si no se creyera ni una sola palabra de lo que les he dicho, pero parece que al final lo deja pasar y comienza a hablar.

—Pues... Hay una cascada a cuarenta minutos. La ruta se hace andando y como aún es pronto habíamos pensando ir. Veníamos para saber si querías venir o preferías quedarte aquí.

—¡Pues claro que voy! —doy un grito de emoción. ¿Cómo se me ha podido pasar por la cabeza largarme de aquí y no vivir estos momentos con mi amiga? ¡Ni hablar!

—¡Ay, genial, Samy! —prácticamente saltan todas de la alegría.

—Venga. Me cambio y nos vamos.

15
ERICK



Ya nos hemos cambiado todos y estamos esperando a las chicas. Situados en la parte trasera del gran recinto, que hace las veces de recepción y que tiene acceso a uno de los senderos para ir directos a la cascada. Pasamos el rato charlando entre nosotros hasta que llegan. Tiempo suficiente para ponerme un poco al día con mis amigos.

Aparecen todas: Maca, Vicky, Sole, Susana, dos chicas a las que no he visto en mi vida y... Sam. Nada más verla no puedo apartar la vista de ella. Sigue haciéndose ese moño tan característico con el que se recogía su larga melena. Y sigue quedándole fantásticamente bien. Viste una camiseta de tirantes, de una tela blanca con la que puedes intuir que bajo ella lleva el bikini de color azul marino, y unos pantalones cortos que dejan al descubierto esas preciosas piernas que un día me hicieron perder la cordura.

—¡Ya estamos todos! —grita Vicky acercándose a Óscar.

—Pues en marcha —anuncia este, estrechando a su chica contra él.

Cuando llevamos hecho casi todo el recorrido, desisto en mi empeño de acabar caminando junto a Sam. Durante la caminata he hecho todo lo posible por acercarme a la pelirroja. He intentado hablar con ella unas cuatro veces, pero en todas ellas ha buscado las excusas perfectas para separarse de mí.

Sé que nuestro reencuentro no ha sido como lo había planeado y mucho menos su reacción. Por eso debo andar con pies de plomo con ella. Eso sí, no tengo ninguna intención de dejar las cosas pasar. Esa pelirroja y yo necesitamos hablar de lo ocurrido y también de lo que va a ocurrir a partir de ahora. Porque si pensaba que podía olvidarme de ella en algún momento, eso ya va a ser imposible, pues con tan solo una mirada suya los sentimientos aplastantes que tuve por aquel entonces han salido a flote sin que puedan pasar inadvertidos.

—¿Seguro que es por aquí? —las caras de Nuria y Marina, así he escuchado que se llaman las amigas de Vicky, son de preocupación. O más bien de horror cuando son conscientes de que llevamos caminando más de la cuenta. No parecen que hayan hecho muchas caminatas como esta.

A Óscar no se le ocurrió otra idea que cambiar de dirección pensando que cogía un atajo. Motivo suficiente para que su prometida se lo haya echado en cara por no escucharla a ella y hacerle caso.

—Tranquilas, seguro que no falta mucho —suelta Sam que llega hasta mi altura. Me dedica una mirada de soslayo y me sobrepasa, encaminándose hacia sus amigas, que van de las

primeras.

Al hacerlo, dirijo la vista hacia ella. La observo desde atrás. Por un momento me quedo quieto en el sitio, observándola, deleitándome con su físico, pues es más que evidente que sigue llamando la atención de quién se digne a mirarla.

—¿Te encuentras bien? —me hace regresar la voz de Nuria. ¿O era Marina? La verdad es que no he prestado mucha atención a la hora de saber qué nombre corresponde a quién.

—Sí, sí, todo bien... Me he despistado un segundo.

—Claro. Un segundo —ahora es ella quien mira en la dirección en la que yo lo hago. —Es muy guapa, la verdad —sí que lo es, pienso para mí. —Aunque creo que no has sido el único en apreciarlo —¿Qué?!

En cuanto Nuria, sí creo que es ella la que se llama así, me deja atrás después de soltar ese apunte, dirijo de nuevo la vista hacia Sam. Ahora le sonrío a uno de los amigos de Óscar: Fabio. Un hombre argentino, de unos treinta años, alto, pelinegro, ojos claros y, por lo poco que he podido hablar con él, con la suficiente labia como para camelarse a alguien. La tiene agarrada de la mano para ayudarla a subir una zona más rocosa. Una vez arriba, pasa un brazo por su espalda y la agarra de la cintura para conseguir que la pelirroja no caiga hacia atrás en semejante hazaña.

Frunzo el ceño ante esa imagen. Aunque sé que no debería. No tengo ningún derecho.

Se podría decir que el chico solo ha querido ser amable con ella y ofrecerle su ayuda. Puede que no haya sido su intención; la de ayudar solamente a la pelirroja. Sin embargo, cuando las demás llegan hasta dichas piedras, este desaparece. Dejando así muy claro que la única que le interesa es Sam, además de ser un maleducado.

Y solo de imaginar ciertas cosas me hierva la sangre.

—¡Por fin! —gritan emocionadas Maca, Sole y Susana.

—Si cierto hombrecito me hubiese hecho caso desde un principio... —Vicky mira a su chico con los ojos entrecerrados —no se nos hubiera hecho tan eterno.

—¡Anda, cállate ya! —lo hace él mismo al besarla.

—Bueno, qué ¿nos damos un baño?

—¡Pues claro! —prácticamente todos alzan la voz emocionados. —Nos lo hemos ganado.

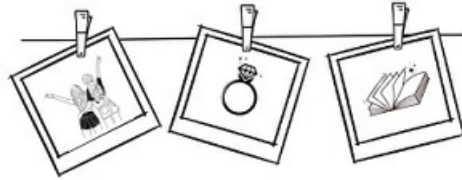
Empiezan a quitarse las prendas que les sobran y las dejan apartadas en un rincón para que no se mojen.

El lugar es espectacular. No sabía que este paraje pudiese estar aquí. Es hermoso y eso es algo que no se puede negar. Todo es de color verde: árboles, musgo, plantas por doquier... El sendero más bien parecía algo seco, y no me extraña dadas las altas temperaturas y la sequía del país. Sin embargo, al llegar a este lugar, el paisaje ha cambiado por completo, como si estuviera exento de sufrir las consecuencias del caluroso verano de España. Como si hubiésemos abierto una puerta hacia otro mundo muy distinto. Incluso el aire que se cuela en mis pulmones huele diferente. Sin duda, no tiene nada que envidiar a esos otros sitios perdidos por el mundo. El agua es casi cristalina y en un azul turquesa que parece irreal. La vegetación nos rodea y el sonido del agua al caer llama mi atención. Por el sendero hemos pasado algo de calor, lo cual hace replantearte si haber venido ha sido una mala idea cuando podrías estar bajo el aire acondicionado en tu habitación.

Sin embargo, esto no tiene precio y no cambiaría nada, pues el panorama me parece sublime y las vistas son fascinantes. Y sí, me refiero a unas que captan toda la visual de mis ojos y observan cómo se mueve, cómo se queda con la boca abierta ante lo que ella contempla, cómo abre los ojos de par en par por no creerse estar viviendo esto, cómo los cierra después para inhalar y llenarse los pulmones de ese aroma que la envuelve. Sigue siendo ella. Aquella

pelirroja que apreciaba cada segundo de la vida y la que disfrutaba de las pequeñas cosas.
Y eso me hace sonreír.

16
SAMY



Soy completamente consciente de la inmensidad que me rodea, el sonido tan natural del agua de la cascada al fluir y de la vegetación que hay alrededor. Creo que estoy sufriendo una descarga sensorial, porque solo puedo sentir este lugar y a él.

Sí, a Erick.

Sigo pensativa. No es que no quiera quedarme en bikini, aquella etapa de inseguridad hace años que la dejé atrás. Estoy feliz con mi cuerpo. Al menos la mayor parte del tiempo.

Veo a todos saltando al agua cristalina y fresca menos a Erick. Y ese es el motivo por el que yo aún no lo he hecho. Y es que puedo notar cómo me está admirando. Sé que me observa desde donde se ha quedado inmóvil. Al principio me he dejado llevar por el paisaje que nos envuelve y por un momento me he olvidado del mundo. Simplemente me he permitido sentir, respirar el exuberante olor a musgo, hongos y tierra húmeda. Durante unos segundos me he llenado de paz. Hasta que he podido apreciar que Erick estaba unos metros atrás. Si tan siquiera girarme he sabido que me observaba a mí.

—¿No te bañas? —me pregunta ahora que ha llegado hasta donde estoy. Ni siquiera me he dado cuenta de que lo había hecho, ya que estaba sumida en mis pensamientos y en la sensación que sentía en todo el cuerpo cuando los ojos de Erick me recorrían entera.

—¿Tú tampoco? —respondo con otra pregunta y en un tono un pelín antipático.

—Después de ti —con una mano me invita a que yo lo haga primero.

Ni hablar. No pienso quitarme ni un trozo de tela mientras lo tenga aquí al lado, mirándome así y poniéndome muy nerviosa.

Un esbozo de sonrisa juguetea en sus labios.

—Por favor, no te cortes. Tú primero. Ya sabes que me cuesta un poco el agua fría —sigo en el mismo tono de antes.

—Hmmm... —solo suelta un pequeño ruidito ronco con la garganta y es motivo suficiente para que la piel se me erice. Aunque, si viene acompañado de esa jodida sonrisa casi inapreciable y su levantamiento de ceja es lo más comprensible del mundo que un pequeño tirón en la zona más baja del vientre me haga perder el sentido común durante unas milésimas de segundo — Como quieras.

Tras soltar esas palabras se descalza, se deja puestos los pantalones cortos negros, que al parecer usa a modo de bañador, y lleva sus manos a la parte inferior de su camiseta ancha de tirantes. Antes de hacer ningún otro movimiento, levanta el mentón y me reta con la mirada. Parece que vuelvo al pasado, porque esto me recuerda mucho a algo, y el corazón empieza a latirme más rápido de lo normal.

De golpe revivo el mejor verano de mi vida. Uno lleno de arena y sal, de atardeceres en el mar y miradores, de gritar a pleno pulmón lo que siento, de horas y horas haciendo el amor, de días largos y llenos de risas, de contar una historia mientras me perdía en unos ojos oscuros que se desvivían por captar momentos y personas que le hacían feliz.

Alza los brazos, llevándose con ellos la camiseta, y todo su torso tatuado queda expuesto ante mí.

Me cago en todo, joder. Trago con dificultad. Todo a mi alrededor parece haberse ralentizado y pasar a un segundo plano.

Las voces de todos mis amigos, nadando y salpicándose en el agua, me llegan amortiguadas. Lo único que soy capaz de escuchar con claridad es el bombeo de mi corazón que me martillea en los oídos.

Intento que su imagen no me perturbe y no ofrecerle ninguna muestra de que tenerlo así frente a mí me genera algún tipo de sentimiento o reacción. No me hace falta ni fijarme en todos sus tatuajes porque los recuerdo tan bien que sería capaz de recrearlos con papel y lápiz, al igual que sus músculos y el color de su piel. El Erick del pasado estaba en demasiada buena forma y lucía un cuerpo del que nunca presumió, pero que sabía que podía dejar embobadas a las mujeres. Ahora, el Erick de treinta y dos años, sigue luciendo esa maldita tableta de chocolate recubierta de tinta negra y su piel sigue siendo un gran contraste con la mía. Y jodidamente irresistible.

«Respira con normalidad, Samantha.»

Le dedico una pequeña mirada de indiferencia para que no se piense que esto que está haciendo surte algún efecto en mí. O, al menos, esa era la intención, porque me sonrío y lo vuelve a mandar todo a la mierda con ese perverso gesto.

Su sonrisa seductora, sabiendo lo que provoca en mí, sigue dibujada en esos malditos labios, los cuales no puedo dejar de mirar. Hace que suba la temperatura de mi cuerpo con tan solo apreciar cómo se pasa con delicadeza la punta de la lengua por ellos.

«Samantha, ¿se puede saber que estás haciendo? ¡Reacciona de una vez, mujer!»

—¿Te piensas quedar aquí como un pasmarote? —los graves de su voz se cuelan en todo mi ser. Pero... ¿Qué? ¿Cuándo se ha acercado tanto a mí? Sigo notando su respiración en mi oreja y no puedo evitar girar la cara hacia su boca. Joder está demasiado cerca y ya es tarde para que su olor no se haya adueñado del espacio que me rodea. Sigue oliendo increíblemente bien. Y creo que ese es el motivo por el que no puedo reaccionar como debería.

—¿A qué esperas? —vuelve hablar en un susurro.

—¿Qué? —sigo aturdida y no le entiendo.

—¿Que a qué esperas? Tus amigos te están llamando.

Mis amigos. Claro, mis amigos... Eso me hace volver en sí. Carraspeo y aparto la vista de los labios de Erick para llevarla hasta ellos.

—Samy, ¿se puede saber qué haces? Venga, tírate ya. ¡El agua está buenísima! —Maca llama mi atención.

Buenísima dice. Congelada, más bien. Me apuesto lo que sea. Esa rubia es una mentirosilla.

Yo sigo en mis cavilaciones mentales sobre el estado del agua, por lo que no me da tiempo a responder ni a quitarme si quiera las zapatillas, cuando Erick vuelve a pegarse demasiado a mí.

—Perdóname.

—¡Qué! ¿Por qué? —frunzo demasiado el ceño sin saber a qué se refiere.

—Por esto... —Erick me levanta pasando los brazos por debajo de mis piernas y alrededor de la cintura y me pega a su cuerpo para tirarnos al agua.

En pocos segundos, y tras un gran chillido que hace eco en las paredes rocosas del paisaje,

rompemos la superficie del agua al caer.

Lo siguiente que ocurre sucede igual de rápido que el instante anterior. Al primer contacto con el agua me he obligado a contener la respiración un segundo. Después, el frío es placentero. Mis músculos, que se habían contraído por el contraste, empiezan a relajarse poco a poco. Al instante pateo con fuerza para emerger, moviendo brazos y piernas para mantenerme a flote. Esperando a salir para coger aire y reprenderle en cuanto él haga lo mismo.

Percibo el reflejo borroso de Erick cuando salgo a la superficie. Tengo que parpadear varias veces para apartar el agua de los ojos.

—¿Se puede saber qué haces?! ¡Estás loco! —Enfoco la vista, pero me topo con la sonrisa de oreja a oreja de Erick, mostrándome su perfecta dentadura. Presto atención a sus labios mojados, a sus ojos, a su pelo alborotado y me quedo embobada.

Los demás siguen a lo suyo, saltando desde algunos puntos algo más elevados, nadando, bañándose bajo la cascada, riéndose...

Erick, en tan solo una corta brazada, disminuye la distancia que nos separa, colocándose frente a mí.

—Puede...

—¿Puede qué? —ya se me ha olvidado lo que le había gritado.

—Que esté loco.

—¿Cómo se te ocurre? ¡No me has dejado ni que me desvista!

Vuelve a acortar unos centímetros más y a mí se me detiene la respiración.

—Estabas deseándolo —Erick levanta una ceja con esa expresión tan suya, tan diabólica y jodidamente sexi.

Me quedo embelesada ante su imagen.

El pelo castaño oscuro le cae mojado por la frente. Gotas de agua penden de sus gruesas pestañas y me quedo hechizada con el color de sus ojos, que con esta luz de la tarde me devuelven mi propio reflejo.

Estamos al mismo nivel gracias al mantenernos a flote y demasiado cerca, tan solo separados por un par de palmos. Pese al agua fría puedo asegurar, sin ningún atisbo de duda, que su cuerpo está tibio. Y resbaladizo. Y suave. Siento los latidos de mi corazón acelerado contra mi pecho.

En un casi inapreciable movimiento, se acerca algo más. Tanto, que su cuerpo ya no me parece tibio, sino que soy capaz de notar el calor que desprende, envolviendo el mío y cómo reacciona este al contraste del agua y con lo que Erick provoca en mí.

Se atreve a tocarme, implantando con delicadeza una de sus manos en mi cintura, para así atraerme mucho más a él. El contacto de sus dedos me pone la piel de gallina y me provoca un estremecimiento en todo el cuerpo, haciendo que el corazón me lata a tantas revoluciones que pienso que no debe ser sano.

Durante un instante cierro los ojos y aprieto los muslos como puedo y con fuerza mientras sigo manteniéndome a flote. Toda una proeza. Lo he hecho sin querer, evidentemente. Ha sido un acto reflejo provocado por el calor que siento entre ellos. Supongo que Erick ha percibido mi pequeño movimiento delator, porque la mano que tiene implantada en mi cadera ejerce más presión y su respiración se ha vuelto sutilmente arrítmica. Un escalofrío me recorre la espalda mientras en mi vientre se enciende un fuego que sería capaz de quemar el mundo entero.

Una chispa brilla en sus ojos y el esbozo de una nueva sonrisa juguetea en sus labios.

Y casi me contagia.

Casi, porque alguna de mis amigas pega un grito cuando uno de los chicos la sube a sus

hombros y la lanza al agua.

Justo lo que necesitaba para reaccionar.

—Sigue soñando, Erick. —Respondo algo molesta. En realidad, no sé ni porque le hablo así, si él nunca tuvo la culpa de lo que ocurrió. La única culpable fui yo.

El caso es que lo estoy. Y no sé si con él porque no insistió más y no intentó averiguar qué fue lo que ocurrió, conmigo misma por ser tan tonta o por todo en general.

Sin embargo, la forma en que le hablo y lo miro corta inmediatamente el momento que estábamos creando y que me estaba nublando el juicio.

Sigo queriendo proteger a Erick y a mi familia y algo me dice que ese monstruo se enterará de algún modo si incumplo mi palabra.

Así que eso es más que suficiente para separarme de Erick y nadar hasta donde están mis amigos.

17
ERICK



Después de la merecida ducha, me visto tal y como han impuesto los futuros novios. Nada de ropa deportiva ni casual. Sino, más bien, todo lo contrario, acorde a una cena formal y refinada.

Obviamente, he pasado de vestir de traje y he optado por pantalones oscuros y camisa a juego. Tras darme el visto bueno, considero que estoy lo suficientemente elegante para lo que tengan preparado esta noche.

Bajo hasta el restaurante que está situado en la parte trasera del recinto. Este lugar sorprendería a cualquiera. Pareciera que es la mismísima selva la que nos envuelve ahora. Las ramas verdes caen desde el techo atestado de vigas de madera, las guirnalda de luces van de un rincón a otro y todas las velas encendidas están colocadas en puntos estratégicos. Algunas de ellas, sobre una gran mesa de madera robusta alargada, provocan que el lugar se vea más acogedor y romántico si cabe.

Aprecio el hilo musical que suena sutilmente. Si no me equivoco es Lewis Capaldi quien canta ahora.

Reparo en que hay una pequeña zona adaptada con muchas más velas blancas de diferentes tamaños y un piano, por lo que deduzco que en algún momento de la noche alguien lo tocará.

Parece que soy el primero en llegar pues no veo a nadie más por aquí. Así que, mientras espero, paseo por la zona dejándome llevar por lo sentidos y disfrutando de esta fantástica noche. Estoy apoyado en la valla de madera que separa el restaurante del resto del bosque y del pequeño riachuelo que suena a unos metros de aquí, cuando su dulce voz me hace girar.

—Hola —carraspea nerviosa.

Alzo las cejas hacia lo más alto, pues me sorprende al verla. Aunque no sé por qué lo hago, ella siempre tuvo ese poder sobre mí, ya fuera vestida con vaqueros y camiseta o con un vestido elegante como el que lleva puesto ahora.

Tengo que decir que está preciosa enfundada en ese vestido rojo que se ajusta perfectamente a las curvas de su cuerpo y termina a la altura de sus muslos, dejando aún más al descubierto su pierna derecha por culpa de la apertura que tiene la prenda en ese lado. Las finas tiras de los costados se atan a su espalda. El material de esa dichosa tela se moldea demasiado bien a su dulce cuerpo. Y ese escote... Joder, ese escote es...

«¡Erick, céntrate, no la mires así o se dará cuenta!»

Ahora reparo en su rostro, en sus ojos verdes enmarcados por unas pestañas densas y tupidas. En esas sutiles pecas que no se pueden apreciar bien a estas horas de la noche, pero que yo sé que están ahí. En esos labios gruesos y carnosos que lucen aún más apetecibles con el labial

granate.

Alza la barbilla, cambia el peso de un tacón a otro y se recoloca el pelo. Esa cabellera de un rojo intenso que cae ondulado sobre uno de sus hombros y dejando el otro al descubierto.

—¿Estás bien? —supongo que se habrá percatado de mi reacción al contemplarla.

—Eh... Sí, sí. Perdona —doy un paso para acercarme. —Sam, estás... estás...

—¡Hola chicos! ¡Ya estamos aquí!

Aparecen de golpe nuestros amigos, por lo que no puedo terminar de decirle a Sam lo que deseaba.

Van todos muy elegantes. Empiezan a tomar asiento y se van repartiendo como les apetece. Eso hace que Sam se aleje de mi lado.

Me fijo en que el chico de esta tarde, Fabio, le separa la silla a Sam para que se siente. Parece que es todo un caballero y no puedo evitar reír por la nariz y cabecear.

Las chicas iban a sentarse juntas, pero no sé cómo el chaval acaba sentado al lado de la pelirroja y yo termino sentándome frente a ella y justo al lado de Marina.

Enseguida aparecen nuestros camareros, que van depositando sobre la alargada mesa unos cuantos platos de quesos y patés para compartir. Traen vino y empiezan a rellenar las copas. Cuando llega mi turno lo rechazo. El alcohol ya no me afecta, me siento curado en ese aspecto, pero mejor no tentar a la suerte. No sé por qué me da que esta noche bebería de más. Acabo pidiendo un refresco e intento conversar con los de alrededor.

Hago lo posible por no llevar la vista demasiadas veces hasta la chica que tengo enfrente. Aunque a estas alturas creo que es demasiado tarde, pues he podido darme cuenta de que no está para nada cómoda al lado del tío ese. Será un buen hombre, no lo pongo en duda, pero la está atosigando y ni siquiera ha reparado en ello.

Sam no deja de beber de su copa y con disimulo comienza a hablar con Maca, que está sentada a su lado. Se carcajea por algún comentario que ha soltado su amiga y sus risotadas retumban en mis oídos, deshaciendo nudos en mis entrañas para crear otros nuevos. Una ráfaga de recuerdos se cuela en mi mente, porque hay personas, momentos, risas, canciones, amaneceres, atardeceres y anocheceres que se nos tatúan en el alma sin tinta alguna.

Bebo de mi bebida para intentar bajar el nudo que tengo en la garganta al recordar tantos momentos especiales junto a la pelirroja.

Tras los entrantes, un hombre de mediana edad vestido con traje se acerca hasta Óscar y Vicky. Ellos asienten dando a entender que están encantados y el hombre camina directo hacia el piano. Se coloca y en pocos segundos podemos disfrutar de una gran velada con amigos y buena música.

Me da por pensar en lo que han cambiado, sobre todo ellas. Hace años, lo que estamos viviendo aquí puede que les pareciera excesivo. Siempre fueron más de preparar un picnic y disfrutar de las cosas como vinieran, sin planear tanto. Supongo que las experiencias y la edad nos moldean. Y estas chicas, al parecer, tienen una nueva versión de ellas mismas. Todos cambiamos y están en su derecho de hacer lo que les apetezca. Reconozco que se está de maravilla. No obstante, por mucho que mi amigo se haya gastado una pasta en organizar todo esto, sin duda no es igual, ni de cerca, a todas esas fiestas de las que alardeaba mi padre. Al menos, ellos lo han hecho por gusto y para que disfrutemos todos juntos de la velada, no por querer aparentar. Y eso es una gran diferencia.

Entonces, pienso en él, en mi padre. Creo que va siendo hora de hacerle una visita. No sin antes resolver algunos asuntos y aclararme.

Cabeceo e intento apartar a ese hombre de mi mente, al menos de momento.

Estoy llenísimo. Bueno, yo y sospecho que todos. La cena estaba exquisita. El asado ha sido un manjar y los postres una delicia.

Marina me ha invitado a bailar con ella. Invitación que he rechazado con maestría y educación. De vez en cuando sigo observando de reojo a la pelirroja, la cual mira con cariño y dulzura a sus amigas que ahora bailan lentamente con sus parejas o con aquellos que se han ofrecido para la ocasión. Está sentada de medio lado en su silla, al igual que yo. La noto cansada y somnolienta, puede que a causa del alcohol que ha ingerido. Me da por sonreír al saber lo mal que le sentaba. Se ve que el sonido que he soltado no ha sido tan cauto como pretendía pues ahora es ella la que me observa. Nos miramos casi sin pestañear hasta que una mano se cuela en su campo de visión.

Joder, qué pesado es este tío...

—¿Quieres bailar? —la pelirroja alza la vista hasta él, pero no le responde. Este le muestra una sonrisa embaucadora para que acepte.

Ella vuelve a mirar la mano y después a mí. Se ve que se lo piensa durante unos segundos. Yo no aparto los ojos de ella, queriendo saber cuál será su decisión. Mantenemos un pulso con la mirada. Yo dándole a entender que no lo haga y ella dejándome claro que es justo lo contrario lo que piensa hacer. Aunque este tío le parezca un auténtico pelmazo.

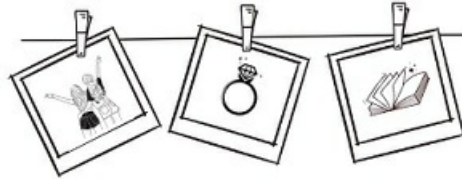
Cierra los ojos lentamente y suspira. Un gesto que no me pasa desapercibido. Apoya su mano en la de Fabio y responde.

—Claro —ahora es ella quien le sonríe y el gesto de este se ensancha.

Si se hubiera fijado un poquito más en ella sabría que lo que menos le apetece a esa pelirroja es bailar con él. Pero yo no puedo hacer nada...

O sí.

18
SAMY



El grito más fuerte de una mujer es cuando calla. Sí, porque cuando está feliz no deja de sonreír y de hablar, pero de hablar por los codos. Sin embargo, cuando tiene una lucha interna y se encuentra mal, prefiere callar y no decir nada. Por eso, muchas veces, el silencio de una mujer es para expresar su dolor. Y qué importante es dar con alguien que te conozca bien, que sepa qué te ocurre. O al menos sepa que algo no va bien y tan solo te ofrezca un hombro donde apoyarte. Pero claro, este hombre, por muy guapo, correcto y educado que parezca, apenas me conoce y tampoco sería justo echárselo en cara. Al fin y al cabo, eso es lo que está intentando, conocerme más. Pese a que yo quiera que me deje en paz.

Aun así, aquí estoy, dejándome llevar por Fabio.

Le sigo los pasos cogida de la mano para dirigimos hasta donde están los demás, en el centro de esta pista improvisada sobre la tarima de madera. Todos a nuestro alrededor bailan al compás de la lenta melodía que toca el pianista.

Fabio coloca una mano en mi zona más baja de la espalda y me sostiene la otra en alto. Me posiciono a una distancia prudencial, la justa para que corra el aire entre los dos. Si se piensa que voy a apoyar la cabeza en su hombro va listo. Le sonrío amablemente y él me observa encantado. Insta a que nos movamos al ritmo de la música y no puedo evitar sentir un pellizco en el estómago. Hago todo lo posible para no pensar en nada. Más bien me dejo llevar por Fabio a la par que paseo mi vista por las vigas de madera que conforman el techo de esta zona y desde donde caen plantas verdes adornadas con miles de guirnaldas.

—Hace una noche increíble ¿verdad? —su voz me devuelve a él, giro un poco la cabeza y asiento.

—Sí. Llevas razón —vuelvo a soltar una comedida sonrisa, más por ser amable que por que en realidad me apetezca hacerlo.

—Me alegro de que hayamos podido conocernos un poco más. La última vez que te vi fue en la cena de Navidad que organizaron Óscar y Vicky... —sigue hablando mientras bailamos.

—Cierto.

—Fui un estúpido por no acercarme más en aquel momento.

Carraspeo por incomodidad.

—Bueno... eh...

La pieza que tocaba el pianista finaliza y anuncia que tocará otra. Me separo de él dándole a entender que no me apetece bailar más, pero se me adelanta.

—¿Bailamos otra? —vuelve a tenderme su mano, acompañada de una gran sonrisa que

pretende ser amable y seductora.

Observo a mi alrededor y veo a todos bailando de nuevo. Después lo observo a él y estoy a punto de decirle que sí cuando él aparece.

—Ahora bailará conmigo.

Frunzo el ceño al escucharlo y le doy una ojeada rápida de pies a cabeza hasta clavar mi mirada en la suya.

—Creo que antes deberías preguntárselo a ella, ¿no crees? —Fabio fulmina a Erick con la mirada. Este sonríe sutilmente y pasa de mirar al que hasta ahora era mi compañero de baile para clavar sus ojos en los míos.

—Bailará conmigo —vuelve a decir. No pregunta ni sugiere, sino que impone.

Ahora es Erick quien me tiende la mano, pasando olímpicamente de Fabio y sabiendo a la perfección que lo que acaba de hacer lo fastidiará.

Me deleito unos segundos en ella, en el tacto de su piel contra la mía esta tarde cuando me ha tocado después de seis años sin hacerlo. En esas letras negras que yo sé que son en honor a su hermano pequeño y que adornan cada uno de sus nudillos. En la firmeza de estas y en las ganas que tengo de volver a sentirlas sobre mí. Y sabiendo lo que puede estar pensando cada uno, acepto.

—Muy bien —al fin Fabio nos deja solos y desaparece murmurando algo que no logro escuchar bien. Aunque ambos sabemos que de su boca habrán salido algunos insultos dedicados a mi nueva pareja de baile.

Erick se acerca a mí a la vez que me obliga a pegarme a él en un movimiento veloz pero cuidadoso. Acorto la distancia poco a poco y percibo cómo suelta el aire retenido contra mi pelo, como si al haberle permitido bailar conmigo hubiese podido respirar al fin. Con delicadeza coloca una mano en mi espalda, en la zona más baja, y me sostiene la otra en alto. Los mismos movimientos que con mi anterior pareja, pero esta vez el tirón que noto en el bajo vientre es muy distinto. Uno abrasador.

Intento calmarme y respirar con normalidad.

Percibo la forma de su cuerpo, sus fuertes brazos bajo la camisa que los cubre, el calor que emana de él y ese aroma tan especial que siempre lo caracterizó. Porque sigue oliendo a su propia piel y a *aftershave*. Pero ahora, se entremezcla con el olor a madera, a pino y a velas. ¿Es posible que la felicidad tenga un olor? Porque de ser así, sería este, el de Erick.

Siento su pecho firme pegado al mío, incluso con tacones me saca unos cuantos centímetros, pero sigue siendo la altura perfecta para que pegue su mentón en un lado de mi cabeza y yo la apoye en su zona más baja del hombro. Es curioso como a pesar de lo frío y distante que fue un día, también siga siendo cálido, mucho más masculino de lo que recordaba y, además, siga siendo increíblemente guapo.

Erick es uno de esos hombres que no se preocupan de lo que pensarán los demás de él, de los que no están atentos a si van levantando pasiones, de los que van a lo suyo y nada más, con su propia esencia y su característico estilo de “chico malo”, pero con un gran corazón.

Sin embargo, es el típico hombre que no pasa desapercibido y que al ir junto a él serás partícipe de cómo las chicas, y chicos también, son capaces de romperse el cuello al girarlo tan solo para deleitarse unos segundos más la vista.

Tan siquiera tenemos que hablar, solamente nos dejamos llevar por la música. Erick gira un poco la cara para colar su nariz en mi pelo e inhalar con parsimonia. Al hacerlo ejerce algo más de presión con la mano que me tiene sujeta por la espalda y parte de la cadera. Sus dedos empiezan a recorrer mi piel con una cadencia que me desarma. Y sí, digo piel porque la tela que

la recubre parece haberse desintegrado.

No sé si es consciente de lo que está haciendo o simplemente se está dejando llevar, pero sentirlo así me está torturando de la forma más bestia que puede existir. El corazón comienza a latirme con más velocidad. Cierro los ojos dejándome llevar por todo lo que me hace sentir el estar tan pegada a Erick. Yo también inhalo y al instante ese olor tan característico que tanto me gusta se cuela en todo mi ser. Lo que me provoca otro tirón en las entrañas. Siento un aleteo en mitad del pecho que solo experimenté con Erick aquellos meses de verano y que después de él me obligué a buscarlo en otros chicos, pero que jamás volví a sentir.

Hasta ahora.

Hay momentos que te gustaría atesorar para siempre en la memoria, porque cada uno de ellos es único e irreplicable y, por mucho que se asemejen a otros, jamás serán iguales. Es algo que he intentado hacer desde que tengo uso de razón. Además, cuando la ocasión lo permitía, iba guardando esos recuerdos en algún lugar seguro, ya fuese en forma de escritos, fotos u objetos que me recordasen ese instante. Sin embargo, ahora no puedo hacer nada de eso y mi memoria tendrá que bastar. Así que me digo que debo disfrutar de este momento por si nunca más puedo volver a vivirlo. Porque el amor que sentí por Erick siempre será ese recuerdo que protegeré con ahínco.

—Lo que intentaba decirte antes es... —susurra en mi oído, obligándome a recordar lo que sentía cuando él se inclinaba un poco, colocaba los labios cerca de mi oreja y siseaba palabras. Y lo recuerdo porque es lo mismo que siento ahora; un escalofrío que me recorre cada vértebra —que estás preciosa, pelirroja.

Vuelvo el rostro al escuchar ese apelativo que tanto he echado de menos.

Aprieto más fuerte los párpados cuando noto que sus labios se acercan de más. La cabeza me empieza a dar vueltas, mientras siento ese bombeo en el pecho. Intento pensar en algunas excusas para convencerme de que esto no debe continuar.

Es imposible.

—¿Eres consciente de cómo iluminas el lugar con tan solo ser tú? ¿El efecto que causas? En algunos más que otros... Y no sé si eso me gusta —suelta una risa irrisoria. —De todas formas, creo que cierto hombre obsesionado contigo puede seguir mirando todo lo que quiera, es lo único que conseguirá —continúa susurrando totalmente convencido.

Cuando habla, su voz es tan profunda que una descarga eléctrica recorre cada milímetro de mi cuerpo. Su sonrisa sigue siendo una droga. La adicción que jamás he conseguido superar. Me fijo en las pequeñas líneas visibles, pero sutiles, que envuelven las comisuras de sus ojos y en la barba difuminada de varios días que enmarca su rostro. Erick está... igual y diferente al mismo tiempo. Es muy guapo, sexi y peligroso.

Puedo notar el momento exacto en el que me empiezan a escocer los ojos, porque lleva razón. Nadie conseguirá nada más que lo que yo esté dispuesta a ofrecerle. Nadie llegará a lo más escondido. Aunque quisiera no podría. Ya lo he intentado, pero la huella del pasado pesa más de lo que me gustaría.

Aguanto para no soltar ni una sola lágrima. No aquí. La música termina y me separo de él. Erick me observa con un brillo en los ojos capaz de iluminar toda la oscuridad del mundo. Me pierdo en ellos durante unos segundos, intentando pensar, recapacitar y darle vueltas al por qué no deberíamos estar juntos. Porque estar aquí con él me nubla los sentidos.

Los recuerdos de todo lo que sentí junto a él llegan de nuevo, como un golpe con la piedra más grande. Siento una punzada en el pecho que no me deja respirar.

—Pelirroja... —Erick me coge de la mano para volver a acercarme a él, pero me suelto de

su agarre en cuanto sus dedos entrelazan los míos.

Niego con la cabeza porque apenas me sale la voz. Y esta misma se convierte en algo muy parecido a un sollozo. Estoy al borde del llanto y no quiero que nadie me vea así.

—Ne... Necesito un momento.

Soy incapaz de hilar una frase entera y eso es lo único que soy capaz de decir antes de desaparecer.

Me limpio las lágrimas que recorren mis mejillas. Siento un martilleo constante en la sien y una desazón en el pecho. Llevo un rato aquí sentada. Salí a toda prisa de allí porque me estaba agobiando. Si pensaba que ese capítulo de mi vida se cerró y que mi historia con Erick había terminado es que no puedo ser más ilusa.

En algún momento me descalcé porque era imposible caminar por este lugar con los tacones. He estado dando vueltas por todos lados del recinto hasta acabar sentada prácticamente en el punto de partida, en una zona en la que hay un pequeño claro donde las luces del restaurante quedan a bastantes metros de donde estoy, brillando detrás de mí, y lo único que me alumbra es la gran luna llena que reina el manto oscuro, acompañada por todos esos puntitos resplandecientes que son tan difíciles de apreciar en plena ciudad. Desde aquí el cielo se ve muy distinto.

Huele a eucalipto y a flores silvestres. Puede oírse perfectamente el agua del riachuelo mecerse a pocos metros de mis pies, coreada por el sonido de las voces de mis amigos, que se escuchan bastante lejos, y algunos bichos y alimañas característicos de esta zona.

Me encantaría meter los pies y refrescarlos para aliviar esa sensación de dolor después de haber estado con los tacones puestos, pero está lo suficientemente oscuro para saber que un pequeño río que forma parte de la montaña estará repleto de la típica fauna que se desarrollará en él. Y le tengo demasiado aprecio a esa parte de mi cuerpo como para que algún animal decida darse un homenaje con ellos por haberme hecho la valiente.

A los minutos escucho un ruido tras de mí y pego un repullo.

—Tranquila, soy yo —Erick aparece a mi lado. —Al fin he dado contigo.

Esto se complica por momentos.

—Deberías estar con los demás —consigo soltar más de cuatro palabras.

—Allí no se me ha perdido nada.

—Aquí tampoco —replico más enfadada. Sigo sin entender por qué le hablo así y lo pago con él si no tuvo la culpa de nada. Pero es que me sale sin más.

—Te equivocas.

Erick hace caso omiso a mi reacción y se sienta a mi lado.

Nos quedamos en silencio durante unos minutos, del mismo modo que cuando nos vimos por primera vez y a lo que nos acostumbremos fácilmente. Aprendimos en poco tiempo a sentirnos cómodos en esos silencios que estaban repletos de miles sentimientos y palabras.

Como el de ahora.

Callándonos, pero queriendo decirnos tantas cosas.

Hasta que Erick decide romperlo con su voz.

Tiene las manos apoyadas en la hierba, ligeramente echado hacia atrás mientras sigue con los ojos elevados al cielo.

—Ahora en serio, Sam. ¿Cómo estás?

Pienso unos segundos. Decido ser sincera. Solo un poco. No sé bien si porque el alcohol que he ingerido me ayuda en eso o porque con Erick siempre fue así de fácil expresarme.

Cojo aire profundamente para soltarlo pausadamente, mientras seguimos observando el cielo

estrellado.

—Pues... La verdad es que no estoy ni feliz ni triste. Tampoco es que nada esté mal, pero a la vez nada está bien. Es como si la vida me hubiera puesto en modo avión. Así es como estoy. Y es un fastidio, la verdad.

—Ya. Entiendo.

Aparto la mirada de ese manto oscuro repleto de lucecitas que habían cautivado mi atención para observarlo a él. ¿Por qué con Erick fue siempre tan sencillo mostrarme como soy?

Le sigo confesando cómo me siento. Está concentrado mientras me escucha atento, como si de verdad le importara lo que le cuento y, seguramente, pensando lo que se habrá perdido de mí todos estos años.

Desde el primer momento que Erick y yo hablamos en aquel avión tiempo atrás vi con frecuencia lo que veía en mis amigas y familia. A él también le brillaban los ojos cuando le contaba algo que a mí me hacía ilusión o aquello que me oprimía el corazón. Siempre supo escucharme.

Y sigue brillándole la mirada incluso después de callarme y que él siga observando el manto oscuro, procesando lo que le he contado.

—La luna está preciosa —eso me hace elevar de nuevo la vista hacia el satélite.

—Sí, lo está. Es fuerte, brillante y acogedora —casi la describo con un poco de envidia.

—Como tú.

Dibujo una pequeña sonrisa sarcástica y resoplo.

—Imposible. Además, si así fuera estaría constantemente escondida tras alguna nube. Parece que últimamente es lo que hago.

—Pues en ese caso, estoy convencido de que aprovecharía esa oportunidad para gritar y sufrir en silencio. Aunque sepa que puede compartir su dolor con los demás. Pero, después, la nube se desvanecería y seguiría siendo fuerte, brillante y acogedora.

No puedo evitar sonreír ante un recuerdo que cruza mi mente.

—¿Recuerdas lo que me dijiste una noche en la cala, cuando nos quedamos hasta tarde contemplando la luna?

En lo más profundo de mi ser albergo la esperanza de que Erick no se acuerde de aquello, porque eso significaría que lo que vivió junto a mí no fue tan importante, tan abrasador, tan arrollador. Significaría que mis recuerdos se le han ido desdibujando de la mente. Por lo que si responde «no me acuerdo», no me dolería tanto como saber que le gustaría tenerme a su lado y no tenerme.

—Claro que me acuerdo. No he olvidado nada que tenga que ver contigo —y todas mis esperanzas se van junto a la corriente del río. Por mucho que quiera engañarme a mí misma pensando que un «no» era la respuesta más sensata, he de reconocer que su contestación me calienta por dentro de una forma que creí olvidada para mí. —Te dije que la luna es un recordatorio de que estés en la fase que estés, siempre estarás completa y hermosa. —El problema es, que nunca me sentí completa conmigo misma y, además, después de Erick estuve más incompleta que nunca. Jamás conseguí estar sola y ser feliz conmigo misma.

Erick se endereza, acercándose más a mí. Se inclina y me aparta sutilmente la melena para observarme bien.

Cuando hace eso siento el deseo de sincerarme aún más con él. De explicárselo todo. Sin embargo, me freno en el último segundo. Después de tanto tiempo no tendría ningún sentido.

Lo que sí necesito es que me perdone. Que me perdone por marcharme así y romper el corazón de la persona a la que amaba y a la que le prometí que yo jamás lo abandonaría.

19
ERICK



—Erick, ¿algún día podrás perdonarme?

Puf. ¿Perdonarla? ¿Por qué? ¿Por haberme hecho el hombre más feliz del mundo pese a que lo nuestro durase semanas? ¿Por haberme dado un motivo para seguir adelante, para ser mejor, para vivir?

—No tengo nada que perdonarte, pelirroja —le sonrío.

Clava sus ojos en los míos. Tiene la mirada vidriosa. Me devuelve esa sonrisa de nostalgia y esperanza. Esa maldita sonrisa que desestabilizada todo mi mundo bajo mis pies. Y aunque estuviera enfadado con ella, esa simple sonrisa lo perdonaría todo.

Sam se lanza hacia mí y me abraza. Como antaño. Dejándose llevar y sin pensar en las consecuencias. Lo que me demuestra que, aunque se obligue a demostrar lo contrario, ella sigue estando ahí.

Me tiene rodeado con sus brazos por los hombros, lo que me permite colar mi nariz entre su pelo y el cuello. ¿Cómo es posible que siga oliendo igual y tan bien? Es un olor dulce a cerezas, delicioso y enloquecedor. Decido inhalar profundamente y llevármelo conmigo, por si acaso es la última vez.

Respondo al abrazo rodeándola por la cintura y atrayéndola hacia mí. Lo más pegado posible a mi pecho y lo máximo que me permita la posición en la que estamos. Cada milésima de segundo que seguimos abrazados siento algo denso en mi interior que se extiende por el estómago y sube hacia el pecho.

En el instante en el que nuestros cuerpos se sienten tan cercanos vuelvo a experimentar todo lo que esta pelirroja causaba dentro de mí.

Joder, cuánto la he echado de menos.

Infinitamente de menos.

Demasiado.

Es sentirla de nuevo y despierto de mis sueños dormidos, de mis objetivos abandonados y por cumplir. El ávido deseo por luchar quema cada parte de mi ser.

Después de mucho tiempo por fin vuelvo a estar con ella. La noto más serena, como si en el fondo ya no fuera aquella chiquilla de veinte años inquieta por vivir. Eso sí, radiante como siempre y preciosa. Está justo como la recordaba, pero más mujer. Con ese brillo en los ojos que tanto me gustaba. Y, seguramente, con más experiencia.

Sam se separa y me sonrío con cariño. No quiero forzarla a nada más, sabiendo que ella misma será la que se vaya acercando poco a poco a mí.

—Bueno, entonces, ¿qué es de tu vida? Cuéntamelo todo, pelirroja.

Lo primero que hace es preguntar por mi madre, seguidamente por Roxana. No puedo evitar sonreír y pensar que Sam, en ese aspecto, sigue siendo la misma, preocupándose por la gente que me rodea o por la que formó parte de mi vida. Tras aclararle algunas cosas de mi madre sin mencionar a mi padre, lo cual la hacen ponerse algo más triste, y saber que Roxana encontró un trabajo mejor y que el edificio en el que viví lo vendí, seguimos inmersos en la conversación. Nos pasamos la siguiente hora hablando prácticamente de todo. Me explica cómo llegó hasta donde está, sobre su trabajo, sus amigos... Yo le pregunto por chicos, a lo que me responde todo lo sincera que es capaz, al igual que yo a ella, pero sin llegar a aclararnos si hay alguien especial en nuestra vida. Charlamos sobre todo tipo de temas. Tengo tantas cosas que contarle; las que han sucedido a lo largo de los últimos años. Esas brechas nuevas que aparecieron después de su marcha y que se quedaron tatuadas en mi piel. Sin embargo, esto último me lo guardo para mí, supongo que ella también sufrió con su partida.

Ahora mismo somos dos personas que antes compartieron un fragmento de sus vidas y ahora tan solo comparten palabras. Yo le cuento casi todo al detalle. Me sincero con ella al decirle que ya no me duele recordar a Marc, al menos no como antes. Aprendí a vivir con ese dolor y amor que quedó impregnado en mi piel y que desde entonces vive en las estrellas y en mi corazón, como ella misma me enseñó. Sonríe como si quisiera contarme algo sobre ello, pero finalmente se lo guarda para sí.

Le cuento mis aciertos y mis errores. El viaje que hice a Irlanda y que tanto me ayudó para encauzar mi vida antes de mudarme a Nueva York. Le hablo sobre algunas chicas con las que intenté algo más y no funcionaron. Y le hablo de Daphne, aunque muy por encima y sin entrar en detalles.

Después es ella quién profundiza en ciertos temas, me narra su historia desde entonces. El giro de ciento ochenta grados que dio su carrera, tan distinto a lo que ella tenía planeado, aunque también fue enriquecedor y aprendió a vivir de una manera diferente. Me ha reconocido que no le llena tanto como cuando se ha ofrecido a echarle una mano a Pedro en el centro de acogida o la forma en que se sentía plena cuando escribía. Se ha sincerado al decirme que está cansada de sentirse así.

Mientras habla me pregunto si la mujer que tengo al lado, en la que se ha convertido, volvería a elegirme...

¡Qué ingenuo!

Cabeceo ante ese pensamiento, pues la pelirroja ha rehecho su vida. Evidentemente tendrá a alguien que suspire por ella porque, aunque no lo haya dejado claro, sería lo más normal del mundo. Cualquiera tío se moriría por estar con Sam. Por lo que el imbécil de Fabio no tendrá nada que hacer. Lo que me lleva a pensar que yo tampoco. Soy un completo gilipollas. Quizá por eso se ha marchado así antes y yo la he puesto en un aprieto.

Vuelvo a la conversación cuando comienza a hablarme de su familia.

—¿Tienes una sobrina?

—Sí, se llama Julieta. Es guapísima y un amor de niña. Me tiene loquita ¿sabes? —se le ilumina la cara al hablar de ella. —Mira.

De su pequeño bolso saca el móvil y busca en la galería. Se pega más a mí para ir enseñándome fotos de ella hasta que una especie de *collage* se cuelga entre esas fotografías y la obliga a detenerse. Le robo el móvil para ampliar la foto y verla más de cerca.

—¿Esta eres tú de pequeña? —observo con atención y fascinación señalando la pantalla.

—Sí —se contiene una risa al verse en la foto. Al parecer hizo una especie de montaje en el

que salen ambas y la verdad es que el parecido es fascinante.

—Pues... eras horrible de pequeña, pelirroja —abre la boca ofendida por el comentario. — ¡Oh! Ya sé a qué me recuerdas. ¿Te acuerdas de la película de los *Gremlins*? ¿Lo que les pasaba cuando se mojaban? —come el error de girar el rostro hacia mí con el ceño fruncido ante la insinuación y se topa con mi sonrisa amplia y seductora, esa que la ponía nerviosa. Y esta sonrisa atrae a la suya no permitiendo que se queje.

—Eres imbécil ¿lo sabes? —me propina un pequeño puñetazo en el hombro.

—Pero un imbécil con encanto que te volvía loca —la atraigo hacia mí sin darle tiempo a reacción. — ¡Solo te estaba tomando el pelo, pelirroja! Estás preciosa. Al igual que tu sobrina. Tienes razón, se parece mucho a ti.

De repente, alguien la llama y al tener su móvil en la mano puedo ver perfectamente de quién se trata.

Izan.

Lo primero que hago es extrañarme porque haya cobertura en esta zona. Por lo que se ve, sí la hay. Lo segundo, frunzo el ceño ante la posibilidad de que Sam tenga pareja.

Le tiendo el teléfono, Sam se pone nerviosa y de repente se separa de mí, avergonzada por la situación. Se coloca un mechón de pelo tras la oreja y se excusa.

—Debo cogerlo.

—Claro.

Se levanta y se aparta un poco de la zona donde estábamos sentados. Yo hago lo mismo, me sacudo las briznas del pantalón y espero a que termine de hablar mientras me entretengo con una ramita que he cogido de la hierba.

—... tranquilo, Izan. No molestas. Te dije que podías llamarme cuando lo necesitaras.

No lo hago adrede, pero presto atención a su conversación. ¿Quién será ese Izan? Probablemente sea el chico al que está conociendo o con el que está saliendo ahora.

Se despide y vuelve acercarse hasta donde estoy.

—Perdona, era importante.

—No tienes que darme explicaciones, Sam —aunque me esté muriendo por qué me las de y me deje claro si comparte su vida con alguien o no.

Se frota un brazo en movimientos que simulan el acto de darse calor para no congelarse y ese gesto me revela que está nerviosa pues, aunque perdidos en mitad de la montaña y la temperatura haya descendido unos grados, no hace demasiado frío.

Si me dejara la cobijaría entre mis brazos y le proporcionaría el calor que necesita.

Paseo mis pupilas por toda ella, ascendiendo por el cuello hasta acabar en sus labios. Y la tentación de besarla es incontenible. A la mierda si Sam está con alguien. Me da igual todo.

—Sam... —acorto aún más la distancia que nos separa y eleva sus ojos a los míos.

Estamos muy cerca y solo tendría que inclinarme un poco para rozar esos jodidos labios.

Estoy a punto de hacerlo cuando mi móvil es el que rompe el silencio de la noche.

Maldigo por ello, pero lo saco del bolsillo viendo la hora que es y puede que sea importante.

La pelirroja fija su atención en el aparato y puede leer perfectamente el nombre que ilumina la pantalla.

Daphne.

Sam coge aire y se aparta de mí.

—Deberías coger la llamada, Erick. Es tarde y necesito descansar.

—No, Sam. Espera... —la agarro cuidadosamente por la muñeca, pero se suelta enseguida.

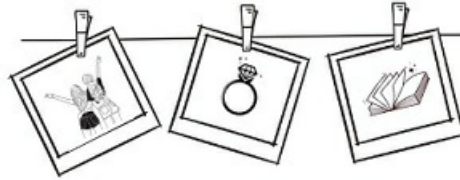
—Tranquilo. Atiéndela —apresurada recoge todas sus cosas de la hierba. —Buenas noches,

Erick.

Dejo caer los hombros y suelto el aire retenido.

—Buenas noches, pelirroja —emito en un susurro, pues se ha marchado a toda prisa sin dejar que le respondiera.

20 SAMY



«¿Se puede saber en qué pensabas, Samantha?»

Tiro los tacones al suelo, juntos con el bolso, y me dejo caer en la cama boca arriba.

Suspiro varias veces.

La verdad es que me ha gustado hablar con él. Tan solo le he contado pequeños detalles de mi vida. Minucias en realidad. Al igual que él habrá hecho conmigo. Obviamente, me he callado lo más importante. Lo mal que lo pasé después de dejarlo tirado, mis relaciones con los hombres desde entonces, que nadie más ha conseguido entrar en mi corazón, que dejé de escribir porque dejé de ser yo y no porque ya no me hiciera feliz...

Hablar con él me ha hecho darme de bruces contra una verdad abrumadora. No importa cuánto tiempo pase, cuantos rostros nuevos vea, cuantos ojos me miren, cuantas estaciones tengan que pasar porque mi corazón seguirá siendo suyo hasta el último latido.

¿Por qué me duele tanto el pecho? Siento una punzada que me impide respirar con normalidad.

En realidad, sí sé porque me siento así. Hay capítulos de mi vida que no cerré totalmente, solo he huido de ellos. Y el que viví con Erick nunca lo cerré del todo.

La cabeza me da vueltas y ya no sé si es por lo que estoy sintiendo o por el alcohol.

Y una mierda, lo de la bebida tan solo es algo con lo excusarme, lo único que puedo usar para demostrar que ha sido el causante de que me haya relajado y sincerado con él. Cuando en realidad estoy sobria y soy muy consciente de lo que he hecho y dicho. Con él siempre fue así, siempre pude ser yo sin miedo a nada. Con él todo era fácil. Me sentía comprendida.

Entonces pienso en mi forma de actuar hace años, tan cobarde. ¿Por qué no le confesé la verdad? ¿Por qué no lo hablé con él? Ahora estoy segura de que entre los dos hubiésemos encontrado una solución.

Ver ese nombre iluminado en el móvil de Erick ha sido como si me lanzaran un jarro de agua fría sobre la cabeza y una grieta más se ha sumado a las otras en mi lastimado corazón. Esa llamada ha bastado para toparme con la verdad y ser consciente de que Erick ya tiene otra vida. Una lejos de mí, una en la que no puedo entrar. Así que no puedo dejar que vuelva a ocurrir nada parecido a lo que ha pasado ahí abajo. No debo permitir que Erick entre de nuevo en mi vida o dolerá mucho más cuando nos tengamos que separar. Y yo no entraré en la vida de Erick, no con todos estos sentimientos de por medio.

Debo olvidarme de lo que siento por él. Al fin y al cabo, fue mi elección y mi sacrificio. Tengo que seguir adelante como sea.

En algún momento de la noche me quedé dormida, abrazada a la almohada. Lloré de tal manera que caía rendida.

Me despierto, pasando de un sueño que parecía profundo a un agudo dolor de cabeza, ligeramente desorientada. Y no por las copas de anoche, pues no bebí tanto, sino más bien por la cantidad de lágrimas que derramé.

De hecho, lo que me hace despertar y abrir mis hinchados ojos es que alguien está aporreando mi puerta con tal intensidad que poco le falta para echarla abajo.

Arrastro los pies hasta ella y la abro con toda la rapidez que mi cuerpo es capaz de ejercer después de pasar toda la noche regocijándome en el dolor. Antes de que quien esté al otro lado decida que es buena opción arrancarla de cuajo.

—¡Por fin, Samy!

—Chicas, ¿se puede saber qué hacéis? ¿Por qué llamáis así? Por el amor de Dios —me llevo las manos a la sien por el dolor punzante que he empezado a sentir.

Entran prácticamente todas a la vez, avasallándome.

—Joder, Samy, porque estábamos preocupadas —salta Maca.

Me siguen por toda la habitación mientras busco entre mis cosas una pastilla para remitir el dolor de cabeza. Me desvisto, quedándome en ropa interior, y busco el atuendo perfecto para el día de hoy. Según nos informó Vicky es día de aventuras.

—Anoche te fuiste de la cena de repente. Vinimos a por a ti, pero no estabas aquí y no te encontrábamos por ningún lado —explica Sole.

—Después... —ahora es Susana quien habla —vimos a Erick y nos dijo que había estado contigo.

—Así que entendimos que necesitarías tiempo —finaliza Vicky.

—Tranquila, chicas. Estoy bien. No hay nada por lo que preocuparse.

—Ya. Por eso te has levantado con los ojos hinchados, rojos y el rímel corrido y con la misma ropa de anoche.

Una vez ataviada con la ropa adecuada, haciendo caso omiso a sus comentarios. Voy hacia el baño para lavarme la cara y adecentarme un poco.

Todas ellas siguen mis pasos, como si yo fuera la mamá pata y ellas los patitos.

Vale, sí, son mis amigas y están preocupadas. Es lo más normal.

El reflejo que me devuelve el espejo del baño es digno de sentir lástima. No es lo que esperaba, la verdad. Mis ojos parecen somnolientos y están irritados por las lágrimas y el maquillaje. Tengo restos de rímel en las mejillas y el pelo alborotado.

Llevan razón, menuda pinta tengo. Doy pena.

—Bueno sí, está bien. Estuve llorando y dándole mil vueltas al asunto. Sabéis que ver a Erick de nuevo no entraba dentro de mis planes y me descolocó. Y he estado pensando toda la noche y no puedo hacer nada respecto a que él esté aquí. Así que voy hacer como si no existiera y cada uno por su lado.

—¿Y de verdad piensas que eso va a funcionar? —Maca se cruza de brazos, dando golpecitos con el pie en el suelo. Las demás me miran a ella y después a mí.

—Debe hacerlo. Y ahora, por favor, ¿podemos dejar el temita y tú, Vicky, puedes explicarnos qué es lo que tienes preparado para hoy?

Todas la miramos y ella sonrío juguetona después de saber con certeza que no daré más detalles sobre Erick.

—¡Es sorpresa! Pero primero a desayunar.

Absolutamente todos los ojos se dirigen hacia nosotras en cuanto ponemos un pie en la zona

que hay habilitada para el desayuno. El sol ya brilla con fuerza entre los árboles y hay una ligera brisa matutina que me da la vida. Son las nueve de la mañana, pero ya se predice que hará calor.

Óscar y Carlos llaman la atención de sus chicas, Sole y Susana se acercan coquetas a Pablo y Jorge. Lo que me hace pensar que al final este fin de semana tendrán temita como en los viejos tiempos. Fabio y Mario hablan entretenidos con Marina y Nuria. Y Erick... Erick no aparta la mirada de mí, lo cual me pone muy nerviosa y vuelvo a tener claro que entre él y yo no puede suceder nada.

Hago como si ni siquiera lo hubiera visto y voy hasta las mesas de *buffet* para deleitarme con los colores, la variedad de fruta que ofrece esta gran zona, perdiéndome también en los dulces de chocolate y, por último, prepararme un café bien cargado. Una vez que he cogido todo lo que me ha entrado por los ojos, y que ni si quiera sé si podré comerlo todo, acabo sentada junto a Fabio, que me dedica toda su atención en cuanto estoy a su lado. Y me sabe mal, pero creo que si me centro en él no tendré tiempo para pensar en otro hombre.

Por favor, necesito fuerzas para afrontar el día de hoy.

Tras el desayuno, cogemos las mochilas con todo lo que nos hará falta. Nos entregan unos *quads* que nos ayudarán a llegar fácilmente hasta nuestra siguiente actividad, permitiéndonos así disfrutar del entorno que nos rodea. Recorrido, por cierto, que se me hace eterno por varios motivos. El primero de ellos porque tengo que compartir el vehículo deportivo con Fabio. Y el segundo motivo es porque tengo que esforzarme de más por mantener la atención en el paisaje o en mi conductor para no prestársela a otra persona que sabe conducir este trasto demasiado bien, luce extremadamente guapo y Marina lo toquetea con sus delicadas manos de modelo. Gesto que me provoca una sensación extraña en el estómago y un sentimiento que no debería tener. Ella va jugueteando con su pelo, que sobresale por el casco, mientras le habla como buenamente puede a Erick y este conduce tan tranquilamente. Coquetea con una naturalidad que me deja perpleja, aunque él no se da cuenta de ello. Seguramente esté intentando ser amable con ella, pero se le ve demasiado cómodo charlando con Marina. En eso sí que ha cambiado, pues no recuerdo a Erick así. Lo que me hace sentir aún más celos. Unos que no debería sentir.

Mis ojos se desvían hasta su cuerpo en cuanto tienen oportunidad y mis latidos cada vez van a más velocidad. Y no, nada tiene que ver con la adrenalina de ir agarrada a mi conductor, subida a este cacharro y conduciendo por lugares inhóspitos o caminos tortuosos.

Atajamos por el camino que nos han señalado en el mapa y acabamos en un impresionante desfiladero con escarpadas paredes que parecen tener más de quinientos metros de altura y donde nos aguardan unos *kayaks* para poder realizar nuestra actividad acuática y así disfrutar de este majestuoso paraje natural.

¿He mencionado ya que a estos trastos también subiremos por parejas?

Esto tiene que ser una broma. Está claro quién irá con quién y ni de coña pienso subirme a eso con Erick, así que hago todo lo posible por acabar de nuevo con mi anterior acompañante.

Pese a que Erick haya insistido demasiadas veces en que prefería subirse solo al *kayak*, Nuria ha sido quien ha conseguido acaparar su atención esta vez y practicará la actividad con él. Ya no solo me tengo que preocupar por Marina, sino también por esta última.

Y, por desgracia, vuelve a hacer acto de presencia el mismo sentimiento que emergió antes de mi interior como resultado del desmedido afán de que Erick solo sea para mí..

Y lo odio. Lo odio porque es molesto y no tengo ningún derecho a sentirme así. Todo eso es por mi culpa y me toca aguantarme.

Volviendo a nuestra actividad, este tipo de deportes se me dan fatal, por lo que casi todo el trabajo lo hace mi compañero, ya que parece ser que tiene más maña. Tanto gimnasio tiene que

verse reflejado de algún modo en el movimiento de sus brazos.

Erick y Nuria tardan relativamente poco en colocarse y empezar a remar. Al instante nos adelantan y soy muy consciente de cómo me mira Erick al pasar por nuestro lado. O más bien la mirada que le dedica a Fabio, el cual se la toma como si lo estuviera retando. Reto que al parecer acepta, porque en pocos segundos los rebasamos de nuevo. Prácticamente hacen toda la travesía con la intención de llegar los primeros a la meta. Una que no existe, pero que ellos imaginan. Casi puede palparse la testosterona en el ambiente en una absurda competición. Pongo los ojos en blanco porque no recordaba que Erick fuera tan competitivo ni que esas estupideces saliesen de él. Supongo que estará encantado de ponérselo difícil a Fabio y le parece divertido.

Después de un buen rato en ese aburrido pique, procuro no buscarlo con la mirada.

Y casi lo consigo.

Sin embargo, en el momento que nos traspasan nuevamente y se posicionan delante, mis ojos se desvían sutilmente, imantados por lo que Erick despierta en ellos. Mirar con el rabillo del ojo me es suficiente cuando Fabio decide meterla caña a los remos y nos colocamos casi a su altura, a pocos metros de distancia. Fabio comienza a hablarme, algo sobre el paraje que nos rodea o algo parecido. Sinceramente, apenas le presto atención porque me quedo embobada con el hombre que tengo frente a mis ojos.

Sabiendo que no puede ver cómo lo miro me deleito un instante.

Solo un poquito.

Examino con atención el movimiento de sus hombros al remar. Debería llevar el chaleco salvavidas, pero ya sabemos que Erick no es de los que se adaptan a las recomendaciones y advertencias, por lo que una vez que iniciamos el recorrido y perdió de vista al monitor acabó deshaciéndose de él. Así pues, la camiseta gris que lleva puesta se ajusta a su cuerpo como una segunda piel y revela la curva de sus omóplatos y el hueco de su columna. Me llama la atención la tensión en cada uno de ellos. Creo que nunca me había percatado de que un omóplato podía ser tan sexi. Y sí, visualizo ambos con detenimiento y paseo las pupilas en ese hueco que se crea entre ambos. Hago un lento recorrido por cada zona de su espalda, la cual está algo sudada y deja algunas marcas en la camiseta, para después seguir por todo el cuerpo o, al menos, deleitarme con aquellas partes que me permite ver esa pequeña embarcación. Siento un escalofrío al pensar en que, si me gusta tanto su espalda, imaginarme todo su abdomen, tatuado, definido y cincelado hasta la exageración, no me hace ningún bien precisamente. A no ser que lo que esté buscando al no apartar la mirada sea no dejar de babear, claro está.

La sensación que experimento en el bajo vientre es brutal. Un gemido entrecortado escapa de mi garganta, obligándome a carraspear para que nadie, o más bien Fabio, se haya percatado de mi reacción al contemplar a su rival.

La belleza de Erick, en combinación con su característico sentido del humor, su inteligencia, su pasión, la confianza que tiene en sí mismo y sobre todo sus atributos físicos, complican mucho mi cometido de ignorarlo, porque sé lo que se siente al estar bajo ese cuerpo.

Hago acopio de todas mis fuerzas de voluntad para apartar mi atención de él y dedicársela a otra cosa, al paisaje que me rodea o a alguien, pues este chico que tengo detrás sigue hablándome y yo no tengo ni idea de lo que me está contando. Y aunque la verdad es que este hombre no me interesa, salvo por la amistad que podamos tener llegados al caso, tampoco soy una maleducada.

Pasamos la mañana recorriendo distintas zonas de montaña y con múltiples actividades. Y sí, quién ganó esa absurda carrera que los chicos se habían impuesto, fue Erick. Lo que faltaba para que sonriera de la forma en que lo hizo y me retorciera todas las entrañas con semejante espectáculo.

Por otro lado, creo que he hecho todo el deporte necesario para el resto de mi vida. Estoy agotada.

Comemos en una pequeña zona cubierta por el frondoso bosque, donde nos han preparado una carpa con todo tipo de comidas y bebidas para refrescarnos. Todo esto les ha tenido que costar una pasta a mis amigos. Bien es cierto que al prometido de mi amiga no es que le falte el dinero precisamente. Ya que forma parte de los miembros de una gran promotora inmobiliaria familiar. Y siendo sincera, me lo estoy pasando bien y estoy disfrutando mucho de pasar ese tiempo con mis mejores amigas, salvo por la nostalgia que siento por aquellas chicas que no les hacía falta nada de esto para disfrutar de los placeres de la vida. Me da pena pensar que hayamos perdido esa esencia por el camino. Así que pienso en algo que les comentaré después. Seguro que les parecerá bien lo que se me ha ocurrido para nuestra penúltima noche.

Observo con atención a cada una de mis amigas. A Vicky carcajeándose con Óscar y a este haciéndola reír a más no poder. Sonrío al ver lo felices que son. A Maca con Carlos mostrándose su cariño, muy acaramelados. Llevan muchos años juntos y han tenido altibajos en su relación, pero este fin de semana les ha venido genial para reconectar y me hace muy feliz verlos así. A Sole y Susana, que siguen igual de alocadas y no dejan de coquetear con Jorge y Pablo. Amplío la sonrisa al imaginarlos juntos.

Quizá no nos hayamos perdido tanto, tan solo hemos madurado en algunos aspectos.

Por la tarde disfrutamos de la cascada en la que estuvimos ayer.

La verdad es que el lugar es increíble y se agradece el baño después de toda la mañana bajo el sol.

Erick ha querido acercarse a mí en numerosas ocasiones y yo he conseguido alejarme de él en todas ellas. Aún no sé de dónde estoy sacando las fuerzas para no caer rendida a sus pies.

Hacia las ocho de la tarde, Vicky nos anuncia que nos queda una última actividad por hacer ya que el sol no pega con tanta fuerza, que las vistas serán increíbles y que será la guinda del pastel para este fantástico día.

Tirarnos en tirolina.

¿Pero qué?! ¿Mi amiga está loca?! Ni de coña, eso sí que no pienso hacerlo. Ni borracha.

21 ERICK



Ja. Ja. Ja. Río sarcásticamente en mi mente.

Si se piensa que se va a salir con la suya está muy equivocada.

La he respetado durante todo el día, dándole el espacio que necesitaba, sabiendo que ha hecho todo lo posible por ignorarme, hacer como si el acercamiento de anoche jamás hubiese sucedido. Incluso ha llegado a hacer cosas para que sienta celos hacia el chaval ese. Que hasta ahora no me ha dado motivos para que eso ocurra. Bueno, solo un poco. Sinceramente, pienso que es un buen hombre y no lo hace a malas, pero estoy empezando a cansarme y lo estoy empezando a aborrecer. Y por supuesto, me encanta la idea de que acepte mis retos pensando que así conquistará a la pelirroja.

Ella sigue poniéndome nervioso, me hace sentir extraño, decir tonterías como si fuera un puñetero adolescente con las hormonas revolucionadas. Y me es prácticamente imposible dejar de mirarla. De hecho, me sigue pareciendo fascinante chincharla, picarla, desafiarla, vacilarla... Aunque, francamente, a mí se me ha acabado la paciencia.

Siento un pinchazo doloroso en el pecho al escucharla lanzar una carcajada tras alguna gilipollez que ha soltado su nuevo amiguito y que ha captado la atención de todos. Sobre todo, la de cierto hombre que no quita los ojos de encima de la pelirroja pero que, apuesto el cuello, no sabe verdaderamente lo que valen sus jodidas risas. Su carcajada resuena en todas las paredes de mi cuerpo. Joder, cómo las he echado de menos. Y por ello, me obligo a guardar ese sonido tan magnífico para cuando no tenga oportunidad de escucharlo.

Vuelvo a dirigir la atención hacia ella, con la punzada clavada aún en esa zona del pecho, cuando Sam alza la vista y me descubre observándolos. Queda claro lo que está intentando y si quiere seguir con ese jueguito ella se lo ha buscado.

Todas sus amigas ya se han tirado por la tirolina. La última ha sido Maca, que ha intentado convencerla hasta la saciedad, obteniendo todas las veces un «no» como respuesta.

Fabio también ha intentado persuadirla para que se lanzara con él, recibiendo la misma respuesta de tozudez por su parte.

Yo me he quedado el último con un claro objetivo.

—Señorita, ¿va a tirarse?

—No —responde ella casi enfadada y de brazos cruzados. Mosqueada porque se ha visto en la obligación de subir y acompañar a sus amigas. Sin embargo, cuando se ha visto aquí plantada han empezado a temblarle las piernas. Lo que casi hace que me eche para atrás en mi cometido.

No quiero hacérselo pasar mal.

Pero ya puestos... ¿Por qué no?

—Es una cobardica —suelto de forma creída, apoyado en un poste del puesto donde nos encontramos, con los brazos cruzados a la altura del pecho y un deje de soberbia, sonriendo y sabiendo lo que conllevarán mis actos.

La pelirroja gira la cara hacia mí lo más rápido posible y con el ceño fruncido.

—Me dan miedo las alturas. Ya lo sabes.

Sigue pareciéndome fascinante lo expresiva que es Sam, de tal modo que no necesito preguntarle qué piensa para saberlo. Si bien eso no es impedimento para que ella lo transmita.

—Sí. Lo sé —sigo sin mirarla directamente —¿Nos podemos tirar los dos a la vez? —pregunto ahora al monitor que se encarga de que todo esté bajo control.

—¡Ni en broma! —lleva sus puños a ambos lados de su cuerpo, angustiada y enfadada.

Bien.

—Sí, claro —responde el muchacho a mi pregunta sin hacer caso a la pelirroja. —Déjenme que cambie el arnés y os lo preparo en un momento.

—He dicho que no me voy a tirar por ahí y mucho menos contigo.

—Lo que decía... eres una gallina. Y no te recordaba así, pelirroja —levanto la mirada hacia ella, la cual me demuestra que ahora mismo me pegaría un puñetazo por ponerla en esta situación. Al imaginarla no puedo evitar soltar un pequeño sonido por la nariz, sonriendo.

—No lo soy... solo... me da miedo...

—Ya. ¿De las alturas o de mí, pelirroja? —creo que tiene miedo de verdad, pero no a las alturas, sino a que acabemos pegados. De todos modos, la sigo chinchando. —Tienes miedo de estar cerca de mí.

—Estás equivocado. No te tengo ningún miedo, Erick —aprieta los labios en una fina línea para dejar constancia de su enfado.

—Tienes miedo, Sam —afirmo más convencido. —Y lo tienes porque temes sentir cosas por mí.

—No —frunce más el ceño. —Te equivocas —veo la lucha reflejada en su rostro.

Me acerco a ella decidido. Tanto que tan solo es un par de centímetros los que nos separan. Al principio pienso que Sam actuará rápido y me apartará de su lado. Sin embargo, no se mueve. Y me sorprende. Hay una tensión flotando a nuestro alrededor. Así que ya que estoy tan cerca...

Me agacho para poner mi cabeza a su altura y me inclino para tener mayor privacidad. Llevo mis labios a su oreja y susurro.

—Demuéstralo —me separo tan solo unos milímetros. Lo necesario para observarla desde mi altura y perderme en sus ojos.

La luz de los últimos resquicios de la tarde se cuela en el delicado verde esmeralda de los iris verdes de Sam y yo vuelvo a perderme en esas fantásticas vistas.

Ella hace lo mismo. Se pierde en la oscuridad de mi mirada y sé que he activado aquel recuerdo que grabé en mi memoria, como si ahora mismo pudiera cerrar los ojos y lo viviera nuevamente.

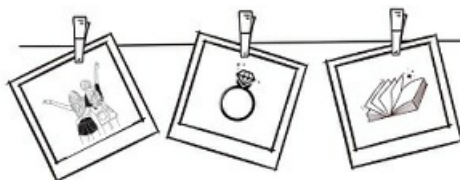
Aquella tarde en la que un loco enamorado retó a una pelirroja a bañarse en ropa interior en una cala desierta. Ese recuerdo da paso a unos cuantos que vinieron después y puedo notar erizarse la piel de mi cuerpo y alguna que otra reacción que espero que Sam no se percate de ella.

La estudio en profundidad y veo cómo le pasan por la cara una decena de emociones distintas a la vez. Respira con dificultad y achina los ojos para enfatizar la decisión que ha tomado.

—Está bien. Tú ganas, Erick, te lo demostraré.

Y yo no puedo evitar sonreír.

22
SAMY



MIERDA. MIERDA. MIERDA.

Estoy empezando a hiperventilar. A ver, no es que tenga fobia a las alturas. Bueno, sí. El caso es que es más complejo que eso. Si estoy en una terraza en lo más alto de un edificio no me da miedo acercarme al borde para ver qué hay abajo, porque en el fondo yo sé que estoy tocando tierra firme. Lo que me da espanto es saber que yo estoy suspendida en el aire y que no depende de mí caerme o no, sino de alguien o de algo. Es un miedo irracional y me genera ansiedad.

Y ese es el motivo por el que me estoy arrepintiendo de haber aceptado. ¿Por qué soy tan estúpida?

Ahora no puedo echarme atrás, porque Erick me ha retado y si lo hiciera le estaría dando la razón. No quiero quedar como una gallina ante él. Tal y como ha dicho hace un momento.

Así que aquí estamos.

Erick ya está colocado, esperándome, y el monitor acaba de terminar de colocarme el arnés. Ya solo falta que me enganche bien a Erick y agarrarme a él, a su cuerpo.

Llevo mi vista hacia ese cable de acero que nace desde lo alto de mi cabeza y termina en no sé dónde. Y casi empiezo a temblar.

Porque, o yo estoy muy asustada o esta jodida tirolina es demasiada larga.

Trago con dificultad al mirar a Erick. Otra sonrisa seductora ya me esperaba, de esas ladeadas, y hace que suba la temperatura de mi cuerpo y me provoca algo que no debería sentir. Ahora ya no estoy muy segura de si le tengo miedo a ese cable colgante o a él.

Refunfuño, igual que una cría de cinco años porque la han obligado a hacer algo que no quiere. Y a él le entra la risa de nuevo.

Maldita sea. Voy a hacerlo. A la mierda todo.

—Es para hoy, pelirroja, o la noche se nos echará encima y a tu temor tendrás que sumarle el de la oscuridad.

Se ríe el muy cretino. Está disfrutando con esto.

—Ja. Ja. Ja. No me da miedo la oscuridad —hago una burla como si fuera la misma niña pequeña de antes.

—Señorita, tienen que tirarse ya. Pronto va a oscurecer...

—Está bien, está bien. ¡Ya voy!

Me acerco al borde e inhalo profundamente.

Levanto una pierna para rodear a Erick, me siento a horcajadas sobre él y el monitor termina de engancharnos.

Erick suelta una sonrisilla casi inapreciable que me enerva.

—Ni se te ocurra reírte.

Levanta los brazos en son de paz.

—Muy bien. Esto ya está. Señorita puede agarrarse a él si ve que así estará más segura.

¡Venga ya! Esto debe ser una broma ¿no? Parece que estos dos se hayan confabulado para tramar todo este plan.

—No pienso agarrarme a nadie...

Pego un grito cuando el monitor nos suelta y ni siquiera puedo de terminar la frase.

Con los ojos cerrados me agarro fuertemente alrededor del cuello de Erick. Siento unas cosquillas en el estómago que van a hacerme vomitar.

Si ya me faltaba el aire, ahora me cuesta mucho más que me llegue a los pulmones, porque Erick cuela su nariz entre mi pelo, deslizándose por él hasta llegar a mis mejillas, rozándome la piel en dirección a mi comisura. Un pequeño roce sutil, pero lleno de electricidad.

Separa levemente la distancia y su nariz roza suavemente la mía. Su cálido aliento roza mi piel, sus labios a centímetros de los míos, y por un momento pierdo el sentido común.

Siento que va a besarme. Y... lo deseo.

Sin embargo, susurra con cariño. Su tono no es el mismo que me ha dedicado allí arriba, ahora se ha suavizado y es candente.

—Eh, pelirroja, venga. Abre bien los ojos, anda. Así te perderás toda la emoción.

—No quiero. No quiero —sigo aferrada con fuerza a su cuello.

No quiero apartarme porque, sinceramente, sé que lo que me aterra no es estar suspendida en el aire.

—Tranquila, Sam. Estoy contigo, te tengo agarrada y no voy a dejar que te pase nada. Mira qué preciosidad.

Me separo lentamente. Siento sus manos apretadas tras mi espalda. Ni había reparado en ellas. Y ahora solo soy consciente de eso y no de que estamos atravesando todo un bosque bajo nuestros pies.

En lo primero que fijo la mirada es en esas ramas de olivo que surcan la piel de su bronceado cuello. Me llaman hasta tal punto que tengo que reprimir las ganas de colar mi nariz en esa curva que lo une con su hombro y perderme en su olor. El músculo de su mandíbula sombreada por la incipiente barba y su ceño fruncido ante la obcecación de su cometido por que disfrute del momento se relajan al ver cómo cedo poco a poco. También me fijo de más en sus ojos, en ese tono del café tostado que me volvía loca. Y para qué engañar, lo sigue haciendo. Estoy demasiado perdida en la oscuridad que los envuelven, fundida por el calor de su cuerpo y pensando en la cantidad de sentimientos que Erick despierta en mi interior, que no soy consciente de que sigo absorta observándolo. Ensimismada en esas cejas con esa personalidad atrayente que le gusta alzar a lo más alto cuando quiere fastidiarme. En su pelo que sigue luciendo esos mechones oscuros y rebeldes que tan sexi le hacen. Sin querer conduzco mis ojos a sus labios. Y mal hecho, porque siento un tirón en el estómago y se me acelera el maldito pulso ante esa sensación vertiginosa y que me martillea en el pecho de una forma que duele. Sus comisuras se elevan sutilmente y una sonrisa amenaza con quebrarme, así que me muerdo el interior de las mejillas para reprimirla y no complacerlo.

Parece que me conoce bien porque lleva la vista a mi boca, esperando que la muestre.

—¿Estás bien? —sigo mirando sus labios y siento su respiración mezclada con la mía. Siento que voy a estallar en cualquier momento y no puedo pensar con claridad.

Asiento lentamente porque creo que las palabras se han quedado en aquella caseta cuando he gritado.

Ahora sí, sonrío complacido.

Y joder, esa maldita sonrisa.

Entre sus atributos físicos, el fuego de su mirada y su delicioso olor me está costando horrores hacerme la dura.

Me guiña un ojo. Y finalmente sonrío como una boba y mis mejillas se tiñen de rojo. Hacía mucho tiempo que no experimentaba nada así. Ni como lo de ahora ni como lo de anoche.

Llegamos al final del recorrido y ni siquiera me he dado cuenta.

El otro monitor que se encarga de ayudarnos al llegar nos sostiene para que podamos soltarnos.

Al parecer sigo agarrada a Erick cual koala a un tronco, perdida en esos sentimientos y en cómo profundiza su mirada en la mía.

—¡Chicos! ¡Samy, tíaaaaa, te has tiradoooooo! —se acercan mis amigas saltando como si hubiese sido toda una hazaña digna de reconocer y destacar como uno de los Récord Guinnes del mundo. Y sí, para mí, así lo ha sido. Sin embargo, sus voces me obligan a regresar a la realidad y actúo con la mayor urgencia que requiere el momento.

«¿Se puede saber por qué has aceptado, Samantha? Menuda gilipollez. Un reto que te va a salir muy caro.»

Consigo deshacerme de todo este dichoso trasto y me alejo de Erick lo más rápido que puedo, como si al estar en contacto con todo su cuerpo el mío entrara en ebullición.

—¡Este imbécil! —lo señalo con la cabeza. —Se pensaba que podía llamarme gallina.

Lo curioso de reojo y advierto cómo una sonrisa baila en sus comisuras mientras ayuda al monitor a recoger los trastos.

Y sin querer mis labios quieren imitarlo cuando me alejo de él.

23
ERICK



—Todos los papeles están en la carpeta negra que hay sobre la mesa del despacho. ¿La has encontrado?

He visto que tenía varias llamadas perdidas y he aprovechado que aún no han bajado los demás para devolverlas.

—Ya la tengo. *Thank you*, Erick.

—Estupendo. Cuando pase el ajetreo de estas semanas nos ponemos a ello. Tengo ganas de volver y acabar con todo este embrollo. Aunque no estoy muy seguro de seguir adelante si mi padre está enfermo. No obstante, sé que debemos hacerlo. Estoy seguro de que Marc me alentaría a que lo hiciera. No sin antes hablar con mi madre. No sé de qué manera se tomará toda esta situación.

—Nos queda mucho por hacer. Tranquilo, lo lograremos. He trabajado mucho en ello estos últimos meses y creo que lo conseguiremos.

—No dudo de ti, Daphne. Eres la mejor. Recuérdame recompensarte cuando al fin lo logremos.

—Ya contaba con ello, *Darling* —ríe a través del auricular. —¿Qué tal te está yendo el fin de semana? Después de pasarme tantos días pegada a ti ni se me pasaba por la cabeza que te acabaría echando de menos —ríe con ella al escucharla.

—Bueno, pues podría ser peor, la verdad. Está siendo revelador e... interesante.

—Entonces ya me contarás al detalle cuando regreses. Te dejo que tengo mucho por hacer. Diviértete y no hagas nada que yo no haría —se carcajea.

Vuelvo a reír con ella.

—No te prometo nada, preciosa.

—*Bye, Darling*.

—*Bye, Daphne*.

Cuelgo la llamada con una amplia sonrisa en los labios. Esta mujer es increíble y un terremoto. Sin duda ha sido mi gran apoyo en estos años.

Un pequeño ruido tras de mí me hace girar y toparme con la avergonzada cara de Sam. Supongo que hace ese gesto porque habrá escuchado parte de la conversación. Por lo que, probablemente, esa cabecita suya estará funcionando a toda velocidad y ya habrá sacado sus propias conclusiones.

—Lo siento, no sabía que estabas aquí y mucho menos pretendía espiarte.

—Tranquila, no pasa nada. —La observo con atención. Noto que se tensa. Salta a la vista que

está nerviosa y creo saber el motivo.

Luce una camiseta oscura ancha con un estampado de los *Rolling Stones*, pantalones vaqueros cortos y sus Converse. El pelo le cae algo húmedo hacia un lado y su rostro no muestra ni una pizca de maquillaje. Y aun así me parece la chica más guapa, maravillosa y sexi del planeta que he visto nunca.

Somos los primeros en aparecer en nuestra cita nocturna y le incomoda estar a solas conmigo. Aunque su actitud puede significar muchas cosas. Es probable que piense que se arrepintió de haberme conocido, que necesitó dejarme claro que lo nuestro se terminó aquel día o que, realmente, nunca existió y yo tan solo fui un amor de verano; fugaz y bonito para esa época estival.

Se coloca un mechón de pelo detrás de la oreja. Se está volviendo algo más inquieta, ya que se limpia las palmas de las manos en los vaqueros para poder secarse el poco sudor que se le esté formando en ellas.

Y eso me hace estirar sutilmente hacia arriba las comisuras.

Un acto que me obliga a pensar todo lo contrario, que aún siente algo por mí. Así que yo solo veo una cosa clara: me da igual que ella lleve otra vida, que alguien ya haya conquistado su corazón y me da exactamente igual lo cambiada que este mi vida ahora. No puedo permitir que se vuelva a escapar.

Me dedica una comedida sonrisa y pasea la vista por el lugar. Por lo visto esta noche se han encargado las chicas de organizar la velada. Han usado una zona de este paraje para hacer un picnic nocturno. Este plan sí que me parece más acorde con aquellas chiquillas que conocí años atrás.

Un fuego crepita a pocos metros de nosotros, han colocado cojines mullidos de todos los tamaños y colores alrededor de él, con múltiples mantas por si el frío nos atenaza.

Estamos rodeados de vegetación. Hay guirnaldas encendidas por todos los rincones y penden de algunos árboles que se alzan imponentes sobre nosotros, haciendo imposible poder observar el oscuro cielo atestado de brillantes estrellas. Nos acompaña un hilo musical muy agradable y suave que permitirá mantener una conversación sin necesidad de elevar el tono. Por un instante presto atención a la música que fluye en el aire, suave y lenta, desde algún altavoz colocado en un rincón estratégico. Sé la canción que es por Daphne, le encantan los cantautores españoles y en numerosas ocasiones me ha obligado a escuchar todo un repertorio de estos cantantes. “*Olvidé olvidarte*”, de Álvaro de Luna y Marlon, es la canción que me impulsa a detener los ojos unos minutos en la dulce y chispeante mirada esmeralda de la pelirroja, queriendo hacerle ver que no puede haber canción más idónea ni para el momento ni para lo que siento y lo jodido que me he sentido todo este tiempo sin ella. Sé que esas estrofas también son reveladoras para ella, pues como ella misma me enseñó, detrás de cada canción que te une a una persona hay una historia contada.

No me pasa desapercibido que pone todo su empeño en disimular muy bien que el que estemos aquí los dos, solos y rodeados por esta belleza, no le afecta.

Enfundo las manos en los bolsillos de los pantalones mientras ella sigue paseando la vista por la zona y yo la imito. La canción cambia y ahora suena “*Debí suponerlo*” de Morat. Casi me da por reír porque... ¿Quién cojones ha elegido las canciones?

La pelirroja me vigila. No de un modo directo, ya que sabe perfectamente que puedo sentirla. Pero sí lo hace cuando cree que estoy distraído y que no reparo en ella. Tengo que esforzarme por no sonreír más de la cuenta cuando sé que me observa durante un rato y ella misma aparta veloz la mirada por ser consciente en el modo en el que lo ha hecho.

Joder, cómo me gusta seguir teniendo ese efecto en ella.

Francamente, que se sienta de ese modo me entenece.

Me acerco a Sam con la clara intención de hablar con ella, de ser sincero y aclarar las cosas. Sobre todo, entenderlas de una vez por todas.

Ella sigue disimulando, ensimismada por la belleza que la rodea, y cuando advierte que estoy demasiado cerca ya es tarde para apartarme.

Si bien, lo intenta. Planta sus palmas en mi pecho para alejarme, pero la detengo cogiéndola por las muñecas, ejerciendo algo más de presión para que entienda que no pienso separarme. “Roma” de Pole, comienza a sonar.

—Por favor, no —le ruego. Suplicante, me pierdo en sus preciosos ojos, los cuales lo son aún más por el causante de semejante hechizo: el fuego que se refleja en ellos.

Sam no aparta la vista de los míos. Yo intento descifrar en ellos algo que me demuestre que está deseando que la bese. El mínimo detalle o gesto delator. Porque yo lo estoy deseando y me estoy muriendo por dentro por no hacerlo de una jodida vez.

Me acerco unos centímetros más.

Rozo mis dedos por uno de sus suaves brazos hasta llegar al hombro y apartarle hacia atrás la melena, la cual sigue teniendo algunos mechones húmedos. Su pecho comienza a subir y a bajar cada vez con más velocidad. El vello se le ha erizado allí por donde han pasado mis dedos con anterioridad. La pelirroja coge aire y cierra los ojos. Aprovecho ese instante para acercarme más. Mucho más. Lo necesito para colar mi nariz en su pelo e inhalar. Inhalar con fuerza y llevarme su aroma conmigo. Su olor a cerezas y a alguna crema para después del baño se cuele en todo mi ser.

—Erick... —murmura.

—Shhhh —susurro en su oído. Sam era ese tipo de chica que necesitaba expresarse a través del contacto físico. Solía ser muy impulsiva y si sentía que debía abrazarte o besarte lo hacía sin pensar en las consecuencias de sus actos. Y yo necesito más que nada que ahora se deje llevar. Necesito que vuelva a ser la que era. La pelirroja de la cual me enamoré como un jodido adolescente.

Sam gira levemente el rostro y posa sus ojos en mis labios. Se detiene en ellos un instante mientras yo me pierdo en toda ella, pensando en que a veces tengo la sensación de estar viendo a Sam por primera vez, con la misma fascinación. Y sé que jamás me saciaré de ella.

Me inclino lentamente para besarla.

—¡Hola, chicos! —Fabio aparece rompiendo nuestro momento y con una gran sonrisa de pardillo dibujada en su rostro.

Sam carraspea y se separa de mí con rapidez, dedicándole una de sus sonrisas forzadas.

Maldita sea. Este tío está empezando a tocarme los cojones y mi paciencia se está agotando.

Necesito estar a solas con Sam un momento. No pido tanto. ¿Podrán dejarnos en paz tan solo unos minutos? Este tío parece imbécil.

Joder.

«Cálmate, Erick. Tendréis vuestro momento. Seguro.»

La pelirroja se ha acercado a él para entablar conversación y así no tener que pasar más tiempo conmigo. La conozco demasiado bien.

Al cabo, estamos todos reunidos junto al pequeño fuego. En las próximas horas hemos comido lo suficiente para estar más que saciados. Todos, excepto yo, han bebido de más. Todo un repertorio de Morat suena de fondo, dejándome claro que sigue siendo el grupo favorito de las chicas, y todos charlan entre ellos.

Las amigas de Vicky, compañeras de profesión y estupendas modelos —conseguí averiguar mientras me contaban sus vidas ayer en la cena —han conectado muy bien con Fabio y Mario, lo que me deja vía libre para levantarme de mi sitio y hacerme un hueco entre Sole y Susana y así me dejen sentarme al lado de la pelirroja. Me dedican unas miradas extrañas y de preocupación, pero algo en mi rostro les hace cambiar de opinión sobre si será una buena idea que Sam y yo estemos tan pegados. Me lanzan una sonrisa y siguen a lo suyo tras colocarme donde me había propuesto.

Maca decide que ha llegado la hora de hacer un pequeño brindis por los novios y saca una botella de champán de donde la tuviera reservada. Se pone de pie con la ayuda de Carlos, pues ya va algo achispada y no deja de tambalearse. A las chicas les da por reír a carcajadas cuando intenta hacer algo extraño para desconchar la botella, según ella un truco que vio en *TikTok*. Una vez que el corcho salta por los aires y la espuma comienza a rebosar por la botella, vierte un poco de ese líquido espumoso en distintas copas que Carlos va repartiendo. Cuando llegan a mí, les lanzo un guiño dándoles las gracias y niego la bebida. Para mi sorpresa, Sam coge la suya y la mía.

—Déjalo, ya me la tomo yo —sonríe cuando la miro. —Dentro de la botella es inofensivo —alza una ceja divertida.

—Te puedo asegurar que fuera de ella no.

Se carcajea por mi comentario y lleva sus hombros hacia arriba.

La risa de Sam es dulce, pero también explosiva. Lo que la hace rematadamente sexi y no puedo apartar la vista de ella.

Tras las palabras tan bonitas que Maca les ha dedicado a Óscar y Vicky, todos brindan y se beben el champán prácticamente de un trago. Pienso en cómo amanecerán todos ellos mañana.

La velada continúa entre risas, recuerdos y diversos temas de conversación.

Sam no para de reír y su sonido me calienta por dentro. Al menos he conseguido que deje de lado lo que debe preocuparla y se centre en mí. Solo en mí.

No está borracha, pero creo que el alcohol que ha ingerido le ha venido bien para desinhibirse un poco y se comporte con la espontaneidad que la caracterizaba, para que salga a relucir la verdadera Sam. Sin obligarse a pensar en lo correcto. O en lo que según ella cree que es correcto.

La observo de más cuando me habla, con su brazo prácticamente pegado al mío y con nuestras rodillas rozándose por la posición en la que estamos sentados. Ahora suena una canción distinta. Cabeceo al pensar en quién la habrá añadido a la lista.

—¿Por qué me miras así? —da el último trago de la copa y la apoya en el suelo.

—¿Así... cómo? —frunzo el ceño.

—Erick, ya sabes cómo...

Sam sigue siendo la más hermosa. Y lo es por su forma de pensar, por ese brillo que desprenden sus ojos cuando habla sobre algo que la emociona de verdad, porque sigue siendo capaz de hacerte sonreír, aunque ella esté triste. Sam no es hermosa solamente por algo tan superficial como su físico, sino por esa cualidad que tanto me atrajo en su momento y la que me sigue atrayendo ahora: su esencia.

—Es que no sé mirarte de otra forma, Sam —atisbo algo especial en sus ojos a la par que me inclino levemente hacia ella.

Durante unos segundos todo a nuestro alrededor se desvanece. Nos mantenemos la mirada mientras el fuego nos envuelve y la música nos aísla del resto. “*De Cero*” de Morat sigue sonando, lanzando un mensaje, como si el caprichoso destino se hubiese empeñado en mostrarnos que ella y yo no tendríamos que empezar de cero, porque sé perfectamente qué tengo

que hacer para seguir enamorándola.

El barullo de nuestros amigos, las risas y las charlas, ahora mismo carecen de importancia para mí. No puedo concentrarme en nada que no sea la mirada que mantenemos entre los dos.

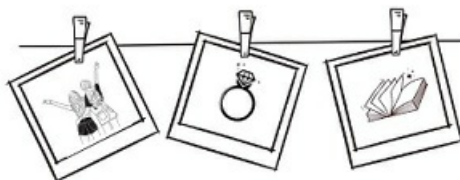
En un instante la música cambia y algunos se levantan emocionados para bailar al ritmo de la canción. Motivo suficiente para que Sam se separe de mí. Otra vez.

Se levanta, se acerca a las chicas y les dice algo al oído. Se despide por esta noche y se marcha.

Mierda. No puedo dejarla escapar. Si piensa que se va a librar de mí tan fácilmente está muy equivocada.

Lo siento, pero esta vez no.

24
SAMY



Recorro el pequeño sendero iluminado con farolillos que conduce hasta las cabañas. La mía es la primera desde la ubicación en la que estábamos; la parte trasera de este complejo en plena naturaleza.

A pesar de haber estado al aire libre me asfixiaba por segundos. El pequeño fuego que nos presidía no ha sido el motivo del calor que ha inundado mi cuerpo, sino el tipo duro con ojos del color del café tostado que estaba a mi lado.

No sé qué hubiera pasado si hubiera dejado que me besara. Soy una ilusa por creer que mi idea de permanecer lejos de Erick fuera a salir bien en algún momento. Por mucho empeño que le ponga a alejarme de él, me muero de ganas por que se acerque, me hable, me roce y me haga reír a cada instante.

Estoy llegando a las escaleras de mi cabaña cuando su voz me detiene en mitad del silencio nocturno.

—Pelirroja, espera... —lo observo un instante por encima del hombro antes de darme la vuelta. Camina aceleradamente en mi dirección, con toda esa vestimenta que le sienta de escándalo: una camiseta fluida y unos pantalones sueltos, que apuesto que le caen demasiado provocativos en sus caderas. Básico y monocolor en negro. Un atuendo que le sienta de maravilla. Aunque a Erick todo le queda francamente bien.

Me alcanza en cuestión de segundos para plantarse frente a mí.

—¿Por qué huyes de mí?

—¡Yo no huyo! —alzo la voz más de la cuenta, como si estuviera resentida, molesta, alterada, exasperada... Y sí lo estoy. Por él, por seguir empeñado en ponerme las cosas más difíciles y ser un cabezota para continuar con lo que se haya propuesto. Y conmigo. Sobre todo conmigo por no haberme olvidado de él, por seguir sintiendo este dolor en el pecho y ese amasijo de emociones en el vientre cuando lo tengo tan cerca y por seguir queriéndolo del modo en que lo hago.

—Sabes que sí —le doy la espalda cuando lo afirma y yo resoplo refunfuñando.

Lleva razón.

A los pocos segundos lo tengo colocado justo detrás. Su aliento me acaricia el cabello y mi corazón se desboca todavía más. Y joder, ahora no solo estoy encolerizada, sino también... excitada.

Después de algunos meses de los más extraños para mí tras mi marcha, dejé de pensar en Erick. Me obligué a ello. Él debía desaparecer de mi vida y yo de la suya. Decidí volver a sonreír, aunque la mayoría de las veces no fuese una sonrisa sincera. Fingí no recordar nada,

cuando en realidad mi mente volvía a él a cualquier instante. Siempre lo hacía. Porque, seamos claros, yo tomé una decisión; la decisión de olvidarlo. Sin embargo, del dicho al hecho... No iba a ser tan fácil como lo imaginé. Y el haber pasado estos días con Erick me ha recordado cómo era yo antes. Cuando me dejaba llevar por lo que sentía. Sin darme cuenta, las veces que he reído han sido porque me nacían del corazón.

Y, sinceramente, estoy muerta de miedo ante todo lo que siento.

—¿Se puede saber por qué estás enfadada conmigo?

—Porque a veces es más fácil estar enfadada que triste —exhalo en un susurro.

Erick coloca sus dedos alrededor de mi brazo y me hace girar lentamente, obligándome a mirarlo.

—¿Y por qué estás triste?

—Porque... No lo entenderías —por una milésima de segundo se me había pasado por la cabeza revelar la verdadera razón de lo que me oprime el pecho. Sin embargo, no puedo ponerlo aún más en contra de su familia. Menos aún sin saber qué relación tiene ahora con ellos. Puede que sean felices, que al fin hayan recuperado lo que perdieron en su día. ¿Quién soy yo para romper eso? ¿Para hacer que se enfrente a su padre llegados el caso?

—Prueba... —lleva sus manos a mis mejillas, acunando mi rostro en ellas. Ni me molesto en apartarlo. Esta vez no.

Me estremezco al sentir el calor de su masculina piel contra la mía. Noto el rostro encendido por las mil sensaciones que ha provocado ese acercamiento. Porque Erick es la única persona que sigue logrando originar eso con tan solo un simple y delicado roce.

Decido darle otra cosa que no sea una confesión. Algo que estoy deseando hacer desde hace años y que ahora me serviría de excusa por ese líquido que desinhibe, que diluye las emociones que no quiero sentir y aumenta otras que deseo mucho más y que no he dejado de beber. Podría decirse que le echo la culpa al alcohol de mis actos. Porque me muero por dejarme llevar por lo que verdaderamente siento.

Así pues, después de tanto tiempo, me permito hacerlo. Actuar sin pensar. Volver a mi esencia, aunque sea por un instante.

—¿Qué sucede, pelirroja? —agacha la cabeza para mirarme mejor a los ojos.

Niego con la cabeza y salto inesperadamente a abrazarlo, apretándome tanto contra él, contra su cuerpo, que incluso pienso en aquel tipo duro que se sentía incomodo ante el contacto. A pesar de que nada de esto es sencillo, resisto a seguir pegada a él. El corazón me late con tanta fuerza que temo que pueda sentirlo o incluso escucharlo. Me aferro a ese hueco en su pecho que tanto he echado de menos. Hago todo lo posible por calmar la respiración, teniendo que coger aire profundamente y llevándome su olor conmigo. Sumando este momento a mi colección de recuerdos.

—Sam... —susurra contra mi pelo mientras me sostiene con fuerza y me acaricia la espalda.

—Por favor, solo unos minutos más —suplico contra su pecho.

Y entonces lo hace. Responde aún más al abrazo, estrujándome contra él, apretándome contra su cuerpo. Sepulta la cara en el lateral de mi cuello, inhalando y posando los labios justo donde mi vena late a toda velocidad. Se deleita en cada movimiento que me regala.

Durante unos minutos lo único que hacemos es abrazarnos, concediéndonos este sentimiento al habernos reencontrado. Porque la huella que alguien deja en ti tiene más peso de lo que puedes llegar a imaginar.

Al cabo nos separamos, lo observo con cariño y le dedico una sonrisa al tiempo que le acaricio el mentón. Perfiló su mandíbula sombreada por la incipiente barba hasta llegar a su boca. Tanteo

sus labios con los dedos, dibujándolos a su paso con las yemas. Y lo necesito tanto que desearía que nada más existiera.

Unos pequeños y míseros centímetros son los que nos separan ahora. Erick eleva una mano y con delicadeza me retira un mechón que cubre parte de mi rostro.

—¿En qué piensas? —murmuro entre dientes.

—Pienso en cómo sería besarte de nuevo. Llevo todo el fin de semana queriendo hacerlo, pelirroja.

No me molesto en esconder mi rubor, aunque no pueda apreciarlo por la oscuridad que nos rodea. Sé que Erick no miente.

Dejarme llevar de nuevo es lo único que tengo que hacer para acortar la distancia que nos separa. Así que al instante estoy de puntillas para regalarle un pequeño beso en una de sus comisuras.

En cuanto me separo de él me prohíbe alejarme, colando una mano en mi nuca y con la otra sosteniéndome por la cintura. Me acerca de nuevo a él y ahora es Erick quien me besa.

Nuestros labios chocan con fuerza, se estampan con ansiedad y una descarga me recorre desde los pies a la cabeza. Erick intensifica la presión de sus manos para afianzar el beso. Porque es un beso que duele. Un beso de haberse echado de menos. Un beso de porqué hice lo que hice. Un beso que está lleno de miles de sentimientos. La mezcla de ellos que siento me parece casi imposible. Sin embargo, ahí está, burbujeando en mi interior.

Llevo mis manos a su nuca para acercarlo más, si es que eso es posible. Enredo mis dedos en mechones de su pelo. Estoy desesperada. Sí, desesperada por que me bese con más fuerza, con todas las ganas reprimidas durante todos estos años que no he podido tenerlo. No he olvidado el tacto de sus labios ni el sabor de estos. Percibo su olor y sin querer cierro los ojos con más fuerza, abrumada por el poder que tiene un simple aroma, trayéndome de golpe todos esos recuerdos que han vagado durante años en mi mente.

La piel me arde con su contacto y el calor de mi estómago se reaviva. Me estremezco ante esa sensación que creía olvidada para mí. El pulso me late tan fuerte que prácticamente no puedo oír nada más. Su pecho se infla y se desinfla al respirar después de nuestro acercamiento.

Entonces lo observo fijamente y me deleito unos segundos, perdiéndome en su rostro. Seis años es mucho tiempo, una vida repleta de cambios. Y, de repente, siento que todo este tiempo no ha cambiado nada. Que todo sigue igual. Que solo somos él y yo. En cierto modo sigo viendo a Erick como aquel tipo duro que conocí en un avión que se negaba a mostrarse cómo era y cómo sentía, pero que cuando lo hacía no te dejaba indiferente y sabías que, una vez te diera su amor, sería capaz de hacer cualquier cosa por ti para verte feliz.

No obstante, el pensar que Erick y yo finalmente podamos estar juntos es una ilusión. Una ilusión de la que debo olvidarme.

Al menos, por ahora.

—Joder, pelirroja —musita, clavando su mirada repleta de admiración en la mía. La intensidad del momento se ha adueñado de él y su mano que hace un momento se adentró en mi melena me ase con más fuerza. Mi vientre se contrae ante ese movimiento. El calor de sus manos se funde en mi piel y su voz resuena en mi pecho con fuerza. —No sabes el esfuerzo que estoy haciendo por no arrastrarte hasta mi cama.

Es tarde. Es tarde para seguir un camino distinto al que me había propuesto. Y estoy perdida ante el efecto de lo que causan en mí esas palabras.

El rubor me sube desde el pecho hasta mis mejillas al pensar en lo que voy a decir.

—La mía está más cerca —sonríó y Erick alza una de sus cejas con picardía.

Me olvido de todo: los miedos, la incertidumbre, mi vida, la suya y todo lo que eso conlleva. Me lanzo de nuevo a sus brazos y volvemos a besarnos. Esta vez con más desesperación, con las ganas de habernos echado mucho de menos.

Avanzamos a trompicones, agarrándome a él, subiendo las escaleras entre caricias, besos, tropiezos, jadeos y risas.

Abro la puerta, tiro de él para que me siga y en cuanto Erick cierra la puerta tras de sí sigue besándome, me empuja y hace que mi espalda choque contra la pared de madera. Me agarra del culo para impulsarme hacia arriba. Rodeo sus caderas con mis muslos y me acorrala entre su cuerpo y mi apoyo. Separamos nuestras bocas unos segundos para coger aire. Y es cuando Erick vuelve a observarme como siempre lo hizo. Cuando vuelven a chocar nuestras miradas me olvido de todos los pensamientos que me martilleaban en la cabeza y me frenaban de algún modo para no sentir lo que estoy sintiendo. En lo único que puedo pensar con claridad es en que me bese, me abrace y me toque.

Me muerdo el labio inferior. Tan solo es un pequeño roce, pero es suficiente para encender la chispa. Pese a que nunca se apagó, sino más bien esperaba aletargada. La misma que revelan sus ojos oscuros.

Le diría algo si consiguiera encontrar las palabras. Lo que ocurre es que se han esfumado, no hay un solo vocablo que pueda describir la sensación que estoy experimentando en este instante. Además, no necesito palabras cuando lo único que quiero es besarlo y fundirme en él.

Empujo con delicadeza su cabeza para que se acerque a mí. Obedece al instante. Nuestros labios se rozan ligeramente cuando habla y tengo que hacer un gran esfuerzo por no besarlo y dejar que diga lo que tenga que decir. Si minutos antes nos apremiaba el estar juntos, ahora queremos deleitarnos en el momento. En esta sensación.

—Joder, Sam, te he echado de menos... —sus labios se elevan en una pequeña sonrisa. Deposito un dulce beso ahí, en su comisura. En la curva de sus labios al sonreír. Y siento un cosquilleo provocado por su barba de varios días.

Pasea su mirada por todo mi rostro, con detenimiento y desnudándose con ella mucho antes que con las manos, estudiándose en profundidad, sabiendo que la chica de la que se enamoró sigue siendo la misma, pese a que ella se empeña en creer lo contrario, y a la vez haya cambiado de aspecto, a uno más maduro.

Vuelve a juntar nuestros labios. Sin embargo, esta vez lo hace con calma, deleitándose, con parsimonia, paladeando cada segundo. Me agarra con fuerza y me lleva hasta la cama para tumbarme.

Él cae sobre mí y le permito esconder su rostro en el pliegue de mi cuello, dejando que deposite suaves besos en esa zona. Cuelo mis manos por debajo de su camiseta, ávidas por volver a explorar su piel caliente y todos esos montículos tersos bajo mis dedos y que años atrás me volvieron loca. Erick gruñe. Ahora, su boca busca la mía con impaciencia y el beso se vuelve salvaje por un momento. Hambriento. Sediento. Voraz. Invadiendo todos mis sentidos. Me late todo el cuerpo. Sus besos siguen tatuados en mi cerebro y en mi corazón. Su ausencia durante estos años me ha dolido más de lo que he admitido a nadie. Incluso a mí misma.

Aprieta sus manos en mi cintura, hundiendo sus dedos en la carne, y me provoca una descarga eléctrica. Ambas recorren con ansias mi cuerpo. Trago salivo. Me fijo en ellas, en sus movimientos, en cada uno de sus gestos. No he podido olvidar la calidez que sentía cuando estaba tan cerca de él, incluso cuando aún se empeñaba en mostrarse frío conmigo.

Recuerdo que en la adolescencia y años después, rozando la veintena, me costaba creer que yo pudiera levantar pasiones en los hombres. Sin duda lo que me hicieron pensar en numerosas ocasiones acerca de que no valía la pena permaneció en mí bastante tiempo. Sin embargo, cuando Erick llegó no fue así. Las palabras de quien las lanza en determinados momentos pueden ser falsas, pero la intención en los ojos nunca lo es. Y los suyos, desde el primer instante en que me fijé, reflejaban deseo sincero. Pese a esos momentos puntuales de vulnerabilidad, Erick siempre me hizo sentir confortable.

Erick pasea la lengua por sus labios, lo cual me remueve por dentro y envía una descarga directa entre mis muslos.

Se separa de mí para poder quitarse la camiseta, despeinándose en el proceso. Su pecho aparece ante mí, mostrándome unos abdominales definidos y marcados. Nuestras miradas se cruzan durante un segundo y un escalofrío atraviesa mi espalda, confirmándome lo que sentí una vez por él y lo que mi cuerpo y mi corazón no han olvidado.

Joder, todo lo que hace, cómo se mueve, cómo reacciona, cómo me mira... lo convierte en un hombre más sexi si cabe. Erick se inclina sobre mí para regalarme otro beso. Aprovecho para acariciar sus brazos, sus hombros y gran parte de su abdomen; que sigue igual de duro como lo recordaba.

Dejo que Erick me desvista y deposite besos allí donde tanto ansía. Me fijo en que se detiene de más en mi costado izquierdo, justo en la zona donde hace años decidí tinter mi piel con esa palabra que tanto nos unió; aquel momento especial cuando Erick se abrió por completo a mí y yo pude conocer su verdadero ser.

—¿Cuándo te lo hiciste? —inquire mientras desliza con suavidad las yemas de sus dedos por las letras negras.

A penas se puede distinguir nada en la penumbra. Tan solo hay una pequeña bombilla cálida en el exterior, en la terraza, y no hemos encendido las luces al entrar, por lo que dudo mucho que pueda saber qué pone realmente.

—Hace unos cuantos años. Un día las chicas intentaron llevarme por ahí para despejarme. Llevaba meses mal. Bastante mal, de hecho, y algo triste —recuerdo con pesar. Erick sigue acariciándome las costillas a la par que siento su peso sobre mí y su cálido aliento rozando mi vientre. —Accedí a salir con ellas pensando que me vendría bien y así podría olvidarme de todo. Aunque solo fuera durante unas horas. Bebí más de la cuenta, un chico intentó ligar conmigo...

—¿Intentó? —arquea una ceja y una de sus comisuras se alza a la vez.

—Sí. Y yo también con él, la verdad. Necesitaba olvidar... ciertas cosas... —me tomo un segundo al recordar aquella noche. —El caso es que antes de llegar a nada más supe que estaba perdida. Jamás olvidaría nada. Así que al darme cuenta de semejante veracidad y en un momento de locura, con unas cuantas copas de más, obligué a Sole para que despertara a un amigo suyo que tenía un estudio de tatuajes. —Erick sigue escuchando atento. —Prácticamente le obligué a salir de la cama a pesar de que era de madrugada. Ya sabes lo testaruda e impaciente que puedo llegar a ser.

—Sí, lo sé —vislumbro su sonrisa entre la oscuridad y la tenue luz que se cuela en la habitación.

—El caso es que no tuve que pensar lo que quería tatuarme. Lo tuve claro desde el primer momento. Y no me arrepiento. Esas ocho letras significan demasiado para mí.

—*Kintsugi* —susurra deslizando sus dedos por el tatuaje.

—¿Cómo sabes lo que pone?

—Pelirroja, me he fijado más de la cuenta en ti estos días. Tienes una piel impoluta como para no percatarse en estas letras oscuras. Además...

—Además, ¿qué? —frunzo el ceño queriendo saber más.

Erick se endereza ligeramente, coge mi mano y la posa sobre ese gran tatuaje que ocupa parte de su pecho izquierdo. Ese corazón que se rompió el día que murió su hermano.

—¿No ves nada? —junto tanto las cejas que parece que se unan en el centro.

—Está muy oscuro, Erick, no sé qué pretendes con...

—Mira bien, pelirroja —obedezco. Levanto un poco la cabeza, aguzo la vista en la penumbra tratando de percibir el menor resquicio de luz que me ayude apreciar cada detalle y pueda averiguar lo que Erick quiere mostrarme entre tanta tinta. Las luces de la noche irradian un suave brillo de color que crea claroscuros por toda la estancia y en el propio cuerpo de Erick, lo que me permite apreciar lo que deseaba. Es entonces cuando lo veo. El único tatuaje nuevo que tiene, justo en el centro de ese otro que lo significa todo para él y creado para que ambos se fusionen entre sí.

Su hermano y yo, juntos en su piel. ¿Cómo no me he dado cuenta antes?

—*Kintsugi*... —ahora soy yo quien murmura esa palabra, incrédula a lo que veo.

Erick aprisiona con más fuerza mi mano contra su pecho y me observa con un brillo especial en los ojos.

—Cuando me dejaste deseé que tu esencia permaneciera en mí de todas las formas posibles, pese a que muchas de ellas ya no pudieran ser por razones evidentes. La mañana que me sinceré contigo sobre mis sentimientos y me contaste lo que significaba esa palabra supe que tú eras eso. Lo tuve claro cuando quise tatuarme tu esencia, pelirroja.

Trazo el contorno con el índice. No puedo evitar sonreír por todo lo que provoca todo esto en mí. Erick se inclina y deposita un delicado beso sobre mi tatuaje. Después se coloca de nuevo sobre mi cuerpo. No decimos nada más porque no hay nada que podamos decir. No ahora. Los besos, las caricias, las palabras dulces y cariñosas, dan lugar a un comienzo de algo mucho más intenso.

Doy un pequeño respingo con las caderas y me sujeto a las sábanas con los puños cuando encuentra con su lengua el hueco de mi cuello, justo debajo de la mandíbula. A continuación, se aparta levemente y se queda sobre mí, apoyado sobre un codo, mientras con su otra mano acaricia mi vientre en movimientos lentos, a la espera de ver cómo reacciono.

Ahora soy yo quien eleva la cabeza para llevar mi boca a la suya y recorrerlo con la lengua. No he olvidado su sabor, dulce y fresco. Hundo los dedos en su pelo y le muerdo el labio inferior. Al hacerlo mueve sus dedos hacia abajo, deslizándose hasta llegar a la cara interna del muslo.

—Sé que ha habido otros que te han tocado... —frunce el ceño por unos segundos —pero una vez te dije que quería ser el último en hacerlo, Sam. Y sigo queriendo ser ese hombre.

Dejo escapar un sonido ahogado al imaginarlo. Puede que fruto de la tensión del momento o quizá por lo que esas palabras significan verdaderamente. Sin saber si es por un motivo o por otro, o por ambos, respondo de la única forma que mi cerebro es capaz de razonar. Lo atraigo hacia mí y elevo sutilmente mis caderas para que mueva su mano, dándole vía libre para que haga lo que desee conmigo.

Vuelve a deslizar su mano cálida por mi bajo vientre, justo en el borde de mi ropa interior, antes de hundir sus dedos tatuados en mi interior. En cuanto lo siento, el fogonazo del recuerdo en aquella sala cuando me tocó por primera vez me invade la mente. Cierro los ojos y dejo que me acaricie permitiéndome recordar entre el silencio de la noche y nuestras respiraciones todo lo

que un día sentimos desde el momento en que aquel chico se sentó a mi lado en el avión.

Cuando exploto por el placer provocado, se coloca sobre mí, aplastando su pecho contra el mío y se pierde entre mis piernas con cariño y deseo, me aferro a él armándome de toda la energía que me queda después del momento que me ha regalado y que tan extasiada me ha dejado.

La sensación que vuelvo a sentir se inicia en mi estómago y se vuelve más intensa cuando oigo a Erick gemir y susurrarme al oído. Se adentra todavía más cuando gruñe una palabrota y suelto la última bocanada de aliento y entro en erupción. No puedo aguantar más. La excitación que siento en todo mi cuerpo estalla desatando el caos en todas mis terminaciones nerviosas y dando rienda suelta al placer de dos personas que puede que sigan enamoradas.

Hago caso omiso al escozor inoportuno que me provocan todas las palabras susurradas y lo que me ha hecho sentir.

Porque estar con Erick siempre causará en mí esa sensación de poder tocar el cielo con las manos.

25
ERICK



Besarla y mirarla fijamente sigue siendo de mis placeres favoritos.

Dibujo su rostro con mis manos, fotografiándola con la mirada para guardarla en mis retinas y en mi memoria. Haber vuelto a conectar con Sam de este modo me ha hecho sentir de nuevo ese cosquilleo en los dedos cuando apretaba el botón de mi cámara y el *clic* resonaba en toda mi alma. Ojalá pudiera fotografiarla ahora, al igual que hice años atrás. Si supiera que aún guardo todas sus fotos como si de un tesoro se tratase...

—Vuelves a mirarme así. ¿Por qué, Erick? ¿En qué piensas? —aprovecho para hacerla rodar y sentarla sobre mí. La sábana se le enreda en el cuerpo, tapando así algunas zonas que anhelo volver a ver. Acaricio mis dedos por la piel de sus muslos, que rodean mis caderas.

—Pues... en todo.

—¿Y qué es todo?

—Pues tú. Tú eres todo, pelirroja.

Sam resopla y se levanta de la cama. La observo en la oscuridad de la madrugada, en las sombras que se dibujan en su precioso cuerpo. Tras varios asaltos, todos ellos diferentes y únicos con múltiples de sentimientos, se coloca mi camiseta. Mi ropa sigue quedándole jodidamente bien. No la recordaba tan sexi con ella.

Se dirige al baño e intento darle espacio. Ambos sabemos lo que ha pasado en esta habitación, pero me juego a que ella sigue dándole vueltas a algo en esa cabecita suya que no le permitirá dejarse llevar. Y estoy muerto de miedo porque no quiero perderla de nuevo.

Ella cambió mi vida. Con la pelirroja comenzó de nuevo mi felicidad. Supe que con Sam encontré a la persona correcta porque, ahora sí que no tengo ninguna duda, sé que me amó de una forma especial, disipando mis dudas y mis preguntas. Aunque con su marcha me dejara otras nuevas.

Pero lo sentí tan real...

Aparece en pocos minutos y se sienta en el borde del colchón, apoyando los codos en sus rodillas y escondiendo su rostro entre las manos. Yo la observo desde atrás, tumbado boca arriba con un brazo apoyado en la almohada y bajo mi nuca. La recorro con la vista y por su forma de actuar debe estar en lucha con ella misma. Necesito saber qué le ocurre, porque actúa así, qué es lo que le da tanto miedo. Sin embargo, no pretendo presionarla, no quiero que salga huyendo.

—Pelirroja, ¿estás bien?

—Sí —se le quiebra la voz. —Solo... Solo necesito un momento.

—Ven aquí —la agarro por la cintura para atraerla hacia a mí.

Ella se deja hacer y se acurruca entre mis brazos. Hunde la cabeza en mi pecho y sus piernas

se entrelazan con las mías. Vuelvo a colar mi nariz en su pelo para olerla. Le dejo un pequeño beso en la sien. —¿Te arrepientes de lo que ha ocurrido?

—¿Qué? ¡No, no! No es eso... es... solo estoy hecha un lío. Necesito pensar con claridad.

—¿Tú? ¿Pensar? —levanto las cejas sorprendido con la clara intención de hacerla sonreír. No lo consigo. —¿Se puede saber dónde está aquella pelirroja que actuaba sin pensar y se dejaba llevar?

—Han pasado muchos años, Erick. He cambiado. Ya no soy la misma. Ha pasado mucho tiempo —sigue hablando casi para sí misma.

Claro que ha pasado mucho tiempo.

—Lo sé, llevo la cuenta.

—Parece que haya pasado una eternidad y a la vez el tiempo no haya avanzado nada.

Nos sumimos en el silencio unos minutos. Quizá pensando en nada o, quizá, pensando en todo.

—¿Sabes cuándo supe que me enamoraría de ti? —pellizco su barbilla para que levante el rostro y me mire. —Cuando leí tu primer mensaje. ¿Recuerdas cual era, pelirroja? —cierra los ojos y una tímida lágrima solitaria empapa sus pestañas.

—Un atardecer no se dedica a cualquiera —susurra. Con mi pulgar le limpio esa lágrima antes de que caiga al completo.

—Exacto. Y fue cuando, sin querer, sonreí. Ahí fue cuando me di cuenta de que cualquier cosa que pretendiera hacer para no enamorarme de ti no serviría de nada.

En sus labios se dibuja una sutil sonrisa. Aprovecho para seguir hablando.

—Veamos... ¿Sam...? —ahora llevo mis ojos hacia el techo, recordando a la par que la aprieto más contra mi costado —Ella era esa chica que podía bailar sola en casa y que cantaba a pleno pulmón, como si fuera ella quien estuviera dando un puto concierto —suelta una pequeña risa avergonzada por semejantes momentos que nos regaló. —La que se reía a carcajadas —aprovecho el momento que me ha concedido con ese precioso sonido. —La que, perfectamente, podía discutir incluso con ella misma. La que soñaba con un mundo mejor y la que plasmaba en papel todos sus sentimientos. Y ella era feliz así, era feliz en esa locura que la caracterizaba... Aquella loca era maravillosa —le hablo con nostalgia porque la echo de menos, pero sé que ella también. —Vivía la vida sin filtros. Decía todo lo que pensaba sin guardarse nada y hacía lo que sentía en cada momento. En el fondo le daba igual encajar en los sitios porque, por mucho que quisiera saber la opinión de los demás y ser aceptada, le daba igual. Porque ella... ella era feliz así.

—Erick... —esconde su rostro en mi pecho y ahora su voz suena amortiguada contra mi piel —hace tanto de eso. No creo que pueda reencontrarme con aquella chica de la que hablas. No es tan fácil.

—Yo creo que sí, pelirroja. Solo debes dejarte llevar.

Sam suspira y se acomoda entre mis brazos. Yo le acaricio suavemente el pelo, enroscando mis dedos entre los suaves mechones.

—¿Qué tal con la escritura? ¿Sigues creando esas preciosas historias?

—Dejé de escribir. Lo que te conté la otra noche era cierto. Lo dejé por completo —confiesa.

—Vaya. No deberías haberlo hecho. Se te daba bien y te hacía feliz.

Suspira y me la devuelve.

—¿Y tú con la fotografía? ¿Continúas siendo de la vieja escuela y te sigue gustando revelar y positivar tus propias fotos?

—Ya no fotografío. Perdí la ilusión.

—¡Vaya! No deberías haberlo dejado. Tenías... tienes un don —asegura con firmeza — y te hacía feliz.

Giro el rostro hacia ella que me recibe con una gran sonrisa en los labios por lo que acaba de hacer. El calor que siento en el pecho me incita a besarla de nuevo porque el rato que llevaba sin hacerlo era demasiado tiempo. Joder, esta pelirroja sigue volviéndome loco en todos los sentidos y no tengo ni idea de qué va a ocurrir a partir de ahora. Pero solo tengo clara una cosa, no quiero separarme de ella, no quiero perderla de nuevo. La quiero a mi lado. Siempre. El resto de mi vida.

—Deberíamos dormir —susurro contra sus labios. —Ha sido un largo día. La competición en *kayak* me ha matado, he tenido un buen rival.

—Imbécil —me da un leve empujón. —Pobre Fabio...

—Bah, —le quito importancia —es un gilipo...

—Shhh, no te metas con él —si bien no me deja insultarlo sigue con una sonrisa dibujada en los labios. — Y sí, deberíamos dormir.

—Está bien. ¿Quieres que me vaya? —lo que menos quiero es que se sienta incómoda, aunque yo me esté muriendo por no separarme de ella.

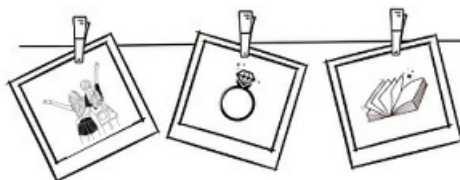
—No. Por favor, quédate —apoya su brazo sobre mi estómago y se acomoda en mi costado.

—Pues... Buenas noches, pelirroja. Descansa. —La estrecho contra mí y le doy un último beso en la sien.

—Buenas noches, Erick.

Elevo una de mis comisuras al oírla y sentirla pegada a mi piel.

26 SAMY



Me despierto a las pocas horas. A penas ha amanecido, pero los primeros atisbos de luz ya se cuelan por el ventanal.

Casi puedo notar el sabor del champán en la lengua y la sensación de haber sentido las manos de Erick sobre mi piel. Revivo lo que sucedió anoche, todas las veces que lo hicimos, y me recreo en el momento en el que sus dedos acariciaron cada rincón de mi cuerpo. Cierro los ojos y aún puedo experimentar el hormigueo en el punto donde sus manos me poseyeron. Creo que sigo excitada después de toda la noche y sigo deseando que me toque. Ansío que lo haga con ambas manos, con su boca, con su lengua...

Sonrío casi ruborizada.

Ahora ya no lo hace, pero sigo sintiéndolo en cada parte de mi ser, porque Erick se coló hace años bajo la piel y nunca se ha marchado.

Él sigue a mi lado, durmiendo plácidamente, con la respiración pausada, suspirando en sueños y sexi a más no poder. Sonrío, concentrada unos instantes más en él, en su calidez, deteniéndome en todas esas zonas en las que me recreaba cuando lo tocaba, acariciaba o besaba. Tiene arrugada en la cintura y las piernas la sábana con la que debíamos taparnos. Debajo de ella sigue desnudo. El impulso de acercarme más a él aumenta por segundos. Siento la necesidad imperiosa de acurrucarme de nuevo a su lado, arroparnos y que me proteja de todo y de todos bajo su abrazo.

Y en este momento, vuelvo a sentirme una mujer frágil, la cual acaba de exponer sus partes más vulnerables.

Había olvidado lo que se sentía al despertar acurrucada entre unos brazos masculinos.

«MENTIRA»

Me he obligado a olvidar lo que se sentía con tal acto, pero jamás podré olvidar lo que era despertar con Erick a mi lado.

Soy muy consciente de que no he vuelto a sentir nada igual por nadie desde que estuve con él. Soy incapaz de dar con ningún otro momento en el que me haya sentido tan abrumada por las sensaciones que me provocaba algún hombre. Ni un roce ni una caricia ni un contacto físico más íntimo de lo normal me han hecho sentir algo parecido a lo que he sentido esta noche. Junto a él.

Cojo el móvil que descansa sobre la mesita para mirar la hora. Tiene toda la pinta de ser muy temprano aún. Anoche lo dejé olvidado en la habitación antes de bajar a cenar, así que aprovecho para ver las llamadas perdidas y mensajes que he recibido.

Con el móvil sobre el pecho doy un último vistazo a Erick, que sigue durmiendo apaciblemente. Sonrío como una adolescente enamorada, pero siendo muy consciente de que no puedo sentirme así.

De repente, el nombre de la chica que lo llamó la otra noche aparece en mi mente. La misma con la que hablaba anoche. Erick tiene otra vida y esto no está bien. Nada bien. ¿Qué hemos hecho? Anoche ni siquiera pensé en las consecuencias de nuestros actos. Esa pobre chica... Ninguno de los dos debimos continuar. Yo me dejé llevar por los fuertes sentimientos hacia Erick, la sensación de volverme a encontrar con él, de saber que sigo amándolo a pensar del tiempo y la distancia. Porque ninguna de esas dos cosas te ayuda a olvidar lo que el corazón recuerda. Sin embargo, me pongo en la postura de esa chica y no me gustaría nada saber qué ha ocurrido aquí. No puede volver a suceder.

Inspiro tratando de quitar los ojos de su rostro y su abdomen. Los llevo hacia el techo y suelto el aire retenido.

Primero leo los mensajes que tengo de Izan por miedo a que le haya ocurrido algo. Mi sospecha se disipa en cuanto me explica que no pretendía molestarme, pero que quería darme las gracias por darle fuerzas para afrontar la charla que tenía pendiente con su madre y que todo ha salido mejor que bien.

Leerlo me hace feliz.

Seguidamente me meto en el chat que tengo con mis amigas y eso me hace sonreír mucho más.

JAULA DE LOCAS

Maca:

Vimos a Erick ir tras de ti...

Susana:

ME MUERO ME MUERO

ME MUERO ME MUERO

Vicky:

Ay, Samy...

Me cago en todo...

¡¡¡Contesta yaaa!!!

Sole:

¡Dejadla!

Que estará recuperando

el tiempo perdido, jijiji ♥

Me da por reír, aunque casi me ahogo al intentar no atragantarme con mi propia saliva y hacer todo lo posible por no despertar a Erick.

Por último, veo el resto de llamadas perdidas y mi sonrisa desaparece. No me puede estar ocurriendo esto.

Mi temor se confirma cuando abro el único mensaje que me queda por leer.

NÚMERO DESCONOCIDO:

Te avisé de que no intentarás

ir de lista conmigo. Creo que

sigues sin ser consciente

del poder que tengo y de lo

que soy capaz de hacer.

Te aconsejo que desaparezcas

o lamentarás las consecuencias.

ÚLTIMO AVISO.

No puede ser cierto. No. Debe ser una broma. Pero... ¿Cómo es posible? ¿De verdad que ese hombre no se rinde nunca? ¿Cómo ha podido saber que Erick y yo nos hemos vuelto a ver? Alguien debe habérselo dicho. Ese malnacido, seguramente, tenga incluso a alguien espiándome. Lo veo muy capaz.

Joder, estoy hecha un lío.

Me levanto de la cama desesperada.

JODER. JODER. JODER.

Otra vez no.

Me encierro en el baño y echo el pestillo. Espero no haber despertado a Erick, porque si me ve así no sabría cómo actuar de nuevo.

Me deslizo por la puerta hasta caer al suelo, con la espalda apoyada en la madera, trago saliva y me abrazo las rodillas. Todo comienza a darme vueltas y me acojono ante la situación de que algo malo les pase a las personas que más quiero.

Durante un buen rato me quedo tirada en el suelo, pensando e intentado buscar una solución. Me abruma no saber qué hacer por culpa del miedo. Puede que ese hombre se marque un farol sabiendo que el mismo temor me haga no seguir adelante. Al igual que sucedió hace seis años. No obstante, no puedo arriesgarme. Sé perfectamente de lo que es capaz ese monstruo.

Erick me contó tantas cosas de él en el pasado y yo misma pude ser testigo del trato hacia su mujer y lo que ocurrió con sus hijos. ¿Cómo no va a ser capaz de arruinar la vida de aquellos que no les importa una mierda?

Nunca querré a nadie de la manera en que quise a Erick, la forma en la que sigo queriéndole. No he podido desenamorarme de él. Lo he intentado con todas mis fuerzas para no sufrir. Sin embargo, ha sido imposible.

Habrà quien piense que opté por salir de su vida en un acto de cobardía, pero hice lo que en su momento era mejor para él y para mi familia. Y, a día de hoy, el motivo sigue siendo el mismo. Con el miedo que experimenté por aquel entonces forjé lo que acabaría siendo una creencia: que si Erick continuaba a mi lado sufriría mucho más de lo que ya había sufrido. Y esa creencia se impregnó en todos y cada uno de los aspectos de mi vida.

Le doy vueltas a la cabeza una y otra vez, pero nada encaja. No hallo la manera de que nada de esto salga bien.

Me limpio las lágrimas con rabia y con una clara decisión: sé que jamás tendré al único hombre al que mi corazón ha amado.

Salgo en silencio, busco el bloc de notas que vi en la pequeña mesa de la entrada al llegar aquí y escribo un «LO SIENTO».

Echo un último vistazo a Erick y suelto un suspiro. Le hice daño de la manera más cruel posible. Durante una época, Erick estuvo solo vagando por un mundo que lo hirió y por poco acaba con su vida. La gente que se suponía que debía ayudarlo y quererlo lo abandonó. Ese fue su mayor miedo cuando lo conocí, se negaba a sentir nada más por nadie porque temía que tarde o temprano lo abandonasen de nuevo, de una forma u otra. Le prometí que yo no lo haría, que podía confiar en mí... Y le fallé.

Y ahora voy a hacer lo mismo.

Me visto con lo primero que encuentro y cojo el bolso y el móvil. Dejo el resto de mis cosas en la habitación para no perder más tiempo y me dirijo hasta la cabaña de Maca.

Tras los segundos más largos de mi vida, mi rubia favorita, a la que considero mi hermana, abre la puerta. Era de esperar que aún durmiera, pues sus rizos de alborotados, sus ojos entornados y su voz ronca y somnolienta me lo confirman.

—Samy, ¿qué pasa? —se preocupa al verme.

—Maca, ¿podrías dejarme vuestro coche?

—¿Qué ha pasado?

—Nada, nada. Solo necesito el coche, por favor —cada vez me tiembla más la voz.

—Está bien. Espera... —sin hacer ruido para no despertar a Carlos busca las llaves por toda la habitación. Me rodeo con los brazos porque de golpe siento algo de frío, creo que fruto de los nervios.

—Toma. Pero antes dime qué ocurre.

—Me voy.

—Vale. Te vas. ¿Adónde?

—Me voy Maca, ya está. ¿Podrás ocuparte de recoger todas mis cosas de la habitación cuando salga Erick?

—Ya veo. Así que es por eso...

—No quiero sermones ni nada por el estilo ¿de acuerdo? Sé lo que hago.

—Samy, cariño, creo que deberías hablar de lo sucedido y quizá...

—Ahora no. No soy capaz —la interrumpo.

—Está bien. Si tú lo dices... De todas formas, como amiga tuya que soy déjame decirte que ya no tienes veinte años, Samy. Eres una mujer fuerte, decidida y capaz de todo lo que te propongas. El destino ha querido que Erick y tú os encontréis de nuevo y, por mucho que te empeñes en creer lo contrario, entre vosotros siguen saltando chispas y os queréis. Ese hombre al que pretendes abandonar ahí —señala con su índice hacia mi cabaña —no te ha olvidado y está clarísimo que te sigue amando con locura.

La tristeza que siento a flor de piel y la punzada que se me clava en el pecho me derrumban y es inútil reprimir las lágrimas que se derraman. Maca me abraza con fuerza.

—Samy, cariño, siempre he respetado tu decisión, aunque me doliera verte sufrir. Pero creo que ha llegado el momento de que le cuentes la verdad o ambos seguiréis sufriendo —su voz suena amortiguada contra mi pelo al seguir abrazada a ella.

Me separo y me limpio las lágrimas con el dorso de mi mano.

—No puedo, Maca.

Mi amiga suspira porque sabe que no va a convencerme. A tozuda no me gana nadie.

—Ten cuidado, por favor. No te preocupes por nada, yo me encargo de hablar con las chicas y de recoger tus cosas. Nos vemos a la vuelta.

—Gracias. Y, por favor, a Erick no le comentes nada.

—Ni una palabra —simula el gesto de cerrarse los labios.



—¿Dónde está?!

Me acerco con pasos agigantados y gritando hasta alcanzar a sus amigas. Están todas reunidas en la zona habilitada para el desayuno, cuchicheando y con cara de preocupación.

—¿QUÉ. DÓNDE. ESTÁ?! —vuelvo a gritar cabreado una vez llego hasta ellas. Levanto el papel que sostengo entre los dedos, en el que me ha escrito un breve «LO SIENTO». Y ahora me dirijo a las dos que tengo más cerca, que son Vicky y Maca.

—¿Acaso estáis sordas? —cada vez estoy más cabreado y estoy a punto de perder los estribos. —He preguntado que dónde está.

Vicky y Maca se inclinan hacia atrás cuando me acerco demasiado a ellas.

—Eh, eh, eh, Erick, no te pases —Susana es la que planta con fuerza una mano en mi pecho para que me tranquilice y no lo pague con ellas.

Aprieto tanto la mandíbula y frunzo el ceño con tanta intensidad que casi duele. Me hierve la sangre. Estoy enfadado. Con ellas por no darme respuestas, con Sam por marcharse de nuevo y dejarme así, sobre todo después de lo que vivimos anoche. Y conmigo por no haberlo visto venir.

Me relajo un poco y dejo caer los hombros, abatido. Inspiro profundamente para intentar tranquilizarme y dirijo la vista hacia la rubia de pelo rizado que me estudia con sus ojos castaños. Me paso las manos por el pelo, exasperado.

—Por favor, Maca, dime dónde está. Tenemos que hablar. Es importante.

—No lo sé, Erick, de verdad. Lo único que sé es que se ha marchado. Supongo que tendrá un motivo, pero no sé nada más.

—Ya. Un motivo. Já.

Me llevo las manos a las caderas y echo la cabeza hacia atrás.

Exasperado.

—Un motivo del que tú no sabes nada, claro. Sois sus mejores amigas, desaparece así y vosotras no sabéis nada. ¿Por qué será que no me creo una mierda? —enarco una ceja.

Vicky es quien se atreve a hablar ahora.

—Puedes creértelo o no, Erick, pero es la verdad. No podemos ayudarte, lo siento.

Las observo detenidamente. A todas. Puedo ver que de verdad no saben mucho más. Sin embargo, algo en la mirada de la rubia no me cuadra. Aunque está claro que no va a contarme nada.

Inspiro y expiro un par de veces.

—¡JODER! —grito de la impotencia. Todas me miran con los ojos como platos. Saben que

estoy cabreado de verdad. Me vuelvo a acercar a ellas y las apunto con el índice. —Voy a encontrarla y voy a hablar con ella. Esto no se va a quedar así.

Les doy la espalda y me marcho a toda velocidad para recoger lo poco que me traje para pasar el fin de semana y salgo disparado hacia el coche.

Mientras conduzco intento pensar dónde puedo encontrar a la pelirroja. Un sinfín de escenarios pasan por mi mente, pero estaría horas y horas buscándola. He llamado infinidad de veces a Óscar para que me dé su dirección, pero no me coge el teléfono. O bien lo tiene en silencio o su prometida lo ha advertido.

¡MIERDA!

Aporreo el volante con todo el cabreo que cargo encima.

¿Por qué ha vuelto a hacer esto? Joder no lo entiendo. Ya estoy más que harto. Nunca lo entendí. Nunca entendí qué hice mal para que se marchara así y me abandonara cuando ella misma me prometió no hacerlo. La observé alejarse y ahí fui cuando de verdad lo entendí. Jamás sentí algo así y nunca más lo sentiría por nadie. Sam fue especial para mí y siempre lo sería.

Me costó muchísimo seguir mi vida después de ella y ahora que he vuelto a encontrarla me niego a que ocurra lo mismo.

Me paso el día yendo a todos los sitios en los que pasamos juntos aquel verano. Sí, son muchos, pero no me queda otra, pues no sé dónde vive, el teléfono al que no dejo de insistir me devuelve un sonido de que no existe y mi amigo, parece ser, pasa de mis llamadas. Hasta consigo dar con la consulta en la que Sam trabaja, pero evidentemente, hoy domingo, está cerrada y no hay nadie.

Al anochecer, tras acudir al último lugar en el que pensaba que la encontraría y ver que la cala estaba completamente desierta, entro en casa.

Estoy hecho un desastre, cansado y hambriento. Me marché de aquel lugar sin probar bocado y he estado todo el día buscándola, por lo que hasta me olvidé de comer. Siento el cuerpo pesado y dolorido, como si me hubieran propinado una buena paliza.

Nada más entrar por la puerta el olor a verduras al horno y carne a la plancha me hace rugir las tripas.

Daphne está en la cocina con un conjunto de pijama corto, negro y sedoso, tan elegante como siempre incluso en ropa de andar por casa, ensimismada en sus quehaceres y tarareando la canción que suena de fondo: “*No Termino*” de Morat. ¿Por qué todas las jodidas canciones tienen que recordarme a ella?

—Hola, preciosa —tiro las llaves del coche sobre la isla y me siento en uno de los taburetes altos que la bordean —¿No había una canción más triste para un domingo por la noche? —Me paso la mano por la cara, como si así me deshiciera de todo el cansancio y malestar.

—Oh, *Darling*, no te he escuchado llegar —deja los fogones para acercarse a mí y me da un delicado beso en la mejilla. —Erick, ¿te encuentras bien? Tienes mala cara. Además, no te esperaba hasta mañana. ¿Ha ocurrido algo? —se preocupa por mí. Siempre se preocupa por mí.

Me pellizco el puente de la nariz y aprieto los párpados en un intento de apartar el inminente dolor de cabeza. Estoy frustrado, cansado, enfadado y abatido.

Daphne me sigue observando con preocupación.

—Tranquila, solo estoy cansado. Y hambriento —elevo una comisura. —Huele de maravilla.

Se le iluminan los ojos. Al contemplarla así pienso en todo lo que ha sufrido también. Su prometido la dejó plantada en el altar tras confesarle que estaba enamorado de su amiga. Fui testigo de la forma en que terminó su relación. No me explico cómo aquel capullo pudo hacerle eso. Es una mujer preciosa; alta, morena con un corte de melena muy sexi, ojos color miel,

simpática, graciosa, inteligente y capaz de hacer que los tíos se vuelvan locos por ella. Es increíble y se merece a alguien que la quiera de verdad.

—¡Suerte que he cocinado de más! Venga, ve a darte una ducha que estás hecho un desastre y cenamos juntos —me hace regresar de mis cavilaciones.

—Sí, me vendrá bien.

Esta noche estoy más callado de lo normal. Daphne come en silencio y evita a toda costa no meterse en lo que me carcome. Sabe que me sigue costando un mundo expresar mis sentimientos con los demás. Sin embargo, mientras se lleva otro trozo de la guarnición a la boca me observa con atención. Estoy famélico, pero apenas he tocado mi plato, tan solo me he dedicado a mover la comida de un lado para otro.

Antes de hablar da un sorbo a su copa de vino.

—*Darling*... —su tono suave y cariñoso me obliga a levantar los ojos hacia ella. —¿Puedo ayudarte en algo? ¿Vas a contarme qué te pasa?

—Estoy bien, Daphne. Solo estoy preocupado por lo que llevamos meses preparando —miento descaradamente.

—Ya te dije que por eso no debes preocuparte. Está todo bajo control. ¿No confías en mí? —tuerce el gesto.

—Claro que sí. Sabes que eres en la única en quien confío para eso.

—Bien —vuelve a beber. —Mira, Erick, sé que eres un hombre reservado y que sigues haciendo lo posible por guardarte lo que sientes. En estos cinco años que no nos hemos separado te he conocido a la perfección y sé lo que te oprime el pecho. Siempre he intentado darte los mejores consejos y apoyarte en todo, así que esta noche también te diré que pongas todo tu empeño por resolver lo que necesites resolver. No desistes y lucha. Has de saber cuándo mantenerte callado y apartado del problema o cuándo has de insistir. Y creo, *Darling*, que esta ocasión es una de las últimas. Al menos así, cuando pase el tiempo, sabrás que tú diste todo lo que pudiste y no podrás echarle en cara nada. Solúcionalo y no esperes.

—Llevas razón —arrastro las palabras. Daphne fue un gran apoyo cuando me mudé a Nueva York. Me ayudó, me hizo la estancia más fácil, consiguió que viera el negocio de mi familia de otra forma, ya que no me quedaba otra que ejercer como el hijo de uno de los dueños. Gracias a ella entendí pronto que aquellos negocios se llevaban de manera muy distinta a la que mi padre desempeñaba en España, lo que me alivió sobremanera. El *loft* en el que me instalé era demasiado grande para mí y cuando a Daphne la dejaron plantada borró todo rastro de su antiguo prometido y la animé a que se mudara conmigo. Desde entonces, hemos sido inseparables y me conoce a la perfección, casi más que yo mismo.

—Oh, *Darling*, siempre la tengo —sonríe a la par que vuelve a llevarse la copa a los labios.

—Voy a hacer una llamada.

—Genial.

Diez. Esas son las veces que he llamado a mi amigo. Y no me ha respondido a ninguna. También lo he intentado con Maca y, aunque ella sí me ha atendido, se ha negado a darme esa información.

Vuelvo a intentarlo por última vez con Óscar.

Uno, dos, tres pitidos.

—Joder, Erick...

—Eres un cabronazo ¿lo sabes?

—Que no tío, que no. Lo siento. Vicky me quitó el móvil esta mañana y no he conseguido

recuperarlo hasta ahora. No sé qué cojones le sucede, pero se está comportando como una cría.

Que está preocupada por su amiga y en el fondo piensa que así la protege.

—Da igual, tiene sus motivos, déjala.

—¿Qué ha ocurrido, tío?

—Eso ahora no importa. ¿Puedes darme la dirección de Sam?

El silencio en la línea dura unos cuantos segundos, pero al final responde.

—Sí, claro. Apunta.

La anoto y le doy las gracias.

—Erick... Vicky se enfadará conmigo, así que haz las cosas bien, por favor.

—Es lo que estoy intentado hacer, colega.

Cuelgo y le doy las gracias a Daphne, dándole un beso cariñoso en la sien.

—¿Te importa que me vaya? —ha empezado a recoger la mesa.

—Haz lo que tengas que hacer —sonríe y me guiña un ojo.

28
ERICK



Una hora después estoy frente a su puerta con el corazón desbocado. Me he ahorrado llamar al portero, porque si esa pelirroja hubiera sabido que era yo no me habría abierto y lo más probable es que yo hubiera optado por tirar la puerta abajo.

Por lo tanto, como si el destino quisiera ponérmelo un poco más fácil, justo en ese momento salió una señora mayor que bajaba a pasear a su pequeño chihuahua. Ha sido muy simpática y me ha dejado pasar. No sin antes interrogarme. Ha dejado bien claro que no cualquiera entra en este edificio. Hay gente desalmada por ahí que se aprovecha de los ancianos para cometer delitos. La conversación ha durado más de lo que me hubiera gustado, pero no había manera de salir de ahí. Al final he acabado confesando que he venido a buscar a la chica de la que sigo enamorado y a la señora se le han iluminado los ojos.

Como consecuencia, me he enterado de que es la vecina de enfrente de la pelirroja y me ha asegurado que está en casa desde hace horas, que ella misma la escuchó llegar.

Así que aquí estoy, recuperando el aliento y pensando en lo que voy a decirle para que me deje pasar.

Llamo al timbre un par de veces y me echo a un lado por si se asoma por la mirilla. Si me ve sé que no me abrirá.

—¿Quién es? —no respondo, pero si sigo conociendo a esa pelirroja como creo que la conozco, la curiosidad le podrá más que la sensatez y la precaución.

En pocos segundos, y al ver que no obtiene respuesta, abre la puerta para averiguar quién ha llamado, tal y como imaginaba.

Aparezco en cuanto lo hace y casi me cierra la puerta en las narices.

—Ni se te ocurra, ¿me oyes? —cuelo el pie antes de que pueda cerrar y empujo para entrar en su piso bajo la incrédula mirada de Sam. A la mierda las palabras amables que pensaba utilizar para conseguirlo.

—¿Erick, se puede saber qué haces aquí?

—¿Puedo pasar?

—Ya lo has hecho ¿no? —se cruza de brazos.

—Bien —cierro tras de mí. —Tú y yo tenemos que hablar —la apunto con el índice.

Nadie en mi puñetera vida consiguió traspasar la coraza que me envolvía como lo hizo Sam. Con ella, mi mundo pasó de ser un lugar sombrío y gris para llenarlo de colores y calor. Y si piensa que voy a dejar que desaparezca de nuevo como si nada es que está completamente loca.

—No voy a moverme de aquí hasta que me des una razón de peso para saber por qué te fuiste

y que aquel sentimiento que me dejaste se quedara para siempre anudado en mi pecho, pelirroja.

Sam me da la espalda y comienza a deambular por la estancia. Va de un lado para otro, nerviosa. Mientras lo hace, me fijo de más en su atuendo de andar por casa. Y verla de ese modo, con una camiseta de propaganda enorme que ha visto tiempos mejores, roída y con el color azul desgastado, que le cubre la zona alta de los muslos y le cae provocativa por un hombro, me hace perder la razón por un instante.

—Lo siento, Erick, pero no tenemos nada de qué hablar.

—¿Me estás hablando en serio? —la sigo a la par que ella se empeña en mantenerse distanciada de mí.

—Muy en serio —se vuelve con un semblante serio, con los ojos entrecerrados y los labios apretados. Como si así me demostrara de verdad su enfado.

—Sigues mintiendo fatal.

Sam arruga el rostro.

—¿Se puede saber quién te ha dicho dónde vivo?

—No me respondas con evasivas, Sam. Eso es lo de menos.

—Lo de menos... —repite susurrando a la vez que me da de nuevo la espalda y va directa hacia uno de los ventanales, los cuales muestran una ciudad preciosa e iluminada tras el gran cristal.

Aprovecho estos segundos de silencio para pasear la vista por el espacio que nos rodea. Este piso no puede ser más ella. La estantería repleta de libros fuerza a mis labios a dibujar una pequeña sonrisa. Los colores elegidos para la decoración evocan paz y tranquilidad. Y ese gran cuadro de aquel atardecer que me trae demasiados recuerdos, que es el gran protagonista de esa pared de ladrillo visto y de todo el jodido salón, me constriñe hasta los músculos. Yo todavía lo tengo guardado en mi galería.

Inhalo y vuelvo a dirigir la vista hacia su cuerpo. La observo ahí, de pie, con las luces y las sombras de las lámparas cálidas repartidas por la estancia y la oscuridad de la noche en el exterior. Desde atrás puedo verla reflejada, con el fulgor de Barcelona tras ese enorme y grueso cristal.

Tiene los ojos cerrados y se pellizca el puente de la nariz. Supongo que deliberando la gran cantidad de pensamientos que se le estarán pasando por la cabeza.

—Llevo todo el día buscándote, Sam. Sonará absurdo, pero he regresado a todos los lugares en los que estuvimos juntos por si te encontraba allí.

Eleva la mirada y observa las mismas vistas que yo apreciaba hace apenas unos segundos a través del ventanal.

—¿Eres consciente de ello? —acorto la distancia entre los dos poco a poco. —Porque hay señales de nuestra historia por todos los jodidos rincones de esta ciudad, Sam.

—¿A todos? —el silencio que se crea por un momento me permite oír los latidos de mi corazón.

—A todos, pelirroja.

—¿A la cala donde vives también?

—También —me coloco justo detrás y sé que me observa en el reflejo. —Solo que ha sido el último al que he ido y cuando he sido consciente de que no te encontraría, he entrado en casa.

—Pues puede que el destino no haya querido que nos encontráramos, Erick. Porque ha sido el único lugar en el que he estado. Volví hace unas horas.

Doy un paso más y rozo sus brazos con suavidad.

—Sam, por favor... —necesito acariciarla, sentirla pegada a mí de nuevo.

—Para, Erick. ¡Para ya! —se aparta a toda velocidad, colérica. —¡Márchate!

—Ni de coña. Y sabes que no lo haré hasta que hablemos. Soy igual de tozudo que tú, así que no me echas ningún pulso, pelirroja —conozco bien su carácter terco. Sam lleva ambos brazos a sus costados, con los puños cerrados. Señal de que no se dará por vencida.

Bien, porque yo tampoco.

—Dime de una vez por qué huyes de mí.

—¡Yo no huyo de ti! —lleva los brazos hacia lo alto, exasperada.

—Sí lo haces. Y merezco una explicación.

—Ya te la di cuando me fui la primera vez.

—Genial. Pero me sigue pareciendo una excusa de mierda.

Me aparta la mirada, con los ojos vidriosos —sin un atisbo de duda reduzco el espacio que nos separa y algo cambia en este instante. Lo percibo.

—No quiero lastimar a nadie, Erick —se le quiebra la voz.

—¿Lastimar a quién, Sam? ¿A quién? ¿A ese tal Izan, el que te llamo la otra noche? ¿Es él a quien no quieres hacer daño, Sam? ¿Él es tu nuevo novio? ¿Es eso?

La pelirroja gira bruscamente la cara hacia mí con los labios unidos en una fina línea. No lo afirma, pero tampoco contesta a mis preguntas ni lo niega.

—¿Sabes cual es tú puto problema? —levanta las cejas para que la ilumine. —Que no te gusta lastimar a nadie, pero dejas que los demás te hieran a ti. Dejas que los demás te dañen y colocas la felicidad de todo el mundo por encima de la tuya. ¿Dónde queda tu bienestar, Sam? ¿Dónde queda lo que tú deseas? ¿Tu propia felicidad?

Permanece callada, escuchando. Hace una mueca con los labios, pero no se atreve a articular palabra. Llevo mi vista a ese cuadro que tiene colgado en la pared y pasados unos segundos vuelvo a ser yo quien habla.

—¿Sabes qué fue lo más bonito de nosotros? —enseguida respondo por ella porque sé que no contestará. —Que, probablemente, nunca nos hubiésemos conocido. La serendipia nos unió, pelirroja. Y, aunque me negase a verlo, me gustaste en el acto. Me enamoré de ti porque conociste todas mis batallas, los demonios y mis tristezas en muy poco tiempo y aun así decidiste quedarte. Por un breve periodo de tiempo, lo hiciste.

—Basta, Erick —su voz suena abatida, pero ni por asomo voy a obedecer a su orden.

Me invaden las ganas de besarla y pierdo la vista en sus labios. Esos labios que se convirtieron en mi mayor delirio. Intento acercarme más a ella y no pienso tolerar que se aleje de mí. Ahora la contemplo en detalle mientras me lo permite. Siempre pensé que nuestro amor sería frágil y que precisaría de experiencia. Ella era muy joven y yo... yo carecía de madurez para amar. No obstante, Sam me demostró lo contrario.

—Me sacaste sonrisas en mi peor momento, te quedaste junto a mí mientras lo pasaba mal —vuelve a pedirme que me calle y sigo sin acatar su orden. —Tu presencia, tu solo existir me motivó a querer seguir, a pesar de toda la oscuridad que llevaba dentro de mí. Me hiciste feliz.

He llegado a su altura y tiene que elevar la cabeza para mirarme a los ojos. Al parecer se atreverá a decir algo.

—Pero me fui. Al final me fui, Erick. Te lastimé.

—La vida no se trata de quién te lastimó y te hizo en pedazos. Se trata de quién estuvo allí, te ayudó y te hizo reír de nuevo —acaricio su mejilla con mis nudillos. Cierra los párpados con pesar y al hacerlo un par de lágrimas emanan de ellos y caen por sus mejillas. Se las limpio con los pulgares queriendo borrar la tristeza que pueda sufrir.

—Eso da igual, porque finalmente incumplí mi promesa. Me fui —se aguanta las ganas de

seguir llorando.

—No importa, pelirroja. Eso es pasado. Ahora estamos aquí, es lo que cuenta ¿no?

—No, Erick, no lo entiendes... —me aparta con brusquedad las manos y alza la voz —¡Joder, eres odiable! ¿Lo sabes? ¡Date por vencido! ¡Olvídate de mí, Erick, hazlo de una vez! Lo siento, pero por más que quería regresar, no podía. Por más que quería volver a tu lado no debía. ¡Yo te veía en mi futuro, Erick! Joder, te visualizaba a mi lado en cada momento de mi vida... ¡Y no pudo ser!

—¿Y por qué si me veías en tu futuro te largaste, Sam? ¿Porqué? ¿Qué es lo que no me estás contando?

—No podía permitirnos hacernos eso. Mira, marcharme y dejar que siguieras con tu vida fue una de las cosas más difíciles que he tenido que hacer en toda mi existencia. Y la verdad es que no sé si estoy dispuesta a pasar por eso de nuevo. No estoy dispuesta a abrir un capítulo de mi vida que ya pasó. Así que espero que seas muy feliz, Erick, pero yo no estaré. Lo siento.

De nuevo, ronda por todo el salón, de un lado para otro.

Quiero volver a acercarme a ella y calmarla, que se pasea por toda la estancia de nuevo. Está alterada y, aunque sus palabras me duelan, no puedo marcharme y olvidarla. No es tan fácil. Joder, ¿para ella sí lo es?

Viendo que no voy a irme, se para en seco y suspira dejando caer sus brazos a ambos lados de su cuerpo.

—Lo que has dicho es muy bonito, —clava sus ojos en los míos y alza la barbilla —pero no quiero escucharte más. ¿Has terminado? —avanzo un poco hacia ella.

—No. Ni por asomo y mientes de pena. —Implanto con fuerza mis manos en su rostro y estampo mis labios contra los suyos. Al principio se esfuerza por zafarse de mi agarre, pero no la libero. Me es imposible hacerlo. Y en pocos segundos sucumbe al beso y me rodea el cuello con sus manos para atraerme más a ella.

—Solo tenemos una vida, pelirroja —susurro contra sus labios. —Tú misma me lo dijiste. Yo no me arrepiento de nada. Fuiste tú quien me lo enseñó. Si tuviera cien vidas volvería a hacer lo mismo si con ello diera contigo de nuevo. Volvería a enamorarme de ti a sabiendas de que me dejarías.

Vuelvo a besarla. Con ansias, ganas y deseo.

—Joder, pelirroja... ¿Pretendías marcharte otra vez así? ¿Como si nada hubiera pasado? ¿Sin despedirte? ¿No merezco una explicación sincera? —Sam abre la boca para rebatirme, con la respiración entrecortada, pero la cierra de nuevo sin soltar palabra alguna. Sus ojos comienzan a empañarse. —Sam...

Entonces es ella la que me busca con rapidez para chocar contra mi pecho. La sostengo entre mis brazos, rodeando su pequeño cuerpo en comparación con el mío y beso su cabeza mientras escucho cómo rompe a llorar.

Guardamos silencio entre lágrimas y abrazos, meditando mis últimas palabras. Cada uno reservándose en sus propios pensamientos. O eso creo que hace ella.

Al cabo, cuando está más calmada tras soltar algo de lastre, se pone de puntillas y deposita un suave beso en mis labios. Yo cuelo mis manos en su densa melena, agarrándola por la nuca. Me demoro en el beso, en el sabor de este. Sigo sintiendo este puto huracán en el pecho, creyendo que el corazón saldrá desbocado.

Retrocedemos a trompicones hasta el sofá y nos colocamos según caemos en él. Ella tumbada boca arriba. Yo de medio lado, apoyado en un costado. Suerte que su sofá es lo bastante grande y apto para los dos. Acaricio la piel de sus mejillas, sus labios, la mandíbula, el cuello... Cuelo una

mano bajo la tela de algodón y el contacto de mis dedos en su vientre y después sobre sus pechos me provoca una oleada de escalofríos a pesar del incendio que siento ahora mismo en el cuerpo.

Está jodidamente irresistible. La camiseta se le ha arrugado en la zona de las caderas, luciendo así su ropa interior en color violeta y sus suaves piernas.

Sin perder el tiempo y dejándome llevar por todo el deseo que la pelirroja provoca en mí, llevo mi mano a través de su melena hasta su nuca para obligarla a inclinar la cabeza ligeramente hacia atrás, consiguiendo así tener mejor acceso a su cuello y empezar a depositar besos desesperados. Desde ahí hasta todos los rincones de su cuerpo. No pienso dejar ni un solo trozo de piel sin probar. La empujo con la pelvis hasta atraparla aún más contra el sofá, para que me sienta lo más cerca posible, que pueda notar la presión que experimento ahí abajo a causa de tenerla de este modo. Necesito que su pecho se pegue al mío y así pueda sentir mi corazón que late enloquecido por haber vuelto a besar a esta pelirroja que he deseado durante tantos años.

La intensidad con la que me mira es tan implacable como siempre, como si aún siguiera capaz de ahondar en mi alma. Nos miramos fijamente en silencio durante unos segundos. Me mira con las mejillas sonrosadas y esa sonrisa relajada que me pone los pelos de punta. Retiro el mechón de pelo que le cae en un lado de la cara. Hasta que la desesperación se apodera de mí. Una desesperación por abrazarla, por tocarla, por besarla, por hacerla mía otra vez y acabar con esta tensión. Aunque sé que con Sam nunca estaré saciado, siempre querré más. Mucho más.

Sostengo el final de su camiseta y me deshago de ella para poder sentir su cuerpo desnudo, cálido y suave, pegado al mío. En el fondo de mi garganta suena un gemido de impotencia al contemplarla porque no es suficiente. A lo que ella se ríe entre dientes al saber lo que está provocando. Trata de enderezarse para tener más control sobre mí, pero vuelvo a sujetarla y le impido que se mueva aprisionándola aún más con mis caderas.

Clavo mis dedos en uno de sus muslos y la obligo a que levante una pierna. Un tirón se apodera de mis zonas más bajas. Y ya no aguanto más. Me deshago también de toda mi ropa, con movimientos torpes porque mi cerebro no coordina, y comienzo a besarla en los labios, en el cuello, en las clavículas, en los pechos...

Cuando me he deleitado en profundidad con cada parte de su cuerpo, me coloco entre sus piernas y me hundo en ella. Me provoca una descarga eléctrica que me recorre el cuerpo entero y aviva mis terminaciones nerviosas. Me concentro por no dejarme llevar tan rápido mientras la escucho gemir. Sus ruidos ahogados son música para mis oídos. Porque oírla de este modo me hace perder el control y que solo quiera adentrarme más en ella.

Podría pasarme la vida hablando de su belleza. Sam es como el sol cuando se pierde en el horizonte: cálido y precioso. Sigo enamorado del valor que tiene, aunque ella crea que lo ha perdido. De ese lado tierno que mostraba conmigo y de la forma que tenía de explicarse y sentir.

Paso un brazo por debajo de su cuerpo, rodeándole la cintura, y en un movimiento ágil me siento para colocarla a horcajadas sobre mis muslos. Mi mano, que segundos antes se había deslizado por su cuello, ahora baja por su suave brazo y el costado hasta llegar a su cintura y darle un apretón por sentirla tan dispuesta, húmeda y deseando recibirme otra vez. Sé que espera con impaciencia para que vuelva recorrer con mis manos y mi boca toda su piel. Se estremece en el instante en que la sostengo por la barbilla y la obligo a levantarla para que me deje mejor acceso a su cuello, así podré empezar a lamer para, después, bajar hacia sus pechos. Ella misma se curva hacia atrás para ponérmelo más fácil. Sigo jugando con mis labios, provocando que la piel se le erice allí donde los deposito con avidez.

Alterado por lo que la pelirroja me provoca busco su mirada y, al encontrarla, un efecto balsámico se apodera de mí. Con ella siempre fue así. Ella era mi bálsamo. Lo sigue siendo y

siempre lo será.

Me pierdo en el familiar e intenso color esmeralda de sus ojos, que ahora tienen una particularidad: deseo y excitación.

Tomo el control al completo y deslizo mis palmas por su espalda para apretarla contra mi pecho duro y firme, del que emana tanto calor que más que sangre parece que corre lava por mis venas.

Nuestras bocas se fusionan en un beso profundo e impactan con fuerza, enzarzándonos en una guerra de lenguas. Mi pecho sube y baja por la impaciencia. Ahora es Sam quien se balancea sobre mis caderas mientras las yemas de mis dedos viajan por todo su cuerpo hasta masajear sus pechos. Estoy excitado, dominado por demasiadas sensaciones, hasta que la embisto de tal forma que la pelirroja emite un jadeo que me excita aún más. Sus gemidos me evocan placer y la necesidad de sentirla todavía más es abrumadora. Y gruño de placer.

Comenzamos a incrementar el ritmo, casi con movimientos torpes por la desesperación que nos apremia. El único aviso que recibo antes de alcanzar el clímax es el temblor de Sam sobre mi cuerpo y cómo arquea su espalda al gritar de placer. Entonces me pitan los oídos y mi cuerpo convulsiona con ella.

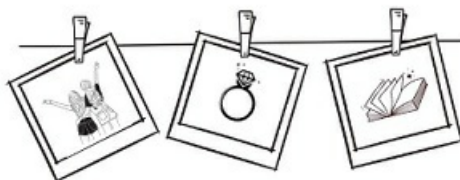
Y ahora sí, me reitero en lo que Sam me hizo sentir hace años cuando apareció en mi vida: que cuando encuentras a *la persona*, el sexo es mucho más que eso. Sam no solo me demostró qué era el amor, sino que le dio sentido a mi vida.

La dejo caer a mi lado y me abraza. Me olvido de todo lo que me ha dicho antes y la aprieto contra mi pecho sudado.

Necesito que quiera quedarse conmigo.

Para siempre.

29 SAMY



Se me acelera el corazón cuando lo escucho hablar, cuando me susurra al oído palabras que me caldean por dentro. Después de dejarme llevar por lo que siento por Erick, otra vez, seguimos tumbados en el sofá, desnudos, mientras él me rodea con su brazo y me acaricia el costado en movimientos lentos, suaves y placenteros.

Me noto los labios hinchados por todos los besos y mordiscos que me ha dado en ellos. Erick me coloca tras la oreja un mechón de pelo que me cae por el rostro y así poder observarme mejor. Entonces, pienso en todos los tíos con los que he estado después de conocerle a él. Ninguno hizo que ese simple gesto, que para cualquiera puede carecer de significado, pero que para mí simboliza todo, me erizase la piel.

Erick me mira como si nunca más pudiera hacerlo, como si en el fondo supiera que este momento será único y jamás volverá a ocurrir. En parte es así, jamás sucederá el aquí y el ahora. Me mira de esa forma en la que me hace recordar las palabras que le dije en su día en aquella cala cuando me poseyó de una manera descomunal. Erick me observa del mismo modo que yo contemplaba aquel atardecer.

Hay emociones que solo puedes experimentar cuando las sientes por primera vez. Sin embargo, con Erick, todos los momentos, da igual cómo o dónde sean, siempre son como si fueran esa primera vez.

La necesidad de sentir a Erick no se asemeja a nada que hubiera sentido antes de él y mucho menos después. Siempre ha sido él. Solo él. La atracción vertiginosa que siento por Erick va más allá de su apariencia, de su piel, de sus tatuajes, de sus músculos...

Sonríó cuando levanta mi barbilla con delicadeza y busca mi boca para depositar otro cálido beso en mis labios enrojecidos. Sin embargo, mi sonrisa se borra lentamente y desvío la mirada para suspirar con pesadez.

¿De verdad pensé que manteniendo la distancia con él dejaría de amarlo? Y una mierda. La distancia solo evita el contacto, no el amar a alguien. Ojalá la vida tuviera botón de rebobinado, porque sabiendo lo que pasaría si seguía con Erick me hubiera alejado de él antes de que fuera tarde. Pero no es el caso, ese botón no existe y ahora nos toca sufrir las consecuencias.

Entonces recuerdo todo lo que hay en juego. Ninguna historia de amor debe romper lo que hay a nuestro alrededor. Ningún amor debe dañar a otros.

—Eh, nena... —¡Maldita sea! No quiero que me llame así. No quiero que me llame de ese modo, ni pelirroja ni Sam ni de ninguna otra forma en la que solo es capaz de hacerlo él, porque nadie me remueve tanto por dentro al pronunciar esas letras como Erick. Y lo odio por ello. Odio esta situación. —¿Estás bien?

Se preocupa por mí. ¿Cómo no?!

Me deshago de sus brazos y me incorporo, colocándome lo primero que pillo para taparme. Me levanto, quedando de espaldas a él.

Al hacerlo sé que tengo su mirada clavada en mí, en mi cuerpo, y juro que podría verbalizar con exactitud las palabras que diría ahora mimo si le preguntara en qué piensa: «Que le gusto cuando estoy descalza y uso su ropa para cubrirme. Que no tengo ninguna necesidad de arreglarme de más, ni si quiera con una pizca de maquillaje para realzar mi belleza y brillar, porque brillo sin necesidad de nada de eso. Lo preciosa que soy cuando estoy despeinada y tumbada bajo su cuerpo. Yo, esa pelirroja tan complicada a la par que sencilla.»

Y asusta. Me da miedo conocer tan bien a una persona que tan solo vivió prácticamente tres meses a mi lado.

Con suspicacia lo observo de reojo porque la verdad es que no quiero volver a hacerle daño. Pese a que, sin ningún atisbo de duda, sé que le romperé el corazón, otra vez. Del mismo modo que el mío volverá a resquebrajarse. Aunque nunca haya conseguido pegar todas las piezas.

Cierro los ojos antes de girarme y dirigirme a él. El corazón me pide ir más despacio en el pecho, pues lo noto encorsetado, lleno de dolor.

—¿Recuerdas lo que me dijiste anoche? ¿Cuándo te pregunté en qué pensabas y respondiste que en «todo»?

—Sí —Erick ya se ha vestido, al menos ha tenido la decencia de ponerse la ropa interior y colocarse los pantalones, pues yo llevo su parte de arriba, y no ponérmelo más difícil a la hora de despegar los ojos de su cuerpo.

Me observa sentado en el sofá, con los codos apoyados en sus rodillas y con un gesto en la cara que demuestra que se espera lo peor.

—Pues yo no puedo ser tu *todo*, Erick —intento mirarlo con el mayor cariño del mundo para que entienda la situación sin necesidad de confesarle la verdad.

Se levanta en el acto para acercarse a mí.

—Sam, por favor, otra vez no —me sostiene las mejillas con ambas manos. Me mira a través de sus densas pestañas y contengo el aliento por un momento porque, cuando lo tengo frente a mí o cuando simplemente pienso en él, el vientre se me contrae.

—Erick, sé que piensas que tu felicidad soy yo, pero no puede ser así —ladea el rostro y frunce los labios.

—Pelirroja, a mí me importa una mierda esas teorías que aseguran que tu felicidad no depende de otra persona. Yo te necesito, Sam. Tú me haces feliz y nadie ni nada podrá cambiar eso.

Sus palabras susurradas provocan un calor que nace en el centro del pecho y se expande con rapidez por todo mi ser.

—Joder, nena, nada tiene sentido si no estás conmigo. Por favor.

Cada vez que he hablado con Erick desde nuestro reencuentro me he sentido como una mierda. Porque le mentí y le estoy mintiendo. O, no sé, al menos sí le estoy ocultando la verdad, la verdadera razón de porqué me marché.

En el fondo, Erick parece tranquilo, teniendo claro que me convencerá y hará que cambie de opinión. Y odio que esté así cuando yo quiero estallar en cualquier momento por todos estos sentimientos contradictorios que no puedo alejar de mi mente ni de mi corazón.

Me dedica una sonrisa ladeada. Intento soltarme y retrocedo.

Miento una vez más.

—Erick, ya no soy la misma. He cambiado. Yo ya no creo en nada de esto. —Señalo el espacio que hay entre los dos. —Ya no creo en el amor. El amor es una ilusión. Una ilusión que

decepciona.

—El amor no decepciona, Sam. Quien lo hace son las personas, pero el amor como tal no lo hace. —Eleva los brazos y se lleva las manos a la nuca tras echarse el pelo hacia atrás para expresar lo que está sintiendo —¡Joder, nena, eso sería lo que la pelirroja del pasado diría y me haría ver a mí!

—No me llames nena, Erick, por favor. Y, además, ya te he dicho que esa pelirroja no existe. Se quedó en ese pasado del que hablas.

—Te equivocas. Sigues estando ahí —me apunta con el dedo, convincente. —Lo veo en tus ojos. Te siento. Solo tienes que dejarte llevar de nuevo y vivir como lo hacías años atrás.

—No puedo —agacho la cabeza, apesadumbrada.

—Vuelves a estar equivocada. ¿Confías en mí? —me tiende una mano. Yo llevo mi vista de ella a esos iris oscuros que me hacen temblar.

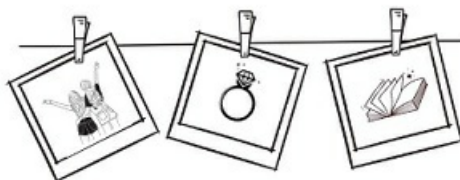
—Siempre confié en ti, Erick. Siempre. —Agarro su mano y se la lleva a los labios para depositar un pequeño beso en el dorso.

—Pues vamos.

—¿Adónde? —indago.

—Es una sorpresa. Recuerda, déjate llevar.

30
SAMY



Tardé menos de un minuto en vestirme con lo que encontré en mis cajones. Estaba tan decidido y emocionado por enseñarme algo, que fue él quien eligió mi atuendo: unos shorts deshilachados, un top ancho de manga corta que deja al descubierto mi ombligo y unas zapatillas.

Me hizo subir a su *Range Rover* y condujo unos veinte minutos con Beret sonando por los altavoces. Me gustó saber que sigue recordando a su hermano a través de la música.

Durante el trayecto no hemos hablado. El silencio ha sido el gran protagonista mientras yo perdía la vista a través del cristal, observando la carretera, las luces anaranjadas que desprendían las farolas, los altos edificios y los oscuros árboles que íbamos dejando atrás. De vez en cuando miraba de reojo a Erick, concentrado en la conducción, con un brazo apoyado en su ventanilla y su otra mano agarrando con fuerza el volante. He observado cómo su ceño se fruncía algo más, con esas cejas oscuras y espesas, probablemente dándole vueltas a algo en su cabeza. Sus ojos oscuros estaban fijos en la carretera más allá de la luna delantera del coche, salvo cuando hacía leves movimientos para mirar por los retrovisores. En esos momentos apartaba la vista con cuidado para que no se percatara de que lo observaba. Después volvía a él con sutileza y con una presión bajo mis costillas. Las venas del brazo que quedaba más cerca de mí se le intuían bajo los tatuajes. He sentido un agujero en el estómago que comenzaba a arder. Otra vez. Paseé mis ojos por él hasta llegar a su hombro y su cuello, para finalmente recorrer su mandíbula sombreada y acabar en sus labios. Joder, sus labios. Me gustaría haberlos besado de nuevo. En ese preciso instante.

—¡Hemos llegado! —dice al rato, cuando ya hemos aparcado y lo he seguido hasta aquí. Su emoción me saca de golpe de mis fantasías por volver a tenerlo sobre mí. O debajo. O donde quisiera, la verdad.

—¡Oh! ¿Qué hacemos aquí, Erick? —inquiero al reparar en lo que hay a nuestro alrededor.

—El otro día hice este recorrido con... No importa —pienso en que su compañía pudo ser Daphne y siento un nudo en la boca del estómago que me hace sentirme mal. —Me pareció bonito y estoy seguro de que te encantará. Solo quiero que no pienses en nada y disfrutes de estos momentos, ¿vale?

—Pero, Erick, es de noche, es muy tarde... —sigo observando todo porque, la verdad, es precioso.

—Esa es la gracia, pelirroja. Vamos a dejarnos llevar por la magia de la noche en el Barrio Gótico.

—Eh... Vale. —Le dedico una sonrisa cariñosa al verlo tan emocionado y esa chica desaparece de mi mente en segundos.

Al hacerlo, Erick me responde con el mismo gesto y coge mi mano, entrelazando nuestros dedos. Llevo mis ojos a ellas y recibo una descarga eléctrica que me recorre todo el cuerpo. Cojo el aire y lo suelto con lentitud. Voy a hacer lo que me pide. Voy a dejarme llevar y a disfrutar. Ya sea solo por esta noche voy a ser Sam, Samy, Samantha, esa pelirroja que exprimía la vida hasta la última gota.

El agradable barrio, delimitado por Las Ramblas, Vía Laietana, el Paseo de Colón y la Plaza de España, es como el propio corazón de la ciudad; antiguo y hermoso.

Las angostas y laberínticas calles medievales son el escenario perfecto para disfrutar de la ciudad sin prisas.

Durante un buen rato nos perdemos por este precioso barrio, concentrándonos en los monumentos más famosos y antiguos. Tengo que reconocer que sus calles lucen hermosas bajo la magia de las luces bajas y cálidas y las fachadas envejecidas y arcaicas. Volviendo el lugar mucho más íntimo para nosotros.

Erick trata de explicarme el misterio y las leyendas que rodean al barrio. Sin embargo, aunque presto atención a lo que me cuenta, pues me parece una historia increíble que podría plasmar en papel algún día, no puedo dejar de observarlo a él. En lo guapo y atractivo que está. En lo mucho que ha cambiado y a la vez que siga tan igual a hace años. En cierto modo, sigo viendo a Erick como aquel tipo duro que conocí. Sigue siendo él. Y al observarlo no solo me siento cautivada, sino también orgullosa de ver que a pesar de todo salió adelante y consiguió curar una parte de su corazón.

—¡Espera, espera! —me detiene con una voz ronca y emocionada.

—¡Qué! —me asusto al oírlo gritar y recaer en todas esas leyendas que me ha estado contando.

—Necesito hacer esto —se lleva una mano al bolsillo para sacar su teléfono.

—¿El qué? —indago, con el ceño fruncido.

Sin apenas darme cuenta de ello, Erick me fotografía con el fondo de la fachada iluminada tras de mí.

—No es mi cámara, pero servirá. Estás preciosa, Sam —se acerca hasta donde estoy y tengo que llevar mi cabeza ligeramente hacia atrás para poder mirarlo. Casi me avergüenzo al escucharlo, como si volviera a ser una adolescente que siente por primera vez esas mariposas en el estómago. Y, sinceramente, ahora mismo lo que siento es una estampida de ellas.

Erick me coloca un mechón tras la oreja, gesto que al parecer le sigue gustando demasiado hacer. Me quedo sin aliento al sentir la caricia en la barbilla cuando me roza con sus dedos. Provocándome con su ternura y delicadeza. Sonríe sutilmente, haciendo que mi mundo se balancee cada vez que me dedica ese gesto. Se toma su tiempo observándome a través de sus oscuras pestañas, hasta que lleva su vista a mis labios y desliza su pulgar por ellos, dibujándolos hasta llegar a las comisuras. Me aferro a su brazo con fuerza porque creo que no seré capaz de sostenerme en pie tras sentir lo que estoy sintiendo. Pega sus caderas a las mías, observándome con deseo. Madre mía, estoy deseando sentirlo de nuevo de todos los modos posibles. Algo cobra vida en nuestros ojos, desatando algo poderoso y profundo. Me lanza una comedida y pícaro sonrisa de medio lado cuando se percata de mi reacción. El vientre me da un vuelco y no puedo evitar pellizcarme la carne del labio inferior con los dientes. Erick emite un sonido ronco que rompe en su garganta. Se acerca más a ellos y su voz suena grave cuando opta por hablar.

—No hagas eso o...

—Lo siento —me disculpo antes de que termine la frase. Recuerdo lo que le gustaba ese gesto, pero juro que lo he hecho inconscientemente.

—No lo sientas. Así podré echarte la culpa por esto —al instante tengo los labios Erick sobre los míos. Dulces, sabrosos, tiernos y a la par rudos, fogosos y calientes. Su mano tatuada sigue apoyada en mi mejilla, apretándome con delicadeza, mientras que la otra me sostiene por la cintura para acercarme más a él, haciendo que curve mi espalda con el movimiento.

Nos separamos para coger algo de aliento y pega su frente a la mía. Estoy tan sumamente nerviosa y loca por él, que antes que decir cuánto lo he echado de menos y cuánto lo sigo queriendo, porque eso complicaría mucho más la situación, prefiero por cambiar de tema con toda la maestría que puedo y sé ahora mismo.

—Así que ha vuelto la inspiración —le hago ver sobre el hecho de que me ha fotografiado.

—Será la musa, que es preciosa, risueña y tiene una sonrisa jodidamente envidiable y única.

Vuelvo a avergonzarme y agacho la mirada. Cierro los ojos.

—Erick, yo... —susurro entre dientes.

—¡Venga, vamos! —vuelve a llamar mi atención sin permitir que me queje.

—¡Qué! Pero... ¿Ahora adónde vamos?

—Shhhhhh, calla, pelirroja. La paciencia es una virtud —engancha de nuevo su mano con la mía y tira de mí para que lo siga. Sabe a la perfección que no soy muy virtuosa en ese sentido. Yo no puedo hacer otra cosa que volver los ojos hacia arriba por ese comentario que me trae tantos recuerdos y seguirlo. Porque sí, lo seguiría hasta el fin del mundo si fuera necesario.

Nos adentramos en una zona repleta de bares, *pubs* y algunas discotecas. Al parecer la animación de estos locales y con música en directo en algunos dura hasta el amanecer.

Erick me guía hasta uno de ellos. Desde fuera ya se puede apreciar las luces naranjas, azuladas, amarillas y rojas. La música se oye desde el exterior y al entrar retumba en nuestros oídos mientras avanzamos y nos perdemos entre la masa de gente que ocupa gran parte del *pub*.

Erick se gira y me habla al oído para que pueda escucharlo bien.

—Vamos a tomarnos una copa.

Lo miro extrañada. No quiero que haga nada por mí si con eso le traen recuerdos amargos o incluso peligra su sobriedad hasta la fecha.

—Pero...

Me da un apretón en la mano y vuelve a mi oído.

—Tranquila, pelirroja. Estoy genial. ¿Me dejas elegir por ti?

Asiento con una sutil sonrisa cuando sus ojos oscuros se posan en los míos.

En pocos minutos tenemos ante nosotros nuestras bebidas.

—Con alcohol para la pelirroja —arquea una ceja dándome a entender que él la ha pedido sin.
—¡Pruébalo!

Me llevo la pajita a los labios y pruebo el cóctel. Está muy fresquito y sabe a sandía. Le doy mi aprobación y vuelvo a sorber por lo increíblemente bueno que está.

—Eh, eh, pelirroja, despacio —se ríe —o se te subirá demasiado rápido.

Elevo los hombros en señal de que me importa bien poco. A estas alturas ya estoy demasiado feliz disfrutando de esta noche con él y ahora nada podrá estropearlo.

Sé que bailar no es lo suyo, porque eso es dejarse llevar demasiado y no ha cambiado tanto, pero también recuerdo que si lo hacía conmigo le encantaba. Además, este fin de semana me ha demostrado que es capaz de coordinar más de dos pasos seguidos y sinceramente se le da francamente bien. Lo que no sé es si esta música en realidad casa mucho con él. Por intentarlo no pierdo nada. La culpa ha sido de Erick por decirme que me dejara llevar.

Así pues, me acerco a él y empiezo a bailar sensualmente a su alrededor. Erick respira entrecortado, como si el aire no terminase de llegarle a los pulmones. Me pongo de espaldas a él

mientras sigo contoneándome. Sus brazos rodean mi cintura, sus dedos se deslizan por mis curvas y su aliento roza mi oreja. Dejando tras de sí el vello erizado. Estoy confusa, pero feliz y... excitada. Con él siempre ha sido fácil entregarse al momento, borrar los problemas de la mente por un instante, sentirse cómoda y vivir. Vivir hasta reventar.

Los graves vibran por nuestros cuerpos. Y mientras nos dejamos llevar por “*Santorini*” de Enol y Marmi, revivo los momentos más bonitos que vivimos aquellos meses de verano, como si el tiempo se hubiera ralentizado y el resto del mundo se desvaneciera. En este instante solo estamos Erick y yo bailando y perdiéndonos en la mirada del otro.

La madrugada se cierne sobre nosotros. Al salir del *pub* estoy algo achispada, pero totalmente consciente y pletórica. Puedo sentir el aire fresco y húmedo en las mejillas y el vello se me eriza al contraste del calor de mi cuerpo.

Son casi las cuatro de la mañana y me parece que ya he bebido, bailado y coqueteado suficiente. Sabía que el alcohol y Erick eran una mala combinación. Aun así, me ha ayudado bastante a no sentir demasiado ese dolor que tenía clavado en el pecho. Estoy algo cansada y un poco resacosa, pero no quiero que termine la noche.

Una vez fuera, me abalanzo sobre Erick que me recibe entre sus brazos, apoyo la barbilla en su pecho y le rodeo con los míos por su cintura, observándolo desde mi altura.

—¿Y ahora qué, tipo duro? —pregunto, dando por hecho que la noche seguirá.

—Lo has dicho... —Erick clava su mirada en la mía. Intensa, nostálgica y feliz.

—¿El qué? —no sé a qué se refiere.

—«Tipo duro». En tus labios suena tan bien. Lo he echado de menos. Te he echado tanto de menos, Sam.

—Yo también te he echado de menos, Erick —confieso al fin.

¿Por qué me siento como una jodida cría? Vuelvo a notar ese tirón en el bajo vientre y ese cosquilleo incesante en las entrañas.

—Bésame... —le ruego y a Erick le sobran segundos para concederme esa petición. El corazón bombea como loco, me recorre un cosquilleo que me hace estremecer y vuelvo a caer en un placer infinito al sentir sus labios sobre los míos.

—Última parada, pelirroja —susurra contra mi boca y yo sonrío como una boba.

Al cabo de una hora, Erick detiene el coche sobre la colina. El peso de los recuerdos se cierne sobre mí. No he vuelto a venir aquí desde que le rompí el corazón.

De madrugada es aún más espectacular que a la luz del día.

Avanzo lentamente hasta prácticamente el borde del monte, a pesar de que apenas se ve nada con la oscuridad que nos envuelve.

Las vistas abarcan casi toda la ciudad adormecida. Desde aquí puedo observar las tres famosas torres de Badalona y la zona de la Vila Olímpica, junto a sus famosos edificios iluminados, además de las luces de los faros y los barcos que se mecen en el mar.

Vuelvo la cabeza cuando oigo los pasos de Erick a mi espalda. Trae consigo una sudadera que al parecer sigue llevando en el coche. Me obliga a ponerme la prenda para que no coja frío. Siempre llevaba una para las noches de verano que refrescaban.

Al ponérmela su perfume se cuela por todos los poros de mi piel. Erick me abraza por atrás, apoya su barbilla en mi coronilla y observamos las vistas juntos. Enseguida estamos sentados en la hierba, contemplando la preciosa ciudad mientras descanso la cabeza sobre su brazo y él me acaricia con delicadeza las manos, propinándome calor, pues la humedad me ha calado un poco los huesos.

Tengo un *flashback* de nosotros tumbados aquí mismo, besándonos y contándonos las cosas

que nos hacían felices. Parece que él ha tenido el mismo pensamiento porque inmediatamente me pregunta por ello.

—¿Sigues anotando en tu cuaderno aquello que te hace feliz?

—Ya te dije que dejé de escribir. No escribo desde aquel verano, Erick.

—Pero, ¿por qué? Lo poco que pude leer me gustó mucho. Eras buena escribiendo y si sigues con ello estoy completamente seguro que llegarías lejos.

—No. No soy lo suficientemente buena.

—¡Venga ya! Sí lo eres y no sé por qué eres tú misma la que te boicoteas. Escribías desde el corazón y precisamente eso es lo que haría que llegaras a los corazones de los demás.

—Pues me cansé de perseguir ilusiones, Erick. Ya no soy una cría. Hay que pagar facturas ¿sabes? —le doy un golpecito en un intento de ser juguetona y le dedico una media sonrisa.

Suspira y lleva su vista a las pequeñas lucecitas mientras medita.

—Cuando era pequeño me colé en la biblioteca de mi abuelo —siempre que Erick me hablaba de él me quedaba embobada escuchándole. Me decía que él y yo nos hubiéramos llevado muy bien y no lo pongo en duda. Lo que no llego a entender es cómo Martín y su padre podían ser tan diferentes, por lo que deduzco que quizá se pareciera más a su madre, pues Erick nunca llegó a mencionar a su abuela. —Le encantaba leer y siempre fue un hombre muy culto. Yo me escurrí a escondidas en aquella habitación con la idea de buscar algún libro para poder leérselo a Marc. Mi hermano ni si quiera me entendía cuando le leía cuentos, era muy pequeño, pero al parecer le gustaba mi voz cuando lo hacía —suelta una sonrisa al recordarlo. —Cogí el primero que llamó mi atención en cuanto escuché los pasos de mi padre y salí de allí apresurado. Si me hubiera pillado me habría caído una buena reprimenda. Constantemente me repetía que si seguía leyendo esas gilipolleces no aprendería nada de la vida, sino que viviría en un mundo de fantasía y nunca sería un hombre de verdad.

Trago con dificultad al oír hablar de su padre. Erick piensa un momento para seguir con la historia.

—El caso es que no quería que me pillara, porque sabía que a quién le echaría la culpa sería a mi madre por meterme pájaros en la cabeza y no criarme como era debido. Fui corriendo hasta donde se encontraba Marc, que jugueteaba en la alfombra de su habitación. Como he dicho, era demasiado pequeño para entender lo que le leía y puede que yo también para reparar en aquellas palabras. La cuestión es que, por alguna razón, se me quedaron grabadas en mi mente y con el tiempo las entendí.

Se toma un momento para respirar y citar tal cual contaba aquel libro. Después de haber hablado sobre su padre, la expresión de sus ojos se ha vuelto a suavizar, haciendo que sus iris oscuros brillen de una forma especial

—...“Si Alicia se hubiera cansado de correr tras el conejo blanco, no habría caído en la madriguera. Ni descubierto el País de las Maravillas. Ni descubierto quién era ella...” —me muerdo el interior de las mejillas sopesando esas palabras. —Con esto quiero decirte que sigas corriendo, pelirroja. Cáete. Y no tengas miedo a descubrir aquello que no conoces. Puede que te de miedo el cambio, no obstante, hazlo con miedo. Evidentemente no tienes que cambiar ya, puedes ir despacio. Paso a paso. Y no le tengas temor a eso, sino al quedarte quieta.

No hago alusión a sus palabras ni suelto ningún comentario. Suspiro al pensar en ello y él espera paciente algunas palabras que no llegan porque no sé qué decir. Me siento tan perdida en lo que se refiere a mi vida, a mi futuro.

—¿Sabes? —rompe de nuevo el silencio. Me hace girar el rostro hacia él y lleva su mirada a la mía. —Dejarte ir es de las cosas que más me ha costado hacer en la vida, porque yo quería que te

quedaras.

No puedo más, me derrumbo como una niña pequeña y un torrente de lágrimas amenaza con nublar la vista, hasta que soy incapaz de reprimirlas y les doy rienda suelta.

Erick me rodea con sus brazos y me da un beso en la sien. Sabe que hay algo que me oprime el pecho, algo por lo que he pasado que me duele en lo más profundo del corazón. Sin embargo, me da el espacio y tiempo que necesito para ser yo quien me exprese cuando me sienta con fuerzas, pese a que horas antes me haya presionado para que le contara la puñetera verdad porque sabía que le mentía. Mientras tanto, me ofrece su hombro, sus abrazos y su cariño. No vuelve a hablar, pero me calma su sosiego y escuchar en mi oído su respiración pausada.

Los «casi algo» duelen mucho más que una relación acabada, porque hubo todo lo que se necesitaba y hasta sobró conexión, pero faltó la valentía que se requería.

Ahora soy yo la que me aprieto más contra él, la que se cobija bajo su calor buscando esa valentía que me faltó y aún me falta. Al arrojarme con sus brazos el tiempo se detiene por un instante y solo soy capaz de oír mi corazón que golpea con fuerza contra el pecho.

Cuando todo se complica se nos olvida el sostener, solucionar, amar de verdad y no salir huyendo. Y eso hice yo. Soy una cobarde de mierda. Una cobarde de mierda que dejó que otro tomara una decisión en mi nombre. Y ahí está el verdadero error. Dejé que decidieran por mí y desde entonces he dejado que siga siendo así.

Erick me obliga a mirarlo y enmarca mi rostro con sus manos. Me humedezco los labios y noto el sabor salado de las lágrimas. ¿Así era estar enamorada? Porque tengo claro que nunca he dejado de amar a Erick. Nunca he dejado de sentir esa emoción cálida, embriagadora y envolvente.

Posa sus labios sobre los míos con ternura y saborea las lágrimas conmigo. Cuelo mi lengua en su boca y siento la adrenalina corriendo por mis venas al sentir su sabor: al combinado de sandía que ha bebido, pero también a sal, al sonido de las olas, a sol, a pizzas en la playa, a risas y a atardeceres en la orilla del mar. Las millones de mariposas, que no miles ni cientos, hacen su reaparición en el maldito estómago. Una sensación vertiginosa que no había vuelto a sentir en años hasta que me he reencontrado con Erick.

Lo agarro con ambas manos por el cuello para acercarlo más a mí. Tengo la mente nublada por el deseo. Cuela sus brazos por debajo de los míos para rodearme por la cintura y colocarme a horcajadas sobre él. Me regala un beso en el cuello e, inmediatamente, cierro los ojos por la intensidad de lo que ese simple roce me hace sentir.

Sigo enganchada a sus labios, a su sabor. No había nada en el mundo que me gustase más que besarlo. Bueno, también abrazarlo, pero besarlo era algo que adoraba. Y sigue siendo así.

Estar así sobre él solo me hace pensar en el anhelo de volverlo a sentir. Él toma la iniciativa y lleva sus manos al borde de mi sudadera mientras la galaxia de sus ojos sigue clavada en el color esmeralda de los míos.

Sin embargo, antes de que continúe, lo detengo. Me cercioro de que no hay nadie más alrededor y esta vez soy yo la que le hago disfrutar a él. Le doy pequeños mordiscos por el cuello y la mandíbula. Emite un sonido gutural y percibo el sutil temblor ante su excitación y lo que se está imaginando. El negro de sus pupilas parece haber engullido el café tostado de sus iris, convirtiéndose en un universo mucho más oscuro. Me muevo contra él a la par que me agarra por las caderas. Acto seguido sus manos suben hasta mis pechos y gime. Me inclino para quedarnos lo más pegados posible y susurro contra su oreja:

—Te toca a ti dejarte llevar.

—Pelirroja... —deja escapar el aire con voz grave y cavernosa.

Tengo ganas de consumirlo y que me consuma. Meto las manos por debajo de su camiseta y acaricio los músculos de su abdomen. Luego las deslizo por su estómago, memorizando, o más bien, rememorando cada surco a su paso. Cuando mis dedos rozan la cintura de su pantalón, una sutil sonrisa canalla y ladeada se dibuja en su rostro. Y yo también lo hago. Antes de seguir, deposito un beso ahí, en su comisura.

Consigo desabrochar sus vaqueros. Él toma una súbita bocanada de aire al sentir el contacto de mis dedos contra su piel candente. El ansia por llevar a Erick al límite me corre por la sangre. Quiero conseguir que haga esos ruidos que salen de su garganta, quiero hacerle perder el control. La lujuria, el anhelo y el deseo son los grandes protagonistas de esta cálida y húmeda noche de verano.

Erick no aparta su mirada de mis ojos en ningún momento y cuando cree que ya no aguantará más, aparta mi mano con urgencia y me tumba en el suelo con celeridad.

—Si sigues así vas a acabar conmigo —gruñe.

Tan solo me muerdo el labio inferior como toda respuesta.

Se acopla a la perfección entre mis piernas y lo agarro con ellas. Levanto las caderas contra él para sentirlo, en señal de que necesito más. Ahora soy yo quien protesta de impotencia por toda la ropa que nos impide estar aún más cerca. No olvido dónde estamos, cualquiera podría vernos, pero el deseo por querer continuar es mayor. Así que me sostengo por su cuello y le pido que nos lleve al coche. Le suplico que siga, que no pare ahora, que lo necesito más que nunca. Erick se limita a sonreír con malicia por lo que provoca en mí, mientras me tira del labio inferior con los dientes. En un movimiento ágil me levanta con él y me lleva al interior del coche. Estoy desesperada por sentirlo, porque me haga el amor de nuevo. Sabe que estoy impaciente y se toma su tiempo para mortificarme.

—No tenemos ninguna prisa, pelirroja. Llevaba mucho tiempo esperando a tenerte como te he tenido estas últimas noches, así que pienso disfrutar cada segundo al tener tu cuerpo a mi merced.

Gimo al oírlo. A mí me ocurre lo mismo. Las otras veces que hemos estado juntos no han bastado para saciarme de él. Pero es que nunca lo harán.

Claramente me demuestra que quiere ir despacio. O al menos al principio, porque pasados unos minutos algunas prendas de ropa dejaron de molestarnos y acabaron esparcidas por todo el interior del coche. Su espalda está más resbaladiza por el sudor, mis manos lo sostienen con fuerza y se le tensan los músculos por la contención en cada embestida.

Aguanta y aguanta y aguanta, hasta que el ansia nos impacienta, arqueo las caderas para sentirlo más y me muerdo el labio cuando ambos estallamos y alcanzamos el culmen.

—Yo también llevaba mucho tiempo esperando, tipo duro —murmuro contra su cuerpo, que cae jadeante y extenuado sobre el mío.

31
ERICK



Llevamos un buen rato tendidos en los asientos traseros, uno al lado del otro. La estrecho entre los brazos para pegarla a mí, haciendo todo lo posible por mantenernos firmes y no caernos debido al espacio tan reducido, ya que es complicado que quepamos los dos aquí atrás.

Sam consiguió cerrar los ojos y así descansar un poco. Yo solo pegué una cabezada. Creo que el día se nos va a hacer largo por no haber pegado ojo y nos pasará factura.

La cabellera rojiza que tengo delante me hace cosquillas en el mentón. Cuelo mi nariz en su pelo e inhalo. Hundo mi boca en su densa melena y deposito un pequeño beso en su cabeza. El brazo que tengo sobre su cintura y que cae sobre su estómago ejerce más presión para apretarla más contra mi cuerpo. Ella emite un pequeño quejido de placer y yo siento mi pecho arder.

—Eh, nena, ¿estás despierta? —susurro contra su melena.

—Hummmm —pronuncia un sonido dulce.

—En breve amanecerá. ¿Quieres verlo? —le aparto mechones de pelo que le caen por la cara.

—Vale... —suelta en un hilo de voz somnoliento.

Al amanecer baja la temperatura, así que una vez vestidos la obligo a que vuelva a ponerse la sudadera que le presté.

Salimos al exterior para ver cómo las primeras luces del alba son visibles con el crepúsculo matutino.

Estamos sentados sobre la hierba, ella con su espalda apoyada en mi pecho, observando las vistas y la variedad de colores que abarcan el cielo. La ciudad está paralizada y en silencio. El alba parece estar suspendida, creando para nosotros un instante mágico.

Me atrevo a romper la quietud e interesarme por lo que de madrugada al final no conseguí.

—Sé que me dijiste que ya no escribías, pero supongo que hay cosas que aún te hacen feliz ¿no?

—Claro. Siempre las hay.

—Dímelas, nena.

—Ya sabes muchas de ellas, Erick.

—Me da igual. Quiero escuchártelas decir.

Sam suspira antes de responder y se llena los pulmones del aire mañanero que impregna la atmósfera.

—Empezaré por...

Entorna los ojos y se atrapa el labio inferior entre los dientes. En realidad, hace como que se concentra, aunque sé de sobra que tiene muy claro qué enumerar primero.

—Un atardecer; ese cielo cuando se llena de colores naranjas, rosados y azules —me mira por encima de su hombro y sonríe. —Un beso de mi padre en la frente. Un abrazo de mi madre. La risa contagiosa de mi sobrina. El café recién hecho de mi cuñado. Las largas charlas con mis hermanos. Las personas que son capaces de sonreír con los ojos. Mis amigas... —cabecea risueña al pensar en ellas. —La sensación de hacerse el muerto en el agua del mar. Recordar viejas historias. Acabar llorando de la risa. Terminar sin voz después de darlo todo en un concierto de Morat —ahora no la puedo ver porque sigue mirando al horizonte, pero sé que en sus labios sigue dibujada esa preciosa sonrisa —o de quién sea, todo sea dicho. La sensación de la arena bajo mis pies. Perderme en la naturaleza y respirar hondo. La sorpresa de pensar que no podías hacer algo y acabar consiguiéndolo. Los olores que te llevan a la infancia y a esos lugares donde fuiste feliz. Ser partícipe de ver cómo dos personas que se aman se miren. Un «estoy orgulloso de ti». Que te dediquen tiempo. La ducha después de un día de playa. Las noches de verano...

Hace una pequeña pausa y suspira.

—Tenerte a mi lado —emite casi en un susurro.

—Pelirroja, vuelvo a decirte que deberías seguir escribiendo. Era tu sueño, nena, y creo que debes ir a por ello. A veces la vida se trata de eso, de arriesgarlo todo por un sueño que en su momento nadie más podía ver, excepto tú. Aunque creas que ya ha pasado mucho tiempo como para que tenga sentido.

Sam se gira para mantenerme la mirada.

—Por favor, déjalo, Erick.

En un movimiento ágil y veloz le doy media vuelta y la coloco sobre mí, me rodea con sus piernas y sus caderas se acoplan contra las mías. Enredo una mano en su densa melena para atraerla hacia a mí, pego mis labios a los suyos y la beso con dulzura.

Después la observo y sé que está enfrascada en sus propios pensamientos, así que decido darle algo de espacio para que se aclare. Sin embargo, sentir lo que estoy sintiendo me quema por dentro. La sigo queriendo y no sé si debo decírselo. Lo tengo en la punta de la lengua y no puedo evitarlo. Necesito que sepa que sigo amándola y que yo también estoy acojonado.

—Te sigo queriendo, Sam. Aunque con temor porque me da miedo que vuelvas a irte. —Pienso unos segundos si debo seguir diciéndole lo que siento. Parece mentira que fuera yo al que le costaba expresar sus sentimientos hace años. —Se ha jodido todo ¿sabes? Quise odiarte, e incluso cuando regresé y supe que tarde o temprano acabaríamos encontrándonos, también quise hacerlo. Pensé que así sería más fácil a la hora de olvidarte. Sin embargo, hacerlo por irte no funcionó y ahora quererte en la forma que te sigo queriendo, pelirroja, me está matando por no poder tenerte.

—Erick... Ya hemos hablado de ello. Esto no es amor. Tan solo hemos tenido algunos momentos de pasión y sexo. Ya somos mayorcitos para diferenciar ciertas cosas —su voz suena dolorosa, como si fuera ella misma la que se está intentado convencer de ello.

—Es que eso también forma parte del amor, nena. ¿Qué es lo que te ocurre? Pareces otra a la de hace unas horas.

Frunce el ceño y cierra los ojos. Joder, pensaba que lo de la pasada noche la haría cambiar de opinión. Que vería las cosas de otro modo. Que apostaría por lo nuestro.

—Enamorarse duele, Erick.

—Maldita sea, pelirroja, claro que duele, joder. Yo mismo lo he experimentado. Quieres que esa persona esté siempre a tu lado, pero ella no está. Y aunque tengas el mundo a tus pies, eres consciente de que sin ella te falta algo.

—Si el amor es como tú dices, si te hace tanto daño quererme, ¿por qué alguien querría enamorarse?, ¿por qué querrías seguir estando enamorado de mí?

—Porque eso no es algo que uno elija, pelirroja.

Está triste y me duele verla así. Sam era una chica que siempre decía lo que sentía, lo que pensaba. Sin embargo, ahora calla. No expresa lo que la carcome por dentro. Y no lo entiendo. Algo tuvo que pasar para que ella haya cambiado tanto y se niegue a mostrarse de nuevo como era.

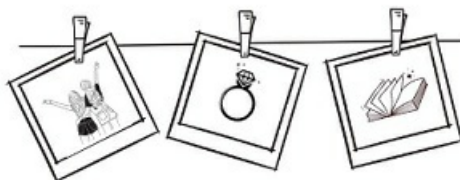
Sostengo su mejilla con la palma de mi mano.

—Sam, mírame —tras unos segundos, obedece. —Nena, me enamoré de ti cuando creía que todo estaba perdido. Llegaste con tu magia y mi corazón volvió a creer que sería posible seguir adelante. Comenzó a vibrar con más fuerza, a sentir con muchas más ganas. Cuando apareciste me sentía sin ánimo, con miedo, derrotado.

Sus ojos se humedecen. Y que reaccione así me demuestra que está luchando incluso con ella misma.

—Y mírame ahora, aquí estoy. Gracias a ti.

32
SAMY



Me sostiene la cara con las manos para impedir que rehúya de su mirada.

—Pelirroja, por favor, mírame —cierro los ojos durante un instante, pero después obedezco y me arrepiento. Su mirada penetrante se pasea por mi boca, las sutiles pecas de mi nariz y finalmente por mis ojos.

Habla a media voz, traspasándome con sus iris oscuros. Siento una tremenda presión en los pulmones que, prácticamente, me saquea todo el oxígeno con cada palabra que pronuncia.

Una chispa brilla en sus ojos al esperar paciente. Me contempla con una sonrisa fanfarrona y torcida en sus labios, sabiendo que en cualquier momento le diré que sí a todo, que dejaré atrás los chantajes y la amenazas de las que no tiene ni idea, el dolor, el miedo... y que apostaré por lo nuestro.

Sin embargo, me siento muy perdida.

Suelto el aire que había retenido.

—No te voy a engañar, pelirroja. Sigo siendo lo que ves —supongo que ese es su desasosiego, que piense que para mí él no sea suficiente, que no pueda darme nada de lo que necesito cuando en realidad es mucho más.

—Te equivocas, tipo duro. Siempre fuiste más, mucho más —balbuceo. Erick fue un chico que guardaba secretos y al que le dolía amar. No obstante, cuando confiaba en la gente podía querer de una manera arrolladora. Y era imposible salir inmune de ello.

Tengo la cara a un par de centímetros de la suya, su respiración se acelera cuando ve que me estoy acercando y siento una presión en las costillas cuando estoy a punto de rozar sus labios, porque el beso que voy a darle es muy distinto a todos los que nos hemos dado hasta ahora. Uno con el que entienda que lo sigo queriendo y anhelo una vida junto a él. Un beso que diga «sí» a estar con él y que tenga lo que tenga que pasar.

Sin embargo, antes de lograrlo, el sonido de su móvil rompe la burbuja en la que llevábamos resguardados durante horas.

Me levanto para facilitarle el acceso al bolsillo del pantalón y él me imita. Erick lo saca, preocupado por la hora tan temprana como para recibir una llamada.

—Es Óscar —frunce el ceño, seguramente cabreado porque su amigo haya roto nuestro momento.

—Cógele.

Erick atiende la llamada y ante el primer saludo se extraña.

—¿Vicky? —ahora soy yo quien junta demasiado las cejas, alarmada. —Sí, está conmigo. Te la paso —me tiende el teléfono. —Quiere hablar contigo.

De repente, tengo un mal presentimiento.

—Vicky, ¿qué ocurre?

—¡Samy, santo cielo! ¿Se puede saber dónde tienes el dichoso móvil? Todas llevamos un buen rato haciendo todo lo posible por dar contigo. Hasta que Óscar me contó que Erick finalmente consiguió sonsacarle dónde vivías y se me ocurrió que estarías con él —en el momento en que lo menciona y sigo escuchándola atenta, empiezo a buscar mi móvil en los bolsillos de mis pantalones. Voy corriendo hacia el coche, lo busco por el suelo por si se cayó en algún movimiento, por los asientos, por todas partes. Es cuando caigo de que con las prisas de la noche anterior me lo olvidaría en casa.

Mierda.

—Me lo olvidé. Vicky, dime qué ocurre.

—Tu hermano nos ha llamado. Está intentando localizarte. Debes llamarlo ya.

—De acuerdo. Pero, me estás asustando. ¿Ha pasado algo grave? —Estoy dando vueltas de un lado a otro, con Erick cruzado de brazos, observándome preocupado.

—Es Julieta.

—¿Julieta? ¿Qué ocurre con ella? —me tapo la boca asustada y me temo lo peor. No puede pasarle nada a mi sobrina. No, no y no.

—No sé, Samy. Tú solo llámalo ya y después nos cuentas. ¡Venga, venga!

Se corta la línea al momento.

Sin perder el tiempo, tecleo el número de Gabriel, ya que ha sido quien ha llamado a mis amigas.

Tras unos cuantos pitidos, los cuales me ponen aún más nerviosa, la voz de mi hermano suena al otro lado de la línea.

—Gabi, soy yo, Sam.

—Por fin. Ya era hora, Samy.

—¿Qué ha pasado? —mi voz sale acelerada.

—Tranquila, ¿vale? El susto ya ha pasado y Julieta está bien.

—¿Cómo que me tranquilice? ¿Tú te estás oyendo? ¡Dime de una vez qué diablos ha ocurrido y no me digas que me relaje!

—Anoche se tuvo que quedar Julieta con la niñera. Bárbara y Máximo tenían una cena con amigos y ni nuestros padres ni yo pudimos quedarnos a cuidarla. Al parecer Julieta y Shaila salieron a dar un paseo por la zona después de cenar para no llevarla directamente a la cama. Shaila nos ha contado que solo estaban ellas por la calle, que iban jugando al Veo Veo y la niña se acercó a la carretera para acariciar un gatito del barrio. Un coche salió de la nada e iba a toda pastilla. Por poco la atropella. Shaila pudo reaccionar a tiempo y tiró de ella. Al final todo quedó en un susto. Barbará me matará por habértelo contado, pero sé lo que Julieta significa para ti y que querías saberlo.

Las palabras se me quedan atascadas en la garganta, empiezo a hiperventilar y los pensamientos se me agolpan en la mente.

—¿Samy, sigues ahí? —esto debe de ser una broma. Es imposible. No creo que sea capaz. O sí. Sí que lo es. —¿Sam, me has escuchado?

JODER. NO, NO, NO.

—Sí. Voy para allá.

—No. Oye, Samy...

No le doy tiempo a rebatir nada por que ya he colgado. Erick se acerca a mí y cierra sus dedos en torno a mis hombros.

—¿Estás bien, Sam? ¿Qué es lo que ha sucedido?

—Es Julieta —respondo por inercia, con la mirada fija en el suelo aún. Sigo sin creerme lo que estoy pensando. —Ha tenido un accidente.

—¿Qué? Joder...

—Puedes llevarme a casa, por favor —no le explico nada más. Ni que Julieta, al parecer, está bien ni el presentimiento que tengo sobre lo que ha ocurrido ni nada de nada. Tan solo quiero que me lleve a casa para poder coger el primer vuelo que salga.

—Claro. Venga, sube.

Erick ha conducido a toda velocidad y acaba de detener el coche frente al portal de casa.

Apresurada, me bajo del conche sin decir ni una sola palabra. Tan siquiera me despido de él. Sin embargo, escucho otra puerta cerrarse y unos pasos tras de mí, por lo que deduzco que me sigue.

—Te espero aquí y te acompaño.

No puedo hacer esto. No puedo. No puedo. No puedo.

Debo protegernos.

—¡No! —sueno ruda, firme, sin titubear. Le planto una mano en el pecho para que se aleje de mí. —Erick, tú no puedes acompañarme.

—Pero, Sam, quiero hacerlo. Me importas y tu familia también. Quiero ayudarte, por favor.

—Erick, de mi familia me preocupo yo ¿de acuerdo? Así que déjalo estar. Debo proteger a Julieta, a mi familia. Debo protegernos a todos.

—¿Protegerlos? —frunce el ceño. —¿Protegerlos de qué, Sam?

No respondo, tan solo desvío la vista para fijarla en un seto que hay en la acera. Supongo que concediéndome un tiempo para hallar las fuerzas y despedirme de él.

—Mira, Erick, no puedo seguir perdiendo el tiempo con esto —lo señalo a él y después a mí mientras clavo la mirada en la suya. —No cuando hay gente que me necesita.

—¡Vaya! —resopla y cabecea soltando una carcajada irónica. —No sabía que yo era una pérdida de tiempo —mierda, en realidad no quería decir eso. Sin embargo, lo he hecho, así que espero que a partir de ahora sí que me odie, porque si lo hace todo sería más fácil.

Erick da media vuelta llevándose las manos a su cabeza. Mesándose el pelo hacia atrás y suspirando, como si así ganara tiempo para pensar. Baja las manos a las caderas y vuelve a girarse hacia mí.

—¿Por qué haces esto, Sam?

—Ya te he dicho que mi sobrina ha sufrido un accidente y tengo que estar con ella.

—No. Me refiero que por qué haces esto —nos señala a ambos. —¿Por qué nos separas siempre? ¿Por qué me obligas a alejarme de ti?

Frunzo el ceño y entrecierro los ojos, desviando la mirada otra vez para no tener que mirarlo a él. Me muerdo la mejilla interna, reprendiéndome, con un profundo dolor en el pecho.

No obstante, tengo que hacerlo. Llevo mi vista hacia él, relajo el rostro y trago el nudo de la garganta que me complica mucho más la situación. Empiezo a hablar con toda la convicción posible, segura de mis palabras.

—Erick, ya te he dicho que no tengo tiempo para esto. Mi familia me necesita y debo irme.

El tipo duro que tengo delante deja caer los brazos, abatido y frustrado por la situación. Suelta un suspiro pesado.

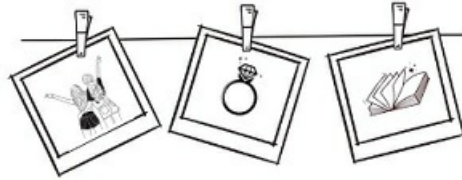
—De acuerdo, si es lo que quieres... —alzo la barbilla para mostrarle la seguridad que creo aparentar, aunque por dentro esté tan jodida como antaño. —Me voy, pero —me apunta con el índice —si piensas que voy a dejar las cosas así y voy a desaparecer es que estás loca. ¿Me has

entendido?

Cabecea un par de veces, aprieta los labios con fuerza y vuelve a su coche. Cierra de un portazo y, tras lanzarme una última mirada cargada de miles de sentimientos, se marcha.

Y aunque me duela no poder hacer esto con él, hay alguien que me necesita y no puedo perder más el tiempo.

33 SAMY



Voy a toda prisa para salir cuanto antes por la zona de salidas del aeropuerto. En este instante agradezco que el de mi ciudad sea tan sumamente pequeño, porque así no tengo tiempo que perder. Ni siquiera tengo que esperar a que salga mi maleta ya que tan solo llevo una de mano con un par de mudas y lo necesario para los próximos días. No sé cuánto tiempo me quedaré en Granada, pero si me hace falta algo ya se lo cogeré prestado a mi hermana o me compraré lo que necesite.

En cuanto se abren las puertas correderas visualizo a mi hermano al otro lado. Este chico cada vez está más guapo. Va vestido con unas bermudas en *beige* y una camisa fluida en color celeste, resaltando así su moreno. Le sienta de escándalo. Paseo la vista por su piel bronceada y tan distinta a la de Bárbara y mía. Su pelo, de un color oscuro, tan diferente al nuestro también. A veces pienso que se tuvieron que confundir de bebé cuando mis padres salieron del hospital con él en brazos, porque no podemos ser tan distintos. Si no llega a ser porque los tres hemos heredado los ojos verdes de nuestra madre y Gabriel es la viva imagen de mi padre, diría que es imposible que fuésemos hermanos, al menos de ambos padres.

Me lanzo a sus brazos en cuanto llego a él. ¿Cómo es posible que siendo yo su hermana mayor me sobrepase tanto en altura?

—Por fin estás aquí —sus palabras se pierden en un susurro contra mi pelo, mientras yo me pierdo entre sus fornidos brazos. Es increíble cómo pasa el tiempo. Hace nada era un niño de dieciséis años que solo se desvivía por los videojuegos, yo me metía con él llamándolo *friki* y tampoco pensaba en niñas ni le gustaba beber a escondidas como al resto de sus compañeros. Y ahora ese chaval ha desaparecido y se ha convertido en el hombre que me envuelve con su cuerpo. Un chico de veintidós años que roza el metro noventa, que sigue siendo un poco *friki* a su manera y sus músculos empezaron a hacer acto de presencia con diecisiete años, por lo que ya os podéis imaginar los que luce ahora. Sin duda la chica que acabe con él tendrá una suerte inmensa.

Antes de separarme de él me permito inhalar su olor, porque huele a familia, a cariño, a amor y a protección. Y lo he echado de menos.

—Venga, vamos —coge mi pequeña maleta para que no cargue yo con ella. —No le he dicho a nadie que vendrías, tal y cómo me dijiste. Pero, Samy, se van a enfadar.

—Me da igual. Ya estoy aquí, así que no hay nada que hacer. Además, si alguien tiene motivos para enfadarse, esa soy yo.

Nada más salir al exterior el fuego de esta ciudad andaluza choca contra mi piel. He podido hacerme una idea en cuanto he bajado del avión, pero estaba dándole tantas vueltas a la cabeza

que apenas he reparado en ello.

—Joder...

—Hace calor, ¿eh? —se ríe mi hermano dándome un empujoncito.

—Es asfixiante.

—Ay, hermanita, hermanita... Que se nos ha vuelto chica de costa.

—Me fascina vivir en Barcelona, pero mi ciudad siempre será mi lugar en el mundo, aunque haga este calor del demonio —cabecea divertido mi hermano.

En media hora llegamos a casa de Bárbara y Máximo. Durante el trayecto, Gabi me ha contado todo lo ocurrido en detalle. Sigo sin comprender cómo alguien pudo circular a esa velocidad y conducir de esa manera por una zona residencial como en la que vive mi familia.

Al bajarme del coche me transporto a mi infancia. Mi hermana y mi cuñado compraron una casa en la misma calle que mis padres. Exactamente a una casa de distancia. Por lo que su vecino, Eugenio, es quién vive entre ambas. A Bárbara siempre le gustó este lugar. Tenía muy claro que Julieta debía vivir en un sitio así y en un futuro sus recuerdos fueran igual de felices que los nuestros.

El olor que guardo de todos nuestros veranos me llega al respirar el aroma de los álamos y pinos que engalanan gran parte del vecindario. Las chicharras suenan a su máxima potencia por las altas temperaturas. El sonido de los chorros de agua de las depuradoras en las piscinas llega a mis oídos. Supongo que aprovechando que los más pequeños de las casas, y adultos también, se han rendido a la hora de más calor para echarse alguna que otra siesta bajo el aire acondicionado.

El perro de Eugenio corre hasta la cancela y asoma su hocico para que lo salude. Bueno correr es un decir, porque el pobre está muy viejito y hace lo que puede. El *rottweiler* negro y marrón saca su enorme lengua, emocionado por verme, y comienza a mover su cortito rabo para que lo acaricie. Se hace trizas por recibir un poco de atención y yo se la doy. Recuerdo cuándo Bárbara me sentaba frente a un hueco que había en el muro de nuestra casa, la cual colindaba con la de Eugenio y sus hijos: unos músicos que adoraban armar jaleo con platillos y guitarras por las noches. Simba se acercaba y ponía su hocico en ese cachito en el que faltaba un par de ladrillos para que mi hermana le depositara ahí algo de mi merienda y así poder lamerlo. Me encantaba la leche con galletas y al parecer a ese perro también. Simba siempre fue enorme y daba miedo a simple vista, pero era un perro muy noble y cariñoso.

Y sigue siendo así mientras cuelo mi mano por la valla y lo acaricio.

—¿Llamo? —me hace regresar mi hermano al presente.

—Sí, sí, claro.

Máximo nos abre y en cuanto nos ve sabe quién ha sido el que me ha informado y el motivo de mi visita.

—¡Samy, qué alegría! —coloca un brazo sobre mi hombro y me atrae hasta él para estrecharme contra su pecho, dándome un beso en la coronilla, como siempre hace.

—Hola cuñado... —sonrío con mi mejilla aplastada contra su pecho.

—Me alegra que estés aquí, pero a tu hermana no le va a hacer ni pizca de gracia el motivo.

—Lo que piense Bárbara me importa un comino —se ríen Máximo y Gabriel.

—Venga, pasad.

Nos adentramos en la casa y enseguida escucho unos pasitos apresurados que vienen a mi encuentro.

—¡Tita Sammmmmmm! —mi sobrina se lanza a mis brazos. Me pongo a su altura para facilitarle el abrazo.

—Hola, peque. ¡Te he echado de menos!

—Y yo a ti.

—¿Qué tal estás?

—Bien. Mira... —me muestra una zona de su pequeño bracito y otra en su pierna. Al ver los raspones frunzo el ceño.

—¿Te duele? —me intereso por ella.

—Que va. Shaila me curó y me puso una cremita. Dice que soy una niña mayor y muy valiente —lo dice todo en un tono tan agudo y risueño que su alegría me contagia, aunque por dentro me bulla la sangre de rabia.

—Shaila lleva razón. Eres una niña muy valiente —le doy un beso y me levanto para ponerme a la altura de los chicos. O a intentarlo al menos, porque estos dos me sacan cabeza y media.

Gabriel coge a Julieta en brazos y le empieza a dar besos por su pequeña carita, lo que provoca unas cuantas risas en la niña.

—Samy, pero ¿qué haces aquí? —me giro al escuchar la voz sorprendida de mi hermana.

—Pues venir a ver a mi sobrina. Menos mal que aún queda alguien cuerdo en la familia y me avisó, porque si no fuera por él no me hubiera enterado de nada —apoyo mis puños en las caderas para enfatizar el enfado que pretendo dar.

—No queríamos molestarte. Al final, el incidente quedó en un susto y no ocurrió nada grave. No había necesidad. Evidentemente te lo hubiera contado, pero sabíamos lo de tu plan de este finde y pensaba esperar un poco.

—Es mi sobrina y no debo estar en otro lugar que no sea este y con ella. ¿Verdad, peque? —le hago cosquillas mientras mi hermano la sostiene.

—¿Has comido, Samy? —pregunta mi cuñado.

—Oh, sí. Me compre un bocadillo en el aeropuerto. Lo que necesito es un buen café, por favor. Pero de esos tuyos italianos, por fa, por fa, por fa... No me conformo con menos —lo señalo con el dedo, entrecerrando los ojos chistosa. Máximo sabe cuánto adoro sus cafés.

Hace un par de horas que nos fuimos a la cama. Después de pasar toda la tarde jugando con Julieta y avisar a los abuelos para que supieran que había venido a visitarles, pedimos un par de pizzas y cenamos todos juntos. Cuando llegó la hora de irse a dormir, mi sobrina me pidió que la acompañara a la habitación. Aproveché para mostrarme algunos dibujos que había hecho a lo largo de las últimas semanas y me enseñó una cajita en color rosa, adornada con purpurina, en la que me aseguró que iría guardando recuerdos en ella. Me hizo sonreír al ver lo parecidas que somos en algunos aspectos. Mientras cogía su peluche favorito, *baby Yoda 2*, porque el primero lo perdió en una excursión, y se sentaba a mi lado, me hizo una pregunta a la cual me quedé con la boca abierta y muy asombrada porque era muy compleja para venir de una niña tan pequeña.

—Títa Sam...

—Dime, peque.

—Si tuvieras la oportunidad de elegir entre todas las cooooooosas y personas que has perdido a lo largo de tooooooooooo tu vida, —alargó todo lo que pudo algunas palabras para que su pregunta resultara más interesante y curiosa —¿qué sería lo primero que buscarías para volver a tenerlo?

Pensé durante unos segundos. Más por querer saber de dónde había salido esa pregunta, tan profunda y por si habrían hecho alguna actividad parecida en el cole de verano que la llevara a preguntarme tal cosa, que por pensar en una respuesta.

Lo tenía muy claro.

Julieta ya se había acomodado en la cama con su peluche favorito y me tumbé junto a ella

mientras la abrazaba.

—Me buscaría a mí misma, peque. Por todas esas veces que me *perdí* —seguí hablando a pesar de que ella pudo haber perdido ya el hilo de la conversación. —A mi niña interior, a esa que intentaron infravalorar tantas veces. A aquella que era espontánea y no le importaba nada. A la chica que no trataba que sus explosivas emociones estuviesen guardadas, porque para ella todo era color y aventuras. Era valiente y vivaz... Me gustaría encontrarla, abrazarla y decirle que la vida es dura, pero que jamás deje que apaguen el fuego que lleva en su alma, sino que sea ella misma quien lo avive con toda la intensidad del mundo.

—Pero, tita Sam... No estás perdida, estás aquí conmigo —frunció el ceño intentando comprender y a mí me dio por reír.

—Cierto. Estoy aquí contigo, peque. Venga anda, a dormir o tus padres me regañarán a mí.

—¿Me cuentas una historia?

—Claro.

Julieta tiene una gran estantería con un buen repertorio de cuentos infantiles. Aunque ella dice que le gusta mucho más cuando le cuento mis historias inventadas. Según ella son más interesantes. Los cuentos no se me dan muy bien, así que siempre se me ocurre algo para fusionar ambos géneros. Historias de amor adaptadas a un mundo de fantasía para que una niña de su edad pueda entenderlas y sacar aprendizajes de ellas.

Se quedó dormida hace un rato, pero me quedé aquí un poco más pensando en todo lo que le he contado.

Estoy colocada tras de ella, con su pequeño cuerpecito refugiado contra el mío. Está oscuro, salvo por la luz de colores tenues que desprende un pequeño muñequito en forma de unicornio y que tiene colocado sobre la mesita de noche. Paseo la vista por la habitación juvenil con decoraciones en tonos pasteles, que en la penumbra se ven más oscuros, dibujos en las paredes, cuadros, peluches en las estanterías y un pequeño cielo estrellado y fluorescente en el techo, justo sobre nosotras. Erick me viene a la mente ahora que estoy más relajada. Todo este tiempo he mantenido la cabeza ocupada en otras cosas y así su imagen no aparecía de la nada. Pienso en él al saber que le gustaría saber qué historias son las que le cuento a Julieta, pues él protagoniza la gran mayoría. Erick es como un buen libro al que siempre quieres volver, porque con cada lectura lo amas más y descubres por qué siempre fue tu favorito.

Echo de menos escribir, Erick lleva razón. Pienso en ello y es cierto, mi alma pertenecía a las palabras. Cada vez que escribía me sentía en casa, me hacía feliz. Siempre hay algo que arde dentro de ti. En mi interior ha ardido un fuego a la hora de ayudar a los demás y, sobre todo, al contar historias.

Puede que me dé una oportunidad y retome esa pasión.

Aparto ese pensamiento para reparar en otro. En el de que estoy cien por cien segura de que el pequeño incidente fue fruto de Martín.

Esto tiene que acabar.

—¿Samy? —susurra mi hermana por el pequeño hueco de la puerta entreabierta. —¿Estás despierta?

—Sí.

—Te espero en el jardín. Tenemos que hablar.

Me coloco la fina bata que me ha prestado Bárbara. Hace horas hacía un calor de muerte, pero ahora corre esa característica brisa nocturna de las noches de verano y se está en la gloria.

Mi hermana ya me espera acomodada en una de las tumbonas del jardín trasero, con dos copas de vino blanco sobre la pequeña mesa y un cuenco con algunas gominolas. ¡Qué bien me

conoce!

—Si piensas que con esto vas a conseguir lo que te hayas propuesto es que eres una ingenua —sonríó mientras me siento a su lado y robo la primera gominola.

—Oh, cállate, pesada. Ya que has venido... Solo quiero pasar un rato contigo.

—Ajá —hago una mueca divertida. —Lo que tú digas.

Durante unos segundos me dedico a vaciar la mente. Bárbara me concede este tiempo en silencio. Observo el manto oscuro y diviso las pequeñas lucecitas de la ciudad que se pueden apreciar a lo lejos, las que se vislumbran por encima de los pinos de la vivienda.

Las casas de esta parte del vecindario son las que están más elevadas, por lo que mi hermana tiene las mejores vistas. Julieta siempre que ve las luces titilando a lo lejos les dice a sus padres que le recuerdan a mí.

Sonríó ante ese pensamiento. Esas pequeñas cosas que, a priori, pueden ser insignificantes son las que nos llevarán siempre a ese recuerdo y nos recordarán a alguien. Es mágico pensar que en cada uno de nosotros hay un recuerdo por el que otra persona nos pensará.

—¿Tienes algo que contarme, pe-li-rro-ja? —enfatisa esta última palabra con burla para darme a entender algo sin necesidad de decirlo. Ya decía yo que aquí había gato encerrado.

Suspiro y aparto mis cavilaciones a un lado.

—Supongo que ya te habrá dicho Gabriel que estaba con Erick cuando me enteré de lo de Julieta— me llevo otra gominola a la boca.

—Efectivamente —se lleva la copa a los labios. —¿Y bien?

—No sé qué quieres saber exactamente —la imito en cuanto al vino.

—Pues... ¿Por qué Erick ha vuelto? ¿Qué hacía pasando con vosotros el fin de semana? ¿Cómo fue el reencuentro? ¿Tiene novia, está casado o algo? ¿Sigue estando igual de bueno? —hace un gesto con los labios por su última pregunta. Y yo respondo primero a esta última sin ser muy consciente de que lo hago.

—Estar bueno se queda corto, Bárbara —nos da por reír como si fuéramos unas crías. —A ese hombre le han sentado demasiado bien los años. Demasiado bien... —digo esa última frase con la sonrisa apagada y con nostalgia, sabiendo que me he perdido todos esos años de él.

—Joder, ahora tengo curiosidad —vuelve a reír llevándose la copa a los labios nuevamente.

—Ha vuelto por la boda de Vicky y Óscar. O, al menos, eso es lo que me ha contado. Por lo visto el prometido de mi amiga lo invitó al plan sin que nadie supiese nada. El reencuentro fue... raro. No me lo esperaba y me lo tomé mal, la verdad. Hice todo lo posible para no estar a su lado el fin de semana y no tener que hablar con él. Sin embargo, se ve que soy muy débil porque lo único que quería era tenerlo cerca, que me contase cómo le había ido la vida y volver a abrazarlo y besarlo. Joder, necesitaba besarlo, tocarlo, acariciarlo y saber que de verdad estaba ahí conmigo, que no era una ilusión. Que por unos instantes todo seguía igual, que nada había cambiado, que solo éramos él y yo. Pese a que sí. Todo ha cambiado.

Bebo un buen trago de vino para intentar bajar el nudo que tengo en la garganta.

—Ay, Samy, cariño... —mi hermana me sigue escuchando atenta.

—Y, si te digo la verdad, no sé si tiene novia. Cuando estuvimos hablando me contó que tuvo algunos ligues, que intentó pasar página, pero no llegó a nada con ellas. Después me habló de una tal Daphne, pero no quise averiguar mucho. La noche del sábado lo escuché hablar con ella. No fue mi intención espiarle, pero no pude remediarlo. Sonaba feliz con ella, le hablaba con mucho cariño y se percibía que congeniaban muy bien. Puede que sí sea su novia y tengan una relación abierta de esas tan modernas. O no y, simplemente, le ha sido infiel. Yo qué se.

—¿Y por qué sacas el tema de las relaciones abiertas y que ha sido infiel? ¿Es que ha ocurrido

algo que no me hayas contado? —eleva una ceja intrigada.

Me lleno los pulmones de aire y lo suelto lentamente, perdiendo la vista en las lucecitas de la ciudad.

—Nos hemos acostado. Varias veces, de hecho —me muerdo el labio inferior, esperando una reprimenda de mi hermana mayor.

—Pufff... ¡Vaya! —veo que abre mucho los ojos antes de volver a hablar. —¿Y sigue siendo alucinante?

—¡Bárbara! —le doy un pequeño puñetazo en el hombro. Ambas nos carcajearnos.

—¡Mejor aún! —volvemos a reír. Vale, creo que el vino se nos ha subido a las cabezas demasiado rápido.

El silencio se va comiendo nuestras risas según avanzan los segundos.

—Además, ha sido bastante insistente en que no ha podido olvidarse de mí y no quiere perderme de nuevo. Tampoco me gusta la idea de que tenga novia y haya sido capaz de hacerle eso por mí.

—Puede que solo sean amigos.

—Puede...

—¿Y qué vas a hacer, cariño?

—No lo sé, Bárbara. Sabes lo que pienso sobre lo que le ha ocurrido a Julieta, ¿verdad? No puedo permitir que le ocurra nada.

—¿En serio piensas que ha podido ser ese hombre?

—Estoy segura. Los mensajes han ido a más desde que Erick volvió a la ciudad. Y la otra noche me dio el último aviso sabiendo que estuve con su hijo. No sé cómo, pero lo sabe. La culpa de lo que ha ocurrido es mía. Solo mía. ¡Dios! Si le llega a pasar algo a Julieta...

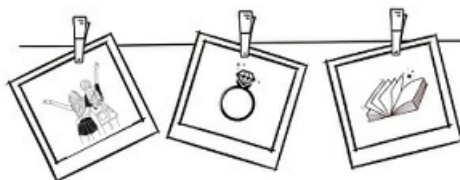
—Eh, eh, Samy, mírame —me levanta por la barbilla para que la mire a los ojos. —Nada ha sido culpa tuya, ¿me oyes? En todo caso sería de ese cabronazo. Y el incidente me da aún más la razón, Samy. Es hora de que le pares los pies a ese malnacido. Ya no solo por la familia, por nosotros, sino por ti misma. Mírate, cariño, necesitas ser feliz y a mí no me engañas, tu felicidad está junto a Erick.

—Sí, mi felicidad está junto a él, pero antes debería encontrarla por mí misma ¿no crees? Así podría ofrecerle lo mejor de mí. Tengo mucho que hacer conmigo y con mi vida. Me he perdido tantísimo, Bárbara... Me encantaría tanto volver a reconectar con aquella chiquilla jovial que se bebía la vida. Pero qué difícil.

—Nadie dijo que fuera fácil, cariño.

—Lo sé.

34 SAMY



Los rayos de sol aún son bastantes tímidos como para que me molesten en los ojos. No obstante, la claridad del amanecer me obliga a despegar los párpados poco a poco. Oigo el gorjeo de los pájaros que se refugian en los árboles que cercan la parcela y el frescor matutino me eriza la piel. Me desperezco y al estirarme soy consciente de que me duele el cuerpo y reparo en el lugar que estoy. Por lo visto me quedé dormida aquí fuera.

Recuerdo que Bárbara fue a por más vino y, finalmente, nos acabamos la botella. Estuvimos charlando de nuestras cosas hasta bien entrada la madrugada. Cuando se fue a dormir le dije que quería quedarme un rato más para pensar y por lo visto caí rendida.

Me ciño la fina bata para proporcionarme algo de calorcito, pues hace algo de fresco y tengo el cuerpo destemplado.

Me reincorporo y peino mi melena con los dedos al ver que mi cuñado se dirige hasta mí. A este hombre le gusta madrugar y encima ya va vestido de punta en blanco. Hoy no va ataviado con su característico traje de Armani, pero su atuendo, compuesto por unos pantalones ligeros en color camel y una camisa fluida en un tono verde oliva, que lleva doblada a la altura de los antebrazos, le sienta igual de arrebatador que su uniforme de trabajo. Me da por sonreír al pensar en mi hermana cuando se enamoró de él.

—¿Has dormido aquí? —pregunta con ese acento italiano que me fascina y que aún se le nota al hablar a pesar de los años que lleva viviendo en España.

—Eso parece —hago un mohín y levanto la vista hacia él, que me observa desde su gran altura.

—Te he traído esto —me tiende una taza humeante. En cuanto me llega el olor sé lo que contiene y no me hace falta probarlo para paladear el sabor.

—¡Oh, te quiero, cuñado! Eres el mejor —la cojo y le doy un pequeño sorbito —Ummm, delicioso. Tienes un don para esto. Creo que te equivocaste de profesión. —Se ríe a la par que se sienta a mi lado con sus fuertes brazos apoyados en sus largas piernas y su taza de café entre sus grandes manos.

Bebemos en silencio hasta que Máximo rompe el silencio.

—¿Estás bien?

—Sí.

—La verdad, cuñada —me impone, sacando a relucir sus dotes de empatía y lo que se le da tan bien: sonsacar la verdad.

—Podría estar mejor... —elevo una de mis comisuras, suspirando. —La verdad es que estoy hecha un lío, acojonada, triste, cabreada y...

—Enamorada —termina por mí. Levanto los ojos hacia los suyos, castaños oscuro como el café con el que me deleito.

—¿Crees que soy una imbécil? —Máximo nunca se ha entrometido en los temas que hablo con mi hermana y sé que ella no le cuenta con precisión mis inquietudes. Sin embargo, mi cuñado es un hombre astuto, observador, atento y avisado. Supongo que por eso es uno de los mejores abogados, no se le escapa una.

—No lo eres, Samy. Solo es eso, estás enamorada. Y cuando uno está enamorado hace lo que cree mejor para el otro. Sin embargo, no puedes renunciar para siempre a lo que te hace feliz por miedo a perderlo o a que le ocurra algo.

—No es tan fácil, Máximo. Además... ¡No sé qué me pasa! —me llevo un par de dedos a la sien y me masajeo la zona para destensar y aliviar el pequeño dolor de cabeza que amenaza con aparecer. —Se supone que la psicóloga soy yo y la mayor parte del tiempo me siento triste, sin ganas de nada, sin objetivos o sueños por los que seguir luchando y no veo la salida.

—Sam, como dices, tú eres la psicóloga, pero no hace falta ser muy listo para saber que lo que te ocurre es que tienes una vida vacía. Ya no tienes las ilusiones de antes y tu cerebro y tu corazón se han ido apagando. Samy, *bella*, sin ilusiones se arruga el corazón. Y sin eso, no existe la felicidad. La ilusión tiene un poder espectacular para hacernos cambiar.

Desvío la mirada hacia mis pies, que se funden con el tacto del césped húmedo por el rocío del alba.

Máximo apoya su mano en mi hombro y me da un ligero apretón.

—Mira, *bella*, —me obliga a sonreír con ese apelativo que solo me dedica a mi —puede que hoy no estés bien, que tengas la vida algo desordenada y pienses que siempre será así, pero estoy muy seguro de que pronto volverás a ser tú y estarás mejor, ya verás. La magia nace del caos. Y tú tienes un don para eso.

Se levanta y me da un pequeño beso en la coronilla antes de desaparecer por la puerta trasera del jardín.

Sin prisas, me termino el café que me ha preparado y disfruto del amanecer en soledad con miles de dudas y preguntas rondándome la cabeza. Quiero volver a ser la que era. Una chica de sentimientos débiles, pero con un carácter fuerte. Una a la que no le gusta que le mientan y que muchas veces es difícil de entender. Que puede llorar por casi todo, pero que también se ríe de la nada. En numerosas ocasiones le domina el orgullo y a pesar de todo siempre intenta dar lo mejor de ella.

Quizá me llamen loca y puede que lo esté. Nací con el don de ver las cosas de otra manera y a veces eso es lo que le asusta a la gente. Creo que hasta Erick cuando me conoció se inquietó con esa parte de mí. Sé que me llamarán intensa y sí, también puede que lo sea. Yo solía ser de las personas que tienen el valor para permitirse sentir todo plenamente y hay que reconocer que eso intimida. Las personas que han estado en algún momento de mi vida y me han conocido, o que me han prejuzgado, hicieron de todo para cambiarme porque les daba miedo que tuviera las cosas tan claras. Y hace algún tiempo permití que eso sucediera, cuando en realidad debo mantenerme firme en mí, en lo que quiero yo, en lo que necesito y en lo que me hace feliz.

Aprovecho un rato más para estar conmigo misma, hasta que la pequeña de la casa se levanta con su energía arrolladora. La verdad es que resulta estupendo pasar tiempo en soledad. Lo agradezco. No tener que sonreír obligada ni poner buena cara. Sinceramente, llevo meses sin humor para nada y disimulando, fingiendo delante de todos. Pienso en el momento que dejé de ser solo Samantha. Sigo sin conseguir reír como solía hacer ni disfruto como antaño de las pequeñas cosas de la vida. Por mucho que me diga a mí misma que lo hago... Es mentira.

Me propuse cambiar eso, pero se me ha olvidado cómo hacerlo.

Pensando en esto me doy cuenta de que no perdí mi esencia solo por separarme de Erick, porque yo ya era así antes de conocerle, aunque con su presencia mejorara mi existencia. Sino que ocurrió en el momento en el que dejé que alguien me mangoneara a su antojo, me chantajeara, amenazara y se creyera con el derecho de tener mi vida a su merced. Y ahí está el problema. El gran problema que debo solucionar.

Voy a esperar a que pase la boda de mi amiga, debo apoyarla y estar al cien por cien con ella. Lo que me recuerda que mis amigas son parte de ese gran tesoro que tengo en mi vida y no fui sincera con ellas cuando lo que más desean es que sea feliz. Así que tengo que sincerarme con ellas.

Como digo, esperaré solo un poco más. Ya es hora de que sea yo quien maneje mi vida. A veces para avanzar necesitas enfrentarte a las cosas, aunque no sepas lo que te encontrarás por el camino.

Me repito la frase que me dijo mi padre hace años: A veces tienes que sufrir en la vida. No para que te conviertas en una mala persona, sino porque aún no entiendes dónde y cuándo tienes que dejar de ser bueno.

Y yo lo tengo clarísimo. Estoy harta de aguantar.

Se acabó.

35
ERICK



De pequeño siempre escuchaba la frase de «La luna está repleta de miradas que se perdieron buscando una respuesta.» No lograba entender semejante sinsentido y estupidez. Ni que la vida fuera una puta película romántica. Sin embargo, hoy, mientras hablaba con mi madre la entendí.

Al fin reuní el valor suficiente para ver a mi padre. No sé si estamos listos, sobre todo yo, para soltarle semejante bomba dada su enfermedad. Primero quise venir a verle para ver qué tal se encontraba. No es que me preocupara realmente su salud. O sí. No lo sé porque sigo sintiendo un revoltijo de emociones en el pecho. Sigue siendo mi padre, tenemos la misma sangre. Y pese a ello, hace mucho tiempo que dejé de sentirlo como tal.

El caso es que me presenté aquí con la firme convicción de verle después de años sin hacerlo. La última vez que nos vimos cara a cara fue cuando acompañó a mi madre en su viaje. Y tampoco es que le viera mucho el pelo.

Cuando llegué a la casa de mis padres, fue mi madre quien abrió. Acabamos sentados en la cocina, en la isla central con una taza de té. La noté algo triste y apagada, como si necesitase a alguien que la escuchase de verdad por primera vez y expresar sus sentimientos. Por mucho que mi madre quiera aparentar delante de los demás tiene que ser duro cargar con esa máscara todo el día, mostrándose como una persona totalmente diferente a la que es. Puede que mi padre ya no le propine semejantes palizas, pero ella sigue cargando con ese dolor sobre sus hombros. Por no decir que dudo mucho de que ese hombre, por muy enfermo que esté, haya dejado de insultarla y tratarla de la forma en que menos se lo merece una mujer. Seguirá estando muerta de miedo.

Hemos hablado durante horas. Al principio, sobre temas sin importancia. Después sobre la decisión que tomé de trabajar en los negocios de mi padre. Ella sabe a la perfección el motivo por el que acepté. Razón suficiente para sincerarme y contarle lo que ha ocurrido con Sam. Una cosa llevó a la otra y acabó diciéndome que, si quería volver a enamorarla que no desistiera, que luchara por ella y que le hiciera sonreír. Según parece, eso era importante para mi madre.

—Cariño, para enamorarla debes hacerle reír. ¡Mucho!

—El problema, mamá, es que cuando la veo reír soy yo el que se enamora más de ella. Y no sé si algún día podré tenerla...

Finalmente, fuimos nosotros quienes acabamos haciéndolo. Carcajeándonos por lo que nos estábamos diciendo. Fue bonito verla así y apreciar esas arrugas de felicidad en las comisuras de sus ojos.

Al calmarnos recondujo de nuevo la conversación hacia algo que no me esperaba. Mi futuro. Ella era conocedora de cuánto amaba la fotografía.

—Esta es tu vida, Erick. Tu sueño. Si estás seguro de algo, ¡hazlo! Si crees en algo, ve a por ello —palabras suficientes para darme el empujón que necesito y hacer lo que vine a hacer. — *Que nadie intente convencerte de lo contrario. ¡Tienes una sola vida! Y es muy corta, tú lo sabes bien, cariño. Demasiado. Se pasa en un suspiro y sin darte cuenta. Nunca he estado de acuerdo en que tu padre te obligase a estudiar algo con salida o que trabajaras para él. Las personas no somos autopistas con carreteras perfectas. Tenemos que ser carreteras secundarias para ir a adonde queramos. Con sus desvíos, sus curvas, sus pavimentos sin asfaltar y dificultades que superar... Pero siendo felices, Erick. Vivimos en un mundo materialista y egoísta. Créeme, se de lo que hablo y no sabes cuánto me arrepiento de no haber tenido antes esta conversación contigo. He sido una cobarde tantas veces...*

—Mamá, no has sido ninguna cobarde.

—Mira, cariño, en esta vida no hay nada seguro, por eso ten la mente abierta y el corazón aún más. No malgastes tu tiempo, hijo. Lucha por lo que deseas y al cuerno lo demás —me lanzó una sonrisa de satisfacción y ternura.

La conversación fue convirtiéndose en algo más profundo y agradezco que se haya sincerado conmigo, a pesar de ser su hijo.

—¿En qué momento se convirtió en un monstruo? ¿Cómo no pudiste verlo?

—Me sentía frustrada y agotada. La maternidad ya es bastante dura como para lidiar con un marido así, lo sé. Pero no me quedó más remedio, Erick, porque cuando tú naciste, y años después tu hermano, nada más me importó. Solo vosotros. Y hubiera dado mi vida si con eso me aseguraba de que ibais a estar bien. Aun así, él siempre se sale con la suya. Siempre, Erick.

Las lágrimas se agolparon en sus ojos y sus dedos temblaban al recordar. Estábamos sentados uno frente al otro, así que cogí sus manos para envolverlas con las mías y me las llevé a los labios para besarlas con cariño. No se merece haber vivido una vida así. Nadie se lo merece, pero es mi madre y duele ver que ha sufrido durante tanto tiempo y que sigue haciéndolo.

A pesar del dolor que sentía siguió contándome.

—Al principio, los malos tratos comenzaron con simples contestaciones o algún insulto. Pensé que tu padre estaba cansado y estresado por la vida que llevaba y lo pagaba conmigo al llegar a casa. A veces, el simple hecho de que se me resbalara un plato y se rompiera al caer al suelo era motivo suficiente para dejar salir a la bestia. Después se arrepentía y me colmaba de cariño, me cuidaba y me amaba como el hombre del que se suponía que me había enamorado. Me quedé embarazada y aquello pareció hacerle feliz. Durante un tiempo estuvo muy atento conmigo y se desvivía por cuidarme. Cuando naciste estaba pletórico, hasta que su obsesión por pensar que lo engañaba con otro hombre apareció y me acusó de que tú no fueras su hijo. Nada más hay que veros juntos para saber que su sangre corre por tus venas.

Apreté la mandíbula con rabia, porque lo que menos me gusta es parecerme en nada a ese hombre.

—Él estaba obcecado, no veía más allá. Pensaba que lo abandonaría. Pasaron los meses y aquellos insultos pasaron a ser los primeros golpes y puñetazos. Más tarde, volvía a arrepentirse y me pedía perdón. Estaba cansada... Él dejó de ser mi lugar seguro y supongo que yo dejé de ser su princesa, la misma por la que luchó para ganarse su corazón. Supongo que al pensar que ya era suya, se mostró como era en realidad. Le pedí el divorcio, Erick, estaba decidida. No me gustó su respuesta. Lloré, grité, golpeé... pero después callé y obedecí, porque tu padre, cariño, me chantajeó con lo único que sabía que podía hacerlo. Tú y después tu hermano. Lo urdió haciéndome creer que os haría daño. Y estaba convencida de que lo haría. Además, en mi ingenuidad por no desear que ese hombre fuese como era, me hizo firmar unos documentos que

supo disfrazar muy bien, por lo que a partir de entonces fui partícipe de todos sus negocios ilegales. Según esas firmas yo estaba al tanto de todo lo que hacía y de dónde había salido nuestra fortuna, por lo que me convertí en su cómplice, con la añadidura de que si me atrevía a llevarle la contraria o a no ejercer como una buena esposa os destrozaría la vida a Marc y a ti. Las cosas siempre se han hecho según el criterio de Martín, según su voluntad. Y yo, cariño, cuando tu hermano falleció y tú te marchaste, yo ya estaba demasiado cansada de ir en contra. Hace mucho que lo dejé estar.

—Cabrón, hijo de puta...

Solté casi en un murmullo bajo la mirada de preocupación de mi madre. La rabia me ardía por la sangre y la sentí correr por todas las venas. Mi mente marchaba a una velocidad pasmosa pensando en que no podía esperar más tiempo para hacer frente a mi padre.

Me obligué a salir al jardín de casa para coger un poco de aire fresco. La confesión de mi madre me ha descuadrado un poco y necesito pensar con claridad. Si por mí hubiese sido habría subido a esa habitación y le hubiera dado yo mismo una paliza a ese hombre. Pero no puedo dejarme llevar de este modo, no cuando la rabia que siento se ha adueñado de todo mi ser.

Joder, llegué a pensar que mi madre era una cobarde y una mentirosa. Menudo ejemplo nos estaba dando a Marc y a mí. Mamá no tenía agallas para dejarlo, denunciarlo y reclamar a los cuatro vientos la vida que realmente se merecía.

Y ahora soy consciente de que sacrificó su vida por nosotros. Mi madre le amaba de verdad, siempre a la espera de que él la admirase. Ella abandonó sus propios sueños, deseos, toda su juventud... No pudo demostrar lo diferente que era de los que la rodeaban. Estuvo en los peores momentos de mi padre, esperando a que algún día él hiciera lo mismo con ella. Sin embargo, mamá jamás nos lo dijo, pero quería llorar y expresar esos sentimientos que la obligaron a reprimir. He sido un auténtico imbécil por no haberlo visto antes.

Había venido con la clara decisión de subir a ver a mi padre, pero ahora mismo no puedo. Sé que cuando lo tenga delante me será difícil controlarme y no puedo mostrarme así frente a él, no puede ver que pierdo los papeles.

Necesito serenarme.

Me despido de mi madre, salgo disparado y subo al coche para ir al único sitio que necesito estar ahora mismo para hallar algo de claridad en mis decisiones.

Esto es algo que también le incube a él.

36
ERICK



—Perdóname, enano.

Miro a ambos lados para cerciorarme que el vigilante de seguridad no me haya visto. No es la primera vez que me cuelo aquí a estas horas de la noche.

Me siento a su lado, sobre el césped y apoyo mi hombro en esa piedra grisácea, fría y lúgubre, que tan poco me gusta. Mi padre quiso enterrarlo en un mausoleo familiar. Su afán tan solo era que incluso la gente que visitara el cementerio pensara que nuestra familia era importante. Llevamos el apellido de los De la Torre, no podía ser menos. Y con esas, no sé cómo finalmente mi madre consiguió darle a mi hermano la sepultura que quiso; un lugar sencillo y dispuesto solo para él.

Inspecciono el suelo, donde unas flores blancas algo mustias adornan la piedra. Una rosa blanca, que no tiene nada que ver con el resto, sobresale sin querer entre las otras, como si ese no fuese el sitio en el que la han colocado y se hubiera caído.

Sostengo la flor por el tallo largo y la observo con el ceño fruncido. No sé quién la habrá dejado aquí, porque tengo entendido que es mi madre quien limpia la tumba de Marc y quien cambia las flores cada cierto tiempo.

Empiezo a hablarle mientras observo los pétalos que han empezado a marchitarse.

—Siento no haber venido antes y estar fuera de casa tanto tiempo. Pero necesitaba irme, ¿sabes? Si te contara todo lo que ha ocurrido en este tiempo no te lo creerías. O sí, porque en el fondo sé que me cuidas allá donde estés. Eres mi ángel guardián.

Cojo aire profundamente mientras sigo ensimismado en la rosa blanca.

—La perdí aquel mismo verano. Increíble ¿a que sí? A la única chica que amé de verdad y la perdí. A día de hoy sigo queriendo averiguar qué fue lo que le ocurrió para que me dejara así. Creo que se asustó por algo. Y a mí me dejó muy jodido. Jodido de verdad. He compartido citas con chicas que han estado en mi vida de paso, comparándolas a todas con ella. Para mí, Sam, siempre será más que ninguna de ellas. Te vas a reír, —lo hago yo por él, soltando una risa burlona —pero fue Daphne quien me ayudó a reconocer lo que me ocurría y con la única persona con quien compartí cómo me sentía. Ella me entendió a la primera y consiguió que mi vida siguiese su curso. No obstante, pensaba demasiado en ello.

Recuerdo aquel día que lo cambió todo como si lo hubiese vivido hoy mismo.

En cuanto la perdí de vista me adentré en la casa, completamente hastiado, cabreado y roto por dentro. Fue como si me hubieran asestado una puñalada en el estómago o como si me arrancaran el corazón de cuajo. Al pasar por la biblioteca un pensamiento fugaz me vino a la mente. Algo había pasado allí dentro para que Sam fuera una chica distinta a la que fue la noche anterior. Él

tuvo que estar detrás de lo que aconteció. Si no, ¿qué otra explicación habría? Nuestro padre tuvo que acojonarla. Sin embargo, cuando abrí la puerta con rabia me encontré aquel lugar vacío. Fui a buscarlo a su despacho con la convicción de que él tenía que ser el motivo por el que Sam había huido de mí. Me lo encontré sentado frente a su mesa de caoba, escribiendo sobre unos papeles y con un vaso de un grueso cristal, que reposaba sobre la madera, lleno de un líquido ambarino. ¿Cómo es posible que ya pudiese beber a esas horas de la mañana? Pensándolo bien, no sé de qué me sorprendía, pues durante un tiempo yo fui igual que él.

—¿Qué le has hecho? —me abalancé hacia su mesa con toda la cólera circulando por mi cuerpo. Apenas levantó la mirada de esos jodidos papeles. Elevó una de sus gruesas y canosas cejas y se tomó unos segundos para responder.

—No sé de qué me estás hablando —soltó el bolígrafo de diseño sobre los papeles y pegó un sorbo de su vaso.

Di un golpe en la mesa con la mano, cabreado por la situación. El cosquilleo de dolor que sentía por la fuerza del golpe siguió incluso minutos después.

—Hablo de Sam. ¿Qué le has hecho? —volví a preguntar.

—Hijo, cálmate, no sé a qué te refieres y no entiendo qué quieres decir —se echó hacia atrás y se acomodó en su silla, uniendo sus manos sobre su traje impoluto. Verlo de ese modo me puso aún más de los nervios.

—Sabes perfectamente a lo que me refiero. Sam ha salido disparada de la biblioteca, llorando, y parecía otra chica a la de anoche. Acaba de irse sin darme ninguna explicación convincente. ¡Y tú has tenido algo que ver!

—Erick, Erick... —entonó mi nombre con sorna —Parece que aún no conoces a las mujeres. Después de todo lo que te he enseñado... No puedes confiar en ellas, hijo. Si te descuidas te sacarán los ojos a la mínima. ¿Quién las entiende? Ni ellas mismas lo hacen. —Hablabas con tanta seguridad, con tanta tranquilidad, que de verdad parecía que él no había hecho nada. Según seguía hablando la furia se apoderaba aún más de mí. Joder, de lo único que tenía ganas era de darle un puñetazo y partirle la cara a ese hijo de puta.

Se levantó del asiento, cogió el vaso de cristal y se dirigió hacia la ventana del despacho con toda la seguridad que engloba a un hombre de negocios como él. Dio otro sorbo con parsimonia.

—Si tu noviecita se ha largado será por algo. Tan solo es una niña, Erick. Se habrá dado cuenta de que echaría a perder su futuro si se quedaba contigo. Te repito que yo no he tenido nada que ver en lo que haya hecho esa niña.

—Ni se te ocurra llamarla así ¿me oyes? —tan siquiera me di cuenta que lo alcancé en unos cuantos pasos y lo encaré. Su frente casi rozaba la mía. —Estoy harto de ti. Estoy cansado y esto se acabó. No te soporto más. No pienso aceptar nada de lo que me dijiste anoche y ni por asomo quiero parecerme a ti. ¡Me voy!

No tardé en darle la espalda, pero en cuanto estuve a punto de salir por la puerta me detuvo con su ruda y áspera voz.

—¡Erick! —me quedé petrificado ante ese sonido, porque estaba cargado de veneno y de amenazas. Ya la conocía. La había escuchado demasiadas veces a lo largo de mi vida. —Vas a aceptar la propuesta y vas a llevar los negocios de Nueva York. Te vendrá bien un cambio de aires. —Volvió a beber con frialdad. —O si no...

—¿Si no qué? —me giré para sostenerle la mirada. Tenía los puños tan apretados que hasta pensaba que me lastimaría.

—Si no, esa muchacha jamás conseguirá nada de lo que se proponga y le arruinaré la vida. ¿Entendido? Además... —observó el jardín por el ventanal —te ha dejado ¿no? Alguien que te

quiere no se larga sin dar una explicación y te deja plantado como un auténtico gilipollas —elevó sus comisuras en una especie de sonrisa malévola. Se notaba que estaba disfrutando con toda esta situación, haciéndome creer de nuevo que nadie me quería y se quedaría a mi lado después de quién fui. Se hubiera marchado Sam por cuenta propio o bajo amenaza, la cuestión es que el malnacido de mi padre se volvió a salir con la suya.

Y odiaba darle la razón. Porque si en algo la llevaba era en que cuando uno ama de verdad a alguien no se larga sin más.

Y por mucho que ver marchar a la pelirroja me hubiera destrozado el corazón, yo jamás podría dejarla de amar. Si había alguien que no se merecía sufrir en la vida, esa era ella.

Así que salí de aquel despacho con la certeza de que me marcharía a Irlanda un tiempo, realizaría el viaje que tanto ansiaba y aprovecharía el billete que Pedro y Carlota me regalaron. A mi regreso aceptaría trabajar en el negocio de mi padre si con ello Sam estaría a salvo de la maldad de ese monstruo.

Sigo con la rosa entre los dedos, observándola, perdiéndome en sus pétalos negruzcos por la poca luz que me rodea.

—Vine, no solo por la boda de Óscar, sino porque lo vi como una oportunidad para demostrarle a nuestro padre que no se seguiría saliendo con la suya, que la supremacía que había creado a costa de los demás iba a derrumbarse. Lo que no esperaba fue que nuestra madre me confesara que está enfermo. Y ahora estoy hecho un lío. ¿Qué hago, Marc? Mamá merece ser feliz. Todos merecemos ser felices.

Más recuerdos me sobrevienen.

—Siempre has sido su favorito. No sé por qué, pero el caso es que lo eres.

—No digas tonterías, Erick —responde mientras lo observo ensimismado en todo ese desastre que tiene esparcido por varias mesas que ocupan su habitación. Marc siempre ha sido un genio en cuanto a crear música. Desde pequeño ha sido autodidacta, creando obras musicales por pura inspiración.

Sigue con la vista clavada en su gran ordenador. Tiene abierto el programa que le permite grabar, editar y producir música. El cual cubre todas las partes del proceso de producción musical, desde la grabación digital de audio hasta la creación de ritmos y melodías con instrumentos virtuales, pasando por el uso de defectos para conseguir un sonido excelente y perfeccionar la mezcla final de todas las pistas. Y esta información la sé no porque sea un sabelotodo en música, sino porque Marc siempre me explica con admiración lo que le apasiona y yo siempre le escucho con mi mayor atención.

—No son tonterías, Marc. Es la verdad—. Detiene sus dedos que, hasta ahora, los tenía sobre el controlador MIDI. —A él le encantaría que fueses tú quien llevaras las riendas del negocio cuando él ya no pueda. Sin embargo, tengo que ser yo quien lo haga.

—Pues tendrá que esperar demasiado para que llegue ese día, porque jamás le daré el gusto. Puede que sea un crío de quince años, Erick, pero tengo muy claro lo que quiero y lo que no. Y lo siento por él, pero nunca aceptaré.

Me quito la chaqueta y la dejo sobre los pies de su cama. Hago lo mismo con los zapatos y los deslizo hacia un lado del suelo.

Suspiro.

—Lo harás. Ya te digo que lo harás. Nuestro padre se mueve por interés y hace que la gente le obedezca mediante el chantaje. Y en eso es un experto. Dará con la manera de chantajear a ti cuando llegue el momento —me tumbo boca arriba en la cama de mi hermano con los brazos bajo la cabeza y paseo la vista por el techo, decorado con luces neones azules y rojas repartidas

por cada esquina.

Marc deja de hacer lo que lo tenía tan entretenido y me mira con el ceño fruncido. Se levanta de la silla y se coloca a mi lado, de pie junto a la cama. Llevo mis ojos a los suyos y lo recorro con la mirada. Nos parecemos demasiado, aunque él aún sea un adolescente y tenga rasgos infantiles entremezclados con los signos más maduros que empiezan a hacer acto de presencia.

Me mira desde su altura antes de hablar.

—¿Con qué te ha chantajeado a ti? —levanta una ceja esperando respuesta.

El silencio se apodera de la habitación por unos segundos. Me lleno el pecho de aire para soltarlo con lentitud.

—Nada importante. No te preocupes por eso, enano. Yo me encargo de todo. Tú a lo tuyo, ¿vale? Eso que estabas haciendo sonaba realmente bien. Llegarás lejos.

Me reincorporo para sentarme en el borde de la cama. Marc me imita y el colchón se hunde a mi lado cuando se sienta. Se ha quedado pasmado mirándose las zapatillas y suspira con pesadez. Yo opto por coger mis zapatos y la chaqueta e ir a mi habitación para cambiarme. Este traje me está agobiando.

Cuando voy a cruzar el umbral de su puerta, esa voz que abandonó hace algún tiempo su tono agudo por uno más grave y una intensidad mayor me detiene.

—Erick...

—¿Hmmm? —me quedo de medio lado para observarlo.

—Gracias —clava su mirada oscura sobre la mía.

—¿Por qué?

—Por ser el mejor hermano —Marc es un chico demasiado listo, siempre lo ha sido. Y no hace falta que verbalice que con aquello que me chantajeó mi padre fue con él, porque mi hermano pequeño ya lo ha deducido por sí solo.

—Cuando naciste te hice la promesa de que siempre te protegería, enano. Y solo la muerte podrá hacer que la incumpla.

Marc asiente antes mis palabras, elevando sutilmente sus comisuras.

—Y lo estás cumpliendo con creces. Te mereces ser feliz, Erick. Merecemos ser felices.

Intento desviar el tema.

—Oye, ¿qué te parece si cogemos un par de refrescos, nos preparamos algo de picar y nos bajamos a la sala antes de que anochezca? —nuestra casa queda lejos de la ciudad, pero vine para descansar un poco, ya que mi padre me había tenido todo el día de papeleos. Sin embargo, esta noche me quería presente en uno de sus tantos clubes y tendré que volver a la capital. No obstante, eso puede esperar. Ahora quién me importa es Marc y el resto del mundo que se vaya a la mierda.

—Me parece buena idea —esta vez sonrío abiertamente.

—Genial. Me cambio y bajo.

—Te espero en la cocina.



—Has vuelto.

—Sí. Vine con una idea clara de lo que quería hacer, pero tuve miedo de arruinarte aún más la vida, mamá.

—Oh, cariño... —envuelve mi cara entre sus suaves y delicadas manos —tú jamás podrías hacer tal cosa.

—Te quiero, mamá —la atraigo hacia mí y la rodeo entre mis brazos. Aprieto su cuerpo contra mí y me parece aún más menuda, como si se hubiera convertido en una niña pequeña que lo que único que ansiaba es que la protegieran de los monstruos. —¿Confías en mí? —se separa muy despacio y estudia en profundidad la oscuridad de mis ojos.

—Por supuesto que sí, hijo.

—Bien —cojo sus manos entre las mías y me las llevo a los labios para besarlas.

La esquivo y enfilo la escalera hacia la planta superior.

—Erick... —me giro para verla —Suerte, cariño.

Tardo más de la cuenta en girar el pomo de la puerta. La última vez que estuve en esta parte de la casa fue hace seis años, cuando una pelirroja envolvía mi mano con vendas y se sentaba sobre mi regazo para escucharme decirle que ella era mi mayor sueño.

Horas después desapareció de mi vida.

Cojo el suficiente aire para retenerlo en los pulmones y me dé las fuerzas necesarias para volver a estar cara a cara con ese hombre.

Propino un par de golpes leves con los nudillos sobre la madera para avisarle de que alguien entrará. No sé por qué lo hago realmente, pero el caso es que lo hago, especulando que así mi padre pensará que al menos soy educado y será una cosa menos que echarme en cara.

Abro directamente sin esperar a que él me dé permiso para ello. En cuanto pongo un pie en la habitación me quedo paralizado.

—Erick... —llevo tiempo sin hablar con mi padre. Al parecer demasiado, porque no recordaba así su voz. Tan apagada, tan ronca, tan añosa... Tan enferma.

Lo segundo que me llega después de su voz es el olor. O más bien, los olores, porque no solo se apreciaba uno, sino una mezcla de todos ellos. Huele a productos de higiene y desinfección. También a medicamentos, alcohol, antisépticos y una gran variedad de químicos. Y todo eso sumado al olor personal de mi padre y al aromatizante de vainilla y lavanda que seguramente habrá colocado mi madre en algún rincón de la estancia para hacer desaparecer un poco la

penetrante esencia de todo lo demás. Queda claro que no sirve de mucho.

Tan solo llevo aquí unos segundos y el aire que empiezo a respirar ya me está asfixiando.

Mi padre levanta más la vista y sonrío de medio lado, como si en el fondo se alegrara de verme. O puede que sea su propia arrogancia y altivez. Nuestra relación de padre e hijo murió hace demasiado tiempo. En concreto, cuando yo tenía siete años y lo descubrí dándole, la que para mí fue, la primera paliza a mi madre. Recuerdo la furia de las palabras que le lanzaba y que enrareció el ambiente y lo llenó de dardos envenenados que iban directos a mi madre. Pude ver cómo la agarraba por los brazos y la zarandeaba. No creí que fuera real lo que había visto, pero lo fue, y supe con total convicción que si hubiera intentado separarlo de ella yo también me habría llevado algún golpe. Lo único que me vi capaz de hacer en mi corta edad fue ir en busca de Marc que jugaba en su parque para protegerlo y que no escuchara el sonido de los golpes, a pesar de que en su primer año de vida no se enterase de nada de lo que ocurría a su alrededor. Desde aquel instante perdió el respeto que le pude tener en algún momento, por lo que dejó de ser mi héroe sin capa para convertirse en el villano de la historia.

Frunzo el ceño ante ese recuerdo.

—Has venido... —lo dice en un tono que no transmite nada. Ni alegría, ni rechazo, ni sospecha, ni miedo. Nada. Simplemente como el hecho que es. Y qué triste que ni él sienta algo por mí.

No he sido capaz de pronunciar nada todavía. Quizá sopesando la situación y armándome de valor. Avanzo con pasos lentos hasta llegar al borde de esa cama articulada y característica de un hospital en la que está recostado, tapado con una fina sábana blanca y sus brazos lacios a ambos lados de su cuerpo. Según me ha contado mi madre, todo empezó con un hormigueo, seguido de la debilidad muscular y pérdida del equilibrio. Y por lo que se ve está en el punto de la parálisis, porque ni es capaz de mover sus delgados dedos sobre la tela.

Lo observo desde mi altura, con mis manos escondidas en los bolsillos.

—¿No vas a preguntarme cómo estoy?

—No creo que haga falta. Tengo ojos en la cara y tu aspecto es deprimente.

—Vaya, directo y sin escrúpulos. Al parecer sí que te he enseñado algo, al fin y al cabo.

Frunzo aún más el ceño y arrugo los dedos dentro del pantalón.

—¿Y cuál es el motivo de tu visita? Porque dudo mucho que hayas venido para ver cómo me encuentro.

Río por la nariz y niego varias veces.

—¡Mírate! —clavo mi mirada en la suya a la par que me yergo más. —La misma vida te ha castigado.

—¿Castigado?

—Sí. Por mamá, por mí... por Marc.

—No digas tonterías. En estos años he hecho todo lo que tenía que hacer para que nuestra vida fuera perfecta —no doy crédito a lo que oyen mis oídos. —Tu madre es mi mujer y debía comportarse como tal. Tú eres mi hijo ¿no? Me debes un respeto y en todos estos años te he dado lo mejor. Y, en cuanto a tu hermano... Yo no tuve nada qué ver. Fue un accidente y te recuerdo que eras tú quien conducía.

Me sobran segundos para echarme encima de él y agarrarlo por el cuello de su oneroso pijama. Me arde la sangre, la piel, me duelen los dedos por la fuerza que ejerzo contra la tela celeste y de tacto suave. Tengo su rostro casi pegado al mío. Se merece que alguien le haga pagar por todo el daño causado a lo largo de los años. Joder, sería más que feliz asestándole un puñetazo. Pero no olvido que es mi padre y... está enfermo.

Martín aprovecha mi lucha interna para cortar de raíz con mis pensamientos.

—En el fondo siempre supe que eras un violento, hijo.

Lo suelto en el acto y me separo de él. Yo no soy así. No soy como él.

—Soy tu padre, Erick. Nunca me harías daño.

Lo que ocurre es que yo no veo a un padre. Solo veo a un monstruo que le hizo la vida imposible a mi madre. La maltrató, la chantajeó y la alejó de aquello que la hacía feliz. Este hombre que tengo delante fue el causante de que mi hermano se empeñase en venir conmigo a aquella maldita fiesta que tuvo como trágico final su muerte. Una parte de nosotros, de mi madre y mía, murió con él aquella noche. No me bastó saber que el desgraciado que conducía borracho y se salió del carril pagara por lo que hizo, porque para mí el responsable de todo fue Martín, mi padre. Por su culpa me convertí en un fantasma de mi propia vida, lo cual duró más tiempo del que deseé. Con la pérdida de mi hermano deambulé por el mundo de mi progenitor sin ser consciente del agujero negro en el que me adentraba. Vagaba alcoholizado, depresivo, usando su dinero, manipulando a gente y creando conflictos para conseguir lo que él deseaba. Mis adicciones alteraron mis estados de ánimo. Sentí la depresión, la irritabilidad, la ansiedad, la agresividad y el insomnio si a todo le sumabas las pesadillas que tuve desde el accidente. Mi padre en lugar de ayudarme me alentaba más. Sabía que así podría mangonearme a su antojo. Y mi madre... A mi madre la obligó a desentenderse de mí. Suerte que mi ángel guardián logró que Pedro se cruzara en mi camino. Si no, puede que Marc y yo nos hubiéramos reunido antes de tiempo.

Así pues, ni pestañeo al soltarle lo que me había propuesto.

—En realidad, he venido para hablar de mi futuro. Y ya puestos, del futuro de todos. Del tuyo también, lo poco que te quede de él.

Casi no puede moverse, pero lo conozco demasiado bien y sé que ahora mismo se está revolviendo en esa cama.

Odio esta situación. No quiero ni me apetece tener que estar aquí ni un segundo más. Todo podría haber sido tan diferente si él no fuera el monstruo que es. ¿Soy una mala persona por estar dispuesto a hacer sufrir a mi padre? Mi desprecio hacia él, en gran medida, tiene que ver con cómo ha tratado a mi madre y que eligiera su propio imperio antes que a su familia.

—Yo te quería ¿sabes? Anhelaba pasar tiempo contigo, pero el tiempo me explicó el por qué era mejor que no estuvieras ahí. Cuando te miraba solo veía a un monstruo del cual no quise ser víctima. No obstante, por mucho que me empeñase en no serlo, todos lo fuimos. Mamá, Marc y yo. Comprendí que no era amor lo que sentías por nosotros. La lujuria y perversidad que vislumbraba en tus ojos me repugnaba, al igual que ahora. No podré borrar el daño que hiciste, pero si puedo prevenir el que harás.

—¿A qué te refieres, Erick? No me vengas con gilipolleces.

Soy plenamente consciente de que la rabia lo está consumiendo. Él mismo me daría una paliza ahora mismo si pudiese.

No es el caso, así que continuo...

—Estos últimos años he estado averiguando qué era lo que podía hacer para quitarte todo cuanto tenías. Créeme, no ha sido fácil. Lo has sabido hacer muy bien. No obstante, siempre se escapa algo. Una firma en el lugar equivocado, un papel mal escondido, un poder notarial que creías haber cambiado, alguien que se ha hartado de tus chantajes y manipulaciones y se va de la lengua... ¿Sabes? En algo sí que llevabas razón, el dinero mueve el mundo y es alucinante lo que puedes llegar a conseguir con una cuantiosa recompensa a ciertas personas que no se atrevían a confesar por miedo.

—¿Se puede saber de qué demonios estás hablando, Erick? —me giro y me dirijo hacia la

ventana. A través de ella vislumbro el jardín oscuro, iluminado solamente por algunos puntos de luz en sitios estratégicos.

Evado su pregunta.

De momento.

—Luego está mamá... Dios... La has hecho tan infeliz toda su vida. Tenías a una gran mujer al lado y la has tratado de la peor forma que podrías haberlo hecho. No es fácil entender a una persona que sufre ese tipo de maltrato y no hace nada al respecto. Sin embargo, ahora comprendo tantas cosas que estoy muy orgulloso de haber dado el paso que llevo años planeando. Sí es cierto que no contaba con tu enfermedad y eso ha hecho que hayamos tenido que reajustar un poco el plan.

—¿Hayamos? —indaga totalmente cabreado. Pensando, quizá, a quién tendrá que quitarse del medio por traicionarlo y ayudarme a mí.

—Oh, sí —me vuelvo para clavar mi mirada en la suya. —Daphne se encargará de todo. Hemos trabajado todos estos años en dar con aquello con lo que poder hundirte. No te mereces nada de lo que has conseguido. No a costa de otras personas. Resulta que has hecho algunos negocios sucios que pretendías mantener escondidos con las tapaderas de tus *clubes*. Drogas y chicas. ¿Te suena algo? Lo que ocurre es que Daphne es buena, muy buena de hecho. La mejor en lo suyo. Y la mayoría de esas chicas que trabajan en tus *clubes* privados no están ahí por voluntad propia. Además de que no sé si sabes que la trata de personas con fines de explotación sexual es delito... —Suelto una carcajada que mi padre siente como una maldita bala impactándole en el pecho. —Joder, claro que lo sabes. Por favor, estoy hablando con el mismísimo Martín de la Torre, ese hombre que se piensa dueño y señor del mundo. Piensas que todos lo que te rodean están a tu disposición, que puedes hacer y deshacer a tu antojo, como si te creyeras mi Dios, nuestro Dios, y pudieras controlarlo todo. Lo que ocurre es que ya me harté de tu altanería y que pienses que lo tiene todo bajo control. Resulta que no es así.

Palidece por segundos al escuchar lo que he venido a decirle.

Esta decisión fue algo que tomé solo. Fue a Daphne a quién le confié toda nuestra vida y la que aceptó echarme un cable para encontrar una solución a lo que llevaba años carcomiéndome por dentro. Después, su implicación cambió cuando encontró documentos y pruebas de las que no teníamos idea, ni yo ni mis tíos, y sobre todo cuando me sinceré con ella al confesarle cómo era mi padre. Creo que el hecho de que fuera un maltratador la cabreó más que todo lo demás. Si alguien más se hubiera enterado; mi madre, mis tíos, mis amigos o la misma Sam ahora que ha vuelto a estar en mi vida, me hubieran convencido para que no lo hiciera, sabiendo que cabría la posibilidad de que después me arrepintiera y tuviera que sufrir las consecuencias de mis actos. Bastante cargué ya con la culpabilidad que sufrí hace años al perder a Marc como para cargar también con esta.

Y el que esté enfermo cambia el plan inicial. De nada serviría hacer que le arresten a él, pues sin un delito a su espalda como mucho le echarán de cinco a ocho años y al estar en este punto de la enfermedad lo más probable es que ni pise la cárcel. Lo más seguro es que la multa que tendría que abonar sería una migaja para él.

Por eso, quitarle todo cuanto tiene y que vea cómo su imperio se hunde y va desapareciendo junto a él es el mayor castigo que puede tener. Bastante tendrá cuando entienda que no le queda nada y las personas a las que debería haber amado serán felices sin él. Este hombre ya está muerto en vida. Siempre ha vivido por y para él. Si le quito todo eso, se lo habré quitado todo.

Obviamente, no solo está mi padre. Aquel que haya coordinado el negocio junto a Martín y haya formado parte de una manera u otra pagará por ello.

Me quedo mirando a mi padre y le concedo unos minutos para que piense en lo que le he contado.

Ahora el débil es él, cuando toda su vida nos dejó muy claro que los débiles éramos nosotros.

—Con el fallecimiento de Marc siempre pareciste más decepcionado que dolido. Cuando murió, tus planes por ningunearlo y que trabajase para ti como siempre habías querido se fueron por el desagüe de tus propósitos. Cuando mencionaba a mi hermano siempre fijabas tu interés en otro asunto y hacías como si no me escucharas. Marc dejó de existir para ti. Tan siquiera te dolió su marcha. Entonces, tan solo te quedaba yo. Qué remedio, ¿verdad? Tuviste que aprovechar mi momento de debilidad y cuando más vulnerable me sentía. Ya no me tratabas con el menosprecio que me dedicaste años atrás por ser diferente a ti. Sin embargo, te empezaste a interesar por mí y en ese momento de bajón te metiste en mi cabeza para que hiciera y deshiciera a tu antojo. Pusiste todo tu empeño en corromper al único hijo que te quedaba a base de alcohol, drogas y mujeres. Hasta que alguien me encontró y recibí la ayuda que mi propio padre debió ofrecerme. Después de aquello no llegué a ser el mismo que era. Hasta que...

Enmudezco para no hablar de ella. No pienso contar nada de Sam frente a mi padre.

—Basta ya, Erick. Aunque esté postrado en esta cama sigo teniendo poder y amigos con los que contar si necesito ayuda.

—¡JÁ! —no puedo evitar soltar una risa sarcástica. Solo una y bastante irónica para ver si así capta el mensaje. Mi padre no tiene amigos. No de los de verdad. Su vida, nuestra vida, ha sido siempre una gran mentira ante los demás, ante esos que él llama amigos, pero que solo son personas con bastantes contactos y el suficiente dinero como para tirar de agenda y chantajear cuando Martín los necesitaba. Toda nuestra vida en familia era una tela tejida a base de secretos, puñetazos, sonrisas falsas, peleas y mentiras. —Tú no tienes amigos y lo sabes. A ver, dime, ¿quién de todos esos amigos que dices ha venido a verte? —enmudece y aprieta la mandíbula—. Lo imaginaba. Estás solo.

—Si piensas que con eso me vas a hacer sufrir estás muy equivocado, Erick —hace lo posible porque su voz suene dura, fuerte, convincente. —¿Tú me has visto bien? A mí ya solo me espera la muerte, hijo.

—Si crees que no hay nada peor que la muerte es que realmente no sabes nada de la vida.

—¿Quieres quedarte con todo lo que me pertenece? ¿Es eso? ¿Quieres el poder que tengo yo? Niego varias veces.

—Sigues sin comprenderlo. Nunca ha sido cuestión de caprichos ni legados, papá. Ni si quiera de dinero.

Bordeo la cama y me dirijo hacia la puerta. Le echo un último vistazo antes de marcharme.

—Nunca te ha importado mamá ni nosotros. Mamá necesitaba un buen marido y Marc y yo necesitábamos un buen padre. Siempre has sido un egoísta.

Ahora mismo, con esta sensación agri dulce que siento en la boca del estómago, pienso en si mi padre conoce sus propios defectos y si en algún momento se odiará a sí mismo más de lo que ninguno hemos llegado a odiarlo.

Suelto todo el aire que estaba conteniendo y clavo mi mirada en la suya.

—Daphne se encargará de esos poderes notariales que he mencionado —contengo la sonrisa. —Y tendrás noticias muy pronto.

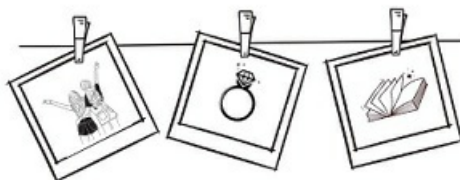
—Erick, ni se te ocurra salir por esa puerta. Si no...

—Si no, ¿qué? —hago un esfuerzo enorme para pronunciar esta última frase —¡Se acabó, papá!

Es muy extraño y puede que actuando de este modo sea igual de monstruo que él. Pese a ello,

no siento nada más que alivio al escuchar mis propias palabras. Un gran alivio que me libera un peso de los hombros y la presión que llevaba años sufriendo.
Cruzo el umbral de la puerta y desaparezco.

38
SAMY



Semanas después, se celebra la gran boda.

¡Ha llegado! Su gran día ha llegado y no nos lo creemos. Estamos tan felices por ella.

Sin duda va a ser una gran boda. Se celebra en un histórico islote artificial situado a pocos metros de la línea de costa, en una agradable playa rodeada de palmeras y pinos. Un entorno idílico. Se darán el «sí quiero» mientras los acaricia la brisa del mar. Un sueño hecho realidad para Vicky.

Los estilistas que ha contratado mi amiga ya han acabado de peinarnos y maquillarnos. Las chicas y yo vamos ataviadas con un vestido de gasa hasta el suelo con cuello en V, mangas largas y transparentes, hendidura en un lateral y en un azul polvoriento precioso.

Estamos esperando impacientes a que Vicky salga del lugar que han habilitado para poder vestirse, maquillarse y peinarse.

—¿Estáis listas? Voy a salir...

—¡Sal ya, por el amor de Dios, que nos va a dar algo! —exclama Susana.

—Vale, vale —suelta una risita de nervios.

En cuanto nuestra amiga aparece nos quedamos todas pasmadas, con la boca abierta y con alguna que otra lágrima que amenaza con salir y estropear el maquillaje. Aguantamos el tipo, hacemos tragar el nudo de la garganta y pestañeamos con maestría para que esas lágrimas no consigan brotar.

—Bueno ¿qué?, ¿no vais a decir nada? —nos sonrío pletórica.

Al final soy yo quien habla primero.

—Pues... Que... ¡Estás preciosa, Vicky! —me acerco a ella. —Óscar no sabe bien la suerte que tiene —la rodeo con los brazos y con mucho cuidado de no estropear la obra maestra. Las demás se unen y finalmente acabamos todas hechas un mar de lágrimas. Bendito maquillaje *waterproof*.

—Ya está bien de tanto llorar. Puf, madre mía, estoy muy nerviosa —se muerde el labio inferior, pigmentado en un rosa clarito perfecto para ella.

—Tú tranquila. Ahora solo tienes que disfrutar —la animan las chicas.

—Sois las mejores ¿lo sabéis? Os quiero muchísimo.

Esa declaración se me clava en lo más profundo del pecho y siento que en cualquier momento voy a lloriquear de nuevo. Todas ellas se han convertido en una parte fundamental de mi vida y las quiero. Y no sé si es por la situación, porque estoy sensible o porque además de estar feliz por ella también estoy triste. Tengo sentimientos contradictorios y siento que les he mentado todo este tiempo, cuando ellas solo se han estado preocupando por mí. Y es cierto que me propuse

sincerarme con ellas una vez pasara la boda y Vicky volviera de su luna de miel. Sin embargo, siento que el momento es ahora. Si no sé que no podré estar al cien por cien, disfrutando con mi amiga de su gran día y ni será capaz de coordinar las palabras cuando haga el brindis que me ha obligado Vicky a realizar.

—Chicas... —me muerdo el interior de las mejillas —No sé si es buen momento, pero necesito contaros algo —todas se giran y me observan expectantes.

Maca clava sus ojos en los míos y solo necesita unos segundos para saber lo que pretendo hacer.

—Necesito disculparme con vosotras por haber estado estos últimos años más ausente, algo perdida...

—Oh, Samy —Vicky me coge de las manos y nos sentamos juntas en un pequeño sofá aterciopelado en color beige muy elegante y con patas cromadas doradas que han colocado en la estancia.

Maca, Sole y Susana también se acercan y se acomodan como pueden a nuestro alrededor y sin arrugarse los vestidos.

—Veréis... Nunca conseguisteis sonsacarme mucha información sobre lo que ocurrió entre Erick y yo.

—¿Es por él? ¿Estás así por Erick? —indaga Susana. Vicky sigue aferrándose a mis manos para infundirme la valentía que piensa que necesito. Y no se equivoca. Maca me sonríe con la mirada sabiendo que esto lo debía de haber hecho hace mucho tiempo para no cargar con ese peso y dolor.

Sole frunce el ceño sin comprender muy bien por dónde van los tiros.

—Sí. La mañana que dejé a Erick tuve una conversación con su padre —desvió la mirada hacia el suelo y los recuerdos me sobrevienen. —Le hizo la vida imposible a Erick y pensaba seguir haciéndolo. Aquella noche que pasamos en la casa de sus padres, él y Martín, tuvieron una conversación bastante dura sobre su futuro. Erick me dijo aquella misma noche que yo era su nuevo sueño y que haría lo que hiciera falta por mí. Por lo que no hay que ser muy listo para saber que su padre tuvo que chantajearlo. Aquella mañana me obligué a pararle los pies a Martín y dejarle muy claro que Erick merecía ser feliz y vivir su propia vida. No obstante...

Me tomo unos segundos para coger aire y Vicky me aprieta aún más las manos.

—Finalmente, aquel hombre acabó chantajeándome a mí y me amenazó. Me obligó a dejar a Erick, sino le complicaría mucho más la vida. Con la añadidura de que la gente a la que quería más que a nada también sufriría. Joder, el muy cabrón me amenazó con mi hermana, con su bebé... —ahora sí, las lágrimas comienzan a emerger a borbotones.

Todas, excepto Maca, se quedan congeladas ante mi confesión, como si acabara de contarles una de las mayores locuras y de las que solo ocurren en los libros y en las películas. Y no las culpo. Hasta a mí me costó entender por aquella época que de verdad existieran personas así en el mundo y yo misma protagonizara uno de esos sucesos.

—Dios mío, Samy... —Vicky se tapa la boca con una mano.

—¡Será cabronazo! —insulta Susana con tal enfado que hasta se le ha empezado a hinchar la vena del cuello.

—¿Por qué no nos contaste nada? —inquieta Sole buscando mi mirada.

—Solo lo supo Maca.

—¿Tú lo sabías? —giran las cabezas hacia ella.

—Sí.

—No os enfadéis con ella, por favor —intervengo antes de que le lluevan sermones,

acusaciones o enfados. —Fue Maca quién me recogió y me desahugué con ella. Le hice prometer que no contaría nada. Además, sé que si os lo hubiera contado hubieseis hecho lo imposible por convencerme de que se lo contase a Erick, a mi familia, a todos. Y yo estaba muerta de miedo. Debí haber demostrado que era una chica madura, pero el caso es que no lo hice. Me comporté como una cría. Una semilla de temor se germinó en mi interior aquel día y sigue haciéndolo a día de hoy.

—Ahora lo entiendo todo —susurra Susana. Las demás la miran.

—¿Qué entiendes? —pregunto con el ceño fruncido.

—Pues todo. Es decir, estabais enamorados. Si alguien no quiso verlo es porque realmente estaba ciego. Lo vivimos junto a vosotros. ¿Y de la noche a la mañana te largas, desapareces y nos cuentas una milonga de que no es lo que realmente quieres, que ambos teníais otros planes, sueños en los que no había cabida para vosotros? ¡Venga ya!

—¿No os lo creísteis? —abro los ojos de par en par.

—No del todo, la verdad. Tú no hubieras reaccionado así. Pero... —sigue hablando Susana.

—¿Pero?

—Pues que si decidiste contarnos eso y actuar así supusimos que tenías una razón de peso, por lo que no quisimos ponértelo más difícil. Íbamos a apoyarte igualmente —Sole es la que deja claro que de haberles contado todo también me hubieran ayudado. Se me llenan los ojos de más lágrimas.

—Samy —Vicky me levanta la barbilla para que la mire a los ojos. Ella también los tiene anegados —¿Y qué vas a hacer ahora? ¿Vas a decírselo a Erick?

—No sé si merece la pena remover tanto el pasado de nuevo. Además, puede que la relación que tenga con su familia haya mejorado y yo no soy quién para romper eso. Erick y Sofía ya sufrieron demasiado con la pérdida de Marc.

—Samy, él también merece saber la verdad. Ese hombre sigue enamorado de ti y os merecéis estar juntos —Susana procura hacerme entrar en razón.

—Chicas, por favor, —me levanto del sofá y me limpio las lágrimas como puedo para no estropear todo el maquillaje —Erick tiene una vida en Nueva York y... me imagino que tiene novia. —Levanto la barbilla y cuadro los hombros, creyendo que así me convenceré de ello. —Y joder, le ha sido infiel conmigo. ¡Eso no está bien! No puede volver a repetirse. Él tiene su vida y yo la mía.

—¿Y no vas a hacer nada respecto a ese hijo de puta? —aunque haya hablado Sole sé que todas opinan lo mismo.

—Claro que lo voy a hacer. Se acabó el tener miedo. Cuando pase todo esto iré hablar con él. Su hijo y yo ya no estaremos juntos, pero necesito dejarle muy claro que ya no soy aquella chiquilla que salió corriendo a la mínima. Durante años he estado esquivando las verdades porque dolían. Duelen. Demasiado. Siempre me consideré una chica valiente cuando tocaba y que encaraba esas verdades. Las afrontaba. Así que no sé por qué demonios esa vez no lo hice. No tiene explicación, ni siquiera para mí. Ni yo misma lo entiendo.

Vicky se levanta con todo ese vestido impoluto, blanco y fascinante y se dirige hacia mí.

—Porque fue la primera vez que te enamoraste de verdad y fue tan abrasador que tuviste miedo de hacer daño a los que amabas.

Vicky me abraza y yo me dejo hacer por su cariño.

—Oh, Samy, cielo...

Las demás también se acercan y acabamos abrazadas de nuevo.

—Cuenta con nosotras para lo que necesites —suelta Sole.

—Y si hay que romperle las piernas a alguien conozco a la persona idónea —Susana levanta varias veces las cejas, lo que nos hace a todas carcajearnos.

—Tranquilas, chicas. Puedo sola. Aun así, gracias. Soy muy feliz de teneros. Quiero que sepáis que sois vosotras las que me hacéis bien y me ayudáis a estar mejor conmigo misma. Gracias por inspirarme cuando yo no puedo y por ser parte de mi amor propio.

—Ay, cariño, nosotras somos las afortunadas de tenerte en nuestras vidas.

Justo en este momento siento que he dado un pasito más, el primero de los muchos que necesito para volver a coger las riendas de mi vida y empezar a sanar. Necesitaba sincerarme con ellas, son como mi familia y necesitaba soltar un poquito el lastre que cargo desde entonces. Muchas veces nos guardamos lo que nos duele por no incordiar a los de nuestro alrededor, pero es que es necesario hablar de ello para que lo que duele deje de hacer daño. Y para empezar no puedo rendirme. Da igual por qué o por quién esté luchando. Debo ir a por ello hasta el final. He comprendido que prefiero fracasar en el intento que arrepentirme de no haberlo intentado. ¿Qué es lo que puede pasar? ¿Que no consiga lo que espero? Al menos sabré que lo he intentado con todas mis fuerzas. Vivir con la incertidumbre es mucho peor.

—Bueno, yo creo que ya está bien de llorar y abrazarnos como unas locas por hoy ¿no? —Maca nos hace regresar al momento presente. —¡A este paso no llegaremos ni a la ceremonia!

—Eso, ya está bien —soy yo quien rompe el contacto y las obligo a adecentarnos. —Ahora toca disfrutar de tu gran momento —señalo a Vicky.

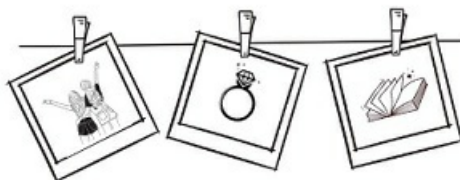
—Pues ha llegado la hora —mi amiga coge aire profundamente y se prepara para salir ahí fuera y mirar a los ojos de su futuro marido.

—Toma —Susana le tiende su ramo de novia, con eucalipto y hortensias azules, tan espectacular como su vestido, y su gran sonrisa como mejor complemento.

—Os quiero, chicas.

—Nosotras más, Vicky.

39
SAMY



Todo el mundo mira hacia atrás para verla a ella. Se giran en sus sillas para llevar sus miradas hacia ese punto en concreto por donde aparece mi gran amiga, tan radiante y con una sonrisa enorme, agarrada del brazo de su padre, orgulloso de llevar a su hija por esa alfombra blanca que la conducirá a seguir compartiendo su vida con el hombre que ama. Sin embargo, yo clavo mi mirada en Óscar. La gente siempre espera expectante la gran entrada triunfal de la novia, pero ¿qué ocurre con el novio? Es él quien espera al final del pasillo, nervioso e impaciente, a esa chica que recorre con lentitud el tapiz hasta llegar a su altura. Así pues, me considero una privilegiada al ver la emoción reflejada en el rostro de Óscar a la espera del amor de su vida y puedo apreciar la risa nerviosa que demuestra que está hecho un flan. Le susurra algo a su madre; la madrina, se ríen y nervioso comienza a tocarse los puños de la camisa bajo la chaqueta del traje para recolocársela y así estar perfecto. La música entonada para la entrada de la novia no puede ser más acertada, además que es casi imposible no emocionarse y evitar las lágrimas. Y Óscar no es inmune a ello. Cuando su gran chica llega a su altura, los ojos se le humedecen aún más al contemplar lo preciosa que está y es más que consciente de que esta porción de tiempo jamás se volverá a repetir y todo está ocurriendo demasiado deprisa como para saborearlo.

En cuanto Vicky y Óscar están en el mismo punto, las sonrisas, los «te quiero» y las miradas especiales quedan suspendidas en el aire para quien sea capaz de apreciarlos y emocionarse con ellos.

En un acto reflejo dirijo mi mirada a ese punto al que me obligué no mirar por miedo a ver algo que me hiciera flaquear. Y cuando lo hago, unos ojos oscuros ya esperaban los míos, como si en todo este transcurso del tiempo tan solo me hubiera estado mirando a mí, importándole bien poco lo demás.

Tengo que decir que está guapísimo vestido de esa forma. El traje azul oscuro le cae perfecto, entallándose a la perfección a cada parte de su cuerpo.

Seguimos con este duelo de miradas, ajenos a todo lo que está ocurriendo. Alza el mentón y apenas parpadea, como si le diera miedo que desaparezca de nuevo en la fracción de segundo que puede durar ese acto.

Está tan guapo y me quema tanto el pecho por lo que siento que me lanzaría sobre él, rodearía su cuello con mis brazos y besaría sus labios. Pero no puedo. No puedo hacerle eso, no sería justo. Tengo que solucionar mi vida para no hacernos más daño. Se lo debo. Me lo debo. Nos lo debemos.

Por otra parte, una chica alta de pelo corto y oscuro, enfundada en un elegante vestido de satén y en color borgoña, y sumamente preciosa, está plantada a pocos centímetros de él, agarrada a su

ante Brazo, con unos ojos exquisitos con un tono miel y unos labios carnosísimos tintados de rojo, los cuales le regalan una perfecta sonrisa a su acompañante. Y tengo que obligarme a tragar el nudo de la garganta y apartar la vista para no hacerme más daño. Aunque es imposible, porque el café tostado de los iris de Erick me atrae demasiado como para hacer lo debido.

En cuanto Vicky y Óscar se dan el «sí, quiero», descubro a Erick moviendo los labios hacia arriba. Y sé a la perfección que va a regalarme una de sus sonrisas torcidas y de las que me hacen perder el control. Una sonrisa cargada de demasiados sentimientos. Lo que no esperaba es que le respondiera. Intento dedicarle una sonrisa brillante, aunque a veces este tipo de sonrisas llevan consigo un par de ojos tristes. Y, al parecer, Erick me conoce tan bien que se da cuenta al instante, lo que le hace fruncir el ceño y estudiarme.

El gran beso llega y con él todos los gritos, silbidos y vítores de familiares y amigos, motivo suficiente para regresar de la pequeña burbuja en la que Erick y yo nos habíamos resguardado.

Hace unos minutos que el sol alcanzó su punto más bajo para esconderse en esa línea del horizonte que separa el cielo del mar y así bañarlo todo de colores naranjas, rosados y azules, obligando a la noche a mostrarse poco a poco. Y si el lugar ya era precioso con esa luz del atardecer, ahora el ambiente se ha convertido en un sitio mágico gracias a la cantidad de antorchas, guirnaldas y velas que decoran la zona que han establecido para que todos podamos disfrutar de estos momentos únicos.

Ha llegado el momento de los discursos y tengo que decir que estoy nerviosa. Los padres y madres de ambos han tenido su momento, los cuales han sido increíbles, incluso con alguna amenaza indirecta hacia el novio por parte del padre de mi amiga. Lo que ha generado unas cuantas risas y que las partes íntimas de cierto hombre se le hayan puesto de corbata. Me da por reír al recordar la cara de Óscar.

La cuestión es que ahora me toca a mí. Y sigo sin saber por qué mi amiga me ha convencido para esto. En fin, estoy aquí y es lo que me toca. Es lo que hay. ¡Vamos allá!

Cojo mi copa en una mano y en la otra el micrófono que me ha acercado un chico. Me levanto de la silla y me infundo de valor mientras le doy unos golpecitos a la copa para captar la atención de los invitados. Enseguida tengo a todas mis amigas y resto de familiares y amigos atentos a lo que voy a contar. Se hace el silencio y paseo la vista rápidamente por todas esas cabezas que rodean las grandes mesas elegantes vestidas de blanco hasta el suelo.

Carraspeo e intento calmar los nervios.

—Siempre has estado Vicky... —es un discurso para mi amiga, pero en realidad esto va para todas ellas y cambio ligeramente el discurso inicial por el que voy a pronunciar ahora —Más bien, siempre habéis estado. Todas.

Hago un pequeño silencio y desvío la vista un segundo hacia ese punto azul marino que me observa atento desde la mesa en la que lo han asignado. Inclina un poco la cabeza hacia abajo, pero manteniéndome la mirada y me guiña un ojo para infundirme tranquilidad. Además, con ese gesto me demuestra que está orgulloso de mí, aunque ni yo misma sepa por qué.

—Vicky, me has escuchado hablar sobre las mismas historias una y otra vez. Mis alegrías eran las tuyas. Recogiste los pedazos rotos cuando mi corazón se rompió. Me has ayudado a entender que no fue culpa mía renunciar a aquel adiós. Me has aconsejado siempre de la mejor manera posible, me ayudaste a salir del caos y lloraste conmigo bebiendo chupitos en más de una ocasión.

Todas se ríen. En especial Vicky, que muestra unos ojos vidriosos y su, ahora, marido la observa con ternura mientras le da un pequeño beso en la sien a la par que ella se limpia con la servilleta de tela una tímida lágrima.

Me da por reír a mí también recordando algún momento bochornoso de nuestra trayectoria.

—Y has intentado de todas las maneras posibles que no olvidara quién soy, aunque yo sí lo haya hecho. Hemos reído de felicidad al verse cumplir algunos de nuestros sueños y puede que a veces sintamos que nos alejamos un poco. Sin embargo, tú, vosotras, siempre habéis estado y yo seguiré estando —aguanto las lágrimas todo lo que puedo e intento deshacerme del nudo que me impide tragar con normalidad. —Finalizo ya porque creo que no se me ocurren más palabras para expresar lo agradecida que estoy contigo y lo mucho que te quiero. Y tampoco es plan de que toda esta gente se acabe durmiendo con el discursito —les vuelve a dar por reír. —¡Ah, por último! Y no menos importante. Esto va para ti, Óscar —lo apunto con el dedo haciendo malabares para que no se me caiga la copa de champán mientras que con la otra mano sigo sujetando el micro. —Sé perfectamente lo consciente que eres casándote con semejante mujer que tienes al lado —Vicky lo agarra del brazo y eleva una ceja divertida —y también sé que siempre la tratarás como se lo merece, porque sino... iré junto a tu suegro para partarte las piernas o cortarte lo que haga falta, eh, ¡creo que ya me entiendes! —el guaperas se ríe, algo acojonado, pero sabiendo que es de cariño y me lanza un guiño. —Espero que sigáis siendo igual de felices como hasta ahora o mucho más. ¡Os quiero, chicos!

Alzo mi copa, instando al resto a que lo hagan conmigo. En cuanto bebemos, la música sube de volumen y todos comienzan a gritar y a levantarse de sus asientos para bailar. Me trago mi bebida de un tirón y las burbujas me hacen cosquillas en la garganta. Maca, Sole y Susana se acercan a mí para sacarme a bailar, mientras Vicky y Óscar ya lo hacían.

Durante horas bailamos sin parar. Unas con las otras, con amigos, después con el novio, con Carlos, bailo con mi padre y también con mi hermano, que esta noche están guapísimos. Y Fabio aprovecha la ocasión para pedirme un baile. Gesto que rechazo con educación, es una tontería seguir dejando que piense que tiene alguna oportunidad conmigo, porque nunca la tuvo.

Por unos segundos, mi mirada se pierde entre la multitud que me rodea y me percato en la silueta de quien me observa en la distancia, a través del gentío que sigue bailando, con sus manos enfundadas en los bolsillos y una mirada suplicante.

Necesito hablar con él, pero siento que el pecho me oprime y me falta el aire. Me excuso dejando el baile con mis amigas para más tarde y desaparezco unos minutos.



Horas más tarde, la fiesta está en el punto exacto en el que la gente muy mayor ha optado por irse a descansar, algunas familias con hijos los han imitado y tan solo quedamos los familiares y amigos más allegados. La gran mayoría con unas copas de más encima. Los peinados de las mujeres que quedan en la celebración hacen bastante rato que dejaron de ser los recogidos perfectos, los tacones fueron sustituidos por un calzado más cómodo, las corbatas pasaron a adornar algunas cabezas y los maquillajes han cumplido su cometido. La música sigue sonando para aquellos que aún tienen fuerzas para seguir bailando, aunque con algunos movimientos más lentos y perezosos que al comienzo del banquete.

—Es ella, ¿verdad? —pregunta, tan cotilla como una señora de pueblo. No sé por qué lo hace si es la única que ha visto todas las fotos que guardo de ella. Sam ha cambiado en estos años, pero no tanto como para no reconocerla.

—Sí, lo es —respondo a la par que mis ojos la persiguen escapándose hacia donde vaya a esconderse de nuevo.

—Es más guapa en persona —ahora llevo mis ojos a los de Daphne, que sonríe con sus labios rojos pegados a la copa. Bebe de ella con toda la elegancia del mundo. —Deberías haber venido solo, Erick —se endereza y cabecea.

—¿Porqué? Óscar me dijo que podía traer acompañante y pensé que te divertirías.

—Oh, y lo hago. Pero creo que a esa chica no le ha hecho ninguna gracia verme contigo. Deberías ir a buscarla y hablar con ella.

—La conozco bien. Ha ido a esconderse porque lo que menos quiere es que nadie la vea mal. Ahora mismo no querrá tenerme cerca.

—*Darling...* —vuelve a beber champán —Los hombres sois tan... simples —frunzo el ceño, un poco dolido porque me meta en el mismo saco que a los demás. —No he podido obviar cómo te ha mirado antes, en la ceremonia. Y cómo lo ha estado haciendo toda la velada. Esa chica está luchando contra ella misma porque lo que más desea eres tú.

—¿De verdad lo crees? —pierdo la vista en ese punto por donde ha desaparecido la pelirroja.

—Oh, *my God, Darling...* ¡Pensaba que eras más listo!

Le hago un gesto de desaprobación ante ese comentario. Me ha ofendido. Nuevamente.

La verdad es que a estas alturas ya no sé qué pensar. Yo sé lo que quiero, pero ya no tengo ni idea de lo que Sam desee. Llevo estas últimas semanas intentando contactar con ella. Se marchó después de que estuviéramos juntos aquella última noche. Estaba muy asustada por lo que pudo

ocurrirle a su sobrina y quise irme con ella para apoyarla. Se negó a ello, no me dejó acompañarla y me obligó a apartarme de ella. Por enésima vez. Conseguí su nuevo número y la estuve llamando cada día, prácticamente a todas horas. Necesitaba saber que se encontraba bien, que su familia lo estaba. Sé lo importante que son cada uno de ellos para ella.

—¿Sabes qué? Voy a la barra, se me está acabando la copa y he visto algo muy succulento como para dejarlo escapar —se muerde el labio inferior divertida y se marcha en dirección a un chico alto y atractivo que está apoyado en la barra observando el panorama.

Cabeceo y me da por reír al descubrir que es el hermano de la pelirroja.

En algún momento de la velada opté por quitarme la americana y la dejé apoyada sobre alguna silla. He llegado al punto en el que este atuendo me asfixia por momentos.

Me desanudo la corbata y la tiro sobre una mesa cercana. A estas horas de la madrugada ya me da igual todo. Me desabrocho los primeros botones de la camisa, la remango haciendo un par de dobleces hasta el codo y cojo aire profundamente. Mucho mejor.

Voy a dar el primer paso cuando la misma niña de pelo rojizo y vestida de azul que esparcía pétalos de rosa por la alfombra hace unas horas aparece frente a mí.

—Yo te conozco —suelta con una vocecita dulce pero vivaz, demasiado espabilada para lo tarde que es.

—¿Ah sí? —me agacho para estar a su baja altura. No hace falta preguntarle quién es porque en persona el parecido es increíble. —¿Y quién soy?

—El príncipe Erick —sentencia muy convencida.

Me carcajeo y le doy un toquecito en la nariz.

—Así que un príncipe ¿eh? —asiente feliz. —¿Y un príncipe puede tener todos estos tatuajes? —me señalo los antebrazos que lucen bajo la tela remangada de la camisa.

Vuelve a asentir con los ojos iluminados al ver la tinta, fascinada por los diseños.

—Eres un príncipe moderno —acorta la distancia que nos separa. —Sé que estás aquí de incógnito —susurra muy cerca de mí para que no puedan oírla, tratando de que nadie me descubra. —Es posible que todos piensen que eres el villano de la historia... —se calla un segundo y frunce el ceño —Sabes lo que es un villano, ¿no? —suelto el aire por la nariz y sonrío cabizbajo. Ella me mira extrañada.

—Sí, sí que lo sé, preciosa —llevo mis ojos a los de ella. Son igual de hermosos que los de su tía.

—Uf, menos mal —suspira—, pensé que tendría que explicarlo —vuelve a sonreír. Es imposible que se parezcan tanto. Su sonrisa contagia a mis labios.

—Bueno, ¿y qué hago aquí, entonces?, ¿de incógnito? —ahora me interesa la historia. El resto del mundo desaparece junto a la melodía que suena de fondo.

—Pues eso, que no eres el villano. ¡Eres el héroe! Estás aquí para salvar a la princesa. ¿Para qué si no? —lo obvio para ella, claro.

—Entiendo. Verás... —me rasco el mentón —¿Qué pensarías si te digo que fue la princesa quién me salvó a mí hace muchos años? —le pregunto con el típico tono de voz de quien cuenta un cuento.

Medita unos instantes.

—Pues... Que eso molaríaaaaaa muuuuuucho —alarga las vocales todo lo que puede para expresar su emoción.

—¿Y con quién tengo el gusto de hablar? No se ha presentado, querida —elevo una comisura, encantado por jugar con ella.

—Oh, es cierto —se lleva las manos a la boca, incrédula por su falta de modales. —Me llamo

Julieta —sonríe de nuevo.

—Encantado, Julieta —sostengo su pequeña mano y me la llevo a los labios para darle un dulce beso en el dorso. Se supone que es lo que haría un buen príncipe. ¿No? Se sonroja por un momento, encantada. —Puede que algún día tú también tengas que salvar a tu Romeo.

—Si me quiere como tú a la princesa lo haré sin dudar —levanta la cabeza orgullosa de su respuesta.

—Por supuesto. No esperes menos —esta niña es demasiado lista. Tal para cual.

—Julieta, ¿qué haces aquí? —aparecen los que supongo son sus padres, porque también se parecen mucho.

Y la hermana de Sam me lo confirma cuando puedo verla bien y me saluda.

—Hola, Erick —su voz suena algo apagada y casi no parece la misma que tuve el honor de conocer una noche hace tiempo atrás. Supongo que no sabe muy bien cómo reaccionar ante mi presencia y dada la situación.

—Hola, Bárbara —hago un gesto de cabeza.

Alguien carraspea a su lado, que ya sostiene a la pequeña en brazos.

—Erick, este es Máximo, mi marido —me tiende la mano.

—Encantado —respondo al saludo. Sam me habló muchas veces de su familia, pero cuando mencionaba a su cuñado nunca me lo imaginé así. Joder con el colega, parece sacado de una película de la mafia italiana, pero de las modernas. Y se llama igual que uno que tiene loquita a todas las mujeres en todas las partes del mundo. Increíble.

—Mami, me gusta esta canción ¿vamos a bailar? —todos prestamos atención a la canción que ha comenzado a sonar y que tiene el título de “*Me basta con un beso*”. Si no llega a ser por el DJ, que ha dicho que se trataba de un tal Charlie en una versión mezclada con un remix, no tendría ni pajolera idea de quién es.

Pero me gusta y de repente Marc me viene a la mente.

—Claro, cariño, vamos. —Su padre deja a la niña en el suelo y en cuento lo hace me rodea por la cintura con sus delgados y pequeños bracitos.

Le respondo al abrazo.

—Ha sido un placer, querida Julieta —sigue pegada a mí y levanta la cabeza para mirarme.

—Eres más divertido y guapo en persona que en los cuentos —me da por reír ante ese comentario. También frunzo el ceño porque eso quiere decir que alguien ha debido hablarle bastante de mí.

—Vamos, cariño —la insta a caminar su madre. Bárbara me dedica una última mirada de compasión.

—Esa niña es un terremoto —comienza a hablar Máximo, que se ha quedado a mi lado, observando como su mujer e hija van perdiéndose entre la gente que está dando todo lo que es capaz en la pista de baile.

—Se parece mucho a ella —musito, más para mí que para él.

—No seré yo quien lo niego —sonríe. Al llevar mis ojos hasta los de Máximo casi tengo que elevar un poco la cabeza. Yo soy alto, pero este tío impone. Joder. La verdad es que no me gustaría llevarme mal con él. —Los genes están ahí y, además, Sam siempre que puede le dedica todo el tiempo del mundo, así que esa niña la imita en casi todo y le encanta que su tía le cuente todas esas historias.

La pelirroja aparece de golpe en mi campo de visión. Ha salido de la zona habilitada para los baños y se ha dirigido hasta donde está su hermana, que ahora no solo baila con su sobrina, sino que, por lo que puedo observar, a la coreografía se han sumado su madre y su padre. Todos

bailan alrededor de Julieta, haciéndola reír mientras la hacen dar vueltas. Su abuela la coge en brazos y rodean con los brazos a Bárbara. El padre de Sam la atrae hacia él, le da un beso en la frente y baila con ella, haciéndola girar varias veces y provocando que estalle en risas.

Pienso en todo lo que Sam me contaba de su familia. Lo que es capaz de hacer por ellos, cuánto los quiere, cuánto la quieren a ella. Y de golpe, mi propia familia aparece en mi mente. Siempre hemos sido tan diferentes.

—Esa pelirroja... —susurro sin ser consciente de que lo hago. —Qué suerte tiene Sam de teneros, de contar con gente que la quiere como vosotros.

—La suerte la tenemos nosotros por tenerla a ella —aclarar Máximo sin ninguna duda.

Sigo con la mirada perdida en la espectacular escena, hasta que unos ojos color esmeralda captan mi atención y sonrío sin querer.

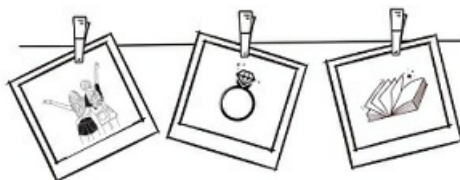
Joder, esa maldita sonrisa hará bailar a mi corazón hasta el final de los tiempos.

—No me cabe duda.

—No quiero meterme donde no me llaman, pero creo que deberías pedirle un baile —me palmea un hombro y sonrío para luego marcharse junto a su mujer.

—Sí, puede que haya llegado el momento de aclarar las cosas —murmuro para mí.

41
SAMY



Todos bailan al ritmo de la lenta música y la mayoría está completamente entregada al ambiente.

Tras el último baile familiar, mis padres estaban agotados y, finalmente, todos han decidido marcharse al hotel para descansar.

Es de madrugada y ya solo quedamos los amigos más íntimos.

Estoy de pie frente a la barra, bebiendo vodka con no sé qué más. La copa la pidió Bárbara por mí antes de marcharse y me dijo que me iba a gustar. Ni idea de lo que lleva, solo puedo ver piezas diminutas de frutos rojos bailando junto al hielo dentro de la copa y tengo que decir que está buenísimo. Muy probablemente no será el único que me beba.

—Hola... —el acento americano me sobresalta, haciéndome girar hacia quién me ha saludado. Y casi me atraganto con una dichosa grosella.

—Ho... Hola —respondo al reparar en ella. De cerca es incluso más guapa. Me quedo callada un instante porque no sé qué decirle. Me he quedado bloqueada. A lo que ella aprovecha para ser quién inicie la conversación que espera tener. Yo me echo a temblar por si se ha enterado de lo que ha pasado entre Erick y yo. De repente me siento aún peor por lo que hemos hecho. De verdad que no quiero hacer que nadie más sufra.

—Soy Daphne, encantada —se acerca para darme dos besos, supongo que contagiada por los modales españoles.

Le respondo educada al saludo.

—Encantada. Yo soy Samantha —sonrío por educación.

—Oh, querida, ya sé quién eres —hace un gesto con la mano, como si fuera obvio que sepa quién soy. Abro los ojos de par en par por si finalmente Erick le contó lo que ocurrió hace unas semanas.

—¿Sí?

—Sí, Erick me ha hablado mucho de ti —dibuja una gran sonrisa en sus labios rojos, encantada por conocerme en persona al fin.

Yo frunzo el ceño. No entiendo nada. ¿Por qué sonrío? Si yo me enterase de que mi novio me ha sido infiel, tengo muy claro que no actuaría así.

Soy incapaz de mentir más y engañar a la gente. Ya estoy cansada de esconder las cosas. Conque, si Erick le ha hablado de mí supongo que habrá sido sincero con ella y se lo habrá explicado todo.

—Verás, tendría que haber sido yo quién se hubiera acercado a ti... El caso es que... —las manos me empiezan a sudar y comienzo a ponerme algo nerviosa. —Quería aclarar algo contigo... —¿Cómo le explicas a alguien que te has acostado con su novio, pero que no lo

pudiste remediar y que lo sientes muchísimo, aunque eso fue lo mejor que te había pasado en años? Bebo un gran sorbo de la copa, a ver si así me armo de valor, y la suelto sobre la barra. Daphne me observa entre alegre y extrañada. Qué chica más rara... —Mira, Daphne, creo que lo mejor será que vaya al grano. Lo que ocurrió entre Erick y yo hace unas semanas no significó nada.

—Ah, ¿no? —apoya un codo en la barra y le hace una señal al camarero para que le sirva lo mismo que a mí.

—¿Qué? —pregunto porque no entiendo su reacción. —Oye, ¿Erick te ha contado lo que sucedió ese fin de semana?

—No. Aunque gracias por aclararlo —se ríe. —De todas formas, no sé porque iba a importarme ese dato —levanta una ceja divertida, acompañada por una de sus comisuras.

—¿Cómo que por qué? Se supone que eres su novia y que debería importarte que te haya sido infiel con otra ¿no?

—Ja, ja, ja —al carcajearse echa la cabeza hacia atrás. No sé por qué le está haciendo tanta gracia. Lo estoy pasando mal con esta situación. —¿Su novia dices? Oh, querida, yo no soy la novia de Erick.

—¿No? —frunzo el ceño —¿Entonces?

—Samantha... Soy su prima —¿Qué?! Me dedica una mirada cargada de cariño y sin entender por qué he creído tal cosa.

—Su prima... —repito en un susurro, recorriendo su vestido borgoña como los frutos rojos de mi copa hasta llegar al final de este y perder la vista en el suelo. Supongo que intento pensar con claridad y contar las veces en las que Erick haya insinuado que tiene pareja. Que, evidentemente, son cero. Aunque mi cabeza haya imaginado que sí.

—Exacto —le da las gracias al camarero cuando le tiende la copa y bebe. —¿De verdad no significó nada?

—¿Qué?! —elevo veloz la cabeza hacia ella.

—¿Qué si de verdad no significó nada lo que ocurrió en esa corta escapada? —sigue bebiendo de la pajita, esperando a que me sincere con ella, aunque apenas la conozca.

—No. Es decir, sí... ¡Dios estoy echa un lío! —cierro fuertemente los párpados y me pellizco el puente de la nariz.

—Mira querida, te seré sincera y te diré lo que pienso. Por lo que me ha contado Erick todos estos años, y por lo poco que he podido ver hoy, pienso que estáis enamorados hasta la médula. De verdad creo que deberíais estar juntos.

Vuelvo a cerrar los ojos con pesar. ¿Cómo le explico a esta chica que eso es lo que más querría en este mundo, pero que aún no estoy preparada?

—Sin embargo, como mujer puedo llegar a entenderte ¿sabes? —suspiro profundamente y la sigo escuchando. —Erick me contó que desapareciste de repente. De la noche a la mañana cambiaste y lo dejaste, por lo que me puedo imaginar que tuvo que ocurrir algo para que tomaras aquella decisión. Y si algo tengo claro es que soy muy lista, Samantha, no se me escapa una —eleva una ceja hacia lo más alto. —Por lo que acertaría si dijera que fue alguien y no algo.

—Sí. Así fue... —por primera en mi vida soy sincera ante lo que pasó.

—Bien. Es importante reconocer las cosas. También me puedo imaginar que no debió ser fácil para ti y que ahora estás hecha un caos, porque está claro que hay algo que no te deja avanzar y que necesitas sanar.

—¿Se puede saber a qué te dedicas? ¿O es que soy demasiado evidente? —sonríó y ella lo hace conmigo.

—Mi trabajo no tiene nada que ver con lo que piensas, pero sí se me da bien calar a la gente. Además, yo también me he llegado a sentir cómo tú. Te entiendo muy bien —me acaricia el brazo como muestra de afecto.

—Creo que sé lo que debo hacer —busco a Erick con la mirada por si está entre nuestros amigos en esa pista de baile. —Y entiendo perfectamente esa sensación lacerante de estar pagando las consecuencias de un error que me salió demasiado caro. Sin embargo, tengo miedo.

—A veces necesitamos tropiezos en la vida para poder madurar, ser más fuertes y crecer como personas. Y el miedo, querida, siempre va a estar ahí, pero no puede dominarte.

Consigo dar con Erick, que parece estar buscando a alguien entre la multitud. Dios, está tan guapo.

Suelto una sonrisa que resulta demasiado triste.

—También te diré, Samantha, que quiero a ese hombre con locura —ahora es ella quién lo señala con la cabeza. —La vida quiso que volviéramos a formar parte del otro después de que mi familia se mudara a Estados Unidos, cuando yo era una niña, y me duele verle sufrir, porque ya ha sufrido bastante.

—Llevas razón —vuelvo a suspirar. Erick se merece lo mejor de este mundo.

—Así que me veo en la obligación de decirte que si vas a despedirte que sea de verdad. Y si no, soluciona lo que tengas que solucionar y avanzad.

No puedo obviar que Erick está a unos metros de distancia de mí, sus ojos oscuros y penetrantes me han visto y el huracán de emociones hace de nuevo su aparición estelar. Ya no lleva puesto el traje al completo. Ahora solo va ataviado con los pantalones azul oscuro del atuendo y la camisa blanca remangada. Todo un clásico. No sé exactamente qué es lo que hace que esa vestimenta nos parezca a las mujeres lo más sexi que puede ponerse un hombre. Y sin duda, en Erick, es todo un éxito. Intento apartar la mirada para disimular que no me he acalorado al contemplarlo.

Se dirige hacia nosotras y en cada paso dado puedo sentir el bombeo incesante de mi corazón.

—Ha sido un placer conocerte, querida —se despide al percatarse que su primo viene hacia aquí. —Espero que volvamos a vernos algún día.

—Gracias, Daphne —consigo decirle antes de que se marche.

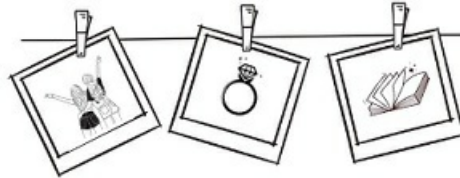
Daphne le dedica una sonrisa cariñosa a Erick y este se planta frente a mí.

Hago acopio de toda mi confianza para aguantarle la mirada.

—¿Bailas conmigo? —eleva una mano y la deja suspendida en el aire, esperando que acepte su oferta.

Tan si siquiera tengo que pensarlo.

42
SAMY



La música y las risas salpican el aire que nos envuelve. Sus manos se aferran a mis caderas con fuerza para dirigirme al centro de la pista e intento ignorar el impacto que provoca en mi cuerpo ese simple acto.

Como si el DJ hubiese intuido que este instante iba a ser especial y decisivo para nosotros empieza a sonar “*Salir con vida*” de Morat. Y tengo que decir que es demasiado acertada para todo lo que estoy sintiendo en mi interior y para lo que Erick debe estar pensando.

Apoyo la cabeza en esa zona baja de su hombro, justo a la altura precisa para que su mentón descansa en un lateral de mi cabeza. Me sostiene por la parte más baja de mi espalda con toda la delicadeza que puede. Bailamos lento y ajenos a todo mientras la mayoría de la gente está entregada al ambiente. Nos dejamos llevar por el ritmo de la melodía, sin nada que decir aún. Inspiro para olerlo y al cerrar los ojos recuerdo todos y cada uno de los momentos en los que lo hice con anterioridad.

Acerco mi nariz a la tela de su camisa. Esta noche huele distinto. Su olor personal que tanto me gusta entremezclado con el salitre y el perfume que haya decidido aplicarse hoy. Cierro los ojos disfrutando de cada segundo a su lado y recuerdo aquellos instantes en los que me dedicaba una mirada de satisfacción, las caricias que me regalaba, el sonido de sus risas perversas que me nublaban la mente, cuando hundía los dedos en mis costados para hacerme cosquillas hasta que empezaba a retorcerme y estallaba en carcajadas, la plenitud de sentirlo por completo...

Se me encoge el estómago al saber que tengo que hablar con él. Sé que se merece conocer la verdad. Toda ella. No obstante, tengo muy claro que yo no soy como lo fue su padre conmigo en su día. Pese a que vaya a hacerle una visita a ese hombre y lo ponga en su sitio, eso ya no tiene nada que ver con la relación que tuvimos su hijo y yo. Conocí a Erick cuando ni si quiera sané de verdad. El problema real ha sido que yo nunca aprendí a estar sola. No me dediqué el tiempo necesario tras una ruptura como la que tuve con Paul y más aún después de la relación que mantuvimos. Erick arrasó en mi vida y, por muy feliz que me hiciera, las heridas estaban ahí y puede que en algún momento hubiesen aflorado. Lo que sentí por él me hizo más frágil aún, porque lo amé demasiado y fue mi punto débil ante la primera amenaza de un ser desalmado. Si me hubiera preocupado en creer más en mí misma, en conocerme, en saber de lo que era capaz de hacer... Quizá nada de lo que ocurrió hubiera pasado.

Sin embargo, ocurrió. Y ahora estamos aquí. Después de todo por lo que he pasado sigo pensando que yo no actuaré como lo hizo su padre, aunque se lo merezca. No le hablaré mal de su propia familia, no le echaré más mierda encima porque Erick es el primero en saber muy bien cómo era Martín. Así que, ¿de qué sirve volverlo aún más en su contra? No pienso actuar así.

Primero me debo a mí misma, necesito pasar página y encontrarme. Y si en un futuro Erick y yo debemos estar juntos entonces me enfrentaré a lo que sea y a quién sea.

Siempre hay decisiones correctas que nos van a romper el corazón. Que hacer las cosas bien requieren muchísima más valentía que hacerlas mal. Evidentemente, da pánico empezar de cero y da mucho miedo arriesgarse. Sin embargo, tengo fe en que siempre habrá una recompensa para quien se atreva a ser valiente.

—Pensé que Daphne era tu novia —digo al fin en un intento fallido de poner alguna nota de humor a este momento y no echarme a llorar por lo que estoy a punto de hacer. Supongo que quería sonar divertida y no ha sido así, porque mi voz me ha jugado una mala pasada. De todos modos, Erick se separa sutilmente de mí y me sonríe.

Observo sus labios cuando me hablan demasiado cerca.

—No sé por qué, pero me imaginé qué pensarías eso —sentir su aliento contra mi piel me provoca un escalofrío. Me estremezco.

Imito el gesto de sus labios, pero la sonrisa se desvanece de mi rostro con rapidez.

—Erick, debemos hablar —la canción termina y me separo de él.

—Lo sé, pero... ¿Un baile más? —un fugaz brillo cruza sus ojos oscuros, iluminándolos por unos segundos. Tembloroso y lleno de excitación, esperanzado a que diga que sí no solo al baile sino a algo más. El negro de sus pupilas parece haberse expandido por sus ojos, convirtiéndose en una galaxia oscura sin poder discernir su verdadero color.

—Tengo una idea mejor —entrelazo mis dedos con los suyos y tiro de él para que me siga. Da la sensación de que todas las terminaciones nerviosas de mi cuerpo se concentran allí donde nuestros dedos se unen.

El mediterráneo lame nuestros pies con cada ola que llega a la orilla. Erick se ha remangado los pantalones del traje, aunque no lo suficiente porque los tiene algo mojados. Y yo me he recogido un poco el vestido para que me sea más fácil caminar por la arena. La música se sigue oyendo a lo lejos, el sonido relajante del mar nos envuelve y el manto repleto de estrellas nos cubre.

Mi amor por Erick es como el mar. Llegó con fuerza, llevándose todo por delante. En ese lametazo salado tu empeño es coger toda la arena empapada en un puño y apretar con todas tus fuerzas para que el agua no se escape entre los dedos, intentando atesorar cada partícula para que ninguna desaparezca. Aunque sepas que no es posible, porque cuando el agua retrocede se escurre entre los dedos. Y ya no vuelve. Lo único que queda es una pequeña bolita de arena condensada de miles «¿Y si...?»

Nada más.

Tan solo el recuerdo de lo que pudo haber sido y no fue.

No obstante, si no pierdes la esperanza, al desmenuzar esa bolita descubrirás que conseguiste capturar un pequeño tesoro en ella. Una pequeña, blanca y hermosa caracola que guarda en su interior uno de los sonidos más maravillosos del planeta. Lo único que tienes que hacer es estar dispuesto a escuchar con atención. Y justamente eso fue lo que significó mi amor por Erick. Lo que aún significa. No solo por lo que mi corazón sintió con él, si no por lo que yo misma fui en ese lapsus que duró aquel verano; una chica valiente, decidida, alocada y risueña que exprimía la vida hasta la última gota para no tener esos aterrados «Y si...».

Y necesito volver a encontrarme con ella, quererla, mimarla y cuidarla para así poder estar con alguien más algún día.

—Pelirroja... —susurra ese apelativo con tanta dulzura que tengo que exhalar con fuerza para controlar todas las emociones que se me acumulan en el pecho —¿Vas a contarme qué ocurre?

—Erick, —me coloco frente a él y dejo caer mi vestido hasta que roza la arena —siento haberte hecho daño. No sabes cuánto —da igual que lo intente, no soy capaz de retener las lágrimas que amenazan con salir.

Con la vista borrosa sigo hablándole. Debo continuar. El mundo no se detiene por mucho que te paralicen y te empeñes en quedarte en el aquí y ahora. Él sigue girando, aunque estés tan perdida que no sepas con exactitud qué paso dar a continuación y si harás lo correcto. Pero por una vez, pese a que me duela, mente y corazón van en una misma dirección.

—Quiero decirte que no hiciste nada mal. Al contrario, lo hiciste todo bien y en el verano que pasamos juntos me demostraste que me amabas mucho más que nadie en otro momento de mi vida. No me fui por eso y no quiero que te culpes por ello. No obstante, sí hubo algo que me hizo huir —lo cojo de las manos y se me escapan algunas lágrimas silenciosas, —pero no quieras saber nada más porque no te lo puedo contar. Debes confiar en mí, por favor.

Me mira asombrado, con una expresión seria y contrariada, como si acabara de soltar una bomba. El haz de la luna se refleja en su perfecto rostro, pudiendo ver a la perfección la confusión en ella.

—¿Crees de verdad que después de decirme eso no quiera saber lo que ocurrió realmente? —me suelta las manos y se las lleva a las caderas, mosqueado porque sabe que no logrará sonsacarme nada más.

—Solo entiende, por favor, que me sacrifiqué por los demás y desde entonces he vivido a medias, Erick...

—En ese caso, más bien nos sacrificaste, Sam —me interrumpe.

Lleva la vista al manto oscuro, hasta esa gran luna que, aunque ya no luzca completa, brilla con fuerza. Haciendo todo lo posible por intentar hallar una respuesta en ella.

—Llevo seis años intentado olvidarte, Sam, pero no quiero seguir haciéndolo —emite en un susurro doloroso y baja su mirada hasta la mía.

—Pues no lo hagas. No me olvides, Erick. No tenemos porqué olvidarnos —su expresión es de desconcierto. —Siempre formaremos parte del otro. Los recuerdos más bonitos que tengo son contigo y yo no podré olvidarlos nunca.

Y es cierto. Hay amores que sin ser los primeros son los que recordaremos toda la vida porque nunca hemos vivido algo tan intenso. Podremos compartir la vida con otra persona y, a veces, el primer amor no llega con la adolescencia, sino que llega algo más tarde. Erick no llegó el primero a mi vida, pero sí fue la persona que realmente se quedará para siempre en mi corazón. Uno no siente más amor hacia otro porque este haya pasado más años de su vida compartiendo momentos con esa persona. Puede ocurrir al contrario y es igual de válido. A veces, un simple verano puede bastar para dar con la persona con la que querrás compartir tu vida.

Erick acorta el espacio que nos separa y acuna mi rostro entre sus cálidas manos.

—Pelirroja, por favor no te vayas... —se pierde un momento en mis iris verdes, meditando y sopesando opciones, con una expresión triste. —Mis ojos jamás mirarán a alguien de la manera en la que te miran a ti. Quédate conmigo, por favor.

—Los míos tampoco, Erick. Pero necesito hacerlo. No me queda más remedio. Entiéndelo, por favor. Necesito irme. Necesito encontrarme. Tengo que arreglar mi vida y tengo que dar con la manera de ser feliz por mí misma.

Erick ahueca sus manos en mis mejillas, mojadas por las lágrimas. Me las seca con dulzura con los pulgares mientras sigue perdiéndose en mi mirada. Rodeo sus muñecas con mis manos mientras permanece quieto, acunándome el rostro.

Qué decisión más complicada la que estoy tomando porque, al fin y al cabo, una decisión es

un nuevo comienzo, pero también un final. Y primero tengo que ser yo. Si no trabajo en mí, algo que puede ser muy bonito puede convertirse en algo tóxico con el tiempo.

Durante unos segundos se queda contemplándose desconcertado por la situación, parpadea varias veces antes de apretar los labios y soltar un resoplido.

—Joder, te quiero demasiado como para no darte lo que me pides, pelirroja —acerca su boca a la mía, haciendo que cada célula de mi cuerpo vibre con intensidad. Junta sus labios con los míos para regalarme el último beso. Porque eso es lo que es, un beso de despedida.

Saboreo sus labios dejando que mi cuerpo se estremezca ante esa forma de besar que solo él consigue en mí. Siento una tristeza enorme y a la vez siento alivio por la carga que llevaba encima.

Noto la presión de su mandíbula al besarme y el dolor con el que lo hace. Coloco una mano sobre su pectoral izquierdo que se acelera ante el contacto. Recorro sobre el tejido el contorno de ese tatuaje una vez más para no olvidarlo jamás.

Erick me rodea con un brazo por los hombros y me atrae hasta él. Me envuelve en un cálido abrazo. Yo me dejo hacer, acurrucada contra su pecho, porque sé que lo voy a echar mucho de menos. El gran dolor que llegué a sentir un día se escapa entre las grietas de nuestras heridas y llegados a este punto, solo quiero volver a reír y ser feliz sin el triste final de su recuerdo.

—Pelirroja, —susurra contra mi pelo —tienes un corazón dulce y un alma pura. Por eso sientes todo tan intensamente. Tan profundo. En muy poco tiempo me enseñaste a sentir así. Tan clara una cosa, ese es tu poder ¿vale? Que nadie te haga ver eso como una debilidad. Nunca. El mundo necesita más de ti... Prométeme que vas a seguir escribiendo, así el planeta entero podrá ver lo maravillosa que eres.

—Te lo prometo —mi voz suena amortiguada contra su ropa.

—No reprimas quien eres. Y recuerda que no es tu trabajo sanar a cada persona que conoces, pese a que eres tan testaruda que lo que yo te diga te dará exactamente igual y lo seguirás haciendo. Y déjame decirte que a mí me curaste en todos los sentidos, pelirroja. Eres la persona más decidida y valiente que he conocido. No me cabe la menor duda de que vas a conseguir todo lo que te propongas en la vida. Sigue brillando con tu luz a dónde quieras que vayas.

Sigo aferrada a él, aunque me separo unos centímetros para perderme en sus ojos bajo el haz de la luna. Asiento con la cabeza una y otra vez mientras me seco las mejillas. No sé ni porqué lo hago si se me siguen escapando las lágrimas.

—Gracias, Erick —me separo sutilmente de él para no ensuciarle la camisa. Si bien, es tarde para eso, pues le he dejado un buen trozo de tela empapada y manchada de residuo negro.

Hay algo que suele decirse con frecuencia: que el primer amor verdadero no se olvida, que jamás lo superas. Incluso si te enamoras de nuevo, una parte siempre desearía estar con él. Eso siempre será Erick para mí.

—No me las des. Sé que alcanzarás lo que tanto ansías y cumplirás tus sueños. Encontrarás la manera y espero poder verlo algún día.

—Ahora prométeme tú una cosa —clavo la barbilla en su pecho mientras Erick me rodea por la cintura con sus manos. Me gustaría que siguiera fotografiando, capturando instantes, plasmando imágenes que algún día serán recuerdos para los ojos idóneos y lugares y sonrisas nuevas para otros. Sería increíble poder ver el mundo a través de su mirada. Que volviera a apretar el botón de ese aparato que lo hacía tan feliz es casi una necesidad. Un acto egoísta que debe ser mostrado al mundo.

—Lo que quieras, pelirroja —me da un cálido beso en la frente que dura unas segundos de más.

—Quiero que vuelvas a coger una cámara y hagas tu sueño realidad. El mundo también merece disfrutar con tu forma de captar cada instante a través del objetivo.

—Lo haré. Por ti.



Los acordes de la canción “*The One That Got Away*” de la famosa Katy Perry suenan en la lejanía, pero en una versión lírica. Una letra que de por sí es suficientemente triste como para que haya decidido quienquiera que era buen momento hacerla sonar y que mi corazón se resquebraje aún más en el pecho por tener que separarme de Sam.

—Tú siempre serás mi sueño, pelirroja. Lo fuiste desde el momento en el que te vi a través del objetivo.

Ahora es Sam quien se pone de puntillas, coloca su mano en mi mentón y me da otro beso de despedida. Uno cálido, tierno, cargado de un cariño desmesurado, como si fuera el primer paso que necesitaba para volver a ser ella. También es un beso triste, pues me obliga a alejarme de ella de nuevo para dejarla volar, para que viva si miedo, para que consiga todo lo que tenga que alcanzar sin el dolor del pasado. Sigo estando perdido en cuanto al motivo por el que se marchó, pero confío en que algún día obtendré las respuestas y en este instante, lo más importante para mí, es que la pelirroja sea feliz. Y no dudo en darle lo que ansía. Al menos, ahora sí hemos tenido la despedida que nos merecíamos desde un principio.

Me acaricia una última vez, se recoge el vestido y me esquivo para marcharse.

—Hasta pronto, tipo duro —suelta en un susurro antes de desviar su mirada cargada de lágrimas que luchan por salir.

Pierdo la vista en mis pies que se mojan con cada ola que lame la orilla. Mantengo el tipo para no seguirla y lanzarme de rodillas para suplicarle que no me deje.

Antes de hacer algo que se lo ponga más difícil y que desaparezca por completo, giro sobre mis talones y le grito:

—¡Pelirroja! —enfundo mis manos en los bolsillos del pantalón a la par que se detiene y gira la cabeza hacia atrás, mirándome sobre su hombro. —Está bien desaparecer, tomarse un tiempo, llorar, sanar... Especialmente en esas ocasiones en las que te encuentras más perdida, pero no olvides que eres luz y volverás brillar —Sam me regala una pequeña sonrisa y se limpia las lágrimas que siguen derramándosele. —¡Sé que necesitas tiempo, pero esperaré lo que sea necesario! ¡Ya te enamoré una vez! ¡Volveré a enamorarte!

Ella cabecea risueña y me lanza su mejor sonrisa. Y ante esa expresión no me queda más remedio que devolvérsela; esa que tanto le gustaba, la de medio lado, la de canalla, la de un tipo duro completamente enamorado.

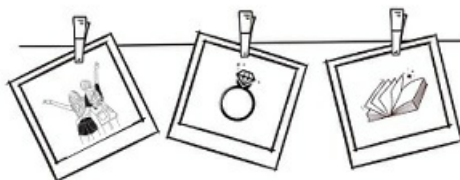
Algo que se escapa de nuestro entendimiento quiso que Sam y yo nos reencontráramos, aunque hayamos vuelto a separarnos.

Pese a ello, estoy seguro que si volviera a coincidir con ella, en esta o en otra vida, mi corazón volvería a ser suyo.

Al ver su sombra en la oscuridad de la madrugada, observando con detenimiento cómo se marcha de nuevo, entiendo finalmente que a veces es mejor no obligar a nadie y no darle tantas vueltas a la cabeza, porque lo que tenga que ser será.

Puede que dure un instante o sea eterno.

44
SAMY



Reviso mi aspecto en el descomunal espejo dorado que hay en la entrada de la casa, dándome el visto bueno pasados unos segundos. No es que quiera causar buena sensación, sino más bien fuerza y valentía. Me recoloco el bolso en el hombro e inspiro.

Puede que para Erick y para mí ya no haya un final feliz juntos, porque de alguna manera renuncié a nuestra oportunidad al no luchar contra aquel hombre despreciable. Sin embargo, siento que ha llegado el momento de dejar claras algunas cosas sobre que yo soy quién decide en mi vida y no nadie que se cree con el derecho a inmiscuirse en algo así. Necesito mi libertad y no la conseguiré nunca si huyo sin más y desaparezco. La libertad está en afrontar el problema, encararse contra aquello o aquel que te impide elegir. Y yo ya soy libre de tomar mis decisiones.

Después de reclamar mi vida y poner a ese hombre en su lugar me largaré de aquí, Erick supongo que también volverá a su vida en Nueva York y yo ya no pintaré nada en ella. Aún así, llegados a este punto, tan solo quiero hacer las paces conmigo misma. Sea cual sea el desenlace.

Esto es lo que debo hacer antes de marcharme y empezar de cero. Porque sanar no significa que el daño nunca existió. Sanar significa que lo que una vez dolió ya no controla mi vida. Sanar depende de ti, aunque la herida no haya sido culpa tuya.

He llegado a entender que no fui ninguna niña a la que obligaron a tomar aquella decisión, pero tampoco fui la adulta que debí ser para hacer lo contrario. Ese fue mi mayor error. Dejar que otra persona manejara los hilos de mi vida. Yo soy la única que puedo hacer eso. Llega un momento en el que te das cuenta que aquello que tú misma querías hacer entender a otros es cierto: que la vida es incontrolable, con sus ratos buenos y no tan buenos que nos van sucediendo día a día, entre tristezas y felicidades. Que la vida es una montaña rusa de sucesos y emociones.

Y hay que disfrutarla así.

Puede decirse que nunca tuve uno de esos momentos de clarividencia en los que tienes la certeza de que una voz, posiblemente tu voz interior, se dirige a ti de un modo genuino: «Samantha María, ¿a qué cojones esperas para tomar las riendas de tu vida?» Y en cuestión de segundos eres más consciente que nunca de que tienes que hacer algo para que tu vida cambie de rumbo.

Por lo que aquí debe acabar lo que en todos estos años me ha hecho no disfrutarla de ese modo.

—¡Samy, cariño! —Sofía, ataviada con un conjunto de dos piezas en gris de una seda impecable y que la sigue haciendo sumamente elegante, a pesar de que su atuendo sea de andar por casa, baja apresurada por las escaleras que tengo frente a mí. Laura, que al parecer sigue sirviendo a esta familia, fue quién me abrió la puerta. Y aunque solo nos cruzáramos un par de

veces la única noche que pasé aquí, se ha alegrado de verme y corrió a llamar a Sofía sin perder el tiempo.

—Hola, Sofía. Te veo bien —le dedico una sonrisa.

Ella se acerca a mí y sin pensarlo me estrecha entre sus brazos. No me queda otra que devolverle el abrazo. Se separa y me sujeta las manos.

—¡Mírate, estás preciosa! —me pellizca la barbilla como si fuera una chiquilla.

—Gracias, Sofía. Tú estás... —no sé qué palabra escoger para describirla —diferente —frunzo un poco el ceño con una sonrisa.

—Oh, cielo. Lo estoy. De verdad que sí.

Me alegro de verla así. Parece más feliz. Nada tiene que ver con la mujer que recordaba.

—Me alegro muchísimo —ahora sí que le lanzo una amplia sonrisa. —Siento molestar tan tarde.

—Oh, cielo, no molestas. Siempre serás más que bienvenida.

—Gracias, Sofía.

—¿Quieres tomar algo? ¿Un café? ¿Un té? —sigue cogiéndome de una mano.

—No, no, gracias. Es tarde. Solo he venido para hablar con tu marido. ¿Está en casa?

Ahora sí me suelta del todo y su expresión cambia por completo.

—Sí, claro que está. ¿Ha ocurrido algo? —se preocupa.

—Pues la verdad es que... —no voy a darle los detalles, pero tampoco me voy a callar. —Sí, sí ocurre. Aunque más bien fue algo por lo que ocurrió en el pasado, lo cual no me ha dejado vivir, por así decirlo. He venido a zanjar ese tema.

—¡Dios mío, Samy, no estarás diciendo que Martín fue capaz de ponerte una mano encima! ¿No? —supongo que su miedo era ese. Conocer demasiado bien a su marido y saber que no ha sido precisamente un hombre fiel ni tampoco aquel que haya ido tratando muy bien a ciertas jovencitas.

Lo niego rápidamente. No soy tan tonta como para no saber a qué se dedicaba Martín en esos *clubes* que usaba como tapaderas.

—No, no. Tranquila, Sofía, no es eso —parece que al fin respira aliviada. Qué duro debe ser compartir tu vida con alguien como ese hombre y además sentirte enjaulada y ser su saco de boxeo para desahogarse. El amor no puede ser una jaula. Ni la libertad tampoco es estar solo, claro. El amor es la libertad de volar acompañado. Es dejar sin poseer. Y rezo para que esta mujer pueda tener eso algún día. Se lo merece.

—Menos mal —suelta el aire retenido llevándose una mano al pecho. —Está en su habitación. Le diré a Laura que te acompañe.

Frunzo el ceño al escucharla. ¿En su habitación? ¿Qué hace un tipo como él un sábado noche y a estas horas encerrado en su habitación?

La mujer aparece enseguida y me acompaña escaleras arriba para llevarme hasta la puerta de su cuarto.

—Señorita, no se asuste si se enfada, se pone nervioso o cualquier otra cosa. Desde que empeoró no tiene muy buen carácter —me advierte.

—¿Buen carácter? ¿Acaso lo tuvo en algún momento? —pregunto muy perdida por lo que está diciendo.

Ella sonrío avergonzada.

—Bueno, usted ya me entiende. Estar así lo ha empeorado.

—Perdona, Laura, pero es que no estoy entendiendo nada. ¿Qué le ocurrió a Martín?

—Oh, pensaba que lo sabría. Supuse que el señor Erick la informó.

—No. Nadie me ha contado nada. ¿Ocurre algo malo? —me preocupo por ese hombre sin que se lo merezca. Aunque, más bien, creo que me preocupo por las personas que lo rodean.

—Está enfermo, señorita. Se muere.

Vale. Sinceramente, no me esperaba esta situación. Laura se ha marchado hace unos minutos y yo sigo de pie frente a la puerta de madera oscura, agarrando con fuerza el asa de mi bolso que cuelga de un hombro, esperando o infundiéndome el valor que necesito para hacer lo que he venido hacer.

Ahora mismo estoy hecha un lío. Mis pensamientos van a toda velocidad, haciéndome mil preguntas para las que no tengo respuesta. El miedo por aquel entonces me hizo huir, eché a correr dejando atrás a una persona que me había demostrado que me quería. Y lo arruiné todo. El miedo que sentí ante Martín me hizo débil, me paralizó, me obligó a agachar la cabeza y acatar sus órdenes como seguramente tenía acostumbradas a todas las mujeres. Él maquinó todo desde el momento en que supo que su hijo salía conmigo y que Erick sería capaz de cualquier cosa por mí.

Y viceversa.

Quizá esto lo cambie todo y debería dejarlo pasar. Al parecer la misma vida se está tomando la justicia por su parte y lo está castigando.

Niego con la cabeza y levanto la mirada.

¡No! No he venido para largarme con el rabo entre las patas como un gatito asustado. ¿Estoy confusa? Sí. Pero ha llegado la hora de que cambie el no por el sí. Cambiaré el hacer las cosas de forma segura porque me da miedo saber el final. Pienso tomar las riendas de mi vida al completo y no voy a permitir que nadie me intimide.

Ya no.

Toc toc toc.

El corazón me late a demasiadas revoluciones.

—Adelante —una frágil voz masculina responde a los golpes.

Cojo aire lo suficientemente profundo y abro sin esperar más.

Al recabar en mí le entra una risa que me pone los pelos de punta.

—¡Fascinante! —exclama —Mi día ha mejorado sobremanera —descansa la cabeza en la almohada con toda la maestría que le permite su delgado cuello.

No entiendo esta bienvenida.

—Puedes pasar, querida. Supongo que si has venido a verme después de tantos años es porque tienes algo importante que decirme, ¿no es así? —Percibo cómo me analiza desde los pies a la cabeza. Me da repelús. Después lo hace con más intensidad, mientras espera una respuesta por mi parte. Escruta mi rostro y clava su mirada en la mía. La oscuridad del negro contra el verde esmeralda. Siento una sensación incómoda en el estómago.

—Exacto —dejo la puerta entornada como si hubiera alguna posibilidad de que este hombre se abalance sobre mí en algún instante y me acerco con paso firme hasta los pies de la cama. Es la distancia justa que me permito aguantar frente a este señor.

Su mirada sigue clavada en la mía y siento todo el peso de esos ojos oscuros entornados. ¿Cómo es posible que Erick y él posean la misma oscuridad en la mirada y aún así sean tan diferentes? Una como si fuera un pozo sin fondo del que jamás podrás hallar la luz y otra con toda la preciosa intensidad que puede abarcar la Vía Láctea.

Me muerdo el interior de mis mejillas, maldiciendo y conteniendo las lágrimas que amenazan con salir por culpa de ser consciente de lo que este señor causó en mí cuando tan solo tenía veinte años. Joder, casi era una cría...

Supongo que todos, de una manera u otra, nos equivocamos. Mi inexperiencia por aquel entonces de no comprender, quizá, que existen personas capaces de hacer tanto mal me hizo reaccionar así. Y yo misma, que era una bomba en cuanto a sentimientos fue lo que me empujó a tomar aquella decisión. Pero pienso que ya ha llegado la hora de dejar explotar esa bomba.

Martín traga saliva y el ambiente cambia en la habitación. Pierdo la vista en toda la aparatología que tiene alrededor de la cama, en el olor tan característico de la habitación y en su aspecto. Sin duda no parece el mismo hombre alto, trajeado e intimidante que recordaba.

Supongo que un hombre de su edad, enfermo y que se está muriendo lentamente se merece mi compasión, pero eso no le excusa de sus actos. No tuvo, ni tiene, ningún derecho a herir a las personas. Bien es cierto que nadie debe juzgar a nadie, ni siquiera yo misma. Puede que este señor lo pasara mal en algún momento de su vida para que años después actuase así. Y ya no me refiero solamente a lo que me hizo a mí, sino a lo que comenzó con su mujer, después con sus hijos y finalmente con las personas que lo rodeaban.

Cuando salí corriendo de esta casa, amenazada, asustada y rota en mil pedazos, me di de bruces con una realidad que no concebía. Que Martín simplemente era una mala persona, desalmado y sin corazón, porque le gustaba, porque era su naturaleza y eso es algo que no podía remediar.

Así que no pienso dejarle ganar. Esta vez no.

—Creo que eres muy capaz de saber a qué he venido.

—Claro que lo sé. Crees que tienes la valentía de superarme —ríe por la nariz al ver como Martín se cree un rey todopoderoso que nadie puede destronar. Pues se equivoca. No sé cómo terminará esta conversación ni lo que ocurrirá después, pero la convicción de mis palabras deberá bastar para dejarle claro que no pienso achantarme más ante ninguna de sus amenazas.

—¿Sabes? Es una pena que pienses de ese modo. Tuviste la suerte de encontrar a una mujer que te amaba y a pesar de todo permaneció a tu lado. Después Erick y Marc llegaron a tu vida y no supiste aprovecharlo...

—¿Sabes, Samantha? —me interrumpe. Me revuelvo al escucharlo pronunciar mi nombre y no un niñata, cría o cualquier otro apelativo con un deje de hastío —Las personas son de una forma y cuando alguien o la misma vida acaba con ellos se vuelven completamente diferentes —pienso en cómo las palabras de este hombre y su forma de decirlas me cambiaron a mí por completo. —Yo amaba a mi mujer. Es más, la adoraba. Lo que ocurre es que las mujeres os dejáis llevar por el romanticismo y después ocurre algo que se desvanece. Y todo cambia.

—Si afirmas que ese amor se acabó, ¿por qué seguiste con ella y le hiciste la vida imposible? ¿Acaso no merecía ser feliz?

Martín no contesta porque muy en el fondo sabe que lo hizo mal, pero jamás lo reconocerá porque es demasiado orgulloso y altivo. Está claro que todos cometemos errores, nadie se salva de ello. Las personas los comenten constantemente. Sin embargo, algunos son imperdonables y sigo pensando que este hombre no tiene excusa alguna.

Sé que nada de lo que le diga ahora le hará recapacitar. Su alma está podrida y lo que yo le esté diciendo le importará una mierda, pero pienso seguir.

—Luego están todas esas chicas a las que obligaste a trabajar para ti ofreciéndoles promesas que jamás cumplirás o, más bien, amenazándolas a satisfacer tus propios deseos y los de tus amiguitos. Dios ¿cómo es posible que el mundo esté tan corrompido?

Martín sigue con una asquerosa sonrisa dibujada en los labios.

—¿Y qué piensas hacer, Samantha? Para mí sigues siendo la misma cría alocada y débil que desapareció ante la primera amenaza. Me lo pusiste demasiado fácil, querida.

—Para empezar, denunciarte. He estado guardando todos los mensajes que me has estado enviando a lo largo de los años, con tus continuas amenazas.

Ni me molestó en preguntarle cómo ha conseguido saber los pasos que he ido dando este tiempo ni el motivo de porqué siguió haciéndolo. Está claro que conoce todos los secretos del mundo y los míos están incluidos en él. Siempre me consideró una amenaza, pese a que siga sin saber por qué exactamente. Lo que me lleva a pensar que, quizá, Erick no haya mantenido el contacto con su padre. Pero eso ya da igual.

—No me importa si estás enfermo, Martín. Ya no puedes hacerme daño. No eres el único que tiene contactos, yo también he sabido jugar mis cartas todos estos años y me he relacionado con gente poderosa. Creo que estamos en igual de condiciones. Y el bien siempre triunfa contra el mal.

Estar en la presencia de Martín es sofocante. Lucho cuanto puedo por ralentizar los latidos de mi corazón. Le miro fijamente y elevo la barbilla para que lo tenga claro.

—Además cuento con la ayuda de uno de los mejores abogados del país. Y tienes dos opciones; dejarlo estar, no inmiscuirte en mi vida ni en la de tu hijo —si es cierto lo que pienso de que su hijo no ha mantenido el contacto con él, tampoco tiene por qué saber si Erick y yo seguimos juntos después de todo —o seguir como hasta ahora y ver que te depara la justicia en la corta vida que te quede.

—Mira, niñata, a mí nadie me vacila y mucho menos me amenaza —se le marcan las venas del cuello y su expresión cambia por completo. Aun estando enfermo sigue dando miedo.

—Oh, venga ya, Martín. Ríndete. Te estas muriendo, por el amor de Dios —agarro fuertemente entre mis manos la barra de los pies de la cama y profundizo mi mirada en esos pozos sin fondo. Trago saliva antes de añadir nada más. —Te repito que dejarás que tu hijo haga lo que le plazca. No tienes ningún derecho a seguir haciéndole sufrir de ninguna de las maneras. Y a mí vas a dejarme en paz de una vez por todas. No te atrevas a amenazar ni acercarte a nadie de mi familia y mis amigos, Martín, porque te prometo que la niñita que tenías frente a ti hace años ya no existe. Y pienso dejarme la piel hasta el final de tus días, o de los míos, porque ni por asomo pienso dejarte ganar.

La rabia arde en sus ojos. Puedo verla, sentirla. Sin embargo, no ataca ni se defiende. Para mi sorpresa se queda callado, escrutándome con esos ojos donde agoniza un alma que se está apagando. No tengo ni idea de porque actúa así, pero me importa bien poco. Yo he hecho lo que me había propuesto y decido que es hora de marcharme antes de que este hombre piense que es buena opción seguir con la charla y sus futuras amenazas.

—Espero no volver a verte, Martín. Ojalá que en el poco tiempo que te queda seas capaz de ver todo lo que has perdido por ser como eres. No hay mayor castigo que ese; ver que los que deberían quererte, no lo hacen. ¡Hasta nunca!

Me apresuro a salir de esta habitación. Cierro de un portazo, aprieto los párpados, me apoyo en la puerta y lleno mis pulmones de todo el aire que soy capaz de inhalar. Lo suelto poco a poco y abro los ojos. Al hacerlo me encuentro con la cara de sorpresa, pero cargada de admiración, de Sofía.

¿Ha estado ahí todo el tiempo? ¿Habrá escuchado lo que le decía a su marido?

—¿Estás bien, cielo? —se acerca a mí y me sostiene por las mejillas con sus suaves y finas manos. Si ha escuchado algo, está claro que no va a hacer ninguna referencia. Y se lo agradezco.

—Ya sí —le sonrío.

—Entonces, ¿ahora qué? —inclina la cabeza, curiosa por saber qué pienso hacer después de esto.

—¿Ahora...? Ahora necesito abrazar lo que soy mientras voy a en busca de lo que quiero ser.

—Pues me parece genial, cielo. Ven aquí —me rodea con sus brazos y me dejo abrazar. La congoja aflora en el pecho y un nudo se me forma en la garganta. Nadie sabe qué significa para mí un abrazo así. Ahora soy yo quién la estrecha contra mí, rezando para que un día esta mujer y yo nos volvamos a encontrar y descubra que haya conseguido ser feliz.

NUEVE MESES DESPUÉS



Hace una semana que enterramos a mi padre. Reconozco que fue duro, sobre todo para mi madre. A fin de cuentas, ha pasado toda una vida junto a ese hombre.

Hace unos meses Daphne y yo conseguimos presentar todas las pruebas necesarias para encerrar a todo aquel que estuvo en el ajo en cuanto a los negocios sucios que mi padre creó a lo largo de los años. También cayeron cargos públicos que acudían a los reservados de los *clubes* de mi padre y se demostró que no solo iban en busca de placer, sino que muchas de las chicas que trabajaban allí sufrían abusos y fueron maltratadas.

Para sorpresa de nadie, el muy cabrón falsificó pruebas y al ver que todos a los que hubo mangoneado en algún momento de su vida lo habían delatado, optó por presentar cargos contra ellos. Por lo que su abogado casi consigue que saliese impune de todo.

Finalmente, su condena se redujo al ser un enfermo terminal y, obviamente, no pisó la cárcel. Sin embargo, pasó el resto de sus días postrado en una cama sin poder hacer nada y viendo como su gran imperio se desplomaba ante sus ojos. Ese fue su peor castigo. Mis tíos se echaron las manos a la cabeza, sin llegarse a creer que su propio hermano hubiera sido capaz de semejante atrocidad. Los *clubes* en los que se ejercía la prostitución de manera ilegal fueron cerrados. El resto de negocios, que para sorpresa de todos, sí eran legales seguirían activos, solo que mis tíos mandarían a alguien de confianza para que se hiciera cargo de ellos hasta ver qué destino tendrían.

Yo me desentendí del asunto en cuanto conseguí que mi madre no constase en ningún documento como la cómplice de mi padre.

Todas las propiedades y la gran fortuna que Martín nunca deseó que mi madre disfrutara sin él, acabó siendo para ella al completo.

La gran mayoría de ellas las vendió y la distinguida residencia de la cala pasó a ser mía. Mamá acabó donando una gran suma de dinero a oenegés, al centro de menores de Pedro y a múltiples centros de ayuda para víctimas de violencia de género. Según ella no tenía sentido poseer tanto dinero y no compartirlo. Mi madre había conseguido lo que más ansiaba: su libertad.

Mi madre y yo estuvimos al lado de mi padre hasta su último aliento. Sinceramente, no sentí pena por ese hombre. Si aguanté en esa posición fue por ella y porque no quería cargar con otra culpa más cuando Martín nos dejase. No perdimos la esperanza de que mi padre nos pidiera perdón por lo que había causado en nuestra vida. Mi madre creyó que, aquel hombre al que una vez amó con todo su corazón, sería capaz de demostrar antes de su último aliento que en lo más profundo de su alma nos quería. Lamentablemente, no fue el caso, pues mi padre se marchó de

este mundo como el gran Martín de la Torre, un hombre que nunca pide perdón ni muestra sus flaquezas. Triste, pero cierto. Y nosotros ya no pudimos hacer más.

—¿Estás segura de que quieres irte? —su cuerpo menudo se pierde entre mis brazos mientras la estrecho con fuerza.

—Sí, hijo. Me apetece cambiar de aires y sé que Daphne me ayudará a adaptarme —su voz se pierde contra mi sudadera.

—De eso no te quepa duda. Está muy ilusionada con que pases una temporada en Nueva York —se separa de mí y sus ojos claros brillan como hacía años que no lo hacían, mostrando esas arruguitas de felicidad en sus comisuras que tanto me gusta apreciar en ella.

—Estoy muy orgullosa de ti, cielo —me acaricia la mejilla. —Te voy a echar menos, hijo.

—Y yo a ti, mamá. Te quiero —le rodeo los hombros con mi brazo y vuelvo a acercarla a mí. Le beso con fuerza en la sien. —Venga, márchate o perderás el vuelo —coloco la maleta a sus pies para que pueda cogerla ella misma.

—¿Estarás bien, Erick? —se preocupa como una buena madre.

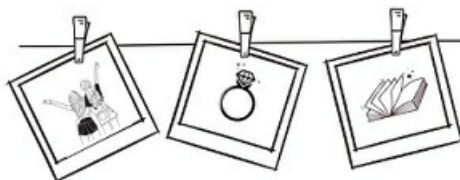
—Lo estoy. Piensa en ti, ahora te toca vivir, mamá.

—Gracias, cariño. Ven a vernos pronto ¿de acuerdo?

—Lo haré —me da un cálido beso en la mejilla y me dedica una dulce sonrisa.

Minutos después la pierdo de vista entre la multitud que transita por el aeropuerto.

46
SAMY



El verde prado luce fresco y vivaz frente a mí. Estoy sentada sobre el murete que hay delante de la casita que alquilé para estos meses. Cuando aterricé en Dublín llamé a Óscar para indagar sobre el pueblo en el que estuvo Erick viviendo semanas antes de mudarse a Nueva York. Me embarqué un poco a la aventura, pero eso formaba parte del plan para volver a encontrarme conmigo misma. Porque me prometí sanar, cuidar mis heridas, arreglar todo lo posible mi propia historia, cumplir mis sueños, o al menos el primero de ellos: aprender a amarme.

Y no me voy a fallar, esta vez no.

Así pues, alquilé un coche para llegar hasta Adare y conseguir que me alquilaran una casita. En parte, estar en este lugar donde durante un tiempo él estuvo me hace sentirlo cerca, como si su presencia se hubiese quedado impregnada en esta aldea; entre sus ruinas, sus campos que parecen dibujados de los colores más intensos y la carretera de película: estrecha, nublada y abrazada por frondosos árboles. Pienso que si en ese momento hubiera seguido fotografiando hubiera inmortalizado maravillas con su gran don.

Observo por encima del hombro la casa que ha sido mi hogar este tiempo y sonrío al apreciar cada uno de sus detalles. Con su tejado cubierto de paja y con ese rollito campesino-medieval.

Vuelvo a fijar la vista en el horizonte. El brillo del sol vespertino centellea maravillosamente entre las nubes plumizas del cielo, apagándose poco a poco. Estos últimos meses que he tenido para mí me han sabido a un descanso breve que me ha ofrecido la vida.

Durante un tiempo, antes de viajar, acudí a terapia. Por primera vez fui yo quien se sentaba al otro lado y empecé a examinar la creencia que me había generado. No fui consciente de lo rota que me sentía hasta que alguien ajeno a mí, y con las mismas herramientas que tenía yo para ayudar a otros, me lo hizo entender. Me di cuenta que debí haberlo hecho mucho antes. Compartir mi verdad con mi terapeuta fue el catalizador para la historia a la que nunca conseguí poner palabras. Y encontrarlas para expresar lo que sentía por dentro me aportó claridad.

Una de las cosas más importantes que aprendí en mi trabajo, y en lo que no fui consciente hasta que acudí yo misma a terapia, fue que yo misma creé esa historia por un motivo y como no tenía las respuestas que necesitaba, me creé las mías propias.

La cruda realidad es que la sanación, en cualquier sentido, no ocurre de la noche a la mañana. Sanar no significa arreglar, olvidar, eliminar ni deshacer. Sanar significa integrar las piezas dolorosas de nuestra historia para que podamos estar más enteros, para que podamos llegar a ser nuestro yo más completo. Significa permitirnos cargar con nuestra propia historia sin que ella nos lleve adónde quiera. Nuestras historias, las que hemos vivido y cómo las hemos vivido, nos afectan de infinitas maneras. Afectan a nuestro sentido del «yo» y nuestras relaciones. Tienen un

impacto en el prisma desde donde vemos nuestro mundo y en cómo nos exponemos a él.

He llegado a entender que esos años en los que me sentí tan perdida y triste no aprendí a pasar página, sino que directamente me la salté.

Meses después sigo teniendo alguna sesión vía *zoom* con mi terapeuta.

Todas las mañanas llamo a mis padres y por la tarde, cuando Julieta llega a casa del colegio hablamos por videollamada.

Izan me cuenta cómo le va casi todas las semanas. Me hace muy feliz ver lo que ha cambiado su vida y lo pletórico que está ahora. Le di el contacto de Pedro y después de sacarse la titulación oportuna trabajará con él en el centro y así ayudar a quien lo necesite.

También hablo todos los días con las chicas. Sus vidas siguen su curso. En abril se tomaron unas cortas vacaciones, aprovechando las fiestas en España, y vinieron a pasar una semana conmigo. Fue cómico, divertido y reparador. Disfrutamos del lugar al más puro estilo irlandés. De alguna manera mis amigas, sin que sean conscientes de ello, siempre me ayudan a arreglar algo que ellas no rompieron. Y eso sí que es sanador.

También he hecho turismo por la zona y he visitado enclaves mágicos, de los que solo creemos que existen porque los vemos en las películas. He salido algunas noches para despejarme en *pubs* irlandeses, contagiándome hasta los huesos por el ambiente que los envuelve. He conocido a gente increíble; de las que estaban de paso por el pueblo o alrededores, o vecinos del lugar; como Brianna. Esa señora de pelo blanco a la que le encanta la literatura medieval y es dulce y cálida como el sol en pleno invierno, se ganó mi corazón en cuanto la conocí. Vive justo al lado y en el instante en que me instalé y se presentó, me invitó a una taza de té con pastas. Desde entonces somos fieles a esa cita que nos une. Entre lecturas conjuntas, tés calientes y repostería casera le confesé mi historia con el amor de mi vida.

—Mi niña querida... —me dijo fascinada por ese amor que se quedó en el pasado —Cuando dos almas están destinadas a estar juntas, el destino, la vida, un ser todopoderoso o lo que sea en lo que creas —se reía mientras sostenía mis manos entre las suyas, curtidas por la edad —les pondrá en el mismo lugar y tiempo perfecto. A lo largo de sus vidas seguirán sus caminos, conocerán a un sinfín de personas y lugares, pero nada ni nadie podrán superar a esas almas que volverán a conectar.

—Oh, Brianna ¿de qué libro has sacado eso? ¡Eh! —me reía con ella por semejantes ocurrencias.

Ya no pensaba en Erick como algo que me dolía y que nunca podré tener, sino que meditaba en su felicidad. Solo quería que la hubiese hallado de alguna manera. Al igual que yo. No he querido saber nada él para no hacernos daño y no forzar la situación. Tan solo lo llamé una vez para darle el pésame por la muerte de su padre, cuando las chicas me dijeron que de eso sí debía estar informada. La llamada apenas duró un par de minutos, pero fue suficiente para hacernos ver que estábamos bien, que habíamos avanzado y que no nos habíamos olvidado. Que todo en esta vida sirve para evolucionar y cuando menos lo esperas el sol reaparece y todo vuelve a estar bien. Porque ninguna tormenta es eterna.

De vez en cuando viene bien desconectar un poco para volver a llegar a ser lo que eras. Porque nadie encuentra su camino sin haberse perdido antes.

Corre una ráfaga de viento fresco que me obliga a arrullarme en mi gruesa rebeca. Apenas ha comenzado el mes de mayo, pero aquí las temperaturas no son como en España. Pronto anochecerá y quiero terminar este capítulo. Ha pasado mucho tiempo desde la última vez que escribí. Siquiera recordaba que fueran buenos los borradores que guardé en los archivos del ordenador. Sin embargo, anoche rebusqué entre mis cosas y encontré el cuaderno que me regaló

Erick en su día y que me traje conmigo. Pasé las horas frente a la chimenea mientras me tomaba una taza de chocolate caliente y me dejaba llevar por las letras y los bonitos recuerdos. Volví a sentir que estaba lista para crear nuevos párrafos y nuevos mundos. Sentí que podría llegar a escribir algo de verdad para que viera la luz en algún momento.

Me quedo mirando la pantalla durante bastante rato hasta que mis manos vuelan de nuevo sobre el teclado.

Este proyecto es personal, una narración de mi vida. O más bien, de la suya. Llevo años pensando que mi historia de amor era digna de aparecer en algún libro. Y finalmente quedará registrada para siempre en las páginas que estoy escribiendo. Sin duda, con un final muy distinto al que me imaginé. No triste, pues Erick entendió que me debía a mí misma el recuperarme y él necesitaba cumplir sus sueños y metas.

Pero...

Al fin y al cabo, un final sin él.

Sin duda, Erick y yo fuimos una buena historia. Y las buenas historias merecen ser contadas para que no se olviden.



Me abrocho la cazadora de piel sintética y me coloco sobre la cabeza la capucha de la sudadera que tengo bajo ella. Estamos a finales de noviembre, el sol cayó hace horas y el aire fresco y húmedo atenaza la ciudad. El típico clima entre el calor veraniego y el frío invernal en el que los días comienzan a acortarse.

Acabo de salir de una de las reuniones que he tenido en los últimos meses para organizar un gran evento en Barcelona. He conseguido que un antiguo conocido me alquile una galería donde expondré por primera vez una parte de mi colección de fotografías. Ver el trabajo que he realizado a lo largo de mi vida expuesto y colgado de una pared a la vista del público supone una satisfacción inimaginable. El responsable del local ha estado valorando cada detalle y ha acondicionado el espacio a la producción y montaje, el correcto etiquetado, títulos y pies de fotos. ¡Estoy ansioso por ver el resultado!

Voy haciendo un repaso mental de todo lo que concierne el evento mientras camino apresurado por la acera, bajo las luces anaranjadas y cálidas de las farolas y con las baldosas del suelo repletas de hojas húmedas que se quedan pegadas en las suelas de mis botas. Me deleito unos segundos con los signos del otoño en la ciudad; colores rojizos y marrones que son los protagonistas, el olor a tierra húmeda, el sonido de las castañas asadas en los típicos puestos humeantes en las calles... Sin duda una estación que te invita a la reflexión en más de una ocasión.

Al cruzar la carretera pierdo la vista un segundo en el escaparate de una librería tradicional y legendaria. Lo que me hace volver a ella segundos después al recabar en lo que me ha parecido ver. Como si esa portada, esas letras y ese nombre me hubiesen atraído hacia ellas como un imán, sin ser consciente de que las miraba siquiera. Una señal del destino y una historia que no ha terminado.

En cuanto fijo los ojos en ese libro que aparece como NOVEDAD, pues así lo anuncia el pequeño cartel que tiene debajo, no puedo evitar que una gran sonrisa haga aparición.

—Lo ha conseguido —susurro para mí, orgulloso de mi pelirroja.

Sin pensarlo entro en la librería hogareña, cálida y de las que Sam adoraba. Me la imagino a ella en lugar como este, paseándose por los pasillos o sentada en algún rincón deleitándose con cada ejemplar, y puedo asegurar que sería la mujer más feliz del mundo.

—¿Puedo ayudarlo en algo? —la librera, de una edad en la que parece estar cerca de la jubilación, capta mi atención y me hace regresar de mis cavilaciones.

—Sí. El libro del escaparate que tiene como novedad. ¿Puedo verlo?

—Oh, claro que sí, joven. Venga por aquí —la sigo hasta unos estantes en los que hay más libros de ella, esperando ansiosos por que alguien los compre. —Tenga.

Lo sostengo entre las manos y deslizo los dedos por la cubierta, como si al acariciar la ilustración la pudiera acariciar a ella.

—Si necesita cualquier cosa, estaré en el mostrador.

—Gracias —le guiño un ojo y la señora se ríe a la par que vuelve a sus quehaceres.

Me parece una portada preciosa, con mucho significado y en consonancia a la esencia de la pelirroja.

La portada posee unos colores que parecen la fusión de los tonos más azules de una noche estrellada y los de un infinito atardecer junto a las letras *kintsugi*.

Justo debajo cita: ***El oro que recubre un alma rota.***

Vuelvo a sonreír. Abro el libro y en la solapa veo su foto, tan preciosa como siempre, con su cabellera rojiza y sus ojos color esmeralda. Ojeo toda la información sobre ella, curioso por saber qué explica de sí misma. Acto seguido paso la primera página donde el título aparece de nuevo y me detengo en el prólogo.

ÉL

Sí, él, porque esta historia empezó así, con un tipo duro cubierto de tatuajes que aprendió a sanar entre tinta, risas, el mar, los atardeceres, las canciones, muffins de chocolate y en el reflejo de unos ojos verdes que lo miraban con el mayor amor que nadie ha podido sentir jamás...

—Me lo llevo —le digo a la señora que me observa encantada, dándome a entender que se ha debido leer este libro, o que por lo menos sabe de qué trata y en parte me ve reflejado en él.

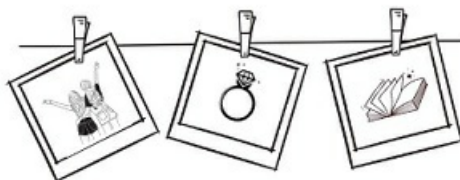
Cuando llego a casa, paso la noche entera leyéndolo, perdiéndome entre esas líneas que me recuerdan a todo lo que Sam y yo vivimos. Siendo sincero, en él también busco algún dato que me cuente qué ha sido de ella en todo este tiempo.

Siento un calor en el pecho que había echado de menos y que me pone nervioso al pensar en lo que se me ha pasado por la cabeza y estoy deseando hacer.

No tengo claro si ha llegado el momento, pero lo que acabo de leer me confirma que ha pasado el tiempo suficiente para intentarlo.

Todo en esta vida tiene su momento y puede que haya llegado la hora.

48
SAMY



—Chicos, llegué hace un par de días y ni me ha dado tiempo a deshacer las maletas.

—Ya lo harás mañana —Vicky hace un gesto con la mano para quitarle importancia. —Ahora a disfrutar —comenta entusiasmada. —Además, Maca tiene algo que contarte en persona y no hay día mejor para ello que hoy —observo la mirada de reojo que le ha lanzado a su marido.

Hummm. Extraño.

—¿Por qué hoy?

—Pues... Porque sí, jeje —responde chistosa.

—¿Y qué me tiene que contar? —indago en un tono desconfiado.

—Eso te lo dirá ella. Además, en cuanto la veas lo sabrás.

Abro los ojos de par en par por no saber a qué viene tanto misterio. Desde los asientos traseros observo a Óscar por el retrovisor. Aparta la mirada al instante, dándome a entender que mejor no le pregunte a él porque lo más seguro es que se le escape algo. Bien, porque necesito que me lo cuente.

—Óscar... —suelto una dulce voz de niña buena.

—Hmmm —sigue conduciendo muy atento a la carretera, pues son las siete de la tarde y ya parece que son las diez de la noche. Y encima está lloviendo.

—¿Tú sabes qué es eso que tengo que saber?

—Ehh...

—¡Ni se te ocurra! ¿Me oyes? —lo apunta su mujer con el dedo. Gesto suficiente para amenazarlo con no tener una dosis de mimos calenturientos esta noche.

—Bueno, pues nada... me aguantaré —me cruzo de brazos enfurruñada por no obtener lo que deseo. En eso no he cambiado tanto. ¿Ves tú? Sigo siendo igual de testaruda y ansiosa, qué le voy a hacer.

—¿Y adónde vamos? Eso sí podrás decírmelo ¿no?

—Pues no. Ya hemos llegado así que lo verás tú misma.

—Perfecto.

Cuando Óscar para el coche nos dice que bajemos y él buscará aparcamiento.

Abrimos los paraguas a toda prisa para no empaparnos. Caminamos apresuradas hasta la pared del edificio que tenemos delante y nos resguardamos de la lluvia bajo los salientes de los balcones.

Vicky se engancha de mi brazo y tira de mí. No me había fijado en lo espectacular que estaba con ese atuendo: Un jersey negro, una falda de tubo en el mismo color y botines. Vestida así, sus ojos resaltan más aún. Sobre los hombros se ha colocado una gabardina para no tener que

llevarla colgada del brazo mientras se agarra al mío.

—Venga, que nos están esperando.

No me da tiempo a responderle cuando veo a nuestras amigas delante de una gran puerta de cristal. ¿Qué pasa aquí? ¡Menudo recibimiento! Van todas guapísimas. Nos acercamos por detrás y asusto a Maca en cuanto llego a su altura, haciendo que esta dé un respingo. No solo sigo siendo una testaruda, sino que la niña que vive en mí ha decidido que era buen momento para dejarse ver.

Lo que ocurre a continuación es que la que casi se cae de espaldas soy yo cuando Maca se gira, porque... esto no me lo esperaba y me quedo petrificada durante unos segundos.

Susana y Sole también clavan sus ojos en mí y con tan solo unas miradas ya nos lo hemos dicho todo.

Maca se muerde el labio y me mira con el ceño fruncido ante mi reacción. Yo no puedo apartar la vista de ella, en concreto de una parte de su cuerpo, pues al menos está de seis meses.

—Hola, Samy —en cuanto me saluda me lanzo a ella para abrazarla con los ojos húmedos. Lo hago con todo el cuidado del mundo para no aplastarla.

—¿Por qué no me habías dicho nada? Joder, Maca... ¿Se puede saber de cuánto estás?

—Casi de seis meses —lo que decía. —No quiero que te enfades. Tiene una explicación. —levanta las manos en señal de paz para que no me mosquee con ella.

Ahora miro a Susana, a Sole y a Vicky, que han sabido guardar muy bien el secreto.

—No me enfado. Al contrario, estoy muy feliz —sonríe cogiéndola de las manos. —Lo que no entiendo es porque me lo habéis ocultado y no me lo has contado antes.

—Verás, iba a hacerlo, pero... No sé, llevabas casi un año fuera, reencontrándote, y pensé que después de todo el esfuerzo que estabas haciendo y lo bien que te veíamos no quise que cambiaras tus planes por mí. Te conozco bien y estoy segura de que si te hubiera dicho que estaba embarazada hubieras dejado todo atrás y hubieras venido enseguida para estar conmigo.

—Y así es. Eres mi amiga, Maca. Hemos pasado toda una vida juntas. ¿Cómo no iba a formar parte de esto?

—Pues por eso. Supimos que para esta fecha ya volverías a casa y aún tendríamos tiempo de compartir esto contigo.

Al pensar en esas palabras caigo en la cuenta de que Carlos está justo a su lado y ni siquiera lo había visto con toda la exaltación.

—Madre mía. ¡Estoy tan feliz por vosotros! —ahora me abalanzo a por ambos y los envuelvo para abrazarlos. —¡Os quiero, chicos!

—Y nosotros a ti, Samy —responde Carlos por los dos, con una sonrisilla de felicidad y apretándome contra su pecho.

—Bueno, después de esta gran sorpresa, ¿qué estamos haciendo aquí? —Abrazo al resto de mis amigas, que han venido para pasar el fin de semana juntos y acto seguido elevo la vista para observar este edificio con una clara mezcla entre modernismo y conservador.

—Míralo tú misma —Maca dibuja una sonrisa y me señala con la cabeza una placa plateada lo bastante grande como para haber recabado en ella y que está colocada al lado de la puerta de cristal. Me hubiese fijado antes si no hubiese sido por la sorpresa anterior.

La leo con lentitud porque nada más ver la primera letra el corazón me da un vuelco y ha empezado a bombear sangre de una manera casi inhumana y temo que se paralice.

—¿Es de Erick? —abro los ojos, incrédula a lo que veo. —¡Joder, lo ha conseguido!

Todos asienten con una gran sonrisa en el rostro.

Vicky vuelve a agarrarme del brazo en cuanto su marido aparece y me insta a que entremos.

—No siempre hay que dejar al destino actuar para que vuelva a unir a las personas. A veces necesita un leve empujoncito —me enseña todos los dientes al sonreír.

Cabeceo ante las ocurrencias de mi amiga.

El corazón me late con demasiada intensidad, sabiendo que podré cruzármelo en cualquier momento.

Al entrar el calor nos envuelve y una cálida sensación me recorre desde los pies hasta la cabeza. Una señora vestida de traje gris y raya diplomática, con su melena rubia recogida en un moño muy estirado, y bastante amable, se ofrece para guardar nuestros paraguas y nuestras prendas de abrigo. Así pues le tiendo mi chaqueta y le doy las gracias. Aquí dentro no hace frío, pero pese a que unos segundos antes la sensación que me envolvía el cuerpo era cálida, ahora de repente siento que el vestido de canalé que llevo no es suficiente para entrar en calor.

Al instante me dejo llevar, maravillada por lo que veo. Es una galería inmensa. Primero me percato de cosas insignificantes, como el estilo de los camareros que reparten copas, pues su indumentaria no es la típica de esta clase de eventos, sino todo lo contrario. Van bastante informales y a la vez con toda la elegancia que se requiere en su manera de servir y atender al público. Con camisas remangadas, vaqueros negros y botas militares negras. Muy típico de Erick, lo que me hace sonreír.

Avanzamos poco a poco y ahora fijo la vista en un pequeño rincón donde han colocado un *Tattoo Bar*. Me vuelve a dar por reír, porque esto también es muy típico de él y estoy alucinando con lo que me rodea. Desde luego a la gente le encanta porque hay hasta cola para marcarse la piel con tinta. Puede que me acerque yo también después.

De golpe, la música capta mi atención y vuelvo a sonreír al escucharla. ¿Cuántas veces he sonreído ya? Beret suena por toda la galería y puedo asegurar que es por el recuerdo de su hermano. Al pensar en Marc y mientras sigo el recorrido por estos pasillos laberínticos advierto que todo es en honor a él. Recuerdo haber visto estas fotos hace años y siguen siendo preciosas.

Mis amigos se han ido quedando más rezagados y yo sigo avanzando por los rincones de la galería. No puedo dejar de mirar hacia todos lados porque ver estos retratos e imágenes en semejante tamaño es impresionante. Sigo en mi cometido de no perderme ni una minúscula zona, rechazando las copas que me ofrecen los camareros cuando pasan por mi lado.

Al entrar en otra sala, en la que las luces cambian a unas más cálidas y la música es distinta, me quedo absorta.

¡No puede ser! Es como un eterno atardecer.

Joder...

Doy vueltas sobre mí misma para poder admirar todo a la vez, escuchando las canciones de Morat como si fuera la primera vez.

¿Ha estado guardando todas estas fotos durante todo este tiempo? Una pelirroja de casi veinte años se pelea con una máquina de café en un aeropuerto y al recordarlo me da por reír. No tenía ni idea de que me hubiera visto en semejante escena.

La misma chica durmiendo en una cama ajena después de una borrachera, con su alborotado pelo cayéndole alrededor del rostro. Y sinceramente, me parece preciosa.

Cabeceo al seguir recordando.

Un partido de *voleibol* con amigas y unos chicos muy especiales juegan felices sobre la arena.

El mejor castillo de arena de toda la playa mientras jugaba con un crío y ella se inventaba una historia para él.

Ella de nuevo, sentada a la orilla del mar contemplando otro atardecer más para mi gran colección de recuerdos.

Y otros tantas de cientos de momentos que vivimos y que immortalizó para no olvidarlos nunca. Aunque sería imposible hacerlo.

Sigo en mi camino de perderme entre colores, blancos y negros. Y en esta ocasión no es una foto en sí, sino un gran lienzo a carboncillo, el cual supone un atardecer que también fue llamativo para alguien más. Es increíble que algo así, la combinación de claroscuros, te demuestren que también son capaces de representar un atardecer. Pero no es eso lo que capta mi atención, sino las dos personas que están dibujas a orillas del mar y que lo contemplan mientras charlan y degustan porciones de pizza: felices y ajenos al resto del mundo que los rodeaba. Solo ellos y nada más.

Al ver eso, bajo la vista hasta la pequeña plaquita que hay bajo el lienzo y leo su nombre de pila, como si no quisiera llevarse más mérito del que ya se ha llevado: Marco (desde los ojos de un niño). No puedo evitar sonreír y los míos se me empañan de la emoción. Y justo abajo, una cita:

“El objetivo del arte es representar no la apariencia externa de las cosas, sino su significado interno”.

-Aristóteles-

¡Qué bonito!

Me limpio con el dorso una lágrima solitaria que no he podido reprimir ante la emoción. Por los altavoces comienza a sonar *“Olvidé Olvidarte”* y vuelvo a sonreír. Ahora sí que he perdido la cuenta de las veces que lo he hecho. Llego hasta esa otra imagen que ocupa una gran pared y que se lleva la gran atención de los asistentes. Me llevo una mano a la boca asombrada por todo lo que estoy viendo. No sé los minutos que paso admirando lo que tengo frente a mí. Ese atardecer se graba a fuego en mis retinas, porque es el mismo que preside mi salón. Sin embargo, al verlo aquí, junto a todas las demás obras y al saber su significado no me queda otra que decir:

—¡Guau! —apenas es un susurro.

“Salir Con Vida” es ahora la melodía que vibra por la instalación y retumba en las paredes y en mi pecho.

—Existen tres reacciones ante una pieza de diseño —intento ignorar, o al menos disimular, el impacto que tienen esas palabras. Y con todo, se me eriza la piel al escuchar su voz ronca y el vientre se me contrae de tal forma que tengo que llevarme una mano al estómago, como si así mitigase lo que acabo de experimentar. —«Sí, no y... ¡Guau!» —dirijo mi mirada hacia el lugar de donde proviene, que es a unos pasos tras de mí y atisbo una pequeña sonrisa cuando doy media vuelta. —«¡Guau!» es a la que debemos aspirar. —Y me dedica esa sonrisa de medio lado cuando fijo todavía más mi mirada en la suya. Va vestido de negro al completo, la camisa remangada hasta los antebrazos, ¡cómo no! y los primeros botones del cuello desabrochados, lo cual deja gran parte de sus tatuajes al descubierto.

Está guapísimo.

Y es imposible dejar de temblar al admirarlo.



Podría decir que Sam fue mi primer amor de verano. Que hay amores que se quedan solo en eso, en amores efímeros. Bonitos para recordar con nostalgia, incluso para contárselo con añoranza a tus nietos algún día. Sin embargo, luego hay otros que van mucho más allá y te dejan marcado de por vida.

Siempre sentiré una fascinación y atracción increíbles por Sam. Me siento afortunado de haberla tenido en mi vida.

Escruto su rostro con la mirada clavada en cada parte de ella y a continuación desciendo por todo su cuerpo. Joder, es imposible que esta mujer cada vez que la vea esté más preciosa.

El vestido morado y de tela suave que se ciñe a su cuerpo realza sus caderas y siento la necesidad de acercarme y rodearla con mis brazos. Sin embargo, espero a ver su reacción.

Este lugar está dedicado prácticamente a ella. Supe que, al elegir la música, algunas canciones que le gustan y su grupo favorito debían ser un gran protagonista. Y así lo hice. Por lo que “*No Termino*” comienza a sonar.

Vuelvo a encontrarme con sus ojos verdes con ese pigmento característico de la esmeralda más vivaz y noto que tiene las mejillas encendidas, seguramente por la forma en la que la he examinado, pero también me percató de su brillo en la mirada.

Al observarla siento que los sentimientos permanecen intactos. Más ávidos si cabe. Y vuelvo a sonreírle, porque mis sonrisas a su lado no son un espejismo, sino que están tatuadas en mis labios.

Sam es esa chica de la que me enamoré y sigue siendo igual de fascinante o más que cuando la vi por primera vez.

Noto ese burbujeo, que entendí años atrás que jamás volvería a sentir si no era la pelirroja quién me lo materializaba. El cual nada tiene que ver con la anticipación al sexo, pese a que este instante también esté cargado de ello al contemplar lo preciosa que está y lo que imagino al recordar las veces que la desnudaba y se entregaba a mí.

Sigo observándola, dándole el tiempo que necesita, aunque me esté muriendo por estrecharla entre mis brazos.

Los ojos se le humedecen enseguida y, tras unos segundos de vacilación, Sam sale disparada hacia mí y acorta la distancia que nos separa lanzándose a mis brazos. En cuanto llega a mi altura, el aroma dulce de su perfume inunda todo mi ser al chocarse contra mí.

Y esta es mi chica, la que se dejaba llevar, la que se dejaba sentir todo plenamente. Y joder... La he echado demasiado de menos.

En la vida he sentido una necesidad tan poderosa, tan fuerte, tan acojonante de sentir a alguien entre mis brazos.

Sam se estampa contra mi pecho y la estrecho con toda la fuerza posible, la pego a mi cuerpo, intentando que nos convirtamos en uno, si es que eso es posible. Así ya la tendría para siempre en mí.

Y lo sé. Lo he sabido en cuanto la he visto. La tormenta de emociones que ha cargado durante tanto tiempo y que se apoderó de ella ha desaparecido.

Coloco una mano en su nuca y entierro los dedos en su densa melena. Me inclino un poco para enterrar mis labios en su pelo y poder susurrarle cerca del oído.

—Lo siento, nena. Dime que me perdonas, por favor.

Sam se separa sutilmente de mí y me mira extrañada con el ceño fruncido, sin entender nada.

—¿Porqué, Erick? ¿Por qué iba a perdonarte precisamente a ti? —hace una mueca y sus cejas se unen todavía más.

—Lo sé todo, Sam. Mi madre me lo contó.

Ella suspira y cierra los párpados, pero antes de que hable lo hago yo.

—Cuando te marchaste la primera vez supe que debió ocurrir algo. Estuve casi seguro de que mi padre tuvo algo que ver. Debes saber que no lo dejé estar, me encaré con él. Sin embargo, me amenazó con destrozarte la vida si no accedía a seguir sus pasos —Sam arruga más aún el rostro, triste por la situación. —Pese a que verte marchar me dolió como una puñalada en el pecho, te quería demasiado como para dejar que ese hombre te arruinase la vida —acuno sus mejillas en mis manos y clavo mi mirada en esas vistas que me ofrecen sus ojos. —Solo quería lo mejor para ti, pelirroja. Lo sigo queriendo.

Me dedica la sonrisa más bonita que he visto nunca.

Mi corazón late con impaciencia por besarla.

—Yo también quise lo mejor para ti, Erick. Por eso hice lo que hice, por eso me fui. No quería cambiar la imagen que tenías de tu padre y la relación que podríais llegar a tener después, aunque por aquel entonces no fui capaz de ver que tú ya sabías como era Martín y vuestra situación no cambiaría. Apareciste en mi vida y de repente te convertiste en alguien muy importante para mí, así que no iba a permitir que tu padre te tratara aún peor de lo que lo había hecho porque yo estuviese enamorada de ti. Entiéndelo, por favor.

—Lo entiendo. Ahora eso ya no importa, nena. El pasado se quedó atrás y lo que debe importar es el presente y lo que ocurrirá a partir de ahora. Ya lo hemos pasado bastante mal, ¿no crees? Demasiados años perdidos. Tenemos que empezar a vivir de nuevo.

Tiene sus dedos apoyados en mi pecho y estoy completamente seguro de que puede sentir mis latidos bajo sus yemas, porque yo puedo sentir el calor que irradian estas a través de la fina tela de mi camisa.

Sus ojos brillan con algo parecido a la ilusión y yo no puedo evitar perderme en ellos de nuevo.

—Necesito hacer esto... —susurro cerca de sus labios.

—¿El qué? —su voz es casi inapreciable, un murmullo que me revuelve el estómago y que al sentirla tan cerca de mi boca me pone la piel de gallina.

—Besarte.

Sello sus labios con los míos. Se le escapa un sollozo de felicidad seguido de un gemido que yo acallo cubriendo su boca contra la mía.

Acto seguido la levanto del suelo y sonrío en su boca.

La sigo sosteniendo entre mis brazos, con algo de miedo por si vuelve a irse, pese a que la

dejaría volar. Lo haría si me dijese que eso es lo que quiere, pero algo me dice que esta vez se quedará.

—¿Me dejarás amarte esta vez? Será como un amor a segunda vista —asiente con la cabeza una infinidad de veces, con una sonrisa en la cara y la felicidad llenándole sus ojos del color de ese cristal que me fascina.

—Más bien a tercera vista —suelta una risita casi silenciosa. —Hay muchas cosas en la vida que no se pueden olvidar por mucho que uno lo intente. Y tú, tipo duro, eres una de ellas. No pienso alejarme de nuevo.

Vuelvo a besarla, como si todo ese tiempo que he vivido sin ella hubiera sido una auténtica tortura. Pensé que quizá este momento jamás llegaría.

Sus labios siguen besando los míos con todo ese amor que solo pasa una vez en la vida, ese tipo de amor que toca el corazón de una forma arrolladora y que se queda en ti para siempre.

—Oye... —murmura aún pegada a mis labios y me veo en la obligación de dejarla en el suelo y separarnos un poco, aunque lo único que quiero hacer ahora mismo sea sacarla de aquí y perdernos en algún rincón escondido para demostrarle cuánto la he echado de menos.

—Hmmm —le aparto el pelo hacia atrás, colocándoselo tras la oreja mientras ella cuela sus brazos por debajo de los míos, apoyando la barbilla en mi pecho. La observo desde mi altura. Joder, que guapa está.

—Sabes que ese atardecer no lo capturaste tú ¿no? Lo hice yo y fue con el móvil.

—¿Y qué? —ambos miramos hacia la gran imagen. —Todo lo que está representado aquí hoy no lo está porque solo sea bueno, sino por lo que simboliza. Y si tú estás en casi todas esas fotografías, ¿por qué no iba a estarlo el momento en el que supe que me había enamorado perdidamente de ti?

Sam guía sus ojos a los míos y me sonrío con cariño. Verla así de alegre me hace feliz. Infinitamente feliz.

—Pelirroja, aún me queda mucho para aprender del amor, pero quiero aprenderlo contigo. Sé que tendremos muchos defectos por corregir y lo más seguro es que aún no hayamos llegado a nuestra mejor versión, pero cuando lo logremos quiero que ambos lo disfrutemos. Aún nos quedan miles de historias por vivir.

—Erick, el amor es amistad, confianza, respeto, dejar al otro ser lo que es... Creo que algo sí que hemos aprendido. Y sino, lo aprenderemos juntos —vuelve a ponerse de puntillas y me deja un pequeño beso en los labios que apenas me ha dejado saborear. Supongo que ya habrá tiempo para más.

—Ven, tengo una sorpresa —entrelazo mis dedos con los suyos y tiro de ella.

—¿Una sorpresa? ¿Y si no hubiera venido hoy? —miro hacia atrás elevando una comisura.

—Oh, me aseguré de que tus amigas te convencieran de ello. No aceptaba un «no» como respuesta.

Cabecea divertida y me sigue hasta una zona en la que hay montado un pequeño *stand* con múltiples ejemplares de su novela y donde ya hay gente apiñada, esperándola.

—Erick, ¿y todo esto? —abre los ojos de par en par y tiene que pestañear más de una vez para asimilarlo.

—Es para ti. Contacté con tu editorial, les hablé de lo que tenía en mente y nos permitieron crear este espacio para ti y tus lectores —le guiño un ojo para que se relaje, pues sé que está algo nerviosa.

—Madre mía, Erick. ¡Te has pasado! —se tapa la boca con ambas manos, incrédula a lo que está viendo.

—Antes de que todo el mundo acapare tu atención y te robe de mi lado tienes que dedicarme este a mi —le digo cogiendo un ejemplar de la mesa y que salta a la vista que está más que usado.

Sam lo sostiene entre sus manos y lo ojea por encima, viendo que he marcado múltiples páginas y subrayado diversas frases. Sabe que lo he hecho mío.

—Lo has leído... —murmura.

—Es nuestra historia, pelirroja. Lo leería una vez tras otra durante toda la vida si fuese necesario.

Le tiendo un bolígrafo y desliza el puño por encima de la primera página. Alguien llama su atención, tiran de ella y la gente empieza a colocarse entre nosotros. Sam se sienta en un taburete alto frente a una mesa redonda a la misma altura. Comienza a lanzar muestras de cariño a la gente, pero antes de empezar con su cometido, busca mi mirada entre la multitud.

Vuelvo a sonreír como un loco enamorado por tenerla aquí, conmigo.

—Te quiero, tipo duro —gesticula con los labios sin emitir sonido alguno y acto seguido se muerde el labio inferior.

Leo la dedicatoria:

“Para el chico que recubrió de oro un alma rota”

Esta vez me quedaré, porque tener que extrañarte es un acto suicida...

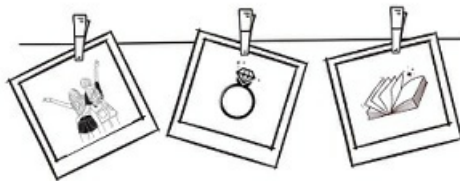
Con amor, Samy.

Levanto los ojos hacia los suyos.

—Yo te quiero más —muevo los labios en silencio, al igual que ha hecho ella.

Y más tarde le demostraré lo que causan sus actos en mí por morderse el labio de esa forma.

EPÍLOGO



Las sombras del cielo, en un color melocotón, se proyectan sobre nuestras cabezas. Hace un par de horas que me senté aquí fuera, en este sillón colgante hecho a mano que tienen colocado pegado a la pequeña casa anexa a la gran finca. Estoy en posición de indio, ataviada con un vestido holgado que me prestó la propietaria del lugar, con el ordenador sobre mis piernas mientras me deleito con las vistas.

—¡Aquí lo tienes! —aparece Alma, la dueña del vestido, frente a mí con el ejemplar entre las manos. —Estoy segura de que te encantará.

—Gracias —agradecida empiezo a ojearlo por encima. Alma se sienta a mi lado, en otro balancín, con algunos movimientos torpes, pues su avanzado estado le complica un poco las cosas.

Tras la exposición de Erick, la cual fue todo un éxito, me invitó a viajar con él por diferentes lugares de Europa. No tuve ni que pensarlo. Me moría de ganas por pasar todo el tiempo del mundo con él y lo vi como una oportunidad para poder seguir haciendo lo que amo. Al fin y al cabo, puedo escribir desde cualquier lugar.

Decidimos empezar por Irlanda, aunque yo acabase de regresar. En parte, era nuestro viaje pendiente juntos y nos pareció el momento idóneo para disfrutar de esa parte del mundo que nos unió de algún modo.

Erick conoció a Brianna, esa ancianita que se ganó mi corazón. Tengo que decir que ella se quedó prendada de Erick. ¿Quién no lo haría?

Durante algunos meses recorrimos varias ciudades europeas en las que nos sirvieron de inspiración a ambos. Yo intentaba crear magia con las palabras y Erick... Bueno, él tiene un gran don para crear magia a través del objetivo.

En primavera optamos por pasar unas semanas en Italia antes de regresar a casa y pasar unos días en el sur con mi familia.

Dimos con una casita de piedra que se alquilaba en un pueblo toscano y nos encantó la idea. En este resort de agroturismo parece que se detiene el tiempo. Si Italia se observara como un museo, la región de la Toscana sería una de sus salas más visitadas.

Así fue como conocimos a Alma y Alessandro; una pareja maravillosa. Con el paso de los días, ambos nos cautivaron, al igual que toda la familia de Alessandro. Los D'Abruzzo son fundadores y promotores de los mejores vinos de la región y conocidos mundialmente. La madre de Alessandro es una experta cocinera y su padre sabe tanto sobre vino que parece una enciclopedia de viticultura y enología.

Alma y Alessandro sienten tal amor el uno por el otro que, hasta yo, romántica empedernida,

me quedé fascinada.

Acabaron por contarnos cómo se enamoraron y me pareció que era una historia digna de contar. Alma, al averiguar lo que me apasiona la literatura, mencionó uno de los libros que se había leído. La historia de un amor más allá de la religión y las fronteras, sobre la esclavitud de las mujeres y niños en países árabes, donde Laylak debía acatar y callar. Cuando lo que más ansiaba la protagonista era su libertad.

Dejo el libro a un lado y le sonrío.

Alma es una mujer preciosa. Tiene una melena larga y morena que luce muy al natural, como si esas ondas perfectas le vinieran de serie. Sus ojos azules como el océano se llevan toda la atención y su sonrisa es contagiosa. Después de saber por lo que Alma pasó me parece muy admirable verla así de plena, tan feliz. La observo embobada a la par que ella fija la vista en su marido que trabaja a lo lejos, en las infinitas hectáreas de viñedos que tenemos por delante, mientras que Erick lo fotografía. No tengo ninguna duda de que sabrá sacar el máximo partido a esas fotografías y serán dignas de enmarcar y de salir en las revistas.

En esta zona de la finca reina la calma absoluta y me centro en todos los detalles que me rodean, considerándome una afortunada. Ambos nos enamoramos por este rincón del planeta lleno de pequeñas colinas y amurallado de pueblos medievales, rodeados de cipreses o viñedos. Aunque tengo facilidad para describir lo que me rodea, tengo la sensación de que no soy capaz de encontrar las palabras para hacer justicia a lo que estamos viviendo. En este caso, pienso que una imagen vale más que mil palabras y en eso, Erick es el mejor, haciendo pura magia para los sentidos.

Me llega el olor a las diversas flores que tienen colocadas en cada rincón de esta terraza. La caída del sol desde aquí es sin duda un espectáculo. Estar viviendo este momento de mi vida con Erick a mi lado es un sueño.

Me pregunto a mí misma cómo hemos llegado a donde estamos ahora, cómo nos hubimos encontrado de nuevo y cómo hemos avanzado hasta aquí. Y casi parece una ilusión.

En cualquier caso, soy feliz. Somos felices. Ahora no me arrepiento de haber tomado las decisiones que tomé, pues me han llevado hasta aquí.

Con él.

EPÍLOGO +1



El deseo y la impaciencia son tan intensos que juro que los siento correr por mis venas. No puedo apartar la vista de ella, que descansa desnuda sobre la cama, abrazada a la almohada y con las sábanas alrededor de su cuerpo. Ya es de madrugada y me desvelé hace un rato por un ruido en la planta baja. He bajado para comprobar que estaba todo en orden y he vuelto a la cama.

Ayer, la pelirroja, fue la mujer más feliz que he visto jamás. Invitamos a su familia a que viniesen a pasar el fin de semana con nosotros, aprovechando que su padre se pidió unos días en el trabajo para celebrar con ella su cumpleaños. Vinieron todos, pues en esta casa hay espacio de sobra para un regimiento. De hecho, se sumaron también todos nuestros amigos. La pelirroja invitó a Izan, por lo que al fin pude conocerlo en persona y ver cuánto quiere a Sam. Pedro y Carlota aceptaron encantados la invitación. Carlos y Maca no faltaron, aunque se iban quedando dormidos por las esquinas. Ambos son unos padrazos de un niño precioso llamado Aarón, que lamentablemente no duerme lo que a sus progenitores les gustaría. Vicky Y Óscar aparecieron acompañados por Jorge, Pablo, Susana y Sole. A lo que Sam no pudo reprimir una carcajada cuando al verlos supo que esta vez también habría tema entre los últimos cuatro.

Julieta se pasó prácticamente todo el día en la piscina con las chicas, lo que ha hecho que caiga rendida en la cama junto a sus padres. Los demás tuvimos múltiples funciones para realizar la mejor barbacoa de la historia; preparar bebidas, asar la carne y las verduras, elegir la *playlist* que iba a sonar y que las mujeres de la casa nos obligaron a poner. Las amigas de mi chica están locas, pero creo que he llegado a querer demasiado a esas señoritas disparatadas.

Mi madre también estaba de visita y ha tenido la oportunidad de conocer a la familia de Sam. Dijo que todos son increíbles y que no le extraña que Sam sea como es, pues ha tenido un buen ejemplo a seguir. Mamá, sin duda, parece otra mujer y no sé si tiene algo que ver con la sensación de libertad que ha experimentado en el último año o por cierto hombre neoyorquino que ha aparecido en su vida. Puede que sea por ambas. Y siendo muy sincero me explota el pecho de felicidad.

Cuando todos se fueron a dormir, exhaustos por el día de barbacoa, piscina, baños en la cala y horas al sol, me faltó tiempo para arrastrar a la pelirroja a la habitación y dar rienda suelta a lo que llevaba reprimiendo tantas horas.

Antes de caer rendida por el cansancio, y creo que sin ser muy consciente de sus palabras, me hizo prometer que a la mañana siguiente iríamos al cementerio para hacerle compañía a Marc, ya que también sería su cumpleaños. Así ha sido como me he enterado que iba muy a menudo para hablar con él y le dejaba una rosa blanca en cada visita. Ella no se ha dado cuenta de mi reacción porque los párpados le pesaban demasiado y era incapaz de mantenerlos abiertos, pero al saber

ese dato me he enamorado aún más de ella, si es que eso es posible. Aun estando separados durante tantos años ella no se olvidó de mi hermano, sabiendo que para mí era tan importante.

Todavía quedan algunas horas para que amanezca, así que vuelvo al lugar donde debería estar. Me acomodo tras ella, completamente desnudo de nuevo, y la rodeo con mis brazos, haciendo que su espalda queda pegada a mi pecho. Mis manos comienzan a acariciarla por todas partes, incapaces de mantenerse quietas cuando la tengo tan pegada a mi piel.

Emite un gemido que mi cuerpo recibe como un zumbido ensordecedor, siéndome incapaz de atender a mis pensamientos.

Murmura entre dientes.

—Dame un respiro, tipo duro... —cuelo la nariz en su cuello para olerla y le doy un pequeño mordisco en el hombro.

Gruño.

—No puedes pedirme eso, pelirroja.

Sam se gira y me sonríe. Es evidente que no puede ignorar la creciente presión que ha empezado a sentir en el bajo el vientre y la humedad entre sus piernas.

Sonrío con picardía porque la conozco demasiado bien.

Funde su boca con la mía. Suave al principio, luego con más intensidad, con toda la urgencia del mundo. Con ese gesto hasta la última célula de mi cuerpo se paraliza.

Gime contra mi boca.

—Me vuelves loco, nena —suelto con la voz ronca. En respuesta, juguetona se acerca más a mí y pierde su mano bajo las sábanas.

Me quedo sin aliento al sentir su caricia y se me paraliza el puto corazón. Juro que se me escapa un gemido por la sensación, por la ardiente sensación que me provoca allí donde nuestros cuerpos se rozan.

La aparto para tumbarla boca arriba mientras hunde los dedos en mi pelo y me acerca a ella, dejándome que me acurruque entre sus piernas. Cada caricia es dulce y suave, cada mirada y cada movimiento desbordan amor. La forma en que la toco o en la que me toca ella me hace sentir que voy a estallar por culpa de todas esas terminaciones nerviosas que han cobrado vida propia.

Sus ojos se recrean ante mi anatomía desnuda, dibujando con ellos la tinta que recorre cada parte de ella. Cuando vuelve a posarlos sobre los míos, puedo ver en ellos una tonalidad de verde más oscura, más intensa. Se le escapa una risa nerviosa, pues sabe a la perfección que no pienso dejarla estar ahora que estamos así. La naturalidad con la que Sam me mira, me sonríe, me pica y me seduce me sigue pareciendo la más sexi.

Mascullo una palabrota y Sam se carcajea al saber que mi cuerpo está estallando en llamas por ella mientras desliza sus manos por mi piel con la travesura en su expresión.

Le obligo a que me deje explorarla y al instante siento su suave piel en mis labios mientras le dejo un reguero de besos por el cuello, el pecho, el vientre y me dirijo hacia esa zona erógena que la obliga a cerrar los ojos con fuerza y dejarse llevar.

Entre jadeos vuelvo a pronunciar su apelativo con una voz ronca y sexi, la cual sé que la hará perder los estribos. Y no tarda demasiado en darme la razón.

Se le escapa un gemido ahogado cuando vuelvo a subir sobre ella, sus dedos rozan mi torso y sus caderas al fin se unen a las mías. Cuando me hundo en ella, obligándola a retorcerse bajo mi cuerpo, me susurra al oído entre gemidos cuánto me quiere y lo afortunada que es.

Lo que no se hace una idea es de cuánto la quiero yo. De que aquí el afortunado soy yo.

Pierdo la cuenta de las veces que mi cuerpo se aprieta contra el suyo, de las veces que entierro

la cara en la almohada o en su cuello. Hundo los dedos en la carne de sus caderas cuando la escucho gritar mi nombre y la guío en cada movimiento. Le noto el pulso cuando paso los labios por su garganta y dejamos que todo lo que sentimos explote. Mis manos, cálidas y pesadas, la agarran con tanta fuerza que temo hacerle daño y pienso en cómo he podido vivir sin ella los años que estuvimos separados.

Es abrumadora la sensación que corre por mis venas al tenerla así para mí. Antes de ella el sexo siempre fue un medio para satisfacer una necesidad básica, pero... joder, en cuanto Sam llegó a mi vida eso cambió por completo.

Me pierdo en ella y todo me da vueltas. Se me acelera el pulso y cierro los párpados con fuerza para esperarla. En cuanto su cuerpo tiembla, todo mi cuerpo se estremece con ella. Sé que mi pelirroja habrá sentido un millón de estrellas en la oscuridad de sus ojos cerrados. Y a mí, el placer me invade de tal forma que me catapulta al éxtasis.

Me siento exhausto y renovado.

Me tumbo a su lado y dejo que se pierda entre mis brazos, sintiendo el calor de su cuerpo menudo y sudado pegado a mi torso.

Coloco algunos de sus mechones de pelo tras la oreja y cuelo mi nariz en ese hueco por encima de su hombro.

—Prométemelo —susurro en su oído sin especificar. Quiero pedirle que me prometa que nada ni nadie nos separará. No sé si sería capaz de volver a vivir sin ella.

—Te lo prometo, tipo duro —luce unas mejillas sonrosadas, y me da un delicado beso en la comisura. Luego se cobija aún más contra mi cuerpo desnudo.

Entonces sé que todo en esta vida tiene su momento.

Que siempre fue ella. Puede que aún no sepa porqué me eligió a mí, pero fue ella.

Siempre será ella.

Mil veces ella.

FIN.

AGRADECIMIENTOS

En primer lugar y lo más importante es daros las gracias a vosotros. Sí a mis lectores. Porque sin vosotros yo no estaría aquí. Que sepáis que me hacéis inmensamente feliz cada vez que me leéis, me escribís y me hacéis ver lo qué os ha hecho sentir mis novelas.

Sé que este libro es una obra de ficción, pero también sé que hay muchas personas como Sam, Erick, Sofía y Martín y que sus experiencias sí son reales.

Gracias a Samy, por enseñarnos que no es malo dedicarse a uno mismo. Al contrario, necesitamos pedir ayuda y curarnos para así poder hacer felices a otros.

Gracias a Erick, por enseñarnos a superar un duelo, aunque ni él mismo supiera cómo hacerlo. Por luchar contra las injusticias y perseguir su sueño.

A Sofía, porque por desgracia el mundo está repleto de mujeres y hombres que sufren lo mismo que ella. Recordad que no estáis solos y que nada ni nadie os haga sentir mal por buscar la ayuda necesaria para salir de ese callejón del que no atisbáis la salida. Hablad, porque siempre habrá quién os escuche.

Como siempre, gracias a mis lectoras cero: Marta (@perdida_entre_hojas), Mel (@thebooks_andme) y Ángela. Vuestro compromiso siempre me es de gran ayuda.

Por supuesto, gracias a mis amigas y familia que siempre me apoyan.

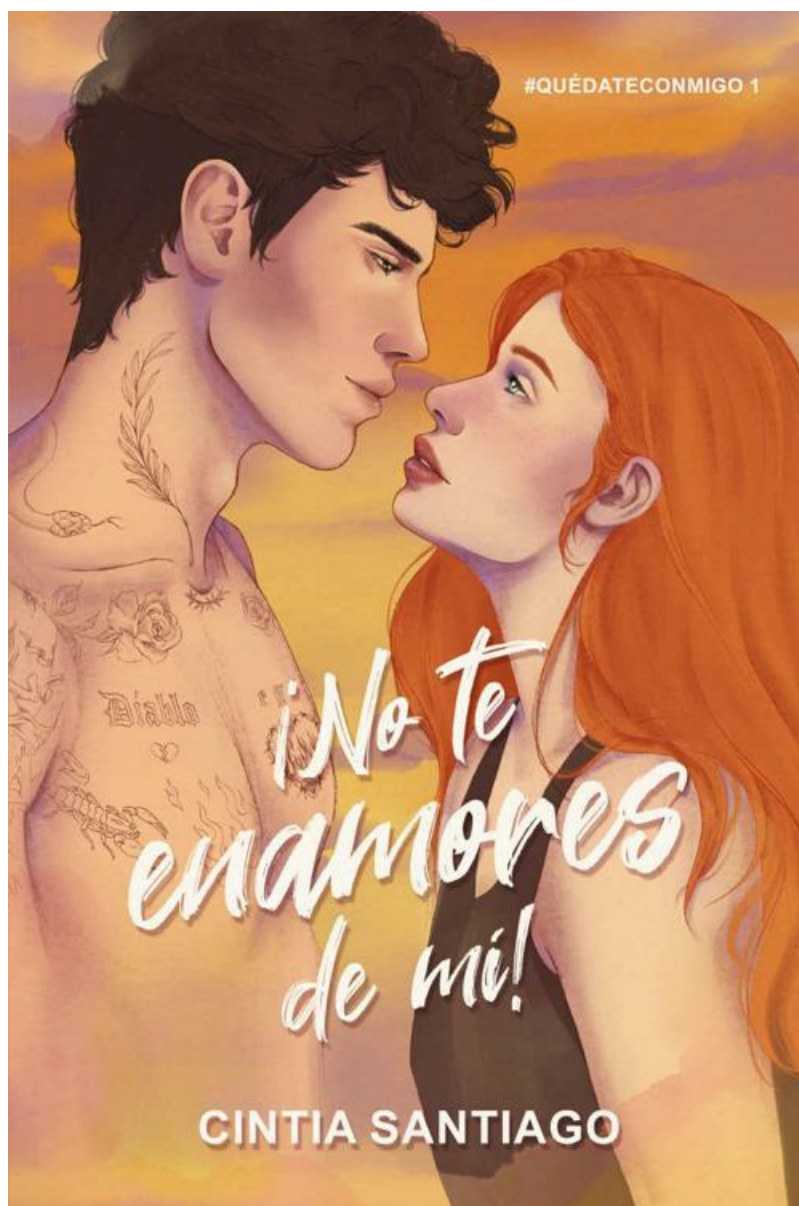
Y a mi marido, Ismael, porque sin ti esto tampoco sería posible. Gracias por estar a mi lado y creer en mí cuando ni yo misma lo hago.



Mi primera novela.



Mi segunda novela.



Primera parte, tercera novela

DISPONIBLES EN AMAZON



CINTIA SANTIAGO. Vive en Granada, casada y con dos hijos. Conocida en redes como @_cintiasantiago_. Es criminóloga, *instagramer* y le fascina perderse entre líneas y vivir durante horas en un buen libro. De ahí que quisiera luchar por uno de sus sueños; contar historias. También adora viajar, la música y la fotografía.

Podéis encontrarme como
@_cintiasantiago_ en Instagram y Tiktok

Lista de Spotify de la novela:
https://open.spotify.com/playlist/1LuWh0QQP8BGjWWeqIvwPw?si=auJOksoUSp-3Urc0LFCjFw&utm_source=copy-link

#quédateconmigo #¡noteenamoresdemi! #bilogiaquédateconmigo

